Jorge Edwards

EL SUEÑO DE LA HISTORIA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

EL SUEÑO DE LA HISTORIA

Tras un largo exilio, el Narrador regresa al Chile de los ultimos anos de la dictadura no solo 'para no vivir desconectado, como pieza suelta,' sino para investigar en los documentos del siglo XVIII la atribulada vida del sombrio Joaquin Toesca, arquitecto italiano enviado a la Colonia para terminar los trabajos de la Catedral, y de su mujer, la bella y descocada Manuelita Fernandez de Rebolledo, que saltaba como una gata las murallas del convento, donde el arquitecto celoso la tenia encerrada, para entregarse a sus excesos libidinosos.

Autor: Edwards, Jorge
©2000, Tusquets Editores, S. A.
ISBN: 9788422684527
Generado con: QualityEbook v0.87

Jorge Edwards

El sueño de la historia

TUSQUETS EDITORES, S. A.

Jorge Edwards, 2000

Depósito legal. B. 33570-2000
ISBN 84-226-8452-7

¡Oh! ¡Qué tiempos serán aquellos!
¡Qué oscuridad! ¡Qué temor!
¡Qué tentación! ¡Qué peligro!

Manuel de Lacunza,
La Venida del Mesías en Gloria y Majestad

PRIMERA PARTE

El hijo pródigo

style="MARGIN: 10pt 0cm 0pt">I

´tis bitter cold,
And 1 am sick at heart.
Hamlet

Había vuelto después de más de nueve años, alrededor de diez, ahora no quería sacar la cuenta, y la impresión, aunque se había preparado bien (eso creía, por lo menos), era mucho más fuerte de lo que se había imaginado, más difícil de tragar. Y más enredada. Cuando el avión empezó a cruzar la cordillera tapada de nieve, con aristas filudas, dientes y espolones, crestas de polvillo blanco, se quedó mudo, y después, cuando bajaba sobre el territorio montañoso y él veía las primeras vacas, los pastizales desteñidos, los cobertizos, los zanjones y las pozas del invierno, un camión destartalado, en miniatura, en medio de un vapor general, de una neblina vaga, sintió perplejidad, desazón, y hasta una sensación de miedo. Era malo, se dijo, comenzar con miedo, y desde antes de tocar tierra, pero no había manera de evitarlo. Unos minutos más tarde, mientras el aparato carreteaba por la losa del aeropuerto, cerca de galpones míseros, divisó caras torvas, mestizas, con los cascos hundidos en la frente, con las metralletas preparadas, y notó el silencio de los demás pasajeros, el de una pareja de ingleses, el de un funcionario de alguna parte, el de una familia española. Hasta los niños, asustados, habían dejado de hablar y de dar gritos y miraban con fijeza. Los soldados estaban desplegados por todas partes, alrededor de aviones anticuados, panzudos, con la pintura sucia, de containers olvidados en el suelo, en las gradas que conducían al recinto de la policía. Él entregó su pasaporte con un temblor enteramente absurdo, como si sus papeles fueran falsificados, y el funcionario anotó varias cosas en el teclado de un computador. El artefacto, pesado y lento, apelaba, parecía, a una base de datos remota. Me van a devolver a España, se decía él, o van a meterme a una sala de tortura y me van a

romper los cojones, por curioso, ¡por imbécil! Cuando lo dejaron pasar, al fin, y la cinta mecánica empezó a moverse, notó a hombrecitos de traje oscuro, de pelo corto, que miraban de reojo y enseguida clavaban la vista en los zapatos, en los maletines de mano, en cajas y en estuches grandes y llenos de inscripciones. Había visto a los mismos hombrecitos en otras partes, en La Habana, en el aeropuerto de Praga, en Varsovia, y se hizo preguntas más bien confusas. Aunque ya fuera demasiado tarde para hacerse preguntas.

Su regreso es muy arriesgado, le había dicho una persona en Madrid, alguien a quien acababa de conocer y que había pasado, decía, por la experiencia de la guerra y de los primeros años de la posguerra. Él, ahora, mirando los diversos letreros, escritos en un idioma reconocible, aunque algo extraño, y las caras agolpadas al otro lado de la salida, que daban la impresión de estar ahí desde hacía semanas, desde hacía meses enteros, se acordaba. Y se preguntaba quién le había mandado venir a meterse aquí. Porque el país, al fin y al cabo, no tenía nada que ver con el de su memoria, era otro, y él también. ¿Entonces? Nina, su hermana, había tratado de tranquilizarlo por el teléfono, hacía dos noches, cuando el plazo estaba a punto de cumplirse, y él se había reído. Ahora pensaba, en cambio, que la cosa no era para reírse.

—Te traje a Ignacio chico —le dijo Nina, después de darle un beso más bien seco, un poco rápido, nervioso, de acuerdo con un estilo que recordó de golpe—, porque habría sido muy capaz de no venir a esperar a su padre, el pánfilo, y también vino, ¡mira qué simpatía!, Alberto Alcocer, el Cachalote.

¡El Cachalote Alcocer! El nombre no le produjo menos asombro que los picos nevados. Miró el techo provisional, porque todo en ese aeropuerto parecía provisional, con palpitaciones, y más allá, detrás de las caras agolpadas, un sol débil, y los primeros arbolitos, las primeras plantas, y el primero de una sucesión infinita de perros vagos, de quiltros con la lengua afuera. Ignacio chico, el Nacho, había pegado un tremendo estirón, y tenía una pelusa mal afeitada encima del labio superior. Abrió los brazos de grandulón como de costado, con una sonrisa medio guardada, y cuando él, con su torpeza de siempre, quiso darle un beso en la mejilla, retiró la cara. No supo si era una reacción personal o una manera de ser general, algo que formaba parte del territorio. ¡Cómo los quiltros! No lo supo y se quedó con la duda. En cuanto al Cachalote Alcocer, avanzó desde los arbolitos, desde las plantas recién regadas, balanceando el cuerpo ancho y torpe, haciendo movimientos bruscos, sincopados, con los brazos, como si recibieran

pequeñas descargas eléctricas, y riéndose, diciendo cosas que no se entendían bien, o que él no entendía. Él tuvo una memoria de alaridos, de labios sanguinolentos, de overoles rotos. ¡Cachalote!, exclamó, y se abrazaron con fuerza y con algo de extrañeza. Porque era extraño, en realidad, sorprendente, imprevisible. Nina siempre había tenido ideas que lo dejaban desarmado. Descolocado.

Media hora después, el pequeño cortejo bajaba del Toyota de su hermana y del Mercedes Benz del Cachalote y entraba a la casa paterna, que estaba igual que siempre, aunque un poco más desvencijada, con muebles, cuadros, alfombras que se le habían olvidado, aparte de que la Palmira, la vieja empleada de los tiempos de su madre, también se había muerto, y su ausencia se notaba. Su padre estaba al fondo, en su asiento de siempre, frente a un jardín que se había puesto mucho más frondoso, a las hojas secas, a la casucha del jardinero con sus tablones desfondados. Tenía las piernas envueltas en una manta escocesa y la cabeza, por las razones que le había alcanzado a explicar Nina en el trayecto, cubierta de vendajes. A pesar de eso se puso de pie, tirando lejos el chal, y él vio, entonces, que tenía la cara, debajo de las vendas, llena de hematomas profundos, como un espectro. ¡Te llamaré Hamlet, Rey, Padre!, murmuró él, pero no quiso reconocer que estaba emocionado, conmovido hasta el tuétano. Su padre, a todo esto, medio sordo, lo saludaba a gritos, dándole palmotazos ligeros, porque nunca, se acordó él en ese instante, le había gustado que lo tocaran o lo abrazaran. Le ofrecía, en medio de los saludos, un whisky, o un gin con tónica, o una cervecita de Puerto Montt, muy buena, y unas aceitunas del valle de Azapa, unos quesillos con ají verde y aceite de oliva. No mandó matar un cordero, pensó él, porque en su jardín no pastaban corderos. Y dejó bien en claro, al poco rato, que no estaba para preguntas complicadas, metafísicas o semimetafísicas. Es decir, que tampoco estaba. Ni él, ni nadie. Los muertos tenían que enterrar a sus muertos. Lo importante era que se ubicara, que se ubicara pronto, y que se pusiera, «que te pongai a trabajar». Porque el país, ¡por suerte!, no tenía nada que ver con lo que él había conocido antes. ¡Con el de antes de su desaparición! Ahora, sin comunistas, sin los chascones y los espantajos de antes, estaba lleno, comentó, haciendo figuras con las manos, de oportunidades fabulosas.

—¡Todo un programa! —comentó el Cachalote, riéndose, escupiendo saliva, tartamudeando, porque era bastante tartamudo cuando se ponía nervioso, eso lo recordaba de los años del colegio, y se ponía nervioso, además, con relativa frecuencia.

—No creo que el programa le guste tanto —opinó Nina, Marianina, su hermana de tantas historias, de años tan largos.

¡Qué le iba a gustar! No se había vuelto a Chile para eso. Todo lo contrario. Si había sido el pródigo, el vagabundo, el desordenado, tenía todo el propósito de perseverar. Con ayuda de la diosa Fortuna. ¡Y de las leyes de la herencia! Miró al Cachalote, que había abandonado los estudios y se había dedicado a la lucrativa profesión de hombre de negocios, de platas. Y prefirió no preguntarle que cómo lo trataba la dictadura. Suponía que bien, y tuvo miedo de que demasiado bien. Su padre, por su lado, hizo un gesto de rechazo y hasta de rabia, de protesta en el aire. Como en tiempos pasados.

El, por su lado, no se imaginó, a pesar de las explicaciones de Nina, que lo habían dejado tan malherido, tan a mal traer, y comprendió de inmediato que no quería entrar en ningún detalle. Si alguien se acercaba a terreno escabroso, agitaba la mano y exigía que cambiaran de tema. A pesar de que había reconocido al ladrón, como le había dicho Nina, o precisamente por eso. Lo cual era un enigma un poco extraño. Y estaba obsesionado, en cambio, por la idea de levantar toda clase de rejas de protección, y hacerse de un par de pistolas nuevas, porque tenía una muy antigua, que él recordaba de viajes al campo en la infancia, y hasta de un fusil ametralladora.

—Está loco de remate —masculló, cuando salió a la calle a despedir al Cachalote, a Nina y a Ignacio chico, porque él iba a quedarse, por lo menos durante los primeros días, en la casa del viejo. Y el Nacho, entonces, Ignacio chico, que había estado todo el tiempo callado, pero que lo miraba de reojo, con ojos que relampagueaban y a la vez con disimulo, intervino. Estalló, mejor dicho.

—¡Todos estamos locos!

Él se quedó mirando los automóviles que partían, pensativo. Caminó hasta la orilla del río Mapocho, miró las aguas turbias, que habían arrastrado cadáveres, y volvió. A la mañana siguiente, a primera hora, bajó a recoger los diarios, descalzo, y regresó corriendo a su cama. Estudió la sección de avisos económicos, seleccionó cinco o seis ofertas de arriendos en pleno centro de Santiago y se puso en acción. No te apures, le recomendó su hermana por el teléfono: tienes casa, comida, ropa limpia. Podía quedarse con «el papá», así dijo, todo el tiempo que se le antojara. ¡Qué perspectiva!, pensó él. No sabía bien de qué se escapaba, pero quería escaparse cuanto antes. Y el centro de la ciudad, tal como él lo recordaba, con su mugre, su chimuchina, sus adoquines viejos, incluso con los jubilados y los mendigos de la Plaza de Armas,

con los lustrabotas que golpeaban sus escobillas como si fueran timbales y con las vendedoras de boletos de lotería, con los quiltros quillotanos que correteaban y escarbaban por todas partes, y hasta con sus lisiados, sus lloronas, y el loco que daba saltos anunciando la venida del Mesías, con todo eso, y con lo que se escondía detrás de todo eso, lo fascinaba, le encantaba. Me deja, declaró, con la boca abierta, sin respiración, conmovido. Y añadió: Tú sabes, Marianina, que no soy una persona normal.

Ella, por supuesto, lo sabía. Si no lo sabía ella, ¡quién lo sabía! Y decidió cortar la conversación. Todo era diferente, después de tantas cosas, y todo empezaba a parecer lo mismo. Al final de la mañana encontró un departamento viejo, más o menos desvencijado, un poco maloliente, con amplio espacio, en un quinto piso de la Plaza de Armas, encima del Portal Fernández Concha, de los portales de siempre, un sueño probablemente absurdo, un capricho, y no dudó un segundo. Había pertenecido a un anciano profesor de la Universidad, un miembro de la Academia de la Historia, ratón de biblioteca, grafómano furibundo, erudito de cosas menudas y absurdas, y parecía lleno de papelotes, de expedientes, de colecciones de revistas desaparecidas, de libros raros. ¡Esto es lo mío!, murmuró, recibiendo una mirada oblicua del albacea del dueño difunto, y si su hermana, pensó, lo hubiera escuchado, habría dicho que había vuelto mucho peor que antes. El vestíbulo y el salón tenían unos cuantos cuadros de formato grande, que daban la impresión de haberse llenado de humo, entre ellos, un paisaje romántico de Antonio Smith donde se veía un torrente, una casucha, unas montañas, una tempestad en formación en la línea incierta del horizonte, y muebles pesados, coloniales o de la España de los primeros Borbones, muebles que parecían embarcaciones, o catafalcos, o ambas cosas.

—¡Me embarco! —exclamó, y el albacea lo miró con extrañeza, con ojillos por los que desfilaban preguntas. Porque él, como albacea, lo tenía en oferta, sí, pero no estaba para enredos, para inquilinos sospechosos. ¿Por qué, por ejemplo, había estado tanto tiempo viviendo afuera, y por qué se le ocurría volver ahora? Como usted sabe, dijo, don Arturo, el León, residió detrás de los balcones vecinos, los del lado del Oriente, y arengó desde ahí a las masas, y don Jorge, con su bufanda, con sus piedras duras, etcétera. Ahora bien, ¿usted? ¿Qué busca usted? Cuestiones no formuladas, y que él no se dio el trabajo de responder. El Cachalote Alcocer, cuando él le contó, se limitó a reírse, con ese movimiento epileptoide que adquirían sus hombros y sus brazos, y

lanzó un poco de espuma por entre los dientes, en la manera de los patios del colegio. En la vieja manera, contra un fondo de aullidos y de patadas.

Él se despidió del Cachalote, bajó a la calle y pasó en taxi a buscar sus maletas a la mansión del barrio alto. ¡Adiós al barrio alto! Don Ignacio descansaba en su dormitorio y él salió con sus maletas sin hacer ruido, con riesgo, se dijo, de que el viejo escuchara pisadas furtivas y lo confundiera con algún asaltante. Llegó a su madriguera del centro, subió las maletas a trastabillones, rechazando las ofertas de ayuda de un hippy alcohólico y de un hombre grueso, tiznado, de piernas peludas, vestido de mujer; preparó la cama desconocida, hundida en el centro por la huella del historiador difunto, y se metió tiritando, con un poco de repugnancia, hasta con miedo, adentro. La oscuridad empezaba a caer en la habitación espaciosa, de techo alto, y él dejó que avanzara lentamente, sin prender luces, contemplando la Plaza iluminada, con su agitación vespertina, nueva y antigua, sorprendente siempre, desde la sombra. Encendió más tarde una lámpara en el corredor, una ampolleta en las últimas, que parpadeaba, y abrió una puerta que no llevaba, parecía, a ninguna parte. Con ayuda de un fósforo, porque esta ampolleta, que colgaba de un cordón, sí que se había quemado, distinguió una pieza estrecha, rectangular, rodeada de estanterías de madera tosca, donde había un asombroso hacinamiento de papeles, archivadores, carpetas polvorientas, algunos anuarios y prontuarios encuadernados, altos de fichas anotadas con caligrafía de pata de mosca. También había archivadores con cuentas de teléfono y con recibos de contribuciones, porque el dueño había tenido la evidente manía de conservarlo todo. Él, en la penumbra, aprovechando la luz parpadeante del corredor, trató de descifrar una escritura y un lenguaje bastante extraños. Eran las fojas originales de un proceso de nulidad de matrimonio llevado ante su Señoría Ilustrísima, el Señor Obispo de la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, hacia fines del mil setecientos. Otra carpeta guardaba el diario manuscrito de un viaje a Bolivia emprendido a mediados del siglo XIX, en los tiempos del dictador Melgarejo, por un joven diplomático chileno. El dictador llevaba a su amante a una recepción en palacio, de vestido largo, pero con un recorte en la parte de atrás del vestido y sin calzones, y le ordenaba a sus ministros y generales que desfilaran y le besaran el culo. También encontró apuntes sobre trajes y sobre festejos, además de recetas, escritas por manos de abuelas o de monjas, de empanadas de homo, de humitas, de caldillo de congrio, de ponderaciones, suspiros y

tortas de mil hojas. Se sacudió las manos llenas de polvo, se puso de pie con una sensación de mareo, como si la presión arterial le hubiera subido, y cerró la puerta con el mayor cuidado. Para no molestar, pensó, a los fantasmas.

En la noche, como a las diez, lo llamó el albacea, el representante del muerto, y él tuvo miedo de que quisiera deshacer el contrato.

—¡Cómo se le ocurre! —exclamó el albacea—. Ya he averiguado sobre usted. Creo que el departamento estará en buenas manos. Pero lo llamaba por otra cosa.

Lo llamaba para hablarle, precisamente, de aquel desván lleno de porquerías. Si él lo necesitaba para guardar sus objetos personales, no había ningún problema en que lo tirara todo a la basura.

—Yo no he tenido tiempo de hacerlo, pero usted, ¡no se haga el menor escrúpulo!

—A mí —respondió él—, me sobra el espacio. Y me encantan, además, los papeles y los expedientes antiguos.

—¡Qué afición más rara! —dijo el albacea, y lo dijo con una risita remota, como de ultratumba, como si su lugar estuviera en aquel desván y no en alguna oficina de las cercanías.

—Yo le depositaré su cheque el primero de cada mes —dijo él, y al otro lado se escuchó un carraspeo, una tos, una despedida confusa.

Él se sobó las manos con gran entusiasmo. Pensó, en su euforia, llamar a Mariana o al Cachalote, pero comprendió que sería un llamado absurdo. En cuanto a Cristina, su ex mujer, la madre de Ignacio chico, ni hablar. Habría querido llamarla, tenía que reconocer, desde el minuto mismo de su llegada, pero el estado actual de sus relaciones con ella imponía una espera, una reserva. Lo que ella más odiaba en él, lo que la había llevado al divorcio, como ella misma decía, más que su amor por otro, eran estos caprichos, estas «pajas». Bajó, pues, en el inquietante ascensor de su nuevo domicilio, una jaula de rejas que temblaba como si fuera a desarmarse. En un boliche del Portal, el primero que encontró a mano, devoró dos *hot dogs* seguidos untados con todas las salsas, todas las mostazas, todas las mayonesas de este mundo, acompañados de una jarra de cerveza monumental. En las mesas de los lados la gente hablaba en voces bajas, que contrastaban con el griterío de sus años de estudiante, y había parejas de hombres de pelo corto en los rincones. No se sabía quiénes eran «sapos», término que acababa de conocer, y quiénes eran personas comunes y corrientes, y la duda creaba un soplo difuso de paranoia, una sensación difícil de explicar. De

la oscuridad de la Plaza parecía que salía humo, y las patinadoras (palabra de su tiempo que tendía, en cambio, a caer en desuso), gordas, descaderadas, de blusas de raso lila y labios pintados como puertas, se paseaban entre los monolitos y llamaban a los automovilistas con gestos procaces. El barrio, decididamente, se dijo ¿1, me encanta. Para esto sí que valía la pena venirse. No para lo que mi hermanita se imagina. Subió, con miedo de que la jaula del ascensor cayera al abismo, entró a su maravilloso desván, su antesala del pasado, del paraíso perdido, quizás del presente infierno, y se llevó un atado cualquiera de papeles, escogido al azar, a la mesa del repostero. Había olor a polvo, a polilla, a posible caca de ratones. Colocó encima de la mesa una lámpara de velador y apagó las luces del resto de la casa. El toque de queda sobrevino muy pronto. Lo notó por la repentina desaparición de los automóviles en la calle, por el silencio profundo, en el que caían gotas, partículas de suciedad y de niebla amalgamadas. Hacia las dos de la madrugada, o hacia las dos y media, en una noche que se había vuelto planetaria, con la Vía Láctea y la Cruz del Sur encima de su balcón, él estaba enfrascado en las celebraciones de la llegada a Santiago de Nueva Extremadura de un nuevo gobernador y capitán general. La semana de festejos era larga, variada, pagana y católica, con aspectos infantiles, con uno que otro rasgo indio. Había tropas que desfilaban debajo de arcos triunfales, procesiones del Cristo de Mayo, bendiciones, acciones de gracias, además de carreras con chivateos y de uno que otro son de trutruca. Desde un balcón de su palacio de piedra rojiza y enrejados de Valladolid, el gobernador recién instalado arrojaba monedas livianas, piezas que eran llevadas por el viento, a los niños y a los mendigos. Ordenaba, después, que sacaran de los sótanos de la Real Audiencia, situados en una esquina, frente a la calle de la Ceniza, a diez o doce encarcelados por delitos menores. Al cabo de una larga mañana de juegos, competencias de palo ensebado, destrezas que culminarían a media tarde con una fiesta de toros rejoneados por mocetones araucanos, los señores principales pasaban a la sala de un banquete que había sido encargado a las Monjas Rosas. Las monjitas habían trabajado durante alrededor de tres meses. Y todo lo que habían colocado encima de la mesa de sólida encina, sobre un mantel de hilo portugués, era de mazapán: los limones amarillos, los panes que parecían recién salidos del homo, las servilletas dobladas, las flores del centro, hasta los floreros. Sólo faltaba que lo fueran las sillas, y algunos de los señores fiscales, de los notarios, de los curas y sotacuras.

—¿De mazapán?

—Sí, de mazapán: de pasta de azúcar y de almendras.

—¡Qué asco!

Cuando el gobernador trataba de ponerse la servilleta, la pasta se le deshacía y le ensuciaba el traje de terciopelo negro y encajes de oro. El hombre no sabía si debía reírse, o qué debía, y tenía la sensación molesta de que los lugareños ya se lo habían madrugado. ¿En qué colonia me habré metido?, suponemos que pensaba. ¿En qué berenjenales? ¿No sería todo, incluso los árboles de la Plaza, y hasta la nieve de la cordillera, la cordillera misma, de mazapán, de pastaflora? Nos imaginamos, detrás de los ojos de las cerraduras, el revoloteo de las monjitas excitadas, coloradas por las emociones del día, y vemos la sonrisa del obispo, Su Ilustrísima, quien estaba en el secreto, desde luego, y era un mundano, un bromista, un aficionado a contar historias y a reírse a carcajadas, un lector de versos y de relatos profanos, amigo de la familia Rojas, y de don José Perfecto, el fiscal, y de los Infante. Los papeles indican, en otro lado, que fue aquel mismo obispo, el de nariz larga y ojos capotudos, indirectos, el que contrató a un ingeniero militar y arquitecto romano, de nombre Joaquín Toesca y Ricci, para que viajara hasta Santiago y terminara las obras de la Catedral, que al paso que andaban no iban a terminarse nunca. Mencionaban también los papeles a la niña tan bonita con que se había casado el arquitecto a los dos o tres años de su llegada a Chile. La Manuelita Fernández de Rebolledo y Pando, así la mentaban, era española por el lado de los abuelos paternos, y sospechosa de algo, medio bruja, medio india, por el lado de la madre. Era eso, o algo parecido, lo que se podía colegir, por lo menos. Y que al arquitecto, al romano extraviado en esta provincia remota, lo había hecho sufrir. Y hasta morir. Aun cuando no todas las versiones coincidían.

Capítulo II

SOÑÓ que su cabeza era una torta redonda, de carne con mazapán, una coraza comestible, y que un sujeto monstruoso, un energúmeno hambriento, trataba de sacarle un pedazo con una cuchara de estaño. Él se defendía como loco, dando alaridos, hasta que lo despertó la campanilla del teléfono. Era su padre, con la voz muy alterada, y le insistía en que tratara de conseguirle, con sus amistades (¿qué amistades?), un buen fusil ametralladora.

—¿Un fusil ametralladora?

Sí, decía, y le explicaba que había de marcas y procedencias muy diversas, y él quería uno lo más liviano y lo más fácil de manejar que fuera posible. Porque si llegaba otro asaltante nocturno, había que reaccionar, disparar rápido, ¡pif!, ¡paf!, ¡pum!, gritaba por el teléfono.

Él, francamente alarmado, con la sensación de que había salido de una pesadilla para ingresar en otra, trató de tranquilizarlo, y colgó el fono sin haberlo conseguido. Las sábanas, a todo esto, se habían puesto frías. Quería meterse en sus papeles de nuevo, y organizarse para narrar alguna de las historias, porque no era otra cosa, después de todo, que un narrador, pero para eso necesitaba descansar bien: los efectos del viaje y del encuentro todavía le pesaban, y el llamado de su padre, para más remate, le había jodido la mañana. Llamó en ese momento la secretaria del Cachalote, una voz muy atenta, bien educada, y le anunció que don Alberto pensaba pasar por su casa a la una en punto.

—¿Para qué?

—No sé. Me parece que piensa llevarlo a un almuerzo en el Club.

—¡Un almuerzo en el Club!

El Cachalote tocó el timbre a la una en punto, entró, y comentó con

su entonación zetosa, salivosa, que vivía en una cueva grande, un poco fétida, con olor a meado de gato.

—Pero el cuadro de Smith no está mal —concedió—, y la vista de los árboles de la Plaza. A pesar de la mugre de los balcones. ¡Mugre de siglos!

Él terminó de ponerse una corbata, silbando, sin hacer mayores preguntas acerca del almuerzo. Salieron a la galería y comprobaron que al fondo había un tenor, probablemente aficionado, aunque quizás, para colmo, profesional, y que en ese minuto se entretenía en hacer gárgaras con un aria de Rossini.

—Nunca me han molestado los cantantes —dijo él, mientras abría las puertas de rejas de la jaula del ascensor.

—Y jamás te han molestado las putas, si es por eso.

—¡Jamás de los jamases!

Salieron a la calle, al gentío del Portal, muertos de la risa, y caminaron por Ahumada hacia el sur muy alegres, mientras el Cachalote saludaba a medio mundo y él comprobaba que ya no conocía a nadie, salvo que algunos lo miraban con detención, como si empezaran a reconocerlo, a preguntarse si era el comunista ese, el traidor ese, y si había o no había que denunciarlo. Al entrar al edificio del Club, en la relativa penumbra, bajo la gran claraboya, entre tapices más bien raídos, mármoles amarillentos, cuadros parecidos a los de su departamento, también intervenidos por el humo, tuvo la sensación de que había caído en una trampa.

—¿Adónde me traes, Cachalote? —alcanzó a preguntar.

Supo, entonces, que se trataba de un almuerzo habitual y ritual, de caballeros adictos al régimen, personas vestidas de gris o de azul marino, de cuello y corbata, entre los que no faltaba algún militar en tenida de civil, en retiro e incluso en servicio activo, y algún agregado de algo, algún embajador de América Latina. É1 era, dedujo pronto, el invitado de honor, pero no sabía en qué calidad: si como recuperado, como hijo pródigo, como enemigo de muestra. Hubo un período de inspección inicial, de miradas, de olfateo, de sonrisas discretas o bromas un tanto bruscas, whisky en mano, aparte de cinco o seis encuentros con conocidos antiguos, incluso un par de compañeros de colegio, y pasaron enseguida a un comedor redondo, con una pesada lámpara de lágrimas encima del arreglo floral de centro de mesa y altos cortinajes de color azul oscuro. Los techos renegridos del barrio bajo de Santiago se veían lejos, desenfocados. El Cachalote hizo una breve presentación

suya. Como viejo amigo, como buen observador de la realidad, como persona que llegaba de otra parte, con otras visiones y otras ideas en la cabeza. Terminó el Cachalote de hablar, se colocó la servilleta, probó el vino, y a él, ahora, le hicieron preguntas directas, le tiraron la lengua lo más que se podía, examinándolo de nuevo, con menos disimulo que al principio, y algunos parecían comunicarse en voz baja, con caras hundidas en los platos, que todavía era, más que seguro, un comunista, un resentido de mierda, a pesar de ser hijo de don Fulano y de la difunta doña Fulana, hermano de la Nina tanto y tanto y cuñado de Manolo, uno de los capos de la Confederación de la Producción y del Comercio. Le preguntaron después, con cierta insistencia, con un tono que podía ser de ansiedad disimulada, y ya que llegaba de Europa, por la opinión de los europeos con respecto al Chile militar, pregunta no muy fácil de responder en aquel sitio, en aquella mesa redonda y rodeada de cortinajes solemnes, aunque bastante desteñidos. Él contestó como pudo, y quedó con la impresión de que no había dejado contento a nadie. Al final, a la hora de los postres, alguien, un hombre corpulento y pálido, de modales suaves, peinado a la gomina, cuello blanco duro, personaje que parecía salir de una película de los años treinta o cuarenta, un mayordomo engominado que se escabullía por el fondo de un salón inglés durante una secuencia de terror, anunció que se proponía hacer una aclaración, y que pensaba hacerla, sobre todo, en atención a él, el invitado del día, puesto que sin duda, por el hecho de haber vivido fuera durante todos estos años, estaba mal informado. Se produjo un silencio, y el personaje, con dedos pálidos, fofos, se arregló el nudo de la corbata. Cuando los soldados, comenzó, y él casi le preguntó qué soldados, pero se abstuvo a tiempo, practicaban un allanamiento en las torres de San Borja, en el departamento de un dignatario del allendismo, en los primeros días, y no dijo en los primeros días de qué, era una noche de intenso frío, de cero grados, o de menos que cero, y por ese motivo, para calentarse, hicieron fuego en la calle con algunos libros de su biblioteca, de la biblioteca del allendista: ediciones baratas de Moscú, de La Habana, de Corea del Norte, traducciones macarrónicas de los discursos completos de Kim Il Sung, ¡ya saben ustedes! Libros que en ese entonces se repartían a camionadas y que no leía nadie. Pues bien, dio la mala pata de que pasaran en ese momento por la Alameda, dijo, dos periodistas del *New York Times*, y circuló por el mundo entero la noticia de que en Chile quemaban libros, como en la Alemania de Hitler.

Hubo un silencio más bien prolongado, algunas sonrisas contenidas,

una que otra cara grave, y el Cachalote, de pronto, ante el asombro de todos, con sus zetas y sus labios gruesos húmedos, exclamó:

—¡Así que era porque tenían frío!

La concurrencia, aunque compacta, alineada, concorde, también tenía su diversidad, sus matices. Algunos se rieron abiertamente, otros mantuvieron la más completa seriedad, más de uno se quedó perplejo, y él observó que los diplomáticos extranjeros intercambiaban miradas y se tapaban la cara. Media hora más tarde, al bajar las escalinatas gastadas del Club, el Cachalote se reía a carcajadas, con sacudidas de una intensidad peligrosa, seguido por algunos de los miembros del almuerzo ritual. Otros, en la misma escalinata, bajaban deprisa, para alejarse pronto del grupo, y movían la cabeza. La gente agolpada en un paradero cercano de buses veía el tropel bullicioso, insólito, y miraba para otro lado, con expresiones de susto. Hacia las cinco y media, o las seis ya pasadas, el grupo se encontraba en un recinto que tenía un vago aspecto de bar andaluz: azulejos en los muros, grandes maceteros con plantas, afiches de corridas de toros de los años cincuenta. Surgió de repente, después de varias rondas de whisky muy cargado, el tema del asesinato en pleno centro de Washington de un ex ministro de la Unidad Popular y de su secretaria norteamericana.

—¿A ti qué te pareció? —le preguntaron a boca de jarro, y él sintió que su whisky se le atragantaba. Hasta aquí no más llegamos, pensó, y dijo, con la lengua un poco estropajosa, lanzándose al vacío:

—Me pareció una brutalidad sin nombre.

En la mesa, donde el Cachalote llevaba la voz cantante y quedaban seis o siete comensales del almuerzo, además de un caballero mayor, de cutis tumefacto y suavizado, parecía, por un toque de polvos, uno que se había añadido al grupo más tarde, se notaron gestos de molestia, de reserva, de preocupación, e incluso, había que reconocerlo, una cara o una cara y media comprensivas. El caballero mayor, el que acababa de incorporarse al grupo, todo vestido en tonos beige y amarillos, con buenas telas de procedencia inglesa, y que había colocado en una percha un sombrero de *tweed* con plumilla verde, sombrero de cazador de patos en alguna otra secuencia inglesa, dijo lo que sigue:

—¡Bien muerto, pero mal mata'o!

Él, el historiador aficionado y narrador en proyecto, ya f había bebido tres whiskies dobles. Terminó de beber el cuarto, doble, o triple, y se puso de pie con algo de vacilación.

—Veo que prefieres irte —murmuró el Cachalote.

—Prefiero —confirmó él.

Salió a la calle con la sensación absurda de que podrían detenerlo en la primera esquina. En el camino a la Plaza de Armas se asomó a un bar de épocas anteriores, un cuchitril subterráneo, oscuro, que no prometía nada bueno, y se encontró con un amigo de viejos tiempos, un hombronazo barbudo, bastante mayor, Pancho Costamagna, conocido como narrador de historias del sur, de la Patagonia, de cacerías de ballenas y de lobos marinos. El hombre lo reconoció con cierta dificultad, después de años y décadas enteras. Entonces le palmoteo la espalda con una mano pesada, que lo hizo tambalearse. Lo miró, enseguida, a los ojos, con una mirada intensa y a la vez remota, casi mitológica, y le dijo con su vozarrón de mar, que también tenía un dejo de predicador evangélico, se te ha puesto, con los años, ¡viejito!, una cara más noble, más serena, en vista de lo cual, y en celebración del encuentro fortuito, lo invitó a beber un whisky de la mejor marca de Escocia. Él no se había adherido recién a la cultura del whisky, como tantos otros, en esta ciudad de arribistas y de chupamedias, de maricones, ¡cuando no de asesinos!, bramó, con voz de trueno, mientras sus tres o cuatro acompañantes miraban para otros lados, sino que ya lo bebía en los canales del sur, en los años treinta, y no de vulgares botellas, sino de unos maravillosos barrilitos de cinco galones, que habían llegado por la ruta del Cabo de Homos y que llevaban la procedencia, el nombre de la casa destiladora, el año, escritos a mano en una etiqueta cualquiera, con tinta china. Dicho esto, entregados estos detalles, Pancho Costamagna pareció celebrar los azares de la vida, y las bellezas de la naturaleza, y sus insondables misterios, con euforia juvenil, si no infantil, con ojos emocionados, exaltados.

—¡Qué bien! —dijo—. ¡Qué bien me siento! —y sus acompañantes golpearon con las manos el mesón gastado y celebraron.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó uno de ellos, uno chico, grueso, de grandes quiscas que habían sido negras retintas y se habían puesto entrecanas.

—Yo soy —dijo— un hijo pródigo arrepentido.

El de las quiscas puso la cara de lado, como para saber qué sentido y hasta qué sonido tenía esa respuesta. Él, pródigo arrepentido, narrador en ciernes, bebió el whisky que le había convidado Pancho y quedó con la lengua más trabada que antes, con los ojos como faroles. A pesar de eso, a punta de abrazos, apretones de mano, forcejeos, consiguió zafarse de Pancho y de sus amigos y llegar a puerto en la Plaza de Armas. Ya la oscuridad avanzaba. Bajaba una brisa fría de la cordillera. El Portal era

una corte de los milagros llena de movimientos, de gritos, de calderas humeantes, de pirámides de empanadas, sopaipillas, pequenes. Él introdujo la llave después de largos ensayos, en una película, esta vez, se dijo, de Carlitos Chaplin, o de Buster Keaton. Casi se cayó de bruces cuando se abrió la puerta, y se encontró al otro lado con la cara atónita, quince o veinte años más vieja, de la Filomena, la antigua empleada de la familia, que su hermana había quedado de contratarle y que a él se le había borrado de la cabeza. ¡Igualito que siempre!, pareció decir la Filomena, y él la besó en una mejilla, le dijo que se alegraba mucho de verla, y anunció que necesitaba irse a dormir una siestecita. Antes de apagar la lámpara amarilla de su velador, abrió uno de los libros del desván. Leyó que la Manuelita Fernández de Rebolledo, la joven mujer del arquitecto Joaquín Toesca, saltaba como una gata las murallas del convento de las Agustinas, donde el arquitecto celoso la tenía encerrada, para correr a entregarse a sus excesos libidinosos. La historia como insidia, tartamudeó él: como forma de la chismografía. Más adelante, la misma crónica agregaba: «para juntarse con sus amasios». ¡Amasios! En su borrachera probó la palabra, la paladeó. La lengua colonial tenía un sabor y una consistencia extraños: mezcla de blandura, dulzura, calor, intención. Una ambigüedad, destinada, quizás, a engañar a los poderes represivos, y más bien que engañarlos, esquivarlos, sacarles la vuelta. En las primeras décadas del siglo siguiente, alguien, un exiliado español ilustre, al escuchar hablar en París al joven chileno Vicente Pérez Rosales, diría que sus palabras tenían olor a piña. Las de los tiempos de la Manuelita tenían olor a tortillas al rescoldo, a sábanas tibias, a cenizas en el fondo de los braseros. Amasios, amados, amantes. Nos salva el amor, se dijo él, y también nos salva, nos salvaba, y nos seguirá salvando, la naturaleza. Apagó la luz y se hundió en las sábanas, sin vencer del todo la repugnancia con que lo había hecho el día anterior. Con un poco menos de repugnancia. Paladeó, ahora, el aire, no una palabra, y se dijo que la habitación estaba pasada a whisky, y que la Nina lo sabría por la Filomena. ¡Qué le vamos a hacer!, suspiró. Permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad, pensativo, observando los reflejos de las luces de la Plaza de Armas en guirnaldas de yeso saltado. ¡Amasios!, repetía, en un estado parecido al éxtasis, con la boca entreabierta: ¡Amasios!

Capítulo III

DESPERTÓ de su siesta como a las cinco de la mañana, con la boca pastosa, con el cuerpo cortado. Se había dormido con la palabra «amasios» y ahora la recordó y vio que tenía el grueso libraco encima de la cama. ¿Para esto se había venido a meter a Chile, para estas cosas, para estas rarezas? Quizás, y se dijo que la explicación, después de todo, no era tan desdeñable. Había regresado para recoger un hilo, para reanudar un diálogo. Para no vivir desconectado, como pieza suelta, o, para hablar en chileno, como bola huacha. Llegó a la conclusión, por otro lado, de que los papeles del historiador decían bastante, pero no lo suficiente, y que había que salir. De lo contrario, se habría hundido: habría regresado a la ciudad y a la Plaza, a las cercanías de la familia, al mundo extraño del Cachalote, pero también al estado fetal, y a la nada. Partió, pues, el lunes siguiente, al edificio del Archivo Nacional, donde le recomendaron que hablara con una persona, una señora de mediana edad, de anteojos gruesos, de uñas barnizadas, que entendía de esos asuntos. Le dijo que era el ex marido de Cristina, porque era Cristina, a quien había visto, por fin, en su departamento de la calle Santa Lucía, la que le había facilitado la conexión; le explicó de qué se trataba, y la señora de anteojos gruesos se puso en acción de inmediato. No encontró mucho en esa primera mañana, pero encontró más de algo, y comprobó que los legajos de la Real Audiencia, y los de Varios, y los de algunos personajes del siglo XIX, estaban llenos de ricos filones inexplorados. ¡Llenos! Ahora bien, parecía que Toesca le había escrito una carta a un tío suyo, obispo en las inmediaciones de Roma, y que éste, ¿tío por el lado paterno, o por el lado de la madre, por lo Ricci, por la ciudad de Siena?, le había escrito, a su vez, al obispo de la ciudad de Santiago de

Chile, Manuel de Alday y Aspe. Parecía casi inverosímil, pero así constaba. ¿Cómo se había conocido el obispo de los arrabales romanos, Toesca, o Ricci, con Alday, vasco de origen, pero nacido en el sur del remoto Reino de Chile, en la muy noble e ilustre urbe de Concepción? El mundo era todavía más pequeño entonces que ahora: más vasto, pero más pequeño. Alday, en cualquier caso, es un nombre bien conocido en la historia chilena: hombre de carácter fuerte, de reflexión, de formación intelectual sólida. A la vez, hombre de acción. Los papeles dicen que era enemigo declarado de las ramadas, las instalaciones provisionales de los días de fiesta, donde se bailaba cueca y se vendía chicha y aguardiente, y que degeneraban entonces, igual que ahora, en borracheras colectivas y peleas a cuchillazo limpio. ¡Bien por Alday! Él también es poco aficionado a los excesos masivos, por folclóricos que sean. Fue uno de sus motivos de inadaptación en sus años de militancia. Su mujer, Cristina, era capaz de sacar un pañuelo y bailar un pie de cueca, con sus ancas sólidas, sus pantorrillas robustas. Él no, por ningún motivo. Le gustaba mirar desde la orilla, pero siempre tenía miedo de que lo invitaran al baile y de que le insistieran. El obispo Alday también se opuso con gran energía, según algunos, a la instalación de un teatro en el centro de la ciudad, detalle que a él, en cambio, le pareció poco simpático. Y cuentan que predicaba con notable elocuencia contra los atrevidos escotes y los brazos desnudos de las señoras de Santiago. A pesar de todo esto, era un gran aficionado a los libros, los religiosos y los profanos, los de enseñanza y los de mera diversión, y un entusiasta de los progresos materiales de la Colonia, aparte de conversador ameno, de humor socarrón. El Narrador cree, como ya hemos visto, que estuvo en el banquete del mazapán. Que contribuyó, con su espíritu bromista, a inventarlo. Pero nosotros, por razones de cronología, tenemos dudas. Un retrato contemporáneo, pintado en Lima, muestra al obispo con las comisuras de los labios rebajadas, entre la sorpresa y la burla, y con la mano izquierda apoyada en un grueso volumen de Decretales. ¿Qué serán los Decretales? La mirada es incisiva y oblicua, como si mirara con la mayor atención, pero de costado, por encima de las cabezas de los demás, algo que los demás no ven. ¿Hombre de la Ilustración, a su personal y particular manera? Al Narrador le gusta mucho la idea. Hasta sospecha que don Manuel podría ser, a pesar de su odio al desorden populachero, o más bien por eso mismo, un obispo ateo, miembro secreto de la masonería. Pero el Narrador, aquí, ¿o nosotros en el lugar suyo?, opta por suspender el juicio. No quiere gastar pólvora en gallinazos, en conjeturas inútiles, y nosotros lo entendemos. Su tema, en

este momento, y todavía no sabe muy bien por qué motivo, es Toesca, Joaquín, probablemente Gioacchino, Toesca y Ricci, no Alday, y de repente se pregunta si no será la Manuelita Fernández de Rebolledo. ¡O él mismo! «Soy yo, soy Borges», murmura, recordando una línea que le gusta más que otras, una culminación, y se ríe, o más bien se sonríe, ya que es hombre de risas muy ocasionales y de sonrisas frecuentes. Como Alday, quizás, y a diferencia de Toesca, el pálido, el sombrío, quien, a veces, en determinadas circunstancias, cuando bebe unos buenos potrillos de chicha o de vino tinto, por ejemplo, al final de jomadas agotadoras, suele contar historias de color subido, en su lenguaje torpe, y desternillarse de la risa.

Alday se entusiasmó, sin duda, con la idea de que viniera un verdadero arquitecto, el primero en la historia de la Colonia, a poner fin a los trabajos de la Catedral, que se habían arrastrado durante tantos años y que daban la impresión, debido a los terremotos, a las inundaciones, a los desastres de todo orden, de que no se terminarían nunca. Es probable que Jáuregui, el anciano gobernador, haya dicho que también deseaba encargarle alguna obra. En consecuencia, podemos suponer que el arquitecto e ingeniero militar, hombre de cara fina, dentro de su palidez un tanto enigmática, de unos treinta y tantos años de edad, fue agasajado con un entusiasmo muy de provincia, llevado de una casa a otra, de un sarao y un picholeo a otro, en los primeros días de su llegada. Conoció en poco tiempo a la gente principal, la que le llamó la atención, pensamos, por su acento cantarín, como quien diría deshuesado, por su humor medio disparatado, ruidoso, confianzudo, por su inagotable gula, por el buen declive con que tragaba mostos, mistelas, aguardientes, y pronto consiguió una casa en el costado sur del edificio que le tocaría llevar a buen término: una construcción de adobe, de tablas, de tejas, con un huerto envidiable, con gallinas, gansos, conejos y hasta un par de cerdos, que aquí llamaban «chanchos», con un canal, en la línea del fondo, de aguas tranquilas, bastante profundas, pellizcadas por los mosquitos y los matapiojos, y con tres higueras frondosas, amén de dos árboles que producían unos frutos extraños, retorcidos, de piel rugosa, que los habitantes del lugar devoraban a toda hora, incluso con la cáscara, y que designaban con el nombre de paltas. Paltas, repitió, porque la palabra debió de parecerle curiosa, con un sonido cómico, y pronunciada con su acento italiano, más cómico todavía. Contó en los salones del gobernador, de los oidores de la Real Audiencia, de algunos hacendados ricos, descendientes de los encomenderos de hacía dos

siglos, historias de su vida antes de emprender el viaje, de su infancia en los alrededores de la Plaza de España en Roma, de sus estudios en Milán y en Barcelona, de sus desvelos y sinsabores junto al arquitecto oficial de la corte de Carlos III, el caprichoso maestro Sabatini, Mariscal, explicó, Caballero de Calatrava, porque no había medalla, título, pergamino que no pidiera, sin descansar hasta conseguirlo. Pronto comprobó, sin embargo, que sus interlocutores criollos, al cabo de poco rato, dejaban de atender a las historias de Madrid, de Cádiz, de Roma y Milán, del resto del mundo. Sólo se interesaban, parecía, en habladurías de portones adentro, en chismes y pelambres locales, en los signos del Apocalipsis, que no todos, pero sí algunos, y entre ellos Ignacio Andía y Várela, el forjador de rejas, el escultor de sus edificios en ciernes, veían por todas partes, en las inclemencias del clima y en la corrupción secreta de las costumbres, y en los alfajores y los dulces que hacían las monjas de San Estanislao, amén de las excursiones a un lugar que se hallaba en los confines de la ciudad, hacia la cordillera, en la parte donde antes se dividía el río Mapocho en dos brazos, y que los criollos, con su irresistible tendencia al uso de los diminutivos, llamaban las Cajitas de Agua.

Extraño, se dijo Toesca (y se dijo, o se diría, de paso, el Narrador), y se preguntó, Toesca, más de una vez, suponemos, en qué lugar se había metido, en qué hoyo de este mundo, por escapar de las molestias y las humillaciones del mundo de allá, y a veces tuvo miedo, más que seguro, y con más que justificadas razones, de no volver a salir nunca. Hubo fiestas en la Plaza, llamada en aquellos años Plaza Mayor o Plaza del Rey, dos o tres semanas después de su llegada, y el Narrador se imagina que vio a los indios montados a caballo y que corrían toros con lanzas, como dicen las crónicas que se toreaba en Santiago en aquel entonces. Semidesnudos, con lienzos rojos o negros amarrados a la cabeza, los mapuches cabalgaban en pelo, y manejaban los caballos con unas riendas de cordel grueso que les pasaban por adentro del hocico. Lo hacían con destreza singular, como si aquella habilidad fuera un modo de burlarse de los blancos, que habían aparecido un buen día por los valles del norte montados en aquellos animales nunca vistos. Cuando el toro ya estaba malherido, los mocetones de pieles cobrizas daban un salto, se sentaban a horcajadas en el lomo sanguinolento y lo agarraban por los cuernos. El animal moribundo bramaba, en medio del griterío ensordecedor, aullidos que acá, supo, llamaban chivateo, y al final doblaba las patas. Toesca miraría el espectáculo desde lejos, con horror, renovando sus preguntas, y de repente vería a un indio que volaba por

el aire, despaturrado, y después quedaba ensartado en los cuernos del toro. Cuando él pasara por ahí una hora más tarde, el indio agonizaría, lívido, con ojos vidriosos, sin nadie que lo socorriera, con los intestinos repartidos por el suelo.

Más tarde, en la casa de un comerciante rico, escuchó, escucharía, a dos señoras que habían visto la corrida desde un balcón, tomando aloja y comiendo dulcecitos. Una sería partidaria de darle los sacramentos al pobre mapuche. La otra no, para qué, si recién había llegado del sur, de las tolderías, y ni siquiera lo habían alcanzado a bautizar. Habría negritas atareadas, con faldas rojas y turbantes de todos colores, que repartirían bandejas con cuadraditos y con yemitas de dulce, pedazos de charqui, vasos de mistela o de aloja de Culén; señoronas gruesas y bigotudas, de papada triple, sentadas en una tarima, con las piernas cruzadas como orientales, sobre cojines de tonos vivos, fumando grandes cigarros negros, malolientes. Llevarían, las señoronas, escotes rebajados, y exhibirían sus pechos exuberantes, sus robustos hombros, sus grandes brazos ajamonados. Muchas mirarían al arquitecto romano con expresiones maliciosas: después harían comentarios picarescos, o decididamente obscenos, escondidas detrás de sus abanicos de carey, y se doblarían de la risa. No es imposible que Toesca haya conocido a Manuela Fernández de Rebolledo en aquellas reuniones, en las primeras semanas de su llegada, y que haya esperado alrededor de tres años para casarse con ella. Manuelita no tendría en aquellos días más de catorce, o quince recién cumplidos, pero era, se sabe, muy desarrollada para su edad, alta, de cuerpo perfecto, piel de color de leche, ojos llenos de chispa y que de repente se nublaban. Es posible que haya saltado a la tarima, ¿cómo una gata?, porque sí, porque no podía quedarse dos segundos tranquila, y que le haya arrebatado el cigarro a cualquiera de las señoras. Que haya aspirado una bocanada de humo a todo lo que daba y se haya puesto pálida como un papel. Que se haya aferrado del brazo del italiano, el signore Tuesca, o Toesca, para no caerse al suelo. Siempre, de niña y de grande, de chiquilla y de mujer madura, si es que alguna vez fue madura, tuvo gestos súbitos, desaforados, desorbitados, que ella misma no sabía explicar.

—¿Cómo te chiamas? —le preguntaría él, a lo mejor.

—Manuelita. Manuelita Fernández.

La Fernández, como solía nombrarse a sí misma, con buen instinto de creación de su personaje. Como firmó, incluso, ya veremos, algunas de sus cartas. En otras palabras, hemos encontrado otra vez a la Fernández, a la Manuelita, pero antes de su primera etapa de conventos.

Antes de escalar paredes como gata en celo. En la plenitud de su adolescencia. Bella y desprevenida. Y dando muestras evidentes de aquello que alguno de sus contemporáneos describiría más tarde, por escrito, como su «genio bivo». Misiá Clara Pando, su madre, mujer baja, nudosa, de piel más oscura, medio bizca, se acercaría con la lengua afuera.

—No le haga caso, señor architecto. No deje que lo moleste.

Él, sonriente, contestaría que no lo molestaba en absoluto. Es molto bella, señora, y molto simpática. A don José Antonio, que se pasaba todo el santo día razonando y protestando, no le diría una palabra, pero le contaría el incidente, en cambio, a Ignacio Andía y Várela, el escultor, y él, el picapiedras, gigante bonachón, de movimientos de oso y manos descomunales, no se extrañaría en lo más mínimo.

—Es un verdadero demonio —diría—, un diablillo con faldas. Pero hay que reconocer que es preciosa.

—¿Sabe? He pensado lo siguiente. La voy a esperar un poco, y después me voy a casar con ella. Usted me podría ayudar.

A Várela le sorprendería, desde luego, la decisión del italiano recién llegado, y la petición de ayuda, tan brusca, tan fuera de las costumbres. Él mismo se había enamorado de la Manuelita, creemos, cuando ella había cumplido los doce años, o los trece, pero después había preferido esperar a Josefa, la Pepita, su hermana menor, más reposada, menos peligrosa. Me conozco, había murmurado. Sabía que la inquietud, la incertidumbre, los celos, el miedo, lo destruirían. El Narrador, a todo esto, también se sorprende. Le gusta la prudencia de Varela, pero se queda con la boca abierta frente a la pasión del arquitecto, persona que calcula, que se repliega, que sabe callar, y que después, sin embargo, cierra los ojos y se lanza al vacío. Tendrá que pagar las consecuencias todo el resto de su vida, se dice el Narrador. Pero otros, por dudar, por vacilar, por no poder escoger, por limitarse a contemplar y por vivir en forma vicaria, también pagan. Estira, entonces, los brazos, y da un ruidoso bostezo. Mañana, sin falta, piensa, voy a visitar a Cristina. Porque ya basta. Y le voy a proponer que nos reconciliemos. Le voy a decir que tiro la esponja, que lo olvido todo, que doblo la página. Tiene miedo de llegar a su departamento de Santa Lucía, frente al cerro, y de encontrarse con una concurrencia de intelectuales, de políticos de izquierda y de extrema izquierda, de feministas furibundas, de profesores expulsados de sus cátedras, con sus historias de torturados y desaparecidos, sus horrores. Pero llamará de todos modos. Y pondrá, piensa, sus cartas encima de la mesa. Porque hay momentos en que está

fascinado, inspirado, seguro de todo, y otros en que duda, y en que ni siquiera se puede aguantar a sí mismo. Voy, dice, y marca los números, y cuando sale la voz al otro lado, un poco terca, un poco cansada, áspera, la duda reaparece.

Capítulo IV

DOS O tres días después. Misiá Clara dijo de repente:

—¡Interesante el italiano!

—¿El italiano?

—El de las tarimas. El que agarraste del brazo.

—¡Ah! —dijo ella—. Es que me había mareado con el puro.

—Sí. Pero, ¿pa' qué lo agarraste?

—Pa' no caerme, mamita.

—Pa' no caerte…

Iban a una casa que estaba cerca de los Teatinos, por la Cañada Baja, a visitar a una señora. Misiá Clara quería venderle un vestido que había inventado y cosido entero ella misma, en una pieza secreta del tercer patio, pero no se podía saber.

—¿Por qué, mamita?

—Porque una señora de mi posición no puede andar vendiendo vestidos.

Después dijo que José, «tu papi», andaba mal, perseguido por deudas, y que había preferido esconderse.

—¿Por eso no llega a la casa, entonces?

—Por eso.

—¡Ah!

A ella se le había borrado de la cabeza el italiano. Había ido a misa de doce a San Francisco, el domingo, y había visto al Negrito, al que le decían el Negrito, cerca de uno de los altares de los lados. Estaba mirando los artesonados del techo, de brazos cruzados, distraído. Fue entonces cuando la divisó a ella. Ella estaba en compañía de misiá

Clara, de la Pepita, y de la chola que les había llevado los cojines para hincarse. Sintió un sobresalto, una emoción que la clavaba en las baldosas. Sin el menor disimulo, el Negrito retrocedió unos pasos y la miró con la boca abierta.

—¡Qué sinvergüenza! —masculló misiá Clara, y le ordenó que se hincara y que rezara. La Manuelita se hincó y se puso a rezar, colorada como un tomate, pero lo miró varias veces, por el lado del misal, por debajo del pelo, y el Negrito le sonreía.

Supo después que se llamaba Goycoolea, Juan Joseph, y que había entrado a estudiar, justamente, en el taller del maestro de arquitectura. Tres o cuatro meses más tarde se encontró al lado suyo en unas tiestas de la Plaza, frente a un grupo de indios que tocaban quenas, trutrucas, tambores, y a unas indias que parecía que lloriqueaban cuando cantaban, como si alguien se les hubiera muerto.

—Ya sé cómo te llamas —le dijo él.

—Y yo también sé cómo te llamas tú —le dijo ella.

El, mientras los indios se desgañitaban y mientras pasaban por delante unos jinetes en pelo, le tomó una mano, la miró con tremenda intensidad, con ojos que relampagueaban, y le dijo que la quería. A ella se le nubló la vista. Sintió pánico y corrió hasta su casa sin parar. En el fondo del huerto abrazó a la Palmira, la tonta, sin decirle por qué, lanzando suspiros profundos.

—¿Qué le pasa, Manuelita? —preguntaba la Palmira, y ella contestaba que nada.

Después de eso se encontraban en la iglesia, en las procesiones, en los juegos, y no se quitaban los ojos. A veces él conseguía acercarse y preguntarle que cómo estaba.

—¿Me has echado de menos? —preguntaba.

—Sí —respondía ella—. ¿Y tú?

Una tarde ella caminaba sola, misiá Clara había partido a vender unos almácigos a una Quinta de arriba, de más allá del cerro, y lo encontró tiente a una casa.

—Entra —le dijo él—. Esta es la casa de la Luchita, mi hermana mayor, que ya se casó el año pasado. Vamos a mirar las plantaciones, las esparragueras, los tomates nuevos.

Ella miró para adentro con un poco de miedo, pero con ganas de entrar.

—¡Entra! —insistió él.

En el fondo, detrás de unas higueras, cerca de las zarzamoras, se

acariciaron y después se dieron besos en la boca, en el cuello, en todos lados, como locos.

—¡Ay! —dijo ella—. ¡Negrito mío! ¡Me da mucho susto!

Él le sacó los pechos de adentro del corpiño y le mordisqueó los pezones, mientras la Manuelita cerraba los ojos y se lamentaba con suavidad.

—Suéltame —le pedía—, ¡por favor!

En ese momento apareció la Luchita en la oscuridad, entre los arbustos, porque ya había caído la tarde, y les dijo, niños, la Manuelita tiene que volver a su casa.

—Sí —dijo ella—. Si mi mamita me pilla, me mata.

La Luchita sonrió y le dio unas palmadas cariñosas en la cabeza.

—¡Corre! —le dijo, y la empujó un poco por la espalda.

Dos o tres semanas más tarde, misiá Clara dijo que tenía que hablarle de algo muy serio.

—¿A mí?

—Sí —dijo misiá Clara—. A ti.

Misiá Clara le explicó que el italiano, el señor Tuesca, estaba interesado en casarse con ella, contigo, y a ti te conviene mucho…

—Pero yo no lo quiero, mamita —dijo la Manuela, y bajó la cabeza—: Quiero a otro.

—Ya se te pasará —replicó misiá Clara.

—¡No se me va a pasar!

Misiá Clara le preguntó, entonces, si quería ver a su padre, a don José, en las celdas del segundo piso de la Real Audiencia, las que destinaban a los caballeros extraviados. ¿Quería que la familia mendigara, o cayera todavía más bajo? Manuelita no pudo contestar. Sólo pudo llorar a mares, moviendo la cabeza. Al italiano, dijo misiá Clara, aparte de los trabajos de la Catedral, que le daban dos pesos fuertes al día, ¡cada día!, le habían encargado, ahora, que construyera una Casa de Moneda, un palacio de varios pisos, de piedra pura, con balconería de lujo, con un escudo real que iba a ser esculpido por Ignacio Várela.

—¡Te dai’ cuenta!

Manuelita movía la cabeza como una desesperada.

—Vis a ser una de las señoras principales de todo el Reino.

—¡Yo no quiero, mamita!

—¡Chiquilla lesa! ¡Tenis que querer, no más! La calentura por ese

Negro se te va a pasar, ¿y después qué?

—Prefiero morirme —dijo ella.

—¡Ya! —exclamó misiá Clara, y le pellizcó una oreja, la empujó a salir al jardín a tomar un poco de aire. Después le advirtió a la Pepita que iban a tener que turnarse para vigilada. No dejarla ni de día ni de noche, ni a sol ni a sombra. Porque era tan bonita, ¡un sol!, pero tan porfía, y no fuera a ser que fuera a desgraciarse.

Pepita, conmovida, con los ojos húmedos, acariciaba el pelo de azabache de su hermana mayor.

—Yo tampoco quiero mucho a Ignacio —le decía—. Lo encuentro demasiado grandote, y suda demasiado. Pero es muy güeña persona. Y me voy a casar, igual, con él.

—Yo voy a subir a la cumbre de un cerro —contestaba ella, mirando hacia las montañas—, y me voy a tirar por un barranco. O me voy a vestir de gitana y voy a desaparecer con mi Negrito, rumbo al norte.

—¿Y de qué van a vivir? ¿Van a comer yerba?

—Ojalá vuelva luego mi papá —dijo un día—, y me salve.

—Ojalá —respondió la Pepita, mirando a su hermana con cara de lástima, con ternura, como si los papeles se hubieran invertido, como si la Manuelita hubiera pasado a ser la hermana menor—. Pero no creo.

Misiá Clara contó, después, que ellas, por lo Fernández de Rebolledo, eran descendientes de condes y marqueses de las Españas, ¡qué se habían creído!, y no podían andar botadas por ahí, de pordioseras, con el papá mirando la Plaza del Rey desde atrás de las rejas, ¡y todo por un pellejo!, cuando el italiano, además, con sus trajes negros, con su facha, era un príncipe. Y no pedía un centavo de dote. Y le daba su aval a José, a don José, que andaba en apuros porque era de pata en quincha y se gastaba todo en las ramadas, escuchando a las de Petorca, bailando, empinando el codo.

—Sí, mamita. Pero…

—¡No hay pero que valga! —vociferó misiá Clara, con los brazos en jarra, con relámpagos que partían de las nubes de sus ojos.

Capítulo V

FUE A visitar a su padre una tarde que estaba solo, tranquilo, con todas sus vendas, pero con los moretones ya suavizados por el paso de los días, y él le habló. Lo hizo con relativa calma, con ánimo pensativo, mirando los arbustos. Le contó lo suficiente como para que él pudiera imaginarse lo que había sucedido. Le dijo que despertó, esa noche, medio agitado, bañado en transpiración, y sintió que había alguien en la oscuridad. Alguien, dijo, estaba respirando en la oscuridad. Al comienzo quiso prender la luz, pero después le dio miedo. La persona que respiraba en la oscuridad podía ser peligrosa. Su pistola, la de siempre, con su funda de cuero gastado por los años, estaba lejos, en uno de los cajones del closet, el del fondo, y habría tenido que cruzar todo el dormitorio para agarrarla. A todo esto, era bastante tarde, más de las tres, cerca de las cuatro. Hora de toque de queda, como lo indicaba el silencio de la calle. Su última hora, quizás, pensó, y en pleno toque. Pero la respiración, la sombra, en ese momento, se alejó. Tuvo la sensación de que había salido de la pieza. Le pareció saber quién era, además, a pesar de que no podía estar seguro. Ni de eso, ni de nada. Si eres tú, te voy a matar, o tú vas a matarme a mí. Se levantó, entonces, buscó las zapatillas de dormir en la oscuridad, con los pies fríos, y se puso la bata. Salió hasta el corredor de afuera, el que desemboca en la escalera, y prendió la luz. ¿Por qué no sacó la pistola antes? ¿Quería que lo matara de una vez por todas, en lugar de matarlo? Él, el ladrón, estaba al otro lado de la escalera, cerca de las piezas del fondo, y no sabía para dónde cortar. Si yo hubiera estado durmiendo en la casa, se dijo él, es decir, el hijo de don Ignacio, el Narrador, me habría asomado y el ladrón me habría disparado a quemarropa. No habría contado el

cuento. Pero estaba todavía en Madrid, en vísperas de su viaje. Pensando que se despedía del mundo, sí, pero no todavía de la vida. De lo que el mundo era o parecía que era, allá. El viejo, entonces, abrió la boca para preguntarle, ¿qué hacís aquí, vos?, y el otro levantó los brazos, como un pajarraco, y le pegó el primer culatazo con su pistola grande, dada de baja del ejército. ¡Roto desgracia'o!, alcanzó a gritar, ¡sinvergüenza!, pero no está seguro. Calcula que las palabras, tal como las dice ahora, cuando le cuenta en el jardín ya oscuro, en voz baja, con la cara llena de vendajes, no le salían. El otro, ¿el que había trabajado con usted?, el viejo no responde nada, pero tampoco niega, levantó los brazos de nuevo, con cara de loco, de rabia homicida, la misma que tenía, que debía de haberle visto cuando lo echó de la casa, por ladrón, y él, ahí, después del golpe en el cráneo, en medio de la sangre caliente que le bajaba por entre los ojos, que le entraba en la boca, pudo sacar la voz, al fin, y gritar a todo lo que daba. Parecía que el gusto viscoso de la sangre le hubiera abierto los pulmones, o fueron ideas suyas. El caso es que gritó a toda fuerza, pidiendo auxilio, a sabiendas de que la Leontina, la muy puta, la culpable, no haría nada. Volvió a sentir el golpe de la culata, que me estremeció, dijo, abriendo los ojos, toda la caja del cráneo, que me sacudió los huesos de todo el cuerpo, y grité como un barraco, manoteando, preguntándome si podría resistir, o si la bestia, salida de no se sabía dónde, me aniquilaría. ¡Bestia!, le dijo: ¡Bestia inmunda!, mientras el pecho se le hinchaba como si fuera a reventar, y vio, entonces, que el otro bajaba por la escalera, con los pies chuecos, más asustado, ahora, que él, con la pistola en la mano izquierda, porque era zurdo, y hasta se acuerda de sus zapatos sucios, de suelas carcomidas, y pegó un tiro que se incrustó en la cubierta de cristal de un grabado, una escena del Reino de Siam, con palanquines y elefantes, a pocos centímetros de su brazo izquierdo, anda a verlo, dice, quedó con el cristal quebrado y la bala incrustada en el papel, y otro, al llegar al descanso de la escala, que sintió silbar encima de su frente y se clavó en el tedio. El, en ese instante, ya lo sabía todo. Sabía que se había salvado por un pelo, y pensaba que en el futuro tendría que defenderse con dientes y uñas, como gato de espaldas. Porque el ladrón volvería, protegido por el toque, con su pase libre, su pistola dada de baja, o, quizás, en servicio, y se vengaría. Y cuando el Narrador insistía, después, en que lo secara en la capacha, porque no podía ser otro, Eligió, el mozo que había tenido la extraña ocurrencia de contratar, poco después del golpe, en el casino de un Regimiento, porque en aquellos días sólo le daban confianza los milicos, el viejo, don Ignacio,

lo paró en seco. ¡Mocoso leso!, pareció pensar, como en los tiempos anteriores. Si hubieras llegado un par de días antes a Chile, y hubieras estado durmiendo en la casa, ¡te mata de un viaje!

El Narrador se cansó de insistir. Vio pasar a la Leontina por entre los arbustos, cambiando de lugar la manguera del riego, y le dijo a su padre en voz baja: ¡Echala! Sí, contestó su padre, la voy a echar. Pero no le des más vueltas al asunto. Consígueme un par de buenas pistolas, y si puedes, con tus amigos de por ahí, un fusil ametralladora. El miró a su padre, y el viejo, con sus vendas y sus cicatrices, los hematomas que iban poniéndose amarillos, hizo un gesto de impotencia, como diciendo: ¿qué puedo hacer yo? Era, al fin y al cabo, su castigo. Había escogido a ese hombre porque tenía todo el aspecto de pertenecer a los servicios de Seguridad, por eso, no por otra razón, y ahora, ya ves. Voy a defenderme a balazos. ¡No me queda otra!

La bestia, Eligió, era un hombre más bien flaco, de estatura mediana, de pasos cortos y rápidos, pelado al rape, y había participado, seguro, en las cosas más negras, había formado parte, quizás, de los encapuchados del Estadio Nacional, había despachado a más de uno de un tiro en la nuca. Cuando le robó los billetes en dólares, que guardaba en un cajón del closet, detrás de los calcetines, y lo despidió con viento fresco, alcanzó a pensar: capaz que vuelva y me mate, por venganza. En lo cual no se equivocó mucho. Y después comprendió que se había entendido con la Leontina, con la puta de la Leontina, y cometió el error de no echarla también con viento fresco. Lo que sucedía, pensó el Narrador, era que la Leontina, en momentos especiales, cuando hacía mucho calor y el viejo no podía dormir, cuando estaba con la televisión puesta después de la medianoche, con el Festival de Viña, por ejemplo, a todo forro, entraba con el delantal medio desabrochado, y debajo no tenía nada. ¡Leontina!, y ella, entonces: Ya, don Ignacio, quédese tranquilo. Cierre los ojos. Trate de dormir. ¡Así! Como un niño bueno. Y después, a la mañana siguiente, a vista y paciencia suya, sacaba del cajón de los calcetines uno de los billetes gordos. ¿Está bien?, preguntaba, con sus ojos extraños, de reborde oscuro, y él, ¿qué le iba a contestar? Sí, Leontina, le decía: Está bien.

Y su hijo, el extraño, el aficionado a la tinta, que había tenido la ocurrencia de volver ahora, ¡qué sabía! Y la Mariana, la Nina, con sus curas, ¡para qué decir! Eran mal pensados, y sospechaban algo, y les encantaba la idea de quedarse con todo. Por eso tenían tanto miedo de sus devaneos, de sus salidas, de lo que llamaban sus amistades raras.

—Pero yo —replicaba el viejo, furioso—, me voy a atrincherar, y me

voy a defender a tiro limpio. ¿Qué dices? ¿Qué estoy loco? A lo mejor, y ¡viva!, y pásame una copa de champaña con frutas.

—¿Para qué?

—Pues, ¡pa' qué va a ser! ¡Pa' celebrar!

No había nada que celebrar, desde luego, pero el viejo era así, contradictorio, y algo eufórico, rasgos que con la edad y con los culatazos en la cabeza se le habían acentuado. Le había dado, pues, por brindar, y por rodearse de enrejados, y de alarmas electrónicas, y por armarse hasta los dientes. Como un caballero atrabiliario de los tiempos que corrían. Porque las alimañas habían salido de sus madrigueras, de noche, y andaban sueltas.

—Una pistola automática, o un fusil ametralladora, pero de tamaño chico, manejable —murmuraba, poniendo la boca en forma de tubo para absorber una de las frutillas empapadas en champaña—, es lo más práctico de todo. La mejor manera. ¿O crees que voy a dejar que me hagan papilla? ¡Pschtt! ¡Que ni se lo sueñen!

Capítulo VI

TAL COMO se convino con don José y sobre todo con misiá Clara, que tenía la sartén por el mango y que terminó de convencer a la Manuelita, dijeron, con un par de gritos y con algunos coscachos, y con la promesa difusa, contaron las malas lenguas, de que le permitiría juntarse a escondidas, de cuando en cuando, con el Negro Goycoolea, el matrimonio tuvo lugar a comienzos del año siguiente, el año de gracia de 1783, que un poco más tarde, a causa de la avenida grande del río Mapocho, fue conocido como año de calamidades, y se celebró en la iglesia vieja de Santa Ana, donde fue bendecido por su párroco, don Antonio Díaz. Toesca ya estaba cerca de terminar los planos de la Casa de Moneda. Después de la primera visita del terreno, había emprendido un combate singular, nunca visto en estas tierras de componendas, para encontrar un sitio salubre, no infiltrado por siglos de basura y de aguas pantanosas.

Entregó los planos definitivos, bien calculados y trazados de su propia mano, tres semanas exactas después de su matrimonio. ¡Qué tipo!, exclamó don José, ¡qué fiera! Se había colocado una capa, don José, un antifaz, una nariz de goma, y pensaba partir a la Chimba en esa facha. Así tenía que ser, respondió misiá Clara, mirándolo de alto a bajo. Si te casabas con un hombre mayor, era pa' que trabajara y cumpliera, pa' que ganara y juntara, no para que anduviera haciendo de payaso. ¡Cómo vos! (echando chispas), y don José, acostumbrado, salió a la carrera, sin despedirse.

A mediados del mes de abril, cuando apenas llevaba

Toesca treinta y cinco días de casado, le ordenaron que viajara a Lima. Había que someter los planos a la aprobación del virrey y de las

autoridades superiores. Volvió de palacio, donde había recibido esta orden perentoria, y encontró a la Manuelita sentada debajo de los paltos, cerca de la zarzamora del fondo, no muy lejos del galpón donde trabajaban los discípulos (Goycoolea, el Negro, entre ellos). Parecía absorta, dedicada a contemplar el revoloteo de los picaflores, que se quedaban parados en el aire, chupando el néctar. Bebía, ella, por su lado, sorbos de aloja, porque era un otoño extraño, más caluroso que lo normal, con el aire pesado, y andaban anunciando por ahí toda clase de cataclismos. Escuchó que su marido, el signore Toesca, partía de viaje, y siguió mirando los picaflores, sorbiendo aloja, abanicándose con un abanico de carey.

—¿No dices nada?

—¿Y qué quiere que diga, señor?

—¿Por qué me tratas de señor?

—Porque usted es mi señor, p'us.

Y si los señores de más arriba lo mandaban a Lima, tenía que ir, nomás. Él se preparó en cuestión de horas, con intensidad, con cuidado, sin olvidar el menor detalle, de acuerdo con su manera (tan extraña, decían todos), y partió a Valparaíso a caballo, por el camino de carretas. Lo acompañaba Juan Peralta, uno de los ayudantes de albañiles, pero desde el puerto seguiría viaje solo. Llevaba los planos en carpetas grandes, y, como siempre, el libraco de un tal Vitruvio, además de los dibujos de los ángeles de piedra, y los de un par de homos de metales, y uno del fondo del huerto de su casa, con un perro, un gato, y la sombra de ella entre los arbustos y las manchas de las flores, cerca de los talleres: un perfil borroso. Desde Valparaíso le mandó una carta contando que estaba listo para embarcarse al Callao en un barco francés y que pensaba volver dentro de un par de meses. Si Dios lo quería. Le pedía que se cuidara, que se arropara en las tardes, y le mandaba saludos a misiá Clara, a don José, a la Pepita y a Ignacio, también a don José Antonio y la Merceditas, si es que se los encontraba por ahí. En Santiago, el calor, bajo un cielo fijo, continuó durante días. Después, una tarde, hubo un remezón muy fuerte, largo, con cara de terremoto, que cuarteó las paredes de las casas, la suya, en el costado de la Catedral, y la de misiá Clara, más al sur, y trizó algunas tejas y algunos tinajones de greda. Los remezones siguieron durante dos días, sin parar, acompañados de ruidos subterráneos, de ladridos lastimeros, de rebuznos, de oraciones de mujeres que se golpeaban el pecho y pedían a gritos el perdón de sus pecados. Al tercer día aparecieron nubarrones enormes, que confirmaron los decires de alguna gente, Ignacio, entre

ellos, y la Pepita, sobre el Día del Fin, y en las montañas de la costa se divisaron relámpagos acompañados de un trueno seco, un arrastrar de peñascos.

—Primero tendría que venir un diluvio —explicó Ignacio, quien ya le había regalado un anillo de oro grueso a la Pepita y estaba en estado de permanente éxtasis, fuera de este mundo, dedicado a esculpir ángeles todo el santo día—, y después habrá una lluvia de hostias muy blancas, todas consagradas, y que tendrán en el centro una gota de la sangre de Jesucristo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la Manuelita.

—Porque mi primo jesuita, el que ahora está en Italia, estudió el asunto a fondo, y me ha hecho llegar algunos de sus papeles para que los copie y los reparta.

A la mañana siguiente empezaron a caer goterones gruesos, espaciados, y en la tarde llovía en forma torrencial, sin parar, como si se hubieran abierto las esclusas del cielo. Llovió toda la noche y todo el día siguiente, y al mediodía del día que siguió dijeron que el río había crecido mucho y que un poco más arriba de las Cajitas de Agua había empezado a salirse de su cauce. Ella entró a la cocina y se encontró con Goycoolea, Juan Joseph, que había llegado a tomarse una limonada caliente. P'al frío. Él le clavó los ojos negros, brillantes, y ella sintió que las venas se le habían encrespado.

Después se encontró con misiá Clara en uno de los corredores y le dijo: ¡Ay, mamita!, con los ojos desencajados. Se quedó encerrada en la casa, mientras la lluvia no cesaba, pensando casi todo el tiempo en Juan Joseph, en dónde se guarecería de tanta agua, que a veces se convertía en granizo y hasta en cascotes de hielo. Al quinto o al sexto día oyó voces en la puerta de calle, en un minuto en que el temporal había amainado, y llegó un vejete del vecindario, un militar que tenía los bigotes retorcidos para arriba en forma de tirabuzón, y contó que las aguas bajaban en remolinos, bramando, y que arrastraban animales muertos, techos de casas, troncos enteros de árboles. Goycoolea, que pasaba por ahí y había entrado detrás del vejete, agregó que el Mapocho, ahora, estaba cubriendo los arcos del Puente de Cal y Canto. Otra persona, desde todavía más atrás, comentó que los tajamares se habían roto en la curva de Quinta Alegre, por el Oriente, en un lugar donde las aguas golpeaban, dijo, «a toda juerza», no hallando «p'a dónde ganarse», y un hombre flaco y medio tartamudo, con la lengua enredada en una baba espesa, a quien la Manuelita había visto en las naves laterales de Santa Ana y en las de la Recoleta, informó que las

huertas de la Cañadilla estaban inundadas: habían partido huasos a caballo para sacar a lazo a los que se habían quedado atrapados.

—Vamos a ver la inundación —le dijo Goycoolea a la Manuelita, al oído, y ella respondió: güeno, vamos, y se fue a buscar una manta gruesa, de Castilla. Salieron a mirar el Puente por la parte del sur, y ella daba saltos por entre los claros, las piedras, los tablones, levantándose las faldas y embarrándose hasta más arriba de las rodillas, haciéndose la sorda frente a las tallas y los piropos de los carreteleros atascados, de los gañanes, diciéndole a Goycoolea: ¡No les hagai caso! Consiguieron subirse a un peñasco, a pesar de que estaba atestado de mirones, y vieron un techo de tablas y restos de coirón que flotaba a la deriva. Encima, moviendo las patas para mantener el equilibrio, había un gallo mojado, desplumado, y un par de gallinas castellanas, y unos gansos que se habían atorado, que no graznaban, que sólo miraban con ojos duros, y unos jotes que piaban y lanzaban alaridos raros, como si tuvieran el pescuezo herido. El techo quedó aplastado debajo de uno de los arcos del Puente y las aguas enseguida se lo tragaron: la Manuelita alcanzó a divisar el revoloteo de una de las gallinas cuando se ahogaba y se aferró de un brazo de Juan Joseph.

—¡Tengo miedo! —dijo, creyendo que el fin, como lo había anunciado Ignacio Varela, se acercaba, y él le dijo que no tuviera miedo de nada. Él estaba ahí, Manuelita, ¡pa' cuidarte!

El Narrador supone, puesto que no hay muchos detalles, aun cuando la imagen del techo de tablones con las aves que lanzaban graznidos cluecos, de pesadilla, figura en una de las crónicas recogidas por el historiador difunto. Supone, y se imagina, después, que Juan Joseph, de regreso en la casa de Toesca y la Manuelita, empapado hasta la médula de los huesos, tomó un baño de tina caliente, y que una de las negritas le frotó la espalda con una esponja, mientras doña Manuela esperaba afuera y le contaba la avenida del río a su madre, que se había ido a vivir con ella durante la ausencia de Toesca en Lima. Después del baño de tina le dieron sopa de coliflores en un plato de estaño, hirviendo, y un escabeche de conejo de chuparse los dedos, y tres huevos fritos con prietas requemadas, rellenas de sangre espesa, seguidos por un pedazote de torta de mil hojas que él, Juan Joseph (nombre que otras crónicas escribían como Juan Josef), regó con aguardiente puro, ante los gritos de sorpresa de la Manuelita y las sonrisas complacientes, cómplices, de misiá Clara. Como estaba cubierto con mantas de la casa, puesto que su ropa se había empapado, quedó entendido que dormiría en una de las habitaciones del fondo. Ella miró a misiá Clara y misiá Clara miró para

otro lado. ¡Ay, mamita!, susurró, sin voz alguna. La chicoca coja, la Herminda, caminó hacia el fondo con un cargamento de sábanas y frazadas. Otra, una de las negritas, llevó un calentador de bronce, lleno de brasas al rojo vivo, para la cama, y le encargaron, además, que preparara un brasero.

—Y ponle la botella de aguardiente en el velador —ordenó la vieja, cuyos ojos no veían casi nada, pero que lo organizaba todo con la visión de adentro y con la ayuda de algunas sombras, algunas luces difusas.

La Manuelita, entonces, sin decir una palabra, se colocó una blusa negra, escotada, y se impregnó los labios con tintura roja. Se puso los zarcillos de azabache, largos, filamentosos, que la fascinaban, pero que no se ponía casi nunca, y se desanudó las dos trenzas, dejando que el pelo oscuro, sedoso, se derramara sobre los hombros. Se miró en el espejo y se asombró, porque parecía otra persona, una persona que ni ella conocía, y tomó una palmatoria con una vela.

Mientras se interna por el corredor, en camino a las habitaciones del fondo de la casa, iluminada por la vela que tembleque a, el Narrador se soba las manos, como si el frío de la noche de lluvia se le hubiera contagiado. Por su lado, metido adentro de la cama, sudando de calor, Juan Josef, el Negrito, está en espera.

—Vine a ver si te faltaba algo —dice ella.

Él le quita la palmatoria con suavidad, la pone encima del velador, apaga la vela de un golpe y la hace sentarse al lado suyo. La habitación sólo queda iluminada por el resplandor rojizo del brasero. El, entonces, le toma una mano y se la besa con intensidad. Después lleva esa mano y la pone en su pecho desnudo, en el sitio del corazón. La Manuelita se inclina con lentitud, mirando un reflejo cambiante en la pared gruesa, encalada, y Juan Joseph la besa en la boca. Después aprieta un poco su mano y la arrastra hacia abajo. Deja la mano suelta, y la Manuelita no la retira. Juan Josef le desabrocha entonces la blusa negra. El tamborileo de la lluvia en el techo, acompañado de rayos ocasionales y de truenos lejanos, es de una monotonía incesante. En medio del diluvio universal, misiá Clara, encerrada en su dormitorio, reza, y sabe que la Manuelita ha pasado para el fondo de la casa, y está segura de que es el diluvio del fin, y de que los grandes amores serán perdonados por el Cristo de la Misericordia. La habitación rojiza, con sus resplandores cambiantes reflejados en las paredes, cálida, es una isla, una cápsula extraviada en el espacio.

Y también, se dice el Narrador, en el tiempo.

Capítulo VII

EN LAS primeras horas del amanecer, de un modo que a la Manuelita le pareció milagroso, y que la señora Clara, por motivos diferentes, también encontró cuestión de milagro, la lluvia paró por completo. Paró así, de repente. Las oraciones de los vecinos, las súplicas de las beatas y de las monjas, las misas de tres curas, seguidas de procesiones alrededor de las iglesias, de exposiciones de imágenes, de invocaciones, habían sido escuchadas. Antes de las nueve se asomó por las cumbres nevadas un sol radiante, que arrojó una luz y un calor de redención sobre los escombros, el desastre descomunal, los movimientos de las ratas por entre la basura y los patacones de barro. Juan Josef, que no creía en milagros (como el mayorazgo Rojas, como el propio Toesca, como más de algún otro, sin excluir, quizás, al mismo obispo), se rió y se encogió de hombros.

—Mejor me voy —dijo.

—¿Tenis miedo? —preguntó ella, y él respondió que no, pero ella le miró la cara y pensó que sí tenía. Toesca llegó ocho o diez días más tarde, lleno de papeles y de dibujos, un poco pálido, de buen ánimo, hablando el español mejor que antes, puesto que había tenido que discutir mucho con los del Perú, y a las dos horas, cuando la carreta con sus bultos todavía estaba parada un par de cuadras al sur, en un callejón, con los bueyes desuncidos para que descansaran y se defendieran mejor de los tábanos, ya lo habían mandado llamar del palacio de gobierno. Ojalá que no le digan nada, pensó ella, aun cuando era difícil que alguien no le dijera: Juan Josef había seguido apareciendo en las noches, después de averiguar si él todavía no había llegado, colándose por entre las rejas de la calle para deslizarse hasta la

habitación del fondo. Ella, en su dormitorio, lo esperaba. Apenas veía pasar la sombra por el jardín, tomaba la palmatoria y corría a encontrarlo. Cuando pasaba cerca de la puerta de misiá Clara, notaba con el rabillo del ojo que había luz en las rendijas. Igual seguía su camino, golpeaba en la puerta del fondo con suavidad, con el corazón desbocado, y entraba.

Toesca, a todo esto, a pesar de que recién había llegado del Callao y de Valparaíso, partió al taller, el galpón del fondo del huerto, a buscar su cartapacio, sus planos y documentos más importantes. Hojeó a la carrera el Vitruvio, sin recordar si dedicaba alguna página a los aguaceros, a las inundaciones, a la protección de las ciudades contra los ríos. La vieja Eufemia, la empleada que ayudaba en la cocina y barría el taller y las piezas del último patio, le preguntó si buscaba algo.

—Mire en esa pieza —le dijo, a pesar de que Toesca no le había respondido, y mostró con un dedo curvo, ganchudo, la habitación donde la Manuelita y Goycoolea habían empezado a encontrarse desde la noche del 15 al 16 de junio, es decir, desde la última jomada de aquello que ya todos conocían como la avenida grande del Mapocho, la más grande del siglo y de muchos siglos. La Anunciadora, según Ignacio Várela, y según, también, misiá Clara y algunos otros.

Toesca no supo cómo reaccionar. Le hizo un gesto brusco a la vieja. Enseguida, descompuesto, ¿por qué tenía que ponerse así?, ¿por qué temblaba tanto?, se asomó al cuarto del fondo. No había nada: un vaso con un clavel rojo medio marchito encima del velador; una colcha tejida, bastante arrugada, tirada sobre la cama; un pesado sillón de balancín, en un ángulo donde el muro estaba carcomido por la humedad, por manchas verdes y amarillas, con el enjuncado roto. ¡Nada!

Tuvo una larga conversación con sus ayudantes principales y con un par de alarifes. Llegó a la conclusión de que las arcas de la Capitanía General estaban vacías, y de que los primeros intentos de conseguir ayuda de los vecinos principales habían sido un fracaso rotundo. ¡Estos fregados no soltaban prenda ni aunque bajara el Mesías en toda su gloria! Dijo, entonces, él, que necesitaba unos veinte o treinta presidiarios, por lo menos, aparte de algún alarife de confianza, y que para comenzar la tarea le bastaba con unos cinco mil estacones de cinco varas de largo cada uno. El gobernador dio órdenes de que fueran a buscar las estacas en los huertos de los alrededores, a prorrata de cada propiedad, dijeran lo que dijeran los dueños, y se quejó, acto seguido, de sus dolores de barriga, que no le dejaban dar pestañada. Sirvieron

chocolate en grandes tazones de porcelana, con abundancia de churros recién hechos, bien calientes, pero el gobernador, con su cara de sufrimiento, sólo pudo probar un agüita de boldo. Uno de los ayudantes dijo que ya había visto a las monjitas del Carmen Bajo paseando y conversando, riéndose, por los huertos de la Recoleta, felices de haberse salvado de las aguas, calzadas, algunas de ellas, con zapatones que les habían prestado los padrecitos. Los huasos brutos las habían agarrado de mala manera, y ellas habían creído que iban a morir ahogadas, pero ya todo, gracias a la misericordia divina, había pasado.

Él bebió la mitad de su tazón y declaró que pondría manos a la obra de inmediato. Era poco aficionado a las sobremesas, al dicharacheo, y las lentitudes, las vaguedades, las ambigüedades criollas, solían sacarlo de quicio. Pero ya se había metido en esto, y, como decían los lugareños, tenía que apechugar. Fue, pues, a explicarles a los hombres la forma y el tamaño de las estacas que necesitaba para levantar las estacadas más urgentes. El Narrador se imagina que pensaba, que quizás pensaría: ¿y para esto estudié tanto? Pero la verdad es que la idea de construir una ciudad, la cabecera de todo un reino, desde los fundamentos más elementales, desde el barro primordial, allá en el fin del mundo, enseñándole a la gente a levantar estacas y a cocer ladrillos, no le disgustaba. Sentía, en cierto modo, que los tiempos antiguos habían vuelto. ¡Qué Roma no se había levantado en un solo día! Pasó, por lo tanto, al patio nauseabundo de la cárcel para seleccionar a los presos, porque ya conocía a los mejores con motivo de los trabajos de la Catedral. ¡Yo, patroncito, maestrito!, gritaban, con las bocas sin dientes, con las manos donde faltaban dedos. Llegó a su casa después de las diez de la noche, comió un poco de pan recién salido del homo de barro, un queso rancio de cabra, unas rodajas de cebolla con aceite, y se tumbó a dormir. Trabajó todos los días que siguieron desde las siete de la mañana hasta bien entrada la noche. Cuando salía de la casa, Manuelita bostezaba, medio dormida, y cuando regresaba ya estaba roncando con suavidad, con la boca abierta. Una noche llegó un par de horas antes de lo habitual, quizás por qué, ¿por ver a Manuelita, por estar con ella, por sospechar algo?, y percibió un silencio extraño: la sensación de una espera, quizás de una ausencia. Caminó hasta la habitación del fondo, la que le había señalado la vieja Eufemia con su dedo de gancho, y adivinó que había alguien adentro. No supo si la puerta estaba con llave, pero no quiso golpear ni tratar de abrirla. Tampoco quiso buscar el grueso manojo de llaves que se guardaba en un cajón del repostero. ¿Por qué no quiso? ¿Y por qué no intentó abrir? El Narrador se hace la pregunta,

y sabe que no tiene respuesta. O sabe que Toesca, su personaje, su invención, no la tiene, o no la tenía en ese momento: una respuesta clara. Se lo imagina clavado en la oscuridad, cerca de los barrotes de la ventana, escuchando un rumor, un suspiro, o un silencio de respiración retenida. En la condición humillante de un espía en su propia casa. Había viento en las ramas pesadas de los árboles de la casa vecina, la del oficial del Regimiento, y de repente caían goterones de lluvia, como si el diluvio de hacía pocas semanas se fuera a reanudar, como si el fin, de nuevo, se estuviera acercando. Avanzó un poco más, sin hacer ruido, y trató de mirar por entre los postigos cerrados. Vislumbró una luz como de vela colocada en el suelo de tierra apisonada, cosa extraña, y alcanzó a percibir, o le pareció, un sonido, una sombra. Podían ser ideas suyas. ¿Por qué, en ese caso, para salir de la duda, no llegaba hasta la puerta, simplemente, y la abría? ¿Porque no se atrevía? Pensaría, suponemos, en la extrañeza de estar ahí, un espía o algo peor: un ratero (en su propia casa). O un degenerado. Y miraría para atrás, por encima del hombro, temiendo que la Eufemia, o la chica tonta de las piezas, o la chicoca coja, la Herminia, o misiá Clara, con sus ojos de bruja cegata, lo estuvieran, a su vez, espiando. Retrocedió en la punta de los pies, en su vestimenta de cuervo, paños negros, hebillas plateadas, entre las sombras y las luces de una luna casi llena, pero oculta por nubarrones, por presagios, y entró al comedor. Habían colocado grandes alcachofas en los tres puestos, el de misiá Clara, el de la Manuelita y el suyo, y en un platón de peltre, al centro, un montón de piñones, de avellanas, de nueces. También había una alcuza con aceite y un jarro de greda lleno de chacolí frío. La Manuelita, se dijo, ya no necesita que misiá Clara le haga compañía en las noches de aguacero. Y se dijo, después, que todavía no era tiempo de espárragos, y que cuánto faltaría. Crujió la puerta pesada y la Manuelita entró, un poco desencajada, más ojerosa que de costumbre, más ausente, y, por eso mismo, muy tranquila, hundida en su sueño, en sus ocurrencias, en su manera caprichosa.

—¿Dónde estabas?

—Y usté, ¿cómo que llegó tan temprano?

—Sí, pero tú…

—Había salido a caminar por los huertos vecinos. Me había baja’o un sofoco.

Suponemos que Toesca no había escuchado nunca la palabra sofoco, y que la descartó, y que le preguntó, enseguida, con voz incierta, como si se estuviera asomando a no se sabe que, ¿a una sima?, si no era ella la que estaba encerrada hacía poco rato en la pieza del fondo, y con

quién.

—¿En la pieza del fondo?

—Sí —insistió él—, en la del fondo —pero ella, en lugar de contestarle, salió al corredor y se puso a llamar a gritos:

—¡Mamita, ven a comer!

Entonces, cada día más arrugada y más chica, con los ojos más velados, un verdadero engendro de las tinieblas, apareció misiá Clara detrás de su hija, que tenía la cabellera negra desparramada encima de los hombros de nieve, y cuyos ojos, más hermosos que nunca, se habrá dicho Toesca (pensamos), lanzaban chispazos, relámpagos más bien sombríos.

—¡Bah! —masculló misiá Clara—. No sabía que Toesca ya había llegado.

Porque así lo trataban, ella y su hija: de Toesca, o, a veces, lo que era peor, de Tuesca.

—Sí —declaró él—, llegué. Y la Manuelita ya no tiene necesidad de que usted la siga cuidando.

—¿Y quién la va a cuidar, entonces?

—Yo me encargaré de eso.

La madre y la hija (calcula el Narrador) se miraron, se sentaron en sus respectivas sillas de palo, a cada lado de Toesca, que ocupaba la cabecera de la mesa, y se persignaron. El arquitecto se habrá echado para atrás en el respaldo de cuero reseco, un sillón frailero que había traído de Lima, y las habrá observado rezar en voz baja antes de ponerse a comer: la Manuelita, su mujer, extraviada, y la otra, su suegra, la bruja, enferma de rabia, soñando con clavarle un alfiler y vaciarle los ojos. A pesar de que era ella la que los había casado. Para salvar a don José, para rescatar a toda la familia, por lo que fuera. Pero así es el mundo, se diría a sí mismo, con lucidez, con no poca tristeza, así son las cosas.

Capítulo VIII

EN SU habitación oscura, con los papeles repartidos encima de la cama, el Narrador se hunde en las sábanas, como un náufrago, y cierra los ojos. Después de un rato se viste, le dice a la Filomena que no lo espere a comer en la noche, y sale. El tenor que vive al fondo del corredor está cantando que se las pela, y se escuchan voces, risas alegres, tintineo de copas. Él toma un taxi destartalado en la esquina de Estado con Merced y le indica la dirección de su padre. Lo encuentra sentado en la terraza, en la luz declinante del atardecer, con las manos apoyadas en su bastón de madera, con la cabeza más vendada que nunca, con cara de fiera. A su alrededor parece que han crecido las rejas protectoras, terminadas en puntas de lanza, los garfios, los cerrojos, las defensas de toda clase. Encima de una mesa tiene dos pistolas cargadas. Si alguien asomara la cabeza por encima del muro del jardín, sería recibido a balazo limpio. Y si el viejo, don Ignacio, estuviera en posesión de un fusil ametralladora, como lo ha pedido con insistencia, recibiría, el asomado, el intruso, unas cuantas ráfagas mortales.

—¡Tenga cuidado! —suplica él.

—Tengo muchísimo cuidado —contesta don Ignacio.

En la noche llega un amigo de juventud del viejo, un arquitecto de origen italiano, ¡como Toesca!, pero que no se interesa para nada en historias pasadas, en sutilezas improductivas. Practica, por el contrario, lo que llaman en Chile «estilo francés», imitación remota de los hoteles particulares del París de los siglos XVIII y XIX, y se enriqueció construyendo mansiones para los ricos y, sobre todo, para los nuevos ricos, mansiones que en su día brotaron como las callampas en las planicies y las lomas del barrio alto. Llega con su señora, una mujer

dulce, rubia, de ojos candorosos, la antítesis de doña Manuela Fernández de Rebolledo, o, si es por eso, de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer, más conocida desde los primeros tiempos coloniales como la Quintrala. Se entabla una conversación larga, más bien evasiva, en vista, sin duda, de la presencia del hijo de don Ignacio, más sospechoso de rojo que de pródigo, en especial en los tiempos que corren, y el hijo, vale decir, el Narrador, en un momento determinado, y ya no sabe muy bien por qué, a causa, quizás, de aquella pasada por Madrid para tomar el avión a Chile, menciona a los nuevos reyes españoles, monarcas constitucionales y que facilitan, al parecer, el paso a una situación, a una palabra que no se atreve, cobarde, a pronunciar. Escucha, entonces, un ruido a su lado, un resoplido, un golpe de bastón en las baldosas, y observa, con asombro, que el arquitecto, con gran esfuerzo, porque es alto y cojo, y además se encuentra en el filo de los ochenta, y está, por añadidura, hundido en un asiento bajo, se pone de pie, se endereza, con la vista clavada en los arreboles finales del crepúsculo, y, en la culminación de todo este complicado desplazamiento, estira su largo brazo derecho en un apasionado saludo nazi. Su mujer, acostumbrada, sin duda, a reacciones de esta naturaleza, lo mira con expresión preocupada, e inicia un gesto apaciguador con una mano blanca, bien cuidada, de uñas pintadas de color de rosa, de anillo de brillantes. Don Ignacio continúa impertérrito, rumiando su furia, examinando con la mirada las rejas y las pistolas, indiferente a las extravagancias de su amigo de juventud. ¿En qué mundo me he venido a meter?, murmura para sí el Narrador, y se le ocurre que Toesca, en oportunidades muy diversas, habrá mascullado algo bastante parecido. El, ahora, lejos de Toesca, en la segunda mitad del siglo XX, en una parte de la ciudad que antes, no demasiado tiempo antes, era campo puro, pastizales incultos, espera un rato prudente. Contempla la desaparición detrás de los cerros del poniente de los últimos resplandores rojizos. Piensa en celdas subterráneas, en alaridos sofocados, en pequeñas horcas colocadas en fila y separadas por cortinillas verdes, y se pone de pie.

—¿No te quedas a comer? —le pregunta su padre.

—No puedo —responde, y la verdad es que no puede, no puede en forma literal: el esófago se le ha comprimido, el estómago se le ha encogido, la boca se le ha puesto seca.

Regresa al centro de la ciudad a pie, para ejercitar los músculos y descargar tensiones, y entra a uno de los boliches de los aledaños de la Plaza. El ruido, la suciedad, la fealdad mezquina de todo el sector, los carteles con ampolletas quemadas, le producen un curioso efecto

sedante: la sensación de una evasión necesaria, de un anonimato protegido. Vacila, va a pedir una cerveza, acompañada, quizás, de un sándwich cuyo nombre le parece divertido, una «gorda dinámica», pero enseguida se arrepiente y le ruega a la mesonera, mijita, una gordita de mirada cariñosa, dinámica, también, para decir lo menos, que le cambie la cerveza por el whisky de una botella rugosa, antigua, que divisa en la estantería.

—Con hielo, y con una gota de agua mineral.

La gordita, riéndose, le coloca una sola gota.

—Tres o cuatro gotas —corrige él, y también se ríe.

Cuando va en la mitad del segundo whisky, se dirige a la exuberante mesonera, digna, le parece, de una página de Cervantes, o más bien, con más modestia, de don Eduardo Barrios, o hasta de Gatica Martínez, en un tono más personal, más sugestivo. ¿No se acerca, acaso, la hora del toque de queda? ¿No es peligroso para ella volver sola en la noche a un barrio lejano? ¿No le gustaría, en cambio, compartir un whisky con él, frente a una chimenea encendida, con la mayor de las calmas?

—Sí —responde ella, con una mirada franca—, me gustaría. Pero no puedo.

—¿Por qué? —y le toma un dedo, y ella, la gordita, la mesonera sonrosada, pechugona, permisiva (aun cuando ha lanzado una mirada en dirección al administrador), deja que se lo acaricie.

—Porque soy casada. Y mi marido me está esperando.

—¿Y otro día, entonces?

—No sé —responde ella—. Creo que no —y vuelve a mirar con ojos entre enojados y risueños, ojos, piensa el Narrador, que rechazan menos que las palabras, pese a que también colocan una barrera invisible, alguna clase de límite. Descubre entonces que ya estuvo en esa misma fuente de soda durante las exploraciones de su segundo o tercer día en la (ahora) extraña ciudad, y se acuerda de que encima de la puerta de entrada lleva el nombre, Dante, escrito con luces rojizas, pero, murmura, más que un infierno, es un purgatorio de materiales frágiles: maderas prensadas pintadas de amarillo, iluminadas por tubos fluorescentes, y un pescado rancio abandonado a su suerte en una vitrina, entre ensaladas mustias y limones resecos. Ella, la rellenita, por el contrario, nada de rancia, fresca, juvenil, es una Beatriz hacendosa, de corazón de alcachofa tibia, que sabe escuchar los requiebros de los parroquianos sin hacerse problemas excesivos. Sería cuestión, a lo mejor, de insistir, se dice el Narrador, y le pregunta si no se llama, por

casualidad, Beatriz.

—Me llamo Gladys. Pero soy casada —responde ella, y mueve la cabeza con una expresión esquiva, insinuante, sonriente, que a él le parece encantadora, que se hace la ilusión de no haber encontrado nunca, en ninguna otra parte. ¡Cosas, se dice, moviendo la cabeza, de la noche, cosas del centro neblinoso, rumoroso, disperso, en los minutos que anteceden al toque de queda con su inmovilidad, con su inquietante y a menudo espeluznante silencio!

Capítulo IX

EL NARRADOR ya se había encontrado con la figura secundaria, o que le pareció secundaria en un comienzo, y más bien borrosa, aparte de escurridiza, de don José Antonio de Rojas, el mayorazgo, el heredero de la hacienda de Polpaico, hombre de libros, según se podía inferir de los primeros papeles consultados, de curiosidades científicas, de ideas avanzadas para su tiempo. Una tarde partió a las calles de Santiago en busca de nuevos datos. Pensó que la tarea le tomaría un par de días, y al final le tomó semanas, entre librerías de viejo, conversaciones con especialistas de la época, o supuestos especialistas, lectura de legajos en dos o tres archivos, voluptuosidades que nunca le habían fallado y que serían, pensó, las últimas en fallarle, y encontró, al fin, más de alguna cosa: capítulos en mamotretos diversos, menciones frecuentes, además de un tesoro inexplorado de cartas inéditas. Cartas quejumbrosas, por lo general, y pedigüeñas, aunque escritas en un lenguaje criollo, chispeante, de ritmos quebrados, de respiración anhelosa, entrecortada, que no carecía de gracia. Mucho se temía el Narrador, después de adentrarse un poco en su investigación, que Rojas hubiera pertenecido a la especie de los chilenos que hacen carrera en la vida quejándose. Pidiendo y lloriqueando. Sufriendo humillaciones reales o imaginarias y pasando, en seguido, en un imaginario platillo de peltre, la cuenta. Militante ilustre, desde luego, de aquella institución que alguien bautizó alguna vez como Partido de los Sentidos. En importante medida, precursor y fundador. Un susceptible de cuidado, que caminaba sobre alfileres, que pasaba con facilidad de la suma cortesía, de un afecto pegajoso, a la furia más destemplada. Suponía que los funcionarios madrileños le miraban los pómulos, las cejas, las aletas de la nariz, el

color de la piel, para ver si habría por ahí alguna gota de sangre mapuche, y gritaba para sí, solo, como energúmeno: ¡Godos cabrones! ¡Godos del carajo! Había trabajado en la corte virreinal de Lima, llevado desde Santiago por el virrey Manuel de Amat y Junient, y el largo, intrincado, dudoso juicio de residencia al término del mandato del virrey, quien se había tomado algunas libertades no permitidas, que había mantenido queridas demasiado caras, que no había respetado siempre las normas en uso, la obligatoria hipocresía, lo había manchado con algunas salpicaduras. Se dijo que el joven Rojas había hecho ventas perfectamente inútiles, incluso fuleras (¿se utilizaba ya esa palabra?), a los indios del interior, pelucas francesas, cuentas de vidrio, carretonadas de biblias en latín, y que las ventas susodichas se habían perfeccionado con el apoyo de algunos dragones armados hasta los dientes, dragones y armamentos que sólo habían necesitado actuar por presencia. Se murmuró, asimismo, que en operaciones de legalidad discutible había sido cómplice de Amat, y testaferro suyo, y palo blanco. ¡Cabrones, gritaba, hijos de puta!, sofocado por la rabia, y después se vestía con sus mejores galas, sus calzas de seda, sus chalecos bordados en hilo de oro, y asistía a una ceremonia: a la inauguración, por ejemplo, de una escalera o de un jardín diseñado por los italianos de Carlos III, a esas extravagancias, ocasiones en las cuales sonreía, o se inclinaba con bisagras bien lubricadas, y esperaba, después, devorado por la ansiedad, una indicación, una seña cualquiera, un saludo amable. Lo que deseaba, lo que constituía su más sentida aspiración, lo había solicitado de palabra y por escrito, con majadería infinita, con ayuda de favores, de promesas, de misivas incontables, de audiencias abreviadas, o postergadas, o denegadas, a lo largo de años: un título de nobleza para su señor padre, el dueño de la antigua encomienda y depósito de cal, servidor incondicional de la

Corona, un título modestito (puesto que el inconfundible diminutivo criollo ya reinaba en aquellos años), el vizcondado de Polpaico o de Tiltil, el condado de Tagua Tagua, de Los Pequenes, de lo que Su Cesárea Majestad dispusiera. Y ahora, desde hacía un tiempo, aspiraba también a otra cosa: a la revocación de la orden de traslado de Chile a Cádiz de don José Perfecto de Salas, chileno ilustre, de larga familia, que también había caído en desgracia a la sombra del virrey Amat, y con una de cuyas hijas, con la dulce Mercedes, la Merceditas, deseaba casarse. La rabia, la impaciencia, el resentimiento de don José Antonio, el mayorazgo, subían de punto, y parecía que la sordera de los demás aumentaba en dimensiones directamente proporcionales.

¡Somos españoles de segunda clase!, pudo aullar en alguna oportunidad, de repente, sin que viniera a cuento, esto es, como decimos ahora y hemos dicho antes, fuera de tiesto, y el cura gordote, a quien había invitado a comer orejas de cerdo con ajos tiernos y alubiones, se manchó la sotana, asustado, y tuvo que ponerse sal gruesa para quitarse la mancha. El cura prometería, ensartando con el tenedor el último de los alubiones, como prometían todos, y se enjuagaría la boca con el vinillo un poco ácido de Valdepeñas, y se iría, después, echando eructos, sofocado y desmemoriado. ¡Por aquellas callejuelas de los infiernos!

Llegamos a la conclusión de que don José Antonio, al terminar su periplo europeo, su residencia de casi una década en Madrid, que le había costado mucho dinero y muchos trabajos, además de las primeras canas, tuvo que admitir, con lágrimas de ira, que su fracaso había sido rotundo. Los funcionarios lo habían tramitado sin piedad, en cada peldaño de la administración, a veces con palabras amables, otras veces con directa grosería, y al final del recorrido habían levantado un muro entre él y ellos. ¿Usted, quién es usted? En eso consistía en aquellos años, quizás, y en eso consiste todavía, por lo que se ha podido colegir, la condición colonial: en la sordera como sistema. El salía de paseo,

amargado, con un dolor que le calaba los huesos y le penetraba hasta el alma, paranoico, planeando venganzas, y al regreso, pasada la medianoche, anotaba en su diario, parecido por momentos al diario posterior en algunas décadas de don Leandro Fernández de Moratín: «Visita a casa de A. Ose. A Ros. T. C.». La «A» era por una Antonia; «ose» por ósculo; «Ros.» por Rosita; «T» por teta; «C» por culo. Le había dado un beso a la tal Rosita y después le había tocado las tetas y el culo. ¡Por lo muy menos! Y la indicación del costo, junto con la del almuerzo de oreja y alubiones, figuraba en otro lado, en un cuadernillo de cuentas. La expansión nocturna, sin embargo, no conseguía apaciguado. Ser americano, para don José Antonio, era un motivo de insatisfacción permanente, de melancolía profunda. ¡Qué desgracia más terrible!, exclamaba: ¡Qué castigo! Y soñaba, entonces, con huertos, con espumantes vasos de chicha de maíz o de aloja de Culén, con la brisa juguetona de los atardeceres, en la que siempre se enredaba algún abejorro, alguna mariposa de alas intensamente amarillas, algún picaflor extraviado, y con las frutillas perfumadas de Huechuraba, de Polpaico, de Limache, que se maceraban en grandes jarrones de vino tinto, bajo una sonrisa tierna, desvaída por los efectos del tiempo y del espacio.

El hombre, el americano en Madrid, cierra, pues, los puños, lanzando maldiciones a los campanarios, a los carricoches, a los jumentos que bajan por la cuesta embarrada del Manzanares. Semanas después, reconfortado, reconciliado, reponiéndose de la enfermedad que le había provocado la Villa y Corte, lo encontramos en las maravillosas tiendas de aparatos científicos alineadas en una calle del centro de Londres. ¡Esto sí que es civilización!, se dice a sí mismo, saboreando, a lo mejor, un cigarro puro llegado desde la isla de Cuba: ¡esto sí que es cultura!, satisfacción, reconciliación consigo mismo, éxtasis parecidos a los de un amigo del Narrador, español de Valencia, al entrar a las tiendas eróticas del barrio londinense del Soho y encontrarse con máquinas y aparatos, pares de bolas de marfil, vibradores, consoladores, cuya precisión no era menos bella ni menos exacta. En las tiendas de dos siglos más atrás, entre instrumentos de medición y máquinas de bronce, probetas, espirales, y con la ayuda de vendedores prudentes (tan prudentes como las educadas vendedoras de cinturones de cuero negro con púas de acero), que tratarían de entender su francés más bien rudimentario, su latín un tanto macarrónico, don José Antonio se sentiría justificado, fortalecido en sus convicciones sobre la Ciencia, sobre la Razón, convicciones que siempre vacilaban, que siempre parecían amenazadas en la España del Santo Oficio y de sus hogueras, y terminaría, dicen, después de complicados cálculos, intuyendo que su decisión formaba ya parte de su venganza, por adquirir un ingenio mecánico que servía para producir electricidad. En la tienda, con la ayuda de un andaluz que salieron a buscar a la casa vecina y que se acordaba poco, en verdad, de su lengua materna, le enseñaron a montar y a desmontar la máquina, a hacerla funcionar, a provocar un chisporroteo que sería capaz, en un futuro cercano, de poner grandes armazones en movimiento, de iluminar edificios y hasta ciudades completas durante noches enteras.

En París, que conocía por libros y por estampas, nos imaginamos que percibió una atmósfera encrespada, rara, como si el chisporroteo de su máquina flotara en el aire, y no sólo en el aire, ¡adentro de las cabezas de la gente! Porque muchas de las personas que encontró en esa enorme ciudad le parecieron alteradas, enloquecidas, razonantes hasta un punto enfermizo, a diferencia de los flemáticos ingleses y de los bovinos holandeses. Entre el gentío del Palais Royal en un atardecer de comienzos de verano, en los jardines, bajo las arcadas, mujeres descocadas, jóvenes petimetres, tenderos y tinterillos panzudos, divisó a un grupo heterogéneo, un par de obreros, un muchachón boquiabierto,

una verdulera, una señora de sociedad, opinante, enfática, parecida a señoras que el Narrador conoció en el Chi-

le de los años cincuenta, pendientes todos de los labios de un personaje vestido de carpintero, de artesano, con una especie de turbante en la cabeza, y que hablaba en voz baja, cubriéndose la cara, como si la emisión de cada frase le costara un esfuerzo extraordinario, o como si tuviera mucho miedo de los oídos indiscretos. Les contaba historias de otra persona, un filósofo como él, decía, y de sus nuevas ideas sobre la naturaleza y la sociedad, y de la afectación dominante, de los cortesanos devotos e hipócritas, ciegos a los resplandores que comenzaban a vislumbrarse en el horizonte. Si les cuento de dónde vengo, pensaría don José Antonio, van a creer que soy el buen salvaje en persona, y se extrañarán de que ande vestido como el más perfecto de los civilizados, con una corbata de plastrón un poco excesiva y una levita de color gris perla. ¿Y sus plumas, dónde las ha dejado usted, Monsieur le Bon Sauvage? ¿Y de dónde salió con una piel tan blanquiñosa? ¿No será usted un impostor, un falso americano, un indio demasiado europeo? A todo esto, ante las sonrisas de la señora de sociedad y la aprobación entusiasta de la verdulera, el personaje vestido de artesano, filósofo él mismo, sin la menor duda, sostuvo que los guisos cocidos eran más sabrosos, más humanos, más democráticos que los asados. ¿Por qué? Porque lo retenían, lo aprovechaban, lo fusionaban todo en la intimidad igualitaria de las ollas, lo caro y lo barato, la carne de primera, y hasta los huesos, los pellejos, las sobras. Pasaban las cabalgatas de la aristocracia, seguidas de sus jaurías, por encima de los sembrados de los campesinos pobres, destruyendo el trabajo de meses, pero las ollas profundas y humeantes perduraban y proveían.

—El vapor de las ollas —preguntó la señora de sociedad—, ¿no pertenece a los dominios de la brujería, del diablo?

—¡Cuentos de beatas! —explotó el artesano filósofo—: El vapor de la olla familiar y popular pertenece al Reino de la Justicia.

¿Qué tendrá que ver, se preguntaría don José Antonio, la Justicia con los garbanzos, con las orejas de chancho? Sólo en París se podían escuchar aquellas novedades, aquellas construcciones brillantes y paradójicas. En el París de entonces, podemos agregar, y en el de ahora, o en el de un poco antes, en el de la década gloriosa de los sesenta, puesto que ahora, después de tantas cosas, de tantas apariciones y tantas desapariciones…

Llegó de vuelta a Madrid y ya no hizo el menor amago de insistir en

sus cartas, en sus antesalas infernales y sus zalamerías inútiles. «Fabio», recitaría en las escaleras del oriente de la Plaza Mayor, «las esperanzas cortesanas…». La corte era una enfermedad que se irradiaba por toda la Península, y había que suprimirla de alguna manera. Paseó durante dos o tres semanas, sin rumbo, por calles donde había caído una lápida de calor, y suponemos que visitaría en alguna de esas noches, para combatir, por lo menos, el insomnio, la casa de la Antonia. Le contaron, quizás, que la Rosita, la de la «C» y la «T» de la anotación de su diario, se había muerto de un mal que nadie había sabido atajar, una especie de infección que se le había enquistado en la circulación sanguínea. El bajó hasta Cádiz y emprendió el viaje de regreso a su lejana provincia, con la sangre también envenenada, aunque de otra manera. Llevaría la máquina portentosa en cajas de madera bien barnizada, recubiertas de terciopelo verde en el interior, y se regocijaría de antemano imaginando el asombro de los santiaguinos cuando la hiciera funcionar.

—Mucho mejor llevar este invento —le dijo a un compañero de travesía, un pecoso bajo de estatura, preguntón, intruso, pero que sabía contar chistes divertidos—, que un título de nobleza del carajo.

Declaró después, con pasión singular, que los títulos había que suprimirlos de raíz, y tuvo la impresión de que el pecoso recibía su declaración con indiferencia. El viaje por mar, a través del Cabo de Hornos, de cuyas montañas de agua creyó que no se escaparía nadie, fue mucho más largo de lo que se había imaginado, y en Santiago, mientras desembalaba las cajas y ordenaba las articulaciones de bronce, las poleas, las tuberías, los espirales cincelados, le contaron que un francés medio loco, que había llegado a la Colonia en los tiempos de su partida a Europa, había inventado, entre otros artefactos curiosos, una máquina para levantar agua.

—¡Me interesa mucho! —gritó él, dando un salto de alegría, y pensando que en Madrid, debido, quizás, al calor, al sudor, a las sotanas sucias, a la cercanía excesiva del Trono con sus dorados llenos de saltaduras, no se interesaban en nada. Mandó recados de toda clase, recados urgentes, y dos franceses llegaron a visitarlo a su casa a los cuatro o cinco días, sin aviso previo. Uno era el inventor de la máquina de levantar agua: un sujeto alto, flaco, expansivo, de mirada intensa, con grandes pelos que le salían de los huecos de la nariz, y que despedía un olor vago a gas de los interiores de la tierra o a plantas podridas. El otro, bajo, calvo, de modales suaves, más bien rechoncho, era hombre de libros, de teorías, de reflexiones más bien complicadas. El primero inventaba artefactos y su mayor aspiración era venderlos a buen precio.

El segundo, a pesar de su apariencia pacífica, a pesar, incluso, de su buen diente, era un revolucionario obstinado, que no descansaría mientras no consiguiera cambiar el mundo de raíz. Don José Antonio, de cuya biblioteca conocemos el inventario, les mostró, sin duda, libros encuadernados como misales, con tapas interiores y primeras páginas de catecismos cristianos, y que más adentro tenían traducciones al español de El espíritu de las leyes, del señor de Montesquieu, o de La nueva Heloisa, de Juan Jacobo Rousseau, o de algunas cartas del Barón de Holbach. Literatura subversiva, que habría podido ser entregada a las hogueras de la Inquisición, pero sucedía que los delegados en Chile de aquella institución temible, los miembros de las llamadas Juntas de Aduana, lejos de los poderes centrales, bebían mostos cabezones, dormitaban mucho, vigilaban poco,

y los pavos se les iban. El pavo gordinflón, el de maneras delicadas y palabras suaves, Antonio José de nombre, miró con aire de inteligencia al otro, el de aureola gaseosa y levemente pútrida, que se llamaba Antonio a secas. Ellos sabían de esas cosas, y estaban gratamente sorprendidos, para decir lo menos.

—Tres Antonios —dijo en su mal castellano el flaco, que tenía una voz extrañamente gangosa, como si la lengua se le enredara en flatulencias, en oquedades húmedas.

—¿Y usted —preguntó el franchute bajo, el que se llamaba Antonio José, sobándose las manos rechonchas, sonrosadas—, se interesa en el cambio?

—¿Yo? ¡Por supuesto!

El gordinflón se encargó de explicarle que no se trataría de un cambio cualquiera, que no se fuera a creer, sino de un cambio profundo, radical, silbó, y que haría añicos las instituciones del pasado. El comienzo del fin del Imperio español y de sus iniquidades. Pero realizado, eso sí, de un modo pacífico.

—Sin sangre. O con el menor derramamiento de sangre que sea posible.

El Narrador supone, porque le ha tocado conocer a muchos José Antonios de Rojas, que el José Antonio nuestro, en esta etapa de la conversación, miraría las vigas del techo de su casa, muy bien decoradas, por cierto, llenas de arabescos amarillentos y verdosos, y que tragaría saliva, mientras le bajaba por la espalda una sensación de frío. Pero el francés rechoncho, impertérrito, terminaba de hablar y lanzaba una mirada rápida a los objetos de valor de aquella casa: cucharones,

gallos, pescados, mates de plata maciza, alineados en vitrinas; exuberantes marcos de pan de oro y espejuelos, tan exuberantes, que las figuras centrales, arcángeles o comendadores, en lugar de verse realzadas, desaparecían.

—Comenzaremos —explicó el gordito, con su voz melosa—, por escribirle al rey de España. Una carta muy cortés, redactada en términos respetuosos, haciéndole ver que las colonias de América ya están maduras para gobernarse solas y sugiriéndole que las entregue por su propia y real decisión a sus habitantes. Pasará a la historia, le diremos, como un rey justo, y evitará un derramamiento de sangre inútil.

El rey, que ni siquiera conocía a este país de vista, que debía de ubicarlo en el mapa con dificultad, sería reemplazado por autoridades nacionales y elegidas por el pueblo.

—Por sufragio universal —corroboró el alto, el de voz gangosa.

—O sea, ¿ustedes queman —preguntó don José Antonio— que voten todos?

—¡Todos! —confirmó Antonio José, con su tono suave, casi femenino, pero en el fondo terco, implacable—: ¡Hasta los indios!

—¡Los indios!

Don José Antonio carraspeó, inquieto, cruzando las piernas, y tuvo la sensación de que los ojos de los dos Antonios franceses lo clavaban como a un insecto en un insectario.

—¿Y por qué los indios?

—Porque se repartirá la tierra entre los que la trabajan —recitó el flaco—, y se decretará la más completa libertad de comercio. ¡El monopolio actual es una estafa, un robo a mano armada!

Él le hizo un gesto para que bajara el tono de voz. ¡Las paredes escuchaban! Sobrevino, entonces, supone el Narrador, un silencio más o menos prolongado. Es muy probable que a don José Antonio, debido al calor, a la sensación de encierro, al miedo de los oídos indiscretos, le haya costado respirar. Los testimonios de su tiempo nos permiten suponer que tenía cierta tendencia al asma, además de un temperamento susceptible, un natural asustadizo.

—Las tierras suyas, querido amigo Rojas, serán respetadas —dijo el francés flaco—. No tenga miedo. Yo me refería a las tierras de la corona, y a las de los curas, y a las de los que sigan aferrados al bando realista.

Los dos franceses, el alto, gangoso, y el gordinflón de modales suaves, se levantaron, de repente, se despidieron en forma brusca, como

si les hubiera bajado un miedo súbito, y se fueron. Él le preguntó a una de las negritas de la cocina si no había visto a gente rara en la calle.

—Naide, señó —contestó ella.

Los gabachos volvieron varias veces, después de anunciarse con papelitos de redacción incierta, con otros signos misteriosos, y él los recibió siempre con amabilidad, con alfajores, empolvados y mistela, cosas que hacían brillar los ojos de los franchutes, pero con sentimientos mezclados, con algo de antipatía y hasta de franca alarma, de angustia. Ellos traían un compromiso que él no había buscado, que ni siquiera se había imaginado, pero que no tenía fuerzas para ahuyentar. Llegaban como un destino que se le había impuesto, algo que soplaba desde atrás y desde muy lejos, un viento del siglo. «Pasen», decía él, y se inclinaba, y sonreía con pocas ganas. Se acordaba de los burócratas de Madrid, y de los delegados del Santo Oficio, que también solían tener modales suaves, o voces gangosas, lenguas trabadas.

—Se acerca el instante —dijo un día el franchute gordo, con la boca llena de pasteles, levantando la vista y mirando a don José Antonio a los ojos de una manera desusada— de pasar a la acción.

—¿Cómo? —preguntó él, e intuyó que ahora ya le tocaría pagar. Por su imprudencia, por su atolondramiento. Y que el pago no sería poca cosa.

—Le proponemos que vaya usted, ahora, a nuestra humilde morada…

—Ahí —explicó el otro— le enseñaremos algunos papeles y algunos planes. A ver si se decide de una vez por todas.

—Le insisto —añadió el de la voz suave— en que sus tierras no serán tocadas. Sólo las de la Corona.

—¡Y las de los curas! —vociferó el flaco, mientras él le hacía señas frenéticas para que bajara el tono.

Capítulo X

ESTABAN hablando de cosas difíciles, la conversación había tomado un giro peligroso, frente a las ventanas que daban al cerro, entre el Narrador, que había llegado de visita, su ex mujer, Cristina, e Ignacio chico, y prefirieron cambiar de tema, al menos por un momento. Cristina, como de costumbre, había preparado un pisco sauer con pisco barato y lo había colocado encima de una bandeja, entre vasos de colores chillones y rodajas primorosamente cortadas, aunque más bien tristonas, de salame. Tan comunista, pensó el Narrador, como solía pensar muchas veces, y tan pequeño burguesa. El joven Ignacio, que parecía escapar, merodear por otros lados, probó el pisco, puso cara de asco, ya que no tenía, a diferencia de sus padres y hasta de su abuelo paterno, la menor inclinación alcohólica, y acto seguido, paseando por el salón, aquello que en Chile, en cierto Chile, llaman el «living», y mirando los pimientos frondosos, las araucarias altas, esbeltas, las torrecillas de ladrillo del Santa Lucía, el campanario neogótico que había mandado levantar don Benjamín, les contó que había decidido salir a desfilar con sus compañeros de curso el próximo primero de mayo, dentro de una semana y media.

—¿Por qué? —preguntó el Narrador. Miró a Cristina, que ya le había contado algo, no mucho, porque no le gustaba tocar el tema, de su paso por el purgatorio, es decir, por las casas reservadas de la DINA, las llamadas discotecas, y no encontró en ella, a pesar de lo que habría podido esperarse de su instinto maternal, apoyo alguno. ¡Qué yegua!, se dijo, y paso a explicar, entonces, que la manifestación había sido prohibida en forma terminante y amenazante.

—Por eso mismo he decidido ir “interrumpió Ignacio chico, y

Cristina hizo un gesto extraño, como si espantara moscas imaginarias, y probó el pisco que acababa de preparar y que era exactamente igual a los de siempre.

—El primero de mayo es una fiesta obrera —alegó el Narrador—. No es de los estudiantes.

—Sí —concordó Ignacio chico—. Pero nosotros vamos a salir, justamente, para ayudar a los obreros.

—¿Y tú crees —preguntó— que vas a poder ayudarlos en algo?

—Espero que sí —respondió el joven.

El diálogo entre el Narrador y su hijo, entre Ignacio Segundo, pongamos, e Ignacio chico o el Nacho, uno de los primeros intercambios reales, concretos, que se había producido después del regreso del padre, sólo llegó hasta ahí. Ni la alarma del padre, ni la obstinación ciega y juvenil del hijo, habrían permitido que llegara más lejos. El joven tenía, dijo, que juntarse con unos amigos para estudiar una prueba, y se despidió. Sin ostentación de ruptura, pero sin amenidad. Cerrando la puerta exterior con un golpe seco.

—¿Por qué no dijiste algo? —preguntó él, o habrá preguntado, suponemos, irritado consigo mismo, rabioso con ella, con su ex mujer, y creemos que ella le habrá respondido con irritación parecida, sorbiendo la espuma de su vaso, que no había manera de intervenir, que no fuera ingenuo: lo mejor, o lo único posible, era condescender, y tratar de orientar, sin que se notara por ningún motivo la mano que orientaba, lo cual era lo más difícil de esta tierra.

—Se ve que no conoces a tu propio hijo.

—¿Y sabes lo que le puede pasar si cae preso?

—Por supuesto que lo sé. Lo sé mucho mejor que tú. Y él también lo sabe. Pero un militante auténtico, un hombre de lucha, podría llegar a convencerlo. Tú, ¡jamás!

—Yo, ¿jamás?

—¡Jamás! ¡Jamás de los jamases!

Ella se puso de pie. Se arregló un mechón de pelo en el que habían salido algunas canas. Se sacó una pelusa de la falda. Estiró los labios en forma de trompa. Entró a la cocina y al poco rato regresó. Eso, en cualquier caso, es lo que nos imaginamos, sin que el Narrador nos ayude. Porque él, ahora, está distraído, metido en la historia suya, privada, y nosotros vemos una cámara que se aleja, en un retroceso lento, y sólo alcanza a enfocar una raya de luz debajo de una cortina. Al otro lado, creyéndose protegido de nosotros, de nuestra mirada

indiscreta, el Narrador prepara, quizás, otra dosis de pisco, mientras Cristina fuma sus cigarrillos pestilentes, sin el menor control, desesperada, y deja las colillas a medio filmar en un cenicero. Es probable que discutan a propósito del tabaco, que a ella le provoca ronquera, mal color, desgaste de la piel, ojeras profundas. Ya sabemos, por otro lado, que conserva sus piernas bonitas, más bien robustas, y sus pechos bien formados, a pesar de que tiene manchas en las manos, y surcos en las mejillas y en la frente, y algunas grietas en la comisura de los labios. Después del nuevo pisco sauer, el tercero, o el cuarto, el Narrador se sienta en el brazo de un sillón y acaricia su cuello con ligeras arrugas, pero todavía firme. Conocemos algunos detalles del matrimonio del Narrador, de su larga historia, y nos imaginamos otros. El Narrador y Cristina se encontraron en vísperas de un final de año en el Instituto Pedagógico, el de Macul, donde él terminaba el doctorado de Filosofía y ella seguía cursos de Francés y de Historia. Él se había ido de la casa paterna, en tiempos en que su madre aún vivía, una señora puntillosa y quejumbrosa, más difícil de trato que don Ignacio, y se había instalado, ante el espanto de su madre, ante la soma del viejo, en un sucucho de la calle Villavicencio, cerca de los talleres de los pintores, los mimos, los titiriteros, al lado de un caserón descascarado que alguien, ¿el Queque Sanhueza, el Tigre Mundano?, había bautizado como la casa de Raskolnikov, en el barrio que entonces llamaban de los Puccini Puccini. Un poco antes de abandonar el hogar de sus padres, poco después del matrimonio de su hermana mayor, había empezado a militar con la máxima seriedad, con apasionada disciplina, en el Partido Comunista. Su decisión había tenido bastante poco que ver, como ocurría a menudo, con la lectura universitaria de Hegel o de Marx, o con la de Lenin, lectura, lecturas, que más bien habían sido una consecuencia, un complemento, no una causa, y mucho, en cambio, con la enseñanza católica de sus años de adolescente, con las prédicas sociales de los jesuitas de nuevo cuño, con la ausencia de horizontes nobles que ofrecía el mundo establecido, con la pobreza observada en visitas evangélicas a poblaciones marginales, o vislumbrada desde el fondo de salones oscuros, de cortinajes desgarrados, de paredes un tanto cuarteadas, con olor a comida y a polilla. Cristina, hija de un médico funcionario del Partido Radical, masón y de tendencias socialistas, amigo de Salvador Allende y de otros dirigentes de la izquierda de aquellos años, ingresó al PC un poco después que él, cuando ya se habían dado cita algunas veces en el sucucho de Villavicencio y cuando, con las debidas precauciones, habían hecho el amor como personas

libres, emancipadas, lectoras de Gramsci, de César Vallejo y de otro César, Cesare Pavese, de Vicente Huidobro y de Franz Kafka, cuyo veto político, el de los años del stalinismo duro, había comenzado a desgastarse. De manera que la militancia del Narrador, en aquellos comienzos, era un poco más antigua, e iba acompañada de un vocabulario mejor asimilado, de un dominio más seguro de la jerga de izquierda, cosa que le confería un aura, una autoridad, un atractivo irresistibles. El cuartucho de Villavicencio, por otro lado, formaba parte de un territorio mágico, una prolongación del San Petersburgo de Gogol y Dostoievsky, del Leningrado de los primeros bolcheviques, aparte de Kafka, ¡aparte del doble Puccini!, de manera que entrar a él durante unas pocas horas era un cambio de mundo, un desarreglo de los sentidos, experiencia apasionante y que además carecía, al menos a primera vista, de riesgos serios.

Se casaron a comienzos del año sesenta, por el civil, sin hacer concesiones a la familia o a las costumbres burguesas, ante los escándalos y los horrores familiares consiguientes, compartidos incluso por el médico funcionario, con la sola bendición de los compañeros de partido, y él, que vivía de la Universidad y de algunas publicaciones mal pagadas, de algunos «pololitos» intelectuales, empezó a tomar distancia de ella a los cinco o seis años de casado, cuando Ignacio ya balbuceaba y corría por el sucucho, en un proceso lento pero claro, seguro, y que coincidió con algunas decepciones políticas y con algunos reencuentros, un amorío con una alumna, una Eloísa de buena familia, nostalgias no declaradas e incluso, pensamos, no admitidas, no reconocidas. A fines del 67 viajó a Cuba y tuvo minutos de entusiasmo, hasta de euforia, sobre todo después de beber un par de mojitos en una ex funeraria pintada de todos los colores del arco iris, convertida por la Revolución en galería de pintura y de instalaciones de vanguardia, pero alcanzó a captar con lucidez, sin contarse cuentos, la dimensión policial que contaminaba y que, en definitiva, pensó él, lo viciaba todo.

—¡Te estás convirtiendo en un momio de mierda! —exclamó en una oportunidad Cristina, quien poco antes había justificado a brazo partido la necesidad de la vigilancia revolucionaria, ¡de lo contrario nos harían papilla!, y él comprendió que su antigua autoridad, su precedencia, su vocabulario mejor controlado, eran fenómenos del pasado. Comprendió que a él le quedaba la cultura de la izquierda, sólo la cultura, y que la militancia, en cambio, el verdadero compromiso, le pertenecían a ella.

A comienzos del año siguiente se sintió ilusionado por los primeros brotes de la Primavera de Praga, un proceso que conoció en sus mismos

orígenes, de un modo casual, en su regreso de Cuba a Chile, ya que el bloqueo de Cuba lo había obligado a pasar por Praga, y un conocido checo, un editor e hispanista, le había mostrado la ciudad, lo había llevado a una de las residencias de Kafka niño, le había señalado después las ventanas opuestas desde las que Mozart y Lorenzo da Ponte, su libretista, cambiaban impresiones por encima de una callejuela durante la composición del *Don Juan*, paseo que había culminado en el cementerio judío, entre lápidas verticales, pero en diverso estado de corrosión y de hundimiento en la tierra de hojas, mientras se escuchaban ovaciones y pifias en una plaza cercana, ovaciones a los nuevos dirigentes, explicó el hispanista, y pifias furiosas contra los representantes del dogma oficial. Pocos meses después, en agosto del 68, cuando recibió las primeras noticias de la invasión de Praga, la ciudad que había conocido y amado en dos días, por las tropas del Pacto de Varsovia, se alejó del partido en forma definitiva. Es decir, dejó de asistir a las reuniones, criticó al Hermano Mayor soviético más de lo debido, y fue expulsado con cajas destempladas, acusado de revisionismo, de irresponsabilidad, de adherencias burguesas no resueltas, de toda suerte de frivolidades eróticas y alcohólicas. Cristina, en cambio, se mantuvo en el orden, en la iglesia verdadera, a pesar de que a veces, frente a los argumentos suyos, guardaba un silencio más que elocuente. Pero se mantuvo, cerrando los puños, dándose golpetazos en la frente, venciéndose a sí misma. Alguien le dijo un día: prefiero equivocarme con el partido que estar en la posición correcta fuera de él, y a ella se le iluminó la cabeza, asintió, dijo que sí, que eso era. Con la Revolución, todo, agregó, citando a Fidel, y el otro hizo un gesto de satisfacción. ¡Has entendido, mujer!, quiso decirle: ¡Estarás mañana en el Reino de los Justos! El Narrador había pensado que el espectáculo de los tanques soviéticos en las calles de Praga, apedreados por los estudiantes y los proletarios checos, terminaría de convencerla, pero se equivocaba medio a medio. Conocía a su mujer, que ya iba en camino de convertirse en su ex mujer, menos de lo que él creía. Ella, en esos días, después de aquella conversación con un dirigente experimentado, empezó a sostener que los mejores militantes eran los más escépticos, los que sabían todo y a pesar de eso, contra todo, continuaban la marcha. ¿Los mejores, preguntaba el Narrador a Cristina, o se preguntaba a sí mismo, ya que al final prefería evitar las discusiones, o los más obtusos, los más dogmáticos, los de cabeza más dura?

Eran una pareja dividida por la ideología, por la guerra interna que

ya se manifestaba de diferentes maneras en el país, y las trizaduras empezaron a penetrar como humedades, como colonias de hongos, en el edificio matrimonial, que no era, en verdad, una fortaleza, pero que tenía su estructura: sus puertas, sus ventanas, sus paredes. Cada vez que discutían, la angustia de la disensión, de la creciente incomunicación, del odio, se reflejaba en los ojos verdosos, inquisitivos, infantiles, de Ignacio chico, ojos que a él le recordaban los de la familia materna, pero con el ceño, con la sombra, con los lejanos rasgos celtas de los antepasados de don Ignacio. Él sabía que en el fondo, en algún núcleo de su persona, no quería dar su brazo a torcer, no quería admitir el fracaso, puesto que su padre, su madre y su única hermana sostenían que un matrimonio civil no era matrimonio y estaba, por consiguiente, a corto o a mediano plazo, condenado. También sabía que a ellos les gustaba contar que la comunista era ella. La comunista, es decir, la culpable, y él, por lo tanto, un dominado, un pelele. Pero inocente.

¿Determinismos profundos, muros de una sociedad clasista? Nosotros no sabemos. Nosotros optamos, con prudencia, por mantenemos en el terreno de la simple conjetura. El Narrador, en todo caso, aun cuando recibió ofertas sustanciosas de una revista de financiamiento dudoso, dedicada a la demolición sistemática del comunismo, consiguió dar a entender que se había convertido, después de su salida del PC, en un «independiente de izquierda», una entelequia que a veces le daba risa, pero que aceptaba como un abrigo prestado para una travesía de invierno. A mediados del año 71, cuando Salvador Allende, el amigo y colega de su suegro, ya se encontraba en La Moneda, apoyado, entre otros, por sus ex compañeros de partido, que no pensaban perdonar la defección del Narrador, pero que tampoco perdían el sueño por causa suya, se consiguió con ayuda de su suegro un cargo en una oficina europea, una agencia de ventas de cobre y de otros productos chilenos en el Viejo Mundo. Viajó en compañía de su mujer y de su hijo, y la residencia en una ciudad del norte de Europa, además de una mínima holgura del presupuesto familiar, calmaron las cosas durante algún tiempo. Hasta que Cristina, a fines de ese año, en tiempos en que la izquierda europea organizaba la movilización en favor del régimen de Allende, conoció a un revolucionario griego de su misma edad, un hombre que todavía no había entrado en la espiral de pesimismo que paralizaba la voluntad del Narrador, quizás porque su origen de clase era otro, su padre había sido obrero mecánico en Salónica y también había estado afiliado al Partido, y concibió por él, que tenía una belleza sombría, áspera, gastada por la lucha, por las

cárceles, por los suplicios, una pasión evidente, que no era capaz de disimular, que terminó por confesarle al Narrador entre lágrimas, entre hipos, sollozos, bocanadas de humo, una noche en que el griego había partido de viaje sin avisarle nada.

—¿Estabas dispuesta a partir con él? —le preguntó el Narrador, y ella admitió que sí, que estaba dispuesta, y que sufría como una condenada, como una bestia, porque él no se había decidido a partir con ella.

—Sufres —comprobó él, tragando una saliva entre amarga y reseca, y sin saber qué hacer, adónde mirar, qué más decir. Habría debido, quizás, como intelectual de ideas modernas, consolarla, abrazarla, pero Cristina lloraba por otro, eso no tenía remedio, y él, por lo demás, no sabía si ella, con la mente puesta en otra parte, recibiría el abrazo suyo con un codazo en la boca de su estómago, en medio de su plexo atribulado.

Son los secretos de un matrimonio, una parte de los secretos, porque había otras cosas, y la decisión de Cristina de separarse y de regresar a Chile con Ignacio chico, quien ya tenía ocho o nueve años, y una madurez intelectual de doce o de trece, y una voluntad tenaz de no adaptarse a nada, por lo cual exigía ese regreso, y quizás, también, en forma muda, desde sus ojos grandes y bien abiertos, esa separación. Nosotros sospechamos que al avanzar un poco más la noche, después del quinto pisco sauer, bajo la protección de las cortinas corridas, el Narrador empezaría a besar a Cristina en los hombros, deslizándose desde el brazo del sofá hasta los cojines desordenados, medio ebrio, con los pelos de la cabeza disparados, con los ojos rojos, con un gesto entre lascivo y pueril, parecido, de algún modo, pero excluida la inocencia, la extrema juventud, a Ignacio chico, el Nacho, y que después, desde el enredo de los cojines, con mane» trémulas, le soltaría los ganchos del sostén, liberando los pechos, que no desmentirían, en efecto, su apariencia de firmeza, y le besaría con ansiedad, con un sentimiento muy cercano a la desesperación, arrancándole, de repente, un alarido, los pezones. Nosotros, desde nuestro limbo, nos preguntamos si los sentimientos de Toesca al besar a Manuelita, después de saber qué había pasado horas encerrada con Juan Josef Goycoolea en la habitación del fondo, no eran similares. ¿Pueden existir sentimientos similares, o por lo menos comparables, a dos siglos de distancia? El hombre es historia, es memoria, y es, a la vez, como se sabe, desmemoria. Hay una dosis saludable de olvido, ya que la memoria perfecta, la de Funes el Memorioso, nos agobiaría y al fin nos destruiría.

Si hubieran tomado confianza y hubieran entrado en intimidades, hipotéticas, desde luego, puramente ficticias, ¿qué comentarios habrían podido hacer sobre sus respectivas vidas de pareja, sobre sus frustraciones y sus dolores respectivos, sobre sus cuernos y sus secretas perversiones, Joaquín Toesca, el romano del siglo XVIII emigrado a la remota provincia de Chile, y nuestro Narrador, mal casado con una Pasionaria de menor cuantía, de clase media, y activo y descasado, aparte de desclasado, en los años oscuros de la segunda mitad de los setenta y en los movidos y tormentosos ochenta de la centuria que termina? La cámara, suspendida en las nubes, atenta a un desplazamiento de sombras, al hilo de luz debajo de las cortinas, permite imaginar que el Narrador ha colocado los cojines del sofá en el suelo, aprovechando que Ignacio chico, aislado por el toque de queda, no habrá podido regresar de su sesión de estudio, ha puesto el jarro de pisco sauer también en el suelo, a distancia prudente, y un cenicero para uso de María Cristina (así la ha nombrado, con su nombre de pila, ¡de pila bautismal!, completo), y un paquete de cigarrillos con un encendedor, y le ha pedido que se tienda ahí, cosa que ella, al fin, con algunos remilgos, ha aceptado, y le ha levantado, entonces, las faldas, le ha sacado los calzones con delicadeza. Ella ha seguido fumando, mirando el techo, y después ha aplastado el cigarrillo, ha empezado a suspirar, a quejarse suavemente, con la misma voluptuosidad de épocas muy anteriores, como si nada hubiera sucedido, como si el embudo del tiempo no se los hubiera tragado. Entretanto, el arquitecto e ingeniero militar Joaquín Toesca, aturdido por sus trabajos en la Catedral, en los preparativos de la construcción de la Casa de Moneda, en los tajamares del río Mapocho, ha recibido mensajes que prefiere no interpretar, a pesar de que son inequívocos. El delegado del Santo Oficio en la provincia de Chile, un dominicano alto, mal afeitado, de mala dentadura, le ha mandado decir, o le ha dicho con todas sus letras, en su propia cara, hoy día ya no tenemos manera de conocer la forma exacta, tiene que vigilar a su mujer, de lo contrario tendrán que vigilarla ellos, tendremos que vigilarlos nosotros, a los dos, ¡a los tres!, y castigarlos. Con el más duro de los castigos. Sin excluir el fuego. Porque los vecinos han empezado a murmurar, dice. O le ha mandado decir. Contaron que ellos dejan entreabierta la puerta del fondo, para que él, mientras ellos forcejean, desnudos, los mire desde la oscuridad del jardín, escondido detrás de los arbustos, admirando la singular belleza de ambos cuerpos, de ambos edificios de hueso y de carne, y clavándose las espinas de un rosal en el miembro erecto, babeando,

suspirando, invocando a su madre perdida en una plazoleta de Roma, su «mamma».

—Calumnias —responde él.

—¿Calumnias?

—Sí, padre. Calumnias.

El dominicano se rasca la barbilla, se escarba un diente cariado, lo mira a los ojos. Llama a gritos y entra a la oficina un mulatón grande, de ojos bizcos, de manos anchas.

—Éste es Ambrosio —dice—. Persona de confianza, callado como tumba, obediente como perro, temeroso de Dios y de su Iglesia. Le aconsejo tomarlo de jardinero, de cochero, de cuidador de su casa.

—No creo que lo necesite.

—Sí que lo necesita. Le aseguro que lo necesita.

—Vaya a verme mañana —le dice Toesca a Ambrosio, el mulatón, después de unos segundos de silencio—. ¿Sabe dónde vivo?

—Sí, señor —responde el otro.

—Y tómelo —termina el dominicano, poniéndose de pie con dificultad, con cara de dolor, santiguándose—. No se va a arrepentir.

Cuando llega a su casa, la Eufemia sale de la penumbra del jardín, como si hubiera estado escondida entre los arbustos, y le informa que la señora partió a pasar la noche en casa de misiá Clara.

—¿Por qué?

—Usté sabe mejor que yo —responde la Eufemia.

Él parte a toda carrera, con el corazón palpitante, seguido por un par de perros, por una sombra. Al golpear en la puerta de calle, misiá Clara, en persona, con sus ojos turbios, le abre y le pide que espere un poco.

—Voy a llamar a la niña —dice.

—¿Con quién está?

—Con naide. ¡Con quién va a estar!

—¡Usted me está mintiendo!

Misiá Clara corre hacia las habitaciones del fondo, encorvada, rengueando, pegada a los muros, como animal escapado de una cloaca. Él, Toesca, corre detrás. Cree divisar una silueta que se desliza junto a las zarzamoras, que provoca un coro de ladridos, algunos graznidos, un berreo de chanchos. Despeinada, un poco pálida, la Manuelita se abrocha el corpiño con tranquilidad, humedeciéndose los labios con la lengua, mirándose con un gesto ambiguo, ¿de admiración, de excitación?, en un espejo de mano opaco.

—Ven conmigo —ordena él.

Ella lo mira de reojo, con labios húmedos, con un pecho que desborda por encima del escote.

—Voy —dice—. Termino de arreglarme y voy. Él la toma del brazo y trata de arrastrarla. —No sea tan apúrete, señor —dice ella. En el fondo del espejo asoma la forma borrosa de misiá Clara. Cuando salen, Toesca cree divisar al mulatón Ambrosio en la esquina, pegado a un muro de adobe. El Sereno está cantando las once de la noche, las once han dado y nublado, y las pesadas campanas de los conventos han empezado a repicar. Él la lleva del brazo, a la carrera. El mulatón, a pesar de que todavía no lo ha contratado, sigue a cincuenta metros de distancia, confundido con las paredes oscuras.

Capítulo XI

EN LOS días anteriores al primero de mayo, el Narrador, como se podrá suponer, no olvidó en ningún momento el anuncio que había hecho Ignacio, su hijo, antes de cerrar de un portazo la puerta del departamento de Santa Lucía. Le dio vueltas al tema muchas veces y no llegó a ninguna conclusión que lo tranquilizara. Convencemos a mucha gente, se decía, e incluso a un puñado de lectores, pero no conseguimos convencer a nuestros hijos.

—¡Qué quieres que haga yo! —comentaba Cristina.

Cuando llegó el día, él se asomó a su balcón, el de las cagarrutas, en piyama, con los pelos revueltos, con el gesto agrio, y divisó a través de los árboles de la Plaza una cuca de carabineros que avanzaba con lentitud. Retrocedió al corredor y tomó el teléfono.

—¿Y?

—Ya salió —dijo Cristina.

—El asunto no me gusta nada. ¡Nada!

—Sí. ¿Pero…?

Colgó y regresó al balcón. En la Plaza había grupos que hablaban en voz baja, y había, además, en las esquinas, en los senderos, leyendo el diario, limándose las uñas, toda laya de mirones, en trajes oscuros, con cuello y corbata, de pelito corto, o de casacas de repartidores de leche, o en fachas de marginales, de hippies melenudos, confundidos con los verdaderos hippies, o con ejemplares del lumpen más último. Pero todos, en cualquier caso, miraban, y casi todos se comunicaban de alguna manera con un centro de operaciones secreto, que no debía de quedar lejos. Tengo que vestirme y salir, se dijo él, aunque le habría gustado mucho más retozar en la cama y leer poemas, por ejemplo, de

Femando Pessoa, o de algún norteamericano del estilo de Marianne Moore, de William Carlos Williams, de Wallace Stevens. ¡Para qué estamos con cuentos! Pero había que salir. Y apechugar. Y antes de salir llamó al Cachalote, a pesar de que le costó hacerlo, le pareció, en algún aspecto, rastrero, humillante, pero podría servir de ayuda, según como se dieran las cosas, y llamó de nuevo a Cristina, a fin de confirmar que el Nacho no había vuelto a la casa, ¡qué iba a haber vuelto!, y para darle el teléfono del Cachalote, por si las moscas, ya que el Cachalote acababa de invitarlo a compartir un costillar de chancho con puré picante a la hora de almuerzo.

Anduvo por los alrededores de la Plaza Bulnes, no lejos del Ministerio de Defensa. Por todas partes había soldados con cascos y metralletas, carabineros armados de fusiles para lanzar bombas lacrimógenas, camiones de ventanas enrejadas, guanacos blindados, listos para escupir sus chorros de agua con pichí y con caca. En una esquina, un político de oposición, partidario del socialismo comunitario o de alguna pomada por el estilo, y vestido de acuerdo con las circunstancias, vale decir, descamisado, disfrazado de obrero, conversaba con un par de jóvenes. Él notó, y en otras circunstancias se habría reído, expresiones graves, advertencias, secreteos, movimientos de cabeza. Debajo de un árbol raquítico, dándole la espalda al personaje y a sus seguidores, pero escrutándolos de cuando en cuando por encima del hombro, sin mayor disimulo, un sapo de bigotes de escobillón, casaca gris, camisa abierta, es decir, en el más perfecto disfraz de upeliento, fumaba. Se escucharon gritos en la distancia, llamados, cantos más bien dispersos, seguidos de un ulular de sirenas. Daba la impresión de que un viento glacial pasaba por encima de los bocinazos, de las cadenas arrastradas detrás de un muro de tabique, de las voces lejanas. Los ruidos se disolvían en los remolinos de polvo y daban paso a un silencio inquietante, a una espera de no se sabía qué. De nada bueno, en cualquier caso. De que nos agarren a palos, se dijo el Narrador, hundido en su chaqueta de *tweed*, erizado, y de que nos manden pa'la casa, o p'al otro mundo.

Una periodista con aspecto de gringa o de europea del norte se había acercado al cabecilla de la oposición, el que se había vestido de obrero, y le hacía toda clase de preguntas. Parecía enormemente excitada, «motivada», como se había empezado a decir, como si ese primero de mayo en el exótico Chile fuera el gran acontecimiento de su vida. Desde una cuca estacionada a poca distancia, dos oficiales de carabineros miraban la escena con aire distraído. Un tercero llevaba un *walkie-talkie*

e intentaba comunicarse con alguien.

¿Qué más hago aquí?, se dijo él, con angustia y con rabia, convencido de que se habían confabulado entre todos para crear el peor de los mundos posibles. ¡El peor!, le dijo al Cachalote, cuando lo recibió en el escritorio de su casa, en mangas de camisa, lo peor de la izquierda, con su sectarismo, su lloriqueo, sus ojos iluminados, su vocación de martirio, y lo peor de la derecha, con su crueldad, su insensibilidad, su ceguera, su integrismo. El otro, entre libros bien encuadernados y con aspecto de poco leídos, se limitó a encogerse de hombros. Estaba acostumbrado, quiso indicar, a las rarezas, a las incontinencias verbales, de su amigo de la infancia. Anunció, para pasar a temas menos ingratos, que tenía, de entrada, choros zapatos con salsa verde, a pesar de todas las vedas, y de segundo, como se lo había anunciado por el teléfono, el costillar, un clásico indiscutible, y esperaba que con sus anuncios, con sus diagnósticos y su mala leche, no le arruinara el almuerzo.

—¡El costillar es mío! —canturreó el Narrador, a pesar de que la sola idea de canturrear temas criollos le parecía repugnante, tan repugnante como la de fotografiarse con mantas, con sombreros de huaso y fajas multicolores, en apoyo

del populismo de la dictadura, pero ese día, estaba visto, tendría que beber la copa hasta las heces, y agregó que estaba muy preocupado, muy asustado, por Ignacio, su hijo, que había partido a desfilar, ¡el cabro de mierda!, con algunos compañeros de curso.

—Tengo toda la impresión —dijo el Cachalote, levantando las cejas gruesas, entrecanas— de que les van a volar la raja.

—Yo, por desgracia, también la tengo —musitó él, y tragó con dificultad un pedazo amarillento de choro zapato.

—¿No quieres llamar por teléfono?

—¿Y a quién cresta voy a llamar?

Prefirieron cambiar de tema, pero el aire tenso de la calle parecía filtrarse hasta el comedor silencioso, alfombrado, recubierto de maderas oscuras, con fulgores de cristales y de platería fina en la penumbra. En los últimos tiempos, explicó el Cachalote, después de recorrer la mitad del mundo, incluyendo China y el Japón, y de probar casi todas las cosas, había optado por la cocina chilena, la mejor de todas.

—Por lo menos aquí y ahora —aclaró.

Confesó, enseguida, admitiendo que una cosa tenía relación con la otra, que se había convertido en un nacionalista apasionado, chileno

hasta la médula de los huesos, ¡chilenazo!, y estuvo a punto de ponerse de pie y aplaudir, o zapatear (como don José Fernández de Rebolledo, el papá de la Manuelita), o cantar himnos.

—Y eso —preguntó el Narrador—, ¿en qué consiste? ¿En manducar pebres, costillares, choros de todos los tamaños? ¿En bailar cuecas?

—¡Entre otras cosas! —replicó el Cachalote, sin molestarse, o sin demostrar la menor molestia, agitando en el aire un tenedor emblemático.

Contó, además, el Cachalote, y dijo que no se avergonzaba de contarlo, ¡todo lo contrario!, que había empezado a ir a misa, y a cumplir, pese a que todavía no había recuperado la fe de su infancia, la del Colegio de San Ignacio, en el que se habían educado juntos, con todos los rituales de la Santa Madre Iglesia. Así, agregó, bebiendo un sorbo de vino, alisando el mantel de hilo, mirándose el barniz de las uñas, se sentía más tranquilo, más seguro.

—Más de acuerdo conmigo mismo.

—¿Y tú crees —preguntó el Narrador, que no quería ser mal educado, sobre todo frente a una mesa tan generosa, pero que tampoco quería comportarse como un perfecto hipócrita—, que los principios de la Iglesia son compatibles con el soplonaje, con la tortura, con el crimen político?

El Cachalote lo miró con la boca llena, masticando. Se llevó a los labios otro vaso de vino tinto: un Antiguas Reservas del año 74 que se oxigenaba en la semioscuridad y mejoraba por minutos.

—Aquí pasaron cosas muy graves, viejito. ¡No te olvidís! —y el Narrador, casi a pesar de sí mismo, tuvo una sensación de irresponsabilidad, de comodidad culpable. Era una emoción puramente subjetiva, no ajena, pensó, al hecho de que el Cachalote y sus amigos tuvieran la sartén por el mango, pero no pudo evitarla. Pertenecía a la especie de las sensaciones que Cristina olfateaba en él a cada rato, a la vuelta de cada frase, de cada gesto, de cada silencio, y que despreciaba, Cristina, con toda su alma, con toda la profundidad de sus tripas. Si él se hubiera hecho oficialista, partidario declarado de la dictadura, a su regreso a Chile, ella, quizás, lo habría entendido mejor, o lo habría odiado de un modo más claro, sin necesidad de mayores recovecos, pero él, a diferencia del Cachalote, no podía convertirse de la noche a la mañana en un beato de la cocina criolla, y tampoco podía, sin fe, haciendo la vista gorda, ponerse a seguir los ritos del Chile antiguo, los usos de la Colonia y los de la vieja liturgia. Sin hablar de cosas peores.

Para llegar a eso, para soportar todo eso, le faltaba más de algo. Quizás la ingenuidad del Cachalote, o su aspereza de nariz rojiza y cejas hirsutas, o la firmeza de su estómago.

Se escuchó, durante un rato, el ruido de los cubiertos que destripaban el costillar, y el crujir de las mandíbulas, el tragar, y de repente, con inusitada estridencia, sonó la campanilla del teléfono. El Cachalote, en actitud un poco rara,' sin mirar a su invitado, se puso de pie. Regresó al segundo.

—Es a ti.

—Tomaron preso al Nacho —le dijo la voz de Cristina.

—¡Preso!

—Preso. Yo me voy ahora a la Vicaría de la Solidaridad. A juntarme con los abogados y con los padres de los demás detenidos, y a ver qué hacemos.

—Hay chirimoya alegre de postre —dijo el Cachalote, con humor lúgubre, después de escuchar la noticia, y añadió—: Hace cinco años te habría recomendado que no te demoraras en comerla, pero creo que ahora puedes terminar tu almuerzo tranquilo.

—Prefiero irme —masculló él, con la boca seca, pálido—. ¿No podrías tú, entretanto, echarle una llamadita a tu amigo el ministro?

El Cachalote hizo un gesto afirmativo. Una cosa eran las convicciones, y la amistad era otra. Eso, por lo menos, pareció querer decirle. Si no encontraba al ministro ahora, en su despacho, lo encontraría en la noche en su casa.

A los estudiantes los tenían detenidos en una comisaría del barrio bajo de Santiago, cerca de la carretera Norte Sur, no muy lejos de la iglesia y parroquia de Santa Ana, al final de una calle sin salida. Él se encontró con Cristina en el callejón, a pocos metros de un cordón policial. Estaba seria, desencajada, asustada. El, a pesar de todo lo que la conocía, la había visto así, desarmada, descompuesta, muy raras veces. ¿Ves?, pudo decirle, pero no se lo dijo. Incluso le palmoteo una mejilla, con afecto, y ella, contra su costumbre, no se resistió. El ministro del Interior, el amigo del Cachalote, declaraba en esos momentos por la radio que se trataba de un movimiento perfectamente organizado por el Partido Comunista, con ayuda del comunismo internacional y con el manifiesto propósito de desestabilizar al gobierno, y anunciaba que se aplicaría todo el rigor de las leyes de seguridad del Estado. Ya hemos empadronado a todos los revoltosos, agregaba, y hemos comprobado que hay buen número de activistas

políticos profesionales y algunos extremistas prontuariados, aparte de uno que otro carterero y delincuente común que trataba de aprovecharse de la confusión. El Narrador calculó que su ex compañero de colegio compartiría estas afirmaciones de un modo incondicional, pero pensó que haría, a pesar de eso, una gestión en favor del hijo del amigo despistado, descarriado, upeliento, sin duda, pero carente, estaba convencido, de toda peligrosidad verdadera. Se abrieron al fin, al cabo de dos o tres horas, las puertas de hierro verde del fondo del callejón, en medio de un estrepitoso despliegue de pitazos y de sirenas, y salieron a toda velocidad varios buses enrejados, precedidos y seguidos por motocicletas y por automóviles policiales, rumbo a no se sabía dónde. Cristina y el Narrador se metieron a una camioneta de gente a quien conocían algo, actores del teatro contestatario, amigos de la Vicaría, y partieron a todo lo que daba el destartalado cacharro. Perdieron la pista un par de veces, pero la recuperaron pronto, con ayuda de gente parada en las esquinas, estudiantes, obreros, mirones, señoras de buena voluntad, y llegaron después de más de media hora, en un barrio periférico de la zona sur, a los aledaños de una amplia comisaría, un edificio blanco y verde rodeado de terrenos deportivos, situado en el centro de la población Cardenal José María Caro.

—Se ve un recinto más agradable, por lo menos —dijo el Narrador—: con pastito, y hasta terraplenes con cardenales, con hortensias.

Cristina, que fumaba un cigarrillo detrás del otro y que se había puesto durante el trayecto en la camioneta todavía más desencajada, más ojerosa, casi espectral, lo miró con furia.

—Acuérdate, imbécil —dijo, pronunciando el insulto con un énfasis lapidario—, del Estadio Nacional. También tenía pastito, arbolitos.

Él quiso hablar, quiso protestar, como tantas otras veces y en definitiva se quedó sin resuello. Paró cerca, entonces, un automóvil de lujo, un Mercedes Benz o algo por el estilo, y bajaron dos señoras cincuentonas, fachosas, de peinados altos, maquilladas a la perfección, enfundadas en abrigos de pieles perfectamente innecesarios para el clima. Avanzaron con desparpajo, tranqueando con fuerza sobre sus tacones de buena marca, ajenas a la concurrencia angustiada y más o menos mísera, hasta la puerta principal de la comisaría, y desde ahí fueron conducidas con modos obsecuentes hasta una puerta lateral. Una era la esposa del general en retiro X, conocido como amigo del Caballo Ibáñez, el dictador del año 27 y presidente elegido del 52, y como autor de una poesía patriótica, una Oda, precisamente, al Caballo, pero no Ibáñez, o al Soldado de Infantería, el Narrador no se acordaba bien, e

iban en busca de un hijo, estudiante de derecho, que también había caído en la redada. Sacarían al detenido en forma discreta, por una salida del fondo de los jardines, y el mozalbete iba a recibir, seguro, un par de coscachos y una reprimenda severa. ¡Un hijo del General Fulano metido en estos trotes! El Narrador se acercó a la puerta por donde habían entrado las dos señoronas y pidió que le facilitaran un teléfono. Recibió una negativa seca. Un sujeto que merodeaba por ahí cerca, un hombre flaco, de aspecto esquivo, le ofreció, entonces, llevarlo a una casa vecina.

—Gente nuestra —le dijo, con la cabeza medio ladeada—. Personas de toda confianza.

Podía ser un soplón, cualquier cosa, pero él optó por seguirlo. El hombre lo hizo entrar a una sala en penumbra, con fotografías de familia coloreadas, con un paisaje del Valle Central de colores chillones colocado encima de una cómoda que parecía de material plástico. Marcó el número de Alberto Alcocer, el Cachalote, y éste todavía no había conseguido ubicar al ministro. Pero había escuchado las noticias y sabía que los detenidos habían sido llevados a un establecimiento público y que a la mañana siguiente se designaría un Ministro en Visita. Después de eso, el Cachalote bajó la voz. El Narrador adivinó que iba en el tercero o en el cuarto whisky bien cargado.

—En buenas cuentas, viejito, no fueron a parar a una discoteca de la Dina. ¡Podís darte con una piedra en el pecho! En el sistema carcelario normal, y con Ministro en Visita, el cabro 'e mierda tendrá todas las garantías legales.

—¡De qué garantías me hablas!

—Ya sé que tú no eréis, pero en las circunstancias actuales, mucho mejor sería que creyeras. ¿Entendís?

El Narrador entendía. Por supuesto que entendía. Colgó, y la dueña de casa le ofreció una coca-cola. Tenía un aspecto amable, discreto, cuidado. Imposible saber si era sapo, soplona, o militante de algún partido de izquierda. En este mundo al que había regresado, y que era, en cierto modo, el reverso del que había conocido antes, en lo que ahora se podía mirar cómo su prehistoria, cada vez que se entraba en honduras, la realidad se tomaba dudosa, medio viscosa, resbaladiza. Bebió su coca-cola con algo de asco, por amabilidad, y quiso volver a marcar el número del Cachalote, ir a emborracharse con su whisky, llamar desde el teléfono de su casa al mismísimo ministro, a quien había conocido en épocas pasadas, en aquel mundo anterior, y quizás,

por qué no, suplicar, humillarse, lloriquear, hasta caer, por fin, borracho perdido, junto a las forjas coloniales de la mesa del comedor, debajo de algún santo cuzqueño. Pero entró su ex mujer a la sala en penumbra, la de las fotografías retocadas, y él desistió de hacer el llamado. En lugar de regresar a la casa del Cachalote, en el barrio alto, acompañó a Cristina hasta su departamento del cerro de Santa Lucía, la santa de los ciegos, y bebió con ella un vaso de vino áspero. Las cuevas enrejadas del cerro, los torreones, los pimientos invadidos por las cuncunas, lo dejaban pensativo. Como si los signos que antes habían sido inocentes mostraran ahora un reverso maligno. Pero Cristina no estaba para sutilezas. Tenía mucho miedo, le dijo, de que allanaran su casa en busca de papeles. Y de qué se la llevaran.

—No sé si podría resistir una segunda vez.

—Mejor me quedo a dormir contigo —dijo él, y ella no dijo nada. A él se le ocurrió, entonces, llamar por teléfono a su padre. Don Ignacio ya sabía, se lo había contado el Cachalote, y estaba llamando hecho un loco para todos lados.

—Pero —dijo—, en un cuartel de carabineros está mucho más seguro.

El Narrador se sorprendió. Supo, más tarde, que el Cachalote había conseguido hablar, por fin, con el ministro, y que la reacción del ministro, amable y todo, había sido, sin embargo, un tanto sibilina. Prefirió no decirle nada a su ex mujer. Cuando se metió, en la conclusión de aquel interminable primero de mayo, a la cama doble, estaba completamente agotado. Hacia las dos y media de la madrugada, en la oscuridad profunda, en el silencio del toque de queda, despertó. Insomne, Cristina clavaba los ojos ojerosos, un poco desorbitados, en el techo de su dormitorio. Parecía que hacía un recuento, un inventario de algo.

—Suspiras como una desesperada —comentó el Narrador. —¡Mentira!

El Narrador la abrazó. Hicieron el amor sin decirse nada, con un sentimiento de tristeza, de nostalgia indefinida, de final de todo, y después, en la profundidad de las sábanas, en el meollo de la noche, consiguieron conciliar el sueño.

Capítulo XII

ELLA, la Manuelita Fernández, supo que Toesca había cerrado la puerta de su taller y la de la casa a Juan Josef. A mi Negrito, dijo. Supo que Toesca, que andaba todo el día rabioso, con la sangre revuelta, le había dicho: No vuelva a poner los pies en mi taller ni en mi casa, signore Goycoolea (así dicen). No quiero volver a ver ni su sombra. ¡Nunca más! *Capisce*? Supe, o creí saber, porque el Negrito fue a visitar a mi mamita a su casa, y se tomaron un mate juntos, y él, al final, se lo contó. ¡Qué hombre más insoportable!, suspiró misiá Clara Pando (mi mamita), con su nube en los ojos. El pobre Juan Josef tuvo que recoger sus cosas, sus dibujos, sus bártulos, y salir con la cola entre las piernas, sin despedirse del Gordo Santa María, de los demás alumnos, ¡de naiden!, mientras ellos, asustados, lo miraban y no decían una palabra. El sentía en ese momento, contaría después, que su carrera se había ido al carajo, por diablo, por lacho, y que tendría que emplearse por ahí de capataz de encomienda, lejos de la Manuelita (de mí), lejos de los trabajos de arquitectura y de los saraos de Santiago, de las procesiones y las ceremonias, por caminos de pedregales y zarzamoras, por laderas resecas. Supo, también, la Manuelita Fernández, supe, que ese cochero que contrató el Toesca, Ambrosio, el mulatón de mirada de perro, era un ex alguacil que le habían recomendado los curas para que me vigilara, para que me mantuviera encerrada, sin aire, en mi casa, con permiso para ir de la casa a la iglesia y de la iglesia a la casa. Pa'que así me marchitara. ¡Sí, mamita!

También supe por la Palmira, la tonta, y por la otra, la enana de las piezas de atrás, que Ambrosio estaba especialmente autorizado para correr a Juan Josef a garrotazos, para darle una paliza y molerle los

huesos, si llegaba a asomarse, y si al mulatón se le fruncía, y para agarrarme a mí por las piernas, si me encaramaba al muro del fondo del huerto y trataba de escaparme, de irme a juntar con él, y encerrarme con doble llave en una de las piezas, o en el depósito de los granos, entre los guarenes, las hormigas, las arañas de poto colora'o. ¡El negro! ¡El esclavo! Traté de echárselo en cara al Toesca, a ver si lo entendía, pero el hombre llegaba en su carricoche negro, después de las diez de la noche, pálido como un papel, y no me miraba a los ojos: miraba al suelo, y tenía los pelos disparados, las rodillas como nudos, las pantorrillas flacas y duras, como alambrones, de incrédulo, de hipócrita, de persona que venía quizás de dónde. Entonces tomé, tomó la decisión. Entonces. ¡Mamita de mi vida! Saqué unos pesos de un cajón y caminé hasta la esquina. Ahí agarré pa'l sur, por una de las calles de tierra, y me acerqué a la botica de los jesuitas, la que había sido de ellos antes de que los echaran. Estaba un poco nerviosa. Me acordaba de don Manuel, el primo de Ignacio, encerrado en la sala de atrás, rodeado de libracos y sin atender a nadie, muy digno y callado, escribiendo, dejando de escribir, haciendo toda clase de musarañas. Me dio risa, y los nervios, con eso, se me quitaron. Ahora, sin los mochos, y sin don Manuel con sus papeles, con sus profecías, sólo había un par de mocetones ignorantes detrás del mesón, además de un viejo medio sordo.

—Quiero solimán —dije.

El viejo no me oyó. Tuve que acercarme y repetírselo a gritos, con miedo de que entrara alguna otra persona y sospechara.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó el viejo sin dientes.

—Pa'los ratones, pu's. Corren por el techo toda la noche y no nos dejan dormir. Y nos comen los granos. Y cualquier día de estos nos van a comer a nosotros —dije, medio risueña—, vivitos.

El viejo le advirtió que tuviera mucho cuidado, es muy recontra fuerte, señora (me advirtió).

—Güeno —dije, y miré las culebras de porcelana, los lagartos, los enormes sapos del techo, que parecía que iban a saltar. Cuando menos, al dar las campanadas de la medianoche, saltaban y salían y croaban, y quizás qué se decían. A don Manuel, a pesar de su edad y de su santidad, lo habían sacado de la cama a empujones, y apenas le habían dado tiempo para recoger sus papeles. Lo habían hecho formar fila en el patio del convento, junto con los demás, y después los habían obligado a todos a subirse a unas carretas. Él sabía mucho, don Manuel, sobre el

lenguaje de los sapos, de las culebras, de los perros. Como Ignacio, mi cuñado. Con la diferencia de que el Nacho no escribe ni habla: sólo habla con las manos, modelando piedras.

—Ahí tiene —dijo el vejete, y la miró. Me miró con cara de susto.

Pero ella estaba decidida. ¡Yo! Pa' que aprenda, nomás, a maltratarme, a ponerme un carcelero. ¡A ningunearme delante de todos! Si la colgaban, después, en el centro de la Plaza, en la horca donde había visto, desde niña chica, a muchos otros colgados, ¡qué me cuelguen! Si Dios no me quiere… ¿No eréis, mamita? El italiano, con sus pelos de loco, su cara de alma en pena, era un apestado, un torcido: podía parar las patas en una noche cualquiera. Sobre todo ahora, cuando andaba tan tembleque, con los ojos tan saltones.

—Lo que pasa —dijo misiá Clara—, es que lo tenis enfermo.

—¡Que se muera, entonces!

—¡Ay, niña! ¡Que Dios te perdone!

Y mi mamita se santiguó, mascculló unos rezos.

A la Manuelita Fernández, a mí, cuando entré con el frasco envuelto en un paquete y sujeto con las dos manos, me dio mucho miedo, el corazón se me salía por la boca, el pecho me llegaba a doler. ¿Por qué lo hacía? ¿O no era yo la que lo hacía, la enemiga, la maldita? Los espárragos, los primeros de la estación, ya estaban colocados en el puesto de Toesca y en el mío: gruesos, verdes, en forma de lanzas, con escamas, con el brillo del cocimiento, maduritos, mientras la Eufemia salía y entraba. Ella, entonces, yo, le dije, y la voz me salió medio quebrada, y bien seca, agria:

—Anda a buscadme la peineta de carey grande, Eufemia. La que tengo en la pieza del segundo patio (la de Juan Josef, la de las encerronas, y otra vez le dieron ganas de soltar la risa, o de tirarle el frasco por la cabeza).

La otra estaba dedicada a poner la mesa. Estaba concentrada en eso. Se paró con unos cubiertos en la mano y la miró con la boca abierta. ¿Qué dice?, parece que preguntó, y la Manuelita, la Fernández, con voz tajante, porque si había que ser señora, doña, lo era, lo soy, ¡qué se había figura'o, la vieja inmunda!:

—¡Anda! ¡Corre!

Y apenas la vi alejarse por la galería, arrastrando las patas, saqué el frasco de adentro del paquete, que tenía en el bocal una cuchara de peltre, y unté los espárragos del Señor Architecto con mano firme, aunque con algo de torpeza, porque había vuelto a ponerme nerviosa, y

no sabía cómo hacer para disimular el olor pasoso que echaba el unto, y para que los espárragos recuperaran el brillo tan bonito que tenían antes, porque ahora, con el unto, se les había formado una costra como de cera. Entró en ese momento la Palmira, la sobrina de la Eufemia, y me vio, creo, dando los últimos toques de solimán con la cuchara, pero la Palmira no importaba, era una pobre tonta, traía los tazones amarillos con la vinagreta, y le ordené que los dejara en la mesa, junto a cada plato, y que se degolviera al repostero.

—Cuando te necesite —le dije—, te llamo con la campanilla. Pero no vayai a entrar si no te llamo, ¿entendís?

Salió más que ligero, y la Eufemia, un segundo después, entró.

—No encontré la peineta de carey en el cuarto del fondo, señora. La busqué por to'os la'os.

—No importa —le respondí, de lo más tranquila—. Anda a avisarle al señor que está servido.

El señor se demoró mucho, siglos, y ella, durante la espera, sentía que sus entrañas ardían, y que su sangre, en cambio, se había congelado. Eso, más o menos, sentía, pero seguía tan tranquila, como si estuviera durmiendo, o como si hubiera volado a otra parte.

—Espárragos —murmuró él—. De nuevo.

—¿No te gustaban tanto?

Nunca lo tuteaba, ¿sabe usted?, y él, como vivía distraído, pensando en sus pilastras y en sus pórticos, en sus largos y sus anchos, no se dio ni cuenta de que esta vez sí lo había tuteado, de puro nerviosa, pero ella, en ese momento, yo, que me había controlado tan bien, y que ahora, desde que Toesca había entrado al comedor, ya no me controlaba, no hallaba qué hacer, me puse a temblar como si me hubieran bajado tercianas. Tuve que apretar los dientes, porque de no, me castañeteaban, como les pasa, cuentan, a los condenados, y aferrarme al respaldo de una silla, y mirar p´a juera.

Toesca comió los dos primeros espárragos en forma rápida, pensando en cualquier otra cosa, sin dirigirle la palabra, sin reparar, siquiera, en que ella (yo) estaba ahí, a su lado, como sucedía tantas veces, cavilando, quizás, sobre el balconaje del techo del edificio, con sus trofeos y sus famas, que recibirían la luz del crepúsculo desde el norponiente, o en lo que habrían dicho los tratados acerca del terreno, o del agua, y enseguida, sin mirarla, con ojos volcados para adentro, levantó y masticó el tercer espárrago. ¡Virgen santa!, murmuró ella, murmuré, y estuve a punto de dar un grito, pero me había quedado

tiesa. Masticó el tercero más despacio que los dos primeros, formando un bulto, un bolo adentro de la boca, y haciendo una mueca, como si le costara mucho, pero sin darse cuenta todavía de lo que le costaba, del asco que le daba. Yo lo miraba fijo, con la boca abierta, sin probar nada, y agarré uno pa' disimular. Sintió una arcada violenta, que la hizo estremecerse. Estuve a punto de vomitarlo todo, a pesar de que los míos no tenían solimán ni nada, era la pura idea. Toesca había comido igual de despacio el cuarto espárrago y ya masticaba el quinto, más despacio todavía, con una cara que se le había puesto rara, y de repente se fijó en la Manuelita, en mí, que tenía un hilo de jugo verdoso colgándome de los labios, como una vaca, y que lo miraba con ojos como platos. ¿Sabes lo que hizo entonces? Pegó, mamita, un grito ronco, un alarido que se le quebró, como si le hubiera faltado el aire, y salió doblado en dos, parecido a un escorpión, tapándose la boca, haciendo arcadas.

Se parece a un escorpión, en realidad, y ella se quedó en su silla, clavada. Trató de comer otro espárrago, pero temblaba de tal manera, que no fue capaz de llevárselo a la boca. No le va a pasar nada, se dijo, dije, porque no quiso seguir comiendo. ¡Menos mal, mamita! Entró la Eufemia al poco rato, con cara de odio, agarró el plato de espárragos de Toesca, lo tapó con una servilleta, con qué rabia, y salió. Divisé por la puerta abierta que él y la Eufemia, la bruja, se dirigían a la puerta de calle, apurados, encorvados casi hasta el suelo, a pesar de que él caminaba siempre muy derecho. Ella, entonces, yo, hice ademán de salir del comedor, quizás con la idea de llamarlo, de explicarle alguna cosa, aunque no sabía, y si le hubiera podido explicar, no sabía qué le habría explicado, pero Ambrosio, el cochero, que se había colocado, sin que ella, yo, se diera cuenta, en el umbral, extendió los brazos, y confirmé así que el mulatón era, en realidad, mi carcelero designado, mi perro cerbero.

Al caer la noche llegó un señor de aspecto muy grave, un funcionario de calzas negras, de zapatos polvorientos, de cara traspirosa, acompañado de dos alguaciles que tenían palos en los cinturones de cordel y bonetes blancos, y la interrogó en el comedor, sentado en la misma silla donde se sentaba el señor Toesca. La interrogó, cree, durante horas, pero no está segura. Esa noche es como un sueño, y ella creía que la iban a llevar al patíbulo al amanecer, y estaba contenta.

—¿Usted sabía que podía matarlo con ese solimán?

Lo divisé por entre los barrotes de una de las ventanas, de manos a la espalda, paseándose entre un naranjo y otro, mientras la vieja, detrás

de una lienza con ropa colgada, lo seguía con la vista. Detrás de la ropa y de las ramas de los naranjos había otra gente, y todos hablaban en voz baja, y a veces miraban p'adentro.

—Sí sabía, señor.

—¿Y quería producir ese efecto?

—¿Qué efecto, señor?

—Matarlo.

—Creo que no, señor —dije—. No sé.

La verdad es que no sabía, y se quedó moviendo la cabeza, aguantándose, con los ojos, con la garganta, con el pecho entero inundado.

—¿Y qué quería, entonces?

—¿Qué quería?

Él se paseaba entre los dos naranjos, un poco menos agachado que al principio, y hablaba solo, rumiaba alguna cosa, si me mataba, quizás, o no me mataba.

—Lo que quería —dije—, creo, señor, era desquitarme.

—¿Desquitarse de qué?

—¡De todo!

—¿Y si se moría? ¿Si el solimán lo mataba?

La Manuelita clavó la vista en las tablas del piso, en los nudos de la madera, en las junturas disparejas, y después levantó los ojos. Con su cara impávida, con sus zapatos cubiertos de tierra, el funcionario habría podido comprobar, si hubiera sido una persona atenta a esas cosas, que la joven encausada tenía ojos hermosos, almendrados, pardos tirando a verdes, y que parecían adquirir profundidad, misterio, debido a un intenso estado de crisis, a una emoción abarcadora, inmensa, que los bañaba, en la que daba la impresión de que flotaban.

—Eso ya no dependía de mí, señor.

—¿Y de quién dependía, entonces: se podría saber?

El funcionario lo dijo alzando un poco la voz, adquiriendo tono de falsete, enrojeciendo.

—De Dios —dijo la Manuelita Fernández. Dije. ¡De quién iba a depender, pu'!

Capítulo XIII

EL NARRADOR sabe algunas cosas, más bien pocas, y se imagina otras. Conoce, por ejemplo, de vista, y hasta de presentación, de saludo, de vagos recuerdos de los patios de la Escuela de Leyes, al Ministro en Visita que fue designado a la mañana siguiente en la causa de su hijo. Era un hombre dos o tres años mayor que él, y que en los tiempos de la Escuela, si la memoria no le falla, si el personaje es el mismo, hablaba mucho en los rincones, se agitaba, se movía por los pasillos, por los patios, por las antesalas, más bien bajito, de pelo ensortijado, ojos azulinos, preguntones, vestimenta gris, la caricatura del leguleyo en estado puro, ya entonces. ¡Qué precocidad, se dijo él, y qué vocación, qué destino! En épocas anteriores, de toga y peluquín, el ministro se habría colocado los gruesos volúmenes de las Partidas, de las Leyes de Indias, encima de la cabeza, en señal de sumisión al Imperio. Ahora, desprovisto de togas y pelucas ceremoniales, salía de una puerta batiente de vidrios esmerilados con la cabeza gacha, como si el peso de los libracos invisibles, unido al de la caspa, todavía lo agobiara, y emprendía el camino hacia oficinas secretas, movedizo, como antes, con el pecho inflado, el ojo inquisitivo, parlanchín, cuando se daba la oportunidad, o silencioso, disimulado, terco.

Pues bien, al día siguiente hábil de aquel largo primero de mayo, algún día sin orígenes, jueves, para citar al poeta, para irritar al antipoeta, algún lunes, el Ministro en Visita, el ratonil, el de las alcantarillas judiciales, inició el interrogatorio de los jóvenes revoltosos, a quienes él, después deauscultar a través de canales informales el criterio de la autoridad, ya se había adelantado a definir cómo, más que revoltosos, subversivos. Cuando le llegó el tumo a Ignacio chico, parece

que el ministro le hizo algunas preguntas, no demasiadas, y llegó a la rápida conclusión, en su condición de perfecto siútico criollo, condición, como bien sabemos, inefable y determinante, de sólo mirarlo, de reconocer el timbre de voz, de observar con agrado indudable, ¿con turbación?, sus bonitos ojos verdosos y sus rasgos sin duda blancos, de que era un niño de buena familia, y que se había visto envuelto en estos berenjenales, sin duda, por engaño, por ingenuidad, presionado por compañeros irresponsables, quizás, incluso, por infiltrados, por peligrosos clandestinos.

—Te voy a dejar en libertad incondicional —le dijo, adoptando un tono confianzudo, un tuteo cómplice—, por falta de méritos, pero no vuelvas —bajando la voz— a meterte en huevadas. ¡Cuidadito! Y que la noche que pasaste en la comisaría, y una que otra patada en el poto que te habrá tocado…

—Más de una —corrigió él, y trató de explicarle que las pacas, con sus caras bien maquilladas, sus uñas pintadas, sus gorritas verdes, sus botines relucientes, habían sido las peores, las más sañudas, repartiendo puntazos a diestra y siniestra, acompañados de grititos, de soeces insultos.

—… te sirvan de lección —prosiguió el ministro, que no tenía tiempo para entrar en detalles. Al fin y al cabo, unas cuantas patadas en el culo, por aturdido, no estaban mal habidas. ¡Quién le mandaba botarse a comunista, cuando se veía a la legua que era un niño de casa buena, todavía con gusto a leche!

No faltó, después de aquel episodio, y no podía faltar, un alma celosa, un orejero convencido, un cagatintas adicto, para informarle al magistrado que había dejado libre a un hijo de Fulano, persona de pasado izquierdista, recién retomada del exilio, a pesar de su nombre y de su señor padre, y de Fulana, hija de Fulano de Tal, comunista furiosa, dinamitera, émula de las tejedoras de calceta que se colocaban debajo de la guillotina, ¡de bonete escarlata! El señor Ministro en Visita, entonces, que no necesitaba que le soplaran las cosas dos veces, porque era persona de convicciones sólidas, procedió de inmediato a colocar el nombre de Ignacio chico en la encargatoña de reo por delitos contra la Ley de Seguridad Interior del Estado, resolución que incluyó a unos ochenta de los más de trescientos detenidos iniciales, y como Ignacio era el único de los reos que se encontraba en libertad, procedió a dictar con verdadero gusto, con algo de saña, la orden de detención correspondiente, con todas las copias y los traslados del caso, sintiendo que su error inicial, culpa de la hipocresía del jovenzuelo, de su cara de

inocentón, exigía un rigor más estricto.

Cuando la voz ronca de Cristina, que había sido informada por la Vicaría de la Solidaridad, le transmitió la noticia, el Narrador, helado, sintió que las cosas adquirían un matiz diferente. ¿Quién cresta, se preguntó, o suponemos que se preguntaría, le había mandado meterse a este avispero, en esta cloaca del mundo civilizado? Cristina y él consultaron de inmediato a un abogado recomendado por la Vicaría, y el abogado en cuestión fue partidario de esconder al muchacho esa noche y presentarlo en forma voluntaria al tribunal a la mañana siguiente, ya que así se evitaba que la orden de detención fuera cumplida por la CNI, la sucesora de la DINA. Ignacio chico escuchó todo esto callado, un poco pálido, como si estuviera empezando a entrar en razón, pero no demostró miedo, ni siquiera al escuchar de labios del abogado el nombre de la institución temible. Su angustia era evidente, se dijo el Narrador, y la suya también lo era, agravada por sensaciones de impotencia, de difusa culpabilidad, pero el muchacho, que no había querido seguir sus consejos, no daba su brazo a torcer. Había salido a su madre, igual de porfiado, y a su abuelo paterno, igual de terco. El joven dijo, precisamente, que deseaba pasar por la casa de don Ignacio, a pesar de que no habría sido muy difícil para la CNI encontrarlo en esa dirección. Pero quería pasar, de todos modos. No le parecía mal recurrir al viejo, pese a todas las diferencias, en circunstancias extremas.

—Tengo una idea —dijo don Ignacio, agitado, saliendo y entrando del jardín, mordiéndose las coyunturas de los dedos. Le habían sacado las vendas, pero todavía le quedaban algunos parches y algunos resabios de color lila desteñido. Subió a su dormitorio con tranco ágil, como si se le hubiera olvidado que había cumplido los ochenta hacía rato, habló por teléfono durante alrededor de un cuarto de hora, y bajó.

—Voy a llevarte —dijo a gritos, desde la escalera, la misma por donde había huido su asaltante— donde una amiga mía, persona alegre, muy simpática, de absoluta —y subrayó el «absoluta»— confianza.

Abrió con una llave secreta el baúl de aspecto etrusco donde guardaba sus tesoros, cosa que hacía raras veces, y sacó una botella de Moét Chandon, una botellona. Se colocó, enseguida, una larga bufanda de color ladrillo, un sombrero enhuinchado de galán de los años cuarenta, un abrigo de *tweed* con esclavina y con botones de cuero trenzado.

—Usted no tiene ninguna necesidad de venir con nosotros —protestó el Narrador, pero don Ignacio se limitó a desechar sus protestas con un gesto imperativo.

La amiga suya era una señora de unos setenta y tantos, huesuda, que debía de haber sido atractiva en su juventud, pintada como una puerta morisca y vestida con un traje negro, de seda brillante, bastante escotado. Se llamaba Cecilia, Cecilia Martelli Echazarreta, y el Narrador, intrigado y hasta cierto punto divertido con esta amistad desconocida y al parecer antigua de don Ignacio, se dijo que ya se había topado, en los papeles de su desván, con una Echazarreta de fines de la Colonia y de los primeros años de la República.

A la mañana siguiente, el Narrador y Cristina fueron a buscar al joven subversivo en un taxi, callados, ¡de manos tomadas!, en compañía de un ayudante del abogado. Ignacio chico les alcanzó a contar que estaba con el cuerpo malo. Entre él y «la Cecilia» (así la nombró), se habían tomado entera la botella de *champagne*, la guatona, y la Cecilia, después, había interpretado en el piano y cantado con voz chillona, pero bien entonada, melodías napolitanas y francesas. ¡Hasta habían bailado, y se habían reído como locos, y los vecinos del piso de abajo les habían hecho advertencias con golpes de bastón en el cielo raso! El relato de la farra cesó cuando entraron a las oficinas del Ministro en Visita, lugar donde fue notificado de la orden de detención en su contra, detenido de inmediato y trasladado un par de horas después a la galería número 7 de la Penitenciaría de Santiago, donde ya se encontraban los demás reos, el grupo de ochenta y tantos estudiantes. Esto sucedía un miércoles, y el Nacho, Ignacio chico, sólo pudo ser visitado por sus padres en la mañana del domingo. Fueron días largos, insomnes, durante los cuales el Narrador parecía masticar, con saliva seca, una rabia impotente. Llamó una tarde a don Ignacio, y el viejo le dijo que él tampoco había podido dormir. Al fin y al cabo, era nieto suyo, y bastante regalón, pero qué querían que hiciera, aparte de esconderlo en casa de una amiga de confianza... Si su papá, y la descriteriada de su mamá, no habían sido capaces de retenerlo en la casa... Él estaba convencido, en cualquier caso, de que los ministros de la corte eran personas serias, y de que el régimen, aunque duro, era justo, y no tenía el menor interés en ensañarse con unos pobres pánfilos.

Llegó por fin, después de aquella media semana interminable, ese día domingo. El Nacho, quien había tenido desde muy niño reacciones un tanto desconcertantes, de persona excesivamente formal, con modos de viejo, y a la vez impredecible, de altibajos, llevada de sus ideas, proclive a las bromas, los recibió en la Penitenciaría de Santiago de humor excelente, más comunicativo que de costumbre, como si la experiencia de la cárcel fuera, a su modo, una fiesta, ¡otra farra!

—Los presos políticos, condenados por el asesinato de un ex ministro anterior y por algunas otras gracias, como internar armamento o tratar de organizar comandos terroristas, están en la galería del lado de la mía —les dijo—, y nos han tratado a cuerpo de rey. Reciben toda clase de ayudas de unas siglas que nombran todo el día, las ONG, la Cruz Roja Internacional, Fundaciones varias, y como son muchos menos de lo que la gente piensa, tienen todas las comodidades que se puede tener adentro de una cárcel: una cocina de gran capacidad, un homo eléctrico separado, un espléndido microondas, aparte de excelente vajilla y de un secretario pagado que les hace las compras y les recibe los mensajes…

—Y ustedes, presos de la dictadura, son compañeros revolucionarios…

—¡Exacto! ¡Tú lo has dicho! Y como nosotros venimos de diferentes facultades, organizamos foros sobre urbanismo, filosofía, teología, ciencias políticas, y discutimos todo el día, y algunos gendarmes, obligados a tratar con delincuentes de la peor ralea, se nos acercan, encantados, y nos muestran fotografías de sus mujeres, de sus hijos. Uno me pidió ayer en la tarde que le ayudara a redactar una carta a su novia. ¡Qué les parece! Y cuando no hablamos de Marx, o de Heidegger, o de Jorge Luis Borges, estudiamos recetas francesas, italianas, hindúes, y nos dedicamos a la alta cocina. Yo he prometido ayudarles a formar una biblioteca gastronómica. ¡El mundo feliz, la sociedad del futuro, empezará a florecer a partir de las galerías seis y siete! Hoy día, por ejemplo, comimos ensalada de apio con palta, de primero, con abundancia de aceite de oliva italiano, producto que no se encuentra con facilidad fuera de estas rejas, y de segundo, riñones a la mostaza, y hasta nos conseguimos una botellita de vino, cosa que está estrictamente prohibida, pero un billete de lúea bien administrado lo consigue todo, aquí y en la quebrada del ají…

—Tú te podrás reír —dijo Cristina, mirándolo con ojos llorosos—, pero yo, mientras sigas aquí adentro, estaré destruida, ¡cagada de miedo!

—Aquí adentro, si lo piensas bien —replicó su hijo—, hay algunas incomodidades, colchones podridos, llenos de chinches y pulgas, y no se puede salir de paseo, pero hay mucho menos peligro que afuera. Los de la CNI andan sueltos por todas partes, como perros amaestrados, y éste es el único lugar del país donde nunca se les ocurriría entrar. ¿Para qué? Nuestros amigos de la siete saben que si salieran en libertad, irían directo al matadero. Lo mejor es esperar aquí, dicen, calladitos.

—¿Esperar qué? —preguntó el Narrador.

—El fin de los tiempos —dijo Ignacio chico—. La venida del Mesías en toda su gloria —y soltó la risa.

En la sala de las visitas, estrecha, en penumbra, había algún infiltrado de los servicios especiales, algún aspirante a guerrillero, alguna mujer de estafador común. Lo que predominaba en aquella mañana de domingo, sin embargo, eran los habitantes de barrios burgueses o pequeño burgueses, personas que hacían exhibición de sus buenos sentimientos políticos y que tenían escasa idea del alto precio que pagaban por dicha exhibición, del alto precio y del incierto territorio donde se situaban, como almas en pena. Y también, claro está, aunque en minoría, había gente del pueblo, de los círculos de la pobreza y de la extrema pobreza, de las poblaciones marginales, que llegaba a visitar al padre de familia, al hijo, al hermano, mujeres abrigadas con chalecos de punto grueso, jóvenes de manos toscas y de pelos erizados en la coronilla, ancianos confundidos, que no conseguían sacar el habla, aparte de militantes experimentados, que traían noticias importantes e instrucciones precisas, datos para saber manejarse dentro de la situación nueva. Algún estudiante bobalicón se presentaba a visitar a un compañero de curso: ¿cómo te dejaste agarrar, huevón?, le decía, nervioso, y lo tironeaba de la manga, le había traído de regalo un cartón de cigarrillos, y el otro, héroe, a pesar de todo, sonreía desde su nimbo. También había, por supuesto, curas que se notaba que eran curas porque llevaban una cruz de palo debajo del chaquetón de tela tosca, de color tierra o azul marino, y monjas de expresiones tranquilas y a la vez intensas, abnegadas, ferozmente apasionadas, ¿dispuestas al martirio? Y, a la salida, después de los conmovidos abrazos, de los intensos besos, de los cariños en las cabelleras hirsutas, de los ojos empapados, cuando los presos ya habían regresado a sus galerías, y mientras las visitas esperaban, hacinadas en un patio, codo con codo, sin poder siquiera respirar, los militantes duros, más algunos pobladores marginales, e incluso tres o cuatro de los burgueses de bluyines bolsudos, rompieron a cantar la *Internacional* a voz en cuello, de manos empuñadas, con una intensidad, con una vibración que no se habría visto en otro lado. Cristina cantó sin el menor complejo, levantando un puño que había empezado a ponerse huesudo, mostrando los efectos del ingreso en la mitad de la cuarentena, y el Narrador, en cambio, guardó un silencio más bien árido, mientras recordaba Internacionales de otros tiempos, de años de juventud, de vísperas. Cuando la canción terminó y los aplausos cesaron, los curas, y muchos de los burgueses, y unos cuantos pobladores que habían guardado silencio, más todas las monjas,

que lo hicieron con voces trémulas, con ojos iluminados, cantaron por su lado el *Himno de la Alegría*: «Escucha, hermano…», etcétera.

El Narrador ni siquiera se sabía la letra y tampoco cantó, y caviló sobre su silencio reiterado. ¿Era traidor?, y si lo era, ¿qué traicionaba? Apareció, al fin, un gendarme sudado, mal afeitado, con el botón de la camisa abierto, que hacía sonar un manojo de llaves. Empujó un portón de rejas pesado, rechinante, y las visitas salieron a la calle, tranquilas, un poco tristes, con la sensación colectiva de que había que esperar mucho, de que la dictadura iba para largo, y de que el deber, en todo caso, se había cumplido, todos los órdenes de deberes, en esa mañana de invierno.

Al día siguiente estaban todos, casi todos, algunos menos y algunos más, en el corredor central, patio de distribución, o como se quiera llamarlo, a los pies de cariátides de ojos vendados, bajo la luz de altísimas claraboyas, en medio del rumor incesante de las pisadas, de las voces bajas, de las toses, interrumpido por ocasionales palmadas y gritos de atención a los litigantes, de los Tribunales de justicia. Se bar—liaban cerca de una de las salas de la Corte de Apelaciones, junto a gradas que desembocaban en la luz cruda y el trepidante ruido de la calle, esperando los resultados de los alegatos contra la encargatoria de reo pronunciada por el Ministro en Visita. Cerca del grupo, el abogado del Ministerio del Interior, alto, impávido, de grandes orejas, de manos pálidas y alargadas hundidas en los bolsillos, escuchaba mal, sin interés, porque no le daba la gana de escucharlas bien, las palabras de las tres o cuatro personas que lo rodeaban, personas de saliva obsecuente, de bisagras bien aceitadas. Los miembros del grupo, entretanto, familiares y amigos de los estudiantes presos, pobladores de la José María Caro y la Pintana o vecinos de Nuñoa e incluso de Providencia y Vitacura, caminaban, mirando sus relojes, cuchicheaban, y cada vez que uno de los abogados del lado de ellos salía de la sala donde no cabía un alfiler, donde Cristina había conseguido incrustarse en primera fila, se agolpaban alrededor suyo, ávidos de noticias, necesitados, al llegar a esa etapa, de comentarios optimistas. Porque el hombre, se decía el Narrador, soporta la realidad en dosis muy reducidas, con cuentagotas. Y es por eso que estamos en lo que estamos. ¿O no es por eso? Y él también caminaba, se mordía las uñas, se paraba al lado del abogado del régimen y exclamaba en voz alta:

—¡Han visto! A cada rato corren al ministerio a pedir instrucciones. ¡Jueces y abogados! ¡Jueces y partes al mismo tiempo!

Dicho lo cual, clavaba los ojos en el hombre del ministro, y éste,

impertérrito, de manos hundidas, ajeno al ambiente, conectado por hilos invisibles con los arcanos de la autoridad, no miraba y no se dignaba escuchar nada. Y en ese momento, en el colmo de su sensación de impotencia, el Narrador vio algo, a la subida de las escaleras del lado de la calle, y creyó que había visto mal. Su padre, don Ignacio, de abrigo oscuro, sombrero y larga bufanda grises, con los moretones y los parches todavía visibles, subía las escaleras con lentitud, pero con expresión desafiante, llevado del brazo por Cecilia Martelli Echazarreta, su vieja amiga y lejana parienta de la Ñata que había detectado el Narrador en los anales de los primeros años de la República. Hubo miradas curiosas, cierto revuelo en el pasillo, un visible encogimiento de hombros del abogado del Ministerio del Interior, porque la pareja, sin duda, era excepcional, no rutinaria, y estaba dotada, en alguna medida, de un aire fantasmagórico, de un soplo que venía de otro lado. Puedo luchar contra mocosos de mierda, y contra subversivos de toda laya, pareció decir el abogado, pero contra fantasmas me gusta mucho menos. Y mientras éstas o parecidas cosas pasaban por su cabeza, don Ignacio lo miraba fijo, como si estuviera a punto de darle un aullido, o de abalanzarse y agarrarlo del cuello.

—Son ellos —murmuró, congestionado, de color lila, con voz cavernosa, cuando el Narrador se acercó—, los que trataron de matarme a golpes.

Después se dirigió a un abogado conocido suyo, hombre de su generación, que pasaba en esos momentos, con pasos cortos, con un grueso cartapacio, por la galería.

—Ya sé que hay un nieto tuyo metido en todo esto —le dijo el abogado en voz baja, un poco afónica—. Aquí, como comprenderás, todo se sabe. Pero lo que hicieron estos muchachos, si quieres que te diga, fue muy grave, muy peligroso para el orden público, y no se dieron cuenta, ¡los mocosos pailones!, que estaban llenos de infiltrados por todas partes.

—¿Y lo que me hicieron a mí? —preguntó don Ignacio, con la voz quebrada, con mirada sombría, y se sacó el sombrero y la bufanda para mostrarle sus parches, el resto de sus hematomas, los tres o cuatro puntos de sutura que habían tenido que hacerle en la parte superior del cráneo. Empezó a formarse un grupo de curiosos, mientras un par de gendarmes se acercaba a paso lento, moviendo sus bastones. En ese momento salió Cristina de la sala donde se efectuaban los alegatos. Vio a Cecilia Martelli y la besó en las mejillas. Se abrazó, enseguida, con emoción, como si se hubieran reconciliado en una fracción de segundo,

con don Ignacio.

—Vamos a ganar —dijo.

—Yo no estaría tan seguro —dijo el Narrador.

—Tú nunca estás seguro de nada —dijo ella, con un timbre despectivo—, y tampoco entiendes nada.

Don Ignacio, entonces, volviendo a enrollarse la bufanda con toda tranquilidad, hizo un anuncio que los dejó estupefactos a todos. Anunció que acababa de pedirle audiencia al mismísimo General, a través de un amigo suyo, y declaró que estaba seguro de que el gobierno enmendaría rumbos, y de que expulsaría con cajas destempladas a algunas personas que le hacían muy mal servicio. Esto último lo dijo con voz de trueno, aunque un poco tembloroso, y mirando en forma inequívoca al abogado ministerial, el de las grandes orejas y las manos sumergidas en los bolsillos, quien optó por alejarse en compañía de sus tres o cuatro acólitos. El abogado del cartapacio grueso, a todo esto, el conocido suyo, se había hecho humo. Cristina, entretanto, miraba al Narrador con un gesto de complicidad. Está loco de atar, quería decirle, pero más vale así. La elegante Cecilia Martelli, con su máscara de maquillaje, con sus manos pálidas, tomó a don Ignacio del brazo con un dejo de coquetería y le insinuó que convenía, quizás, que emprendieran el regreso. Pareció que don Ignacio, con más calma, le replicaba que no, que mejor esperaran el resultado de los alegatos. El Narrador palmoteó a su padre en un brazo, le sonrió a Cecilia, ángel guardián versátil, alegre y estilizado, digno de un vitral prerrafaelista, y se puso a caminar sobre grandes baldosas en blanco y negro. Junto a los altos muros del edificio de los Tribunales, bajo encumbradas claraboyas que se habían puesto opacas, él veía, o se imaginaba, porque de repente no tenía plena certeza, sombras: seres cabizbajos, de tricornios, botines, levitas negras cuyas puntas flotaban en el aire rancio, como si fueran pajarracos, aves de mal agüero. Llegaban a través de un laberinto de corredores hasta una pieza, un cubo sin ventanas, donde alguien, un procurador calvo, de gafas redondas, ¿un inquisidor, un delegado de Su Majestad?, les dictaba una instrucción al oído. Dictador, dictadura, de dictar, ¿y de hacerlo con mano dura, con voz firme? Ellos escuchaban sin pestañear, sin hacer un gesto, y enseguida, por el mismo camino por donde habían llegado, con los mismos pasos, golpeándose a veces los huesos de las rodillas, rezongando, carraspeando, regresaban. Y, en el momento de regresar, cumplían.

—Él no sabe —explicó, quiso explicar, don Ignacio, y a su alrededor

hubo sonrisas, muecas, guiños.

—Vámonos —insistió, con dulzura, su amiga, cuyos pómulos, bajo la luz débil, brillaban con una palidez cadavérica.

—Cuando yo se lo cuente, ¡van a ver ustedes!

Capítulo XIV

JOAQUÍN TOESCA y Ricci, el arquitecto e ingeniero militar, conoció, como ya hemos visto, a José Antonio de Rojas, el mayorazgo, heredero de la hacienda y de las caleras de Pol— paico, en los primeros días de su llegada a la Colonia, vale decir, en los comienzos de un verano tórrido, comparable a los de Roma y de Madrid, aunque aligerado, en los atardeceres, por una brisa que bajaba de la cordillera. Eran momentos delicados en la vida de Rojas, pero Toesca, como la mayoría de los vecinos de Santiago, no podía saber hasta qué punto su situación personal estaba comprometida. Parecía que las autoridades, maestras (entonces y ahora) en el arte del disimulo, se habían preocupado de que así ocurriera. Después de las dos o tres conversaciones subversivas sostenidas hacia fines del año anterior en el salón de su casa, don José Antonio había partido el día convenido, en la tercera o cuarta semana de diciembre, quizás un poco antes, a visitar a los franceses, los dos Antonios, el alto flaco y el calvo más bien gordito, en la residencia de ellos. Nos imaginamos que partió armado con el plano que le habían dibujado a lápiz para que pudiera dar con el lugar, un caserón de paredes medio desmoronadas y vidrios rotos, en los faldeos del cerro San Cristóbal. Pasó, pasaría por el mercado a comprar un poco de uva moscatel, y enseguida cruzaría a la ribera norte del Mapocho, al sector que en aquellos años se llamaba, como también hemos visto, de la Chimba, por el Puente de Cal y Canto. Era, suponemos, un día nublado y pesado, una mañana de ventisca y de malos signos, de animales muertos a la orilla del río, con las patas estiradas, con los vientres hinchados. Don José Antonio caminó frente a las chozas del final de la Chimba, pisando con cuidado para no embarrarse los zapatos, ya que

era persona aficionada al calzado fino, de buen cuero, con hebillas de plata y hasta de oro, y no se le habría ocurrido ponerse para la ocasión unos bototos viejos (el Narrador se pregunta si en aquellos años se usaría el chilenismo bototos). Al fondo, a su izquierda, se divisarían los muros del convento del Carmen Alto. Detrás de ellos languidecían las hijas del Corregidor Zañartu, cuyos pretendientes habían sido ahuyentados a gritos, a golpes de sable, incluso a disparos de trabuco, por el irascible personaje, aparte de algunas niñas que él, don José Antonio, había conocido en los saraos de su juventud, y que ya, por lo tanto, habían dejado hace tiempo de ser niñas: la Guagua Fuentes, por ejemplo, y la Pichuca González, que habían andado en malos pasos. En las ventanillas de las chozas se agolpaban caras de pómulos mongoloides, moquillentas, silenciosas, que lo miraban desde interiores mugrientos. El espacio de afuera, pedregoso, con charcos de barro reseco, sin forma de calle, estaba lleno de perros vagos, de gallinas, de niños semidesnudos que correteaban entre nubarrones de moscas. El Narrador concluiría que hemos cambiado poco, pero don José Antonio, coleccionista de libros y de máquinas científicas, se diría que todo tendría que ser limpiado y electrificado en el increíble siglo que se acercaba. Todo: los callejones, las chozas, ¡y hasta los conventos!

Llegó al punto indicado en el plano y empujó la portezuela de madera verde, que correspondía a la perfección a la descripción de los franceses, tan exactos para todo, caviló, hijos de la razón, a pesar de su escasa afición al baño, y divisó el techo de tejuela rojiza, el castaño, las higueras. Estaba bien, requetebién. Se tenía merecidos un racimo de uva y un buen vaso de vino tinto. Avanzó, pues, por encima de la tierra de hojas, y el corazón, de repente, le dio un salto terrible, casi se le salió por la boca, porque en el centro del jardín había dos infantes de uniforme blanco armados de sendos fusiles con la bayoneta calada. Caminó tres o cuatro pasos más, y vio que había otro soldado detrás de unos arbustos y que la puerta del caserón estaba sellada por listones cruzados. Entonces se detuvo, sintiendo el peso ridículo del cartucho de uvas en la mano izquierda, y su primera reacción fue preguntar, pero si no se acercaban y lo arrestaban, lo mejor, calculó, era dar media vuelta y no hacer preguntas.

Desde un torreón chato, carcomido por las grietas del último terremoto, un hombre de camisa blanca y de grandes bigotes no le quitaba la vista. Al fondo de un callejón, cerca de un muro de adobe con enredaderas, había otra pareja de soldados armados de lanzas y vestidos con pantalones azulinos, calzonudos. Cuando volvió a cruzar el

Puente, esta vez de regreso a su casa, las piernas todavía le temblaban. La vida, sin embargo, parecía continuar en los baratillos, en los puestos de estampas, en las cercanías del basural y de la calle del Pescado Frito.

—No sé si me voy a salvar —le dijo a su cocinera, y la gorda de nalgas monumentales, que revolvía una chancaca para sopaipillas, lo miró sin entender. Él se pasó toda la tarde quemando papeles, apuntes, el borrador de la carta al rey de España y el de la Constitución Política, pergeñados por el francés gordinflón, y dibujos de maquinarias, de inventos, de edificios públicos del futuro, que había borroneado el flaco y alto. Cuando Toesca llegó a Santiago por el camino de carretas y se presentó al día siguiente en la residencia obispal, las noticias de la conspiración, que algunos llamaban de los franceses, pero que otros, mal intencionados, empezaban a llamar de los tres Antonios, habían comenzado a circular, contradictorias, confusas. Ignacio Várela, a quien Toesca también conoció al llegar, y algunos (otros, Manuel de Salas entre ellos, el hijo de don José Perfecto, creían que don José Antonio, en compañía de sus máquinas broncíneas, de sus espirales y probetas, de sus juguetes traídos de Londres, se había ido a refugiar en su casa de campo. A esperar que pasara el chaparrón. Porque sus conversaciones con los conspiradores, largas e imprudentes, habían sido registradas hasta en sus menores detalles, no se sabía cómo, y algunos aseguraban que los había tenido alojados en Polpaico, donde habían redactado una proclama filosófica incendiaria. Los rumores volaban, mientras las autoridades guardaban un silencio hermético, y alguien, a la salida de la misa de San Agustín, contó que habían visto al mayorazgo en el muelle principal de Valparaíso, con cadenas en los pies y en las manos, con barba de quince días, custodiado por un pelotón de gendarmes, en espera del barco que lo trasladaría a las mazmorras del Callao, donde se pudriría en vida, si es que tenía la suerte de que no le dieran garrote vil en algún patio perdido.

Fantasías, replicaron otros: disparates. Don José Antonio estaba sentado en su jardín, contemplando los pajaritos, comiendo tortolitas en escabeche, pasándolas con un vinillo nuevo de San José de Maipo. El gobernador del Reino, después de escuchar a sus soplones, a sus esbirros, había conversado sobre el caso con Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima, persona de criterio, nada de alharaquienta.

—Y el sospechoso, ¿qué declaraciones hizo? —preguntó Su Ilustrísima.

—Reconoció, lloriqueando, que había sido imprudente, que había frecuentado a los franceses por no tener con quién hablar de ciencias,

de literatura, y juró que jamás había tomado en serio sus divagaciones, sus absurdos proyectos. Así dijo, y cayó de rodillas, pálido como un papel, temblando, implorando que lo perdonaran. Si hubiera tenido ideas subversivas, no habría solicitado un título de las manos augustas de Su Majestad para él o para su señor padre, ¿no les parecía?

—¡Impecable! —gritó el obispo—. Sugiero que tomemos su declaración al pie de la letra. ¿O vamos a suponer que un hombre maduro, miembro de una familia distinguida, propietario de tierras, participaba de un plan para desconocer la autoridad del Rey, para proclamar una República, para darle derecho a voto a todos los habitantes de la Colonia, sin excluir a los indios mapuches? Con lo malintencionados que son estos chilenos, con lo intrigantes y resentidos, ¿se figuran ustedes qué ejemplo, qué enseñanza?

—Lo conozco bien —murmuró el gobernador, que ya estaba que las entregaba, con enormes dificultades para hablar y para respirar—, y conocí mucho a su padre. Son gente difícil, vanidosa, y el hijo salió excesivamente lector, aficionado a las novedades, a las historias libertinas, pero le aseguro que los indios salvajes no le gustan en absoluto.

—¡Entonces! —exclamó, exclamaría, abriendo los brazos, don Manuel de Alday y Aspe—. Hagámonos los lesos, mi querido gobernador, ¡y asunto terminado!

El Narrador llega a la conclusión de que don José Antonio de Rojas, el mayorazgo, que había dado tantos tumbos en las antesalas, en los mentideros y hasta en los burdeles de Madrid, pasó el susto de su vida y no tuvo más remedio que agachar el moño. Así eran las cosas, se dice, y así, hasta cierto punto, siguen siendo. O agachamos el moño, o nos rompen los cojones. Rojas, en resumidas cuentas, se salvó porque era mayorazgo, porque tenía tierras, y los dos franceses, después de interminables sesiones en el potro (todavía no se conocían las aplicaciones prácticas de la electricidad), fueron conducidos en cadenas, en una carreta arrastrada por bueyes, hasta Valparaíso, desde donde fueron embarcados rumbo a las prisiones de Cádiz. La historia cuenta que uno murió durante el viaje y que el otro exhaló su último suspiro en una mazmorra gaditana. A don José Antonio, entretanto, se le quitaron las ganas de hacer comentarios sobre el asunto. Murió pollo, como decimos ahora, y se dedicó a contemplar las hebillas de sus zapatos. El personaje alto, de cuya vestimenta se desprendía un olor vagamente gaseoso, y el gordinflón aficionado a las teorías y de calva brillosa, pasaron a ser un recuerdo más bien indefinido, unas voces, unas

palabras raras, unas profecías petulantes. A nosotros, por nuestro lado, nos llama la atención que Toesca, cuya llegada a Chile coincidió con el descubrimiento de la conspiración, haya establecido una amistad con Rojas que duró toda la vida. Los testimonios contemporáneos tienden a indicar que el arquitecto era hombre de pocas palabras, desconfiado, introvertido, más bien respetuoso de la autoridad, autoritario él mismo en algunas ocasiones. En cualquier caso, esta amistad, iniciada en el momento en que el mayorazgo parecía haber caído en un pozo negro, es un dato que tenemos que insertar en el conjunto y compaginar. De una sola cosa no nos cabe duda: la presencia de Gioacchino Toesca, el romano, en el horizonte de campanarios pobretones, de murallones de adobe y techos de teja, del Santiago de fines del siglo XVIII, era un enigma denso entonces y lo sigue siendo ahora, a más de doscientos años de distancia. La vida chilena, la de toda esta parte del mundo, está formada, pensamos, por toda clase de aluviones enigmáticos. Existen las respuestas aproximadas, pero ninguna que nos convenza del todo. Por eso estamos aquí, y por eso, a la vez, sabemos poco, y vacilamos, y la inseguridad, de cuando en cuando, nos mata.

SEGUNDA PARTE

La ciudad de los conventos

Capítulo I

I dwell in Possibility —
A fairer House than Prose…
Emily Dickinson

Aunque no le guste, aunque trate de dormir con las persianas bajas durante las mejores horas del día e intente vivir en forma vicaria, a través de otros, de Manuelita, de Toesca, de Ignacio Andía, de don José Antonio, en las horas del toque de queda, el personaje de la Plaza de Armas, el hijo de don Ignacio y papá de Ignacio chico, el ex marido de Cristina, aquel a quien hemos dado en llamar, por convención, por comodidad, por lo que sea, el Narrador, está obligado a salirse del pasado, su refugio, su abismo, su consuelo, a cada rato, para lidiar, a cada rato, con los asuntos del presente. A pesar de eso, no abandona la búsqueda de documentos, pergaminos, antiguallas de toda especie. Poco antes del episodio del primero de mayo, el que terminó con su hijo en la calle siete de la Penitenciaría de Santiago, ocurrido antes de completar un año desde su regreso, había encontrado en un sector lateral del centro de la ciudad, cerca de San Pablo, al poniente de Teatinos, en un callejón meado por los gatos y donde no parecía posible encontrar nada, una vieja traducción francesa de las *Memorias* de Cario Goldoni, el comediógrafo veneciano de mediados del siglo XVIII, el autor de *Los amantes tímidos*, de *El servidor de dos patrones*, de muchas otras obras de notable ingenio y hasta de ocasional sabiduría. Él ha visto algo del teatro de Goldoni en París, en una calle de alegría situada al costado de un cementerio, pero sólo le ha quedado un recuerdo de saltos, golpes, gritos, piernas en el aire, amantes escondidos detrás de una cortina o adentro de un ropero. ¿No nos dice ya algo, esto de los amantes

escondidos? La noche del hallazgo del libro, sentado frente a la mesa del repostero, devoró de una sola vez (verbo, como comprenderá el lector, perfectamente apropiado), más de doscientas páginas. Desde el comienzo de la lectura encontró un parentesco, un aire común, a pesar de las muchas y notorias diferencias, entre Cario Goldoni y Gioacchino Toesca. Goldoni, desde luego, nacido en los primeros años del siglo, podía haber sido abuelo de Toesca. Pertenecía, además, a una región de Italia, el Véneto, la República Serenísima de Giacomo Casanova, de Lorenzo Da Ponte, de los últimos Dogos, de los príncipes convertidos por la ocupación extranjera en vendedores de pescado seco, según cuentan algunos autores, muy diferente de la Toscana, la tierra de la familia materna del arquitecto, los Ricci, o de Roma, la de su padre y suya. Había, sin embargo, afinidades importantes: ¿en la crueldad de las costumbres, en el refinamiento estético, en el libertinaje disimulado con la más perfecta de las hipocresías? Misiá Clara Pando, la vieja bruja, sostuvo siempre, en privado y en público, en conversaciones de puertas adentro y en declaraciones consignadas en papel sellado, que el libertino era él, Toesca, y no ella, la Manuelita. El tema es delicado y difícil. A estas alturas, y frente a un cúmulo de testimonios, muchas veces contradictorios, no vamos a poder resolverlo. Sigamos, pues, con las conjeturas del Narrador, con sus recuerdos conjeturales. Mientras camina por las calles del Santiago colonial, casi siempre con rabia, con tristeza, Toesca se recuerda a sí mismo sentado en un taburete demasiado alto para su tamaño, de felpa tan roja como el vestido que lleva puesto, en el centro de un gran escenario, mientras su padre, su madre, un tío abuelo de cara ancha, dos primas legañosas, narigonas, de dientes de caballo, y algunos curas, aparte de tres o cuatro novicios no mucho mayores que él, apenas entrados en la primera adolescencia, lo señalan con el dedo y se ríen a carcajadas. ¿De qué se reirán? ¿Tendré monos en la cara, o en los zapatos? Le han puesto unos zapatos de charol negro con hebillas de plata, que toman una posición torcida, ridícula, al colgar en el aire, y los encajes blancos de la blusa le provocan una insoportable picazón en el cuello. Un sacerdote congestionado, de rizos a los lados de la cabeza calva, es anunciado a la asistencia como miembro de una Academia de nombre largo y pomposo, pero él no alcanza a saber cuál, o ahora, tan lejos, después de tanto tiempo y de tantas cosas, se le ha olvidado. Toma asiento el sacerdote académico en una silla más baja, a un costado, bajo la luz de un ventanal opaco. De manera que el centro del escenario, de la iluminación, de toda la enorme sala atestada, búhente, es él,

Gioacchino. Armado de un gran bastón a rayas amarillas y negras, el maestre de ceremonias sale desde atrás de las cortinas y le acaricia la nuca. Enseguida se dirige a la sala a voz en cuello, ya que la gente todavía entra, patea, mueve las sillas, se saluda a gritos.

—¡Aquí tenemos —vocifera, golpeando el piso de tablas con el bastón— a nuestro Sibillone de este año!

La ceremonia del Sibillone no es demasiado diferente, guardando las distancias, de la del imbunchismo araucano. El imbunche es el niño más dotado de la tribu, convertido en monstruo a fin de que adquiera poderes de adivinación. Al Sibillone lo transformaban en monstruo durante el espacio de una tarde, pero el episodio quedaba en su memoria marcado a fuego. Camina Toesca por el basural de Santo Domingo, el que le han destinado en el primer momento para que levante ahí la Casa de Moneda, enrabiado, pensativo, y el episodio, el que le atribuye, digamos, el Narrador, a través de su lectura de Goldoni, reaparece. Más allá se divisan los torreones del Puente de Cal y Canto, las carretelas cargadas de verduras, de zapallos, de sandías. Pues bien, después de escuchar el anuncio, la sala entera ha estallado en aplausos, en silbidos, en verdaderas coces al piso, en virtuales rebuznos. Su madre, de facciones bonitas, lo contempla con ojos húmedos. Él retiene las lágrimas a duras penas, apretando los puños. Si se mueve un milímetro podría caerse del taburete y romperse en mil pedazos. Eso sentía, recuerda. Como un muñeco de porcelana. ¿Por eso escapó hasta un lugar tan distante, a través de mares y de continentes extraños? El maestre, con la voz distorsionada, explica que una persona de la honorable asistencia, escogida al azar, porque aquí ya comienza, señoras y señores, la intervención de lo desconocido, tiene que hacer una pregunta, cualquier pregunta, la primera que se le venga a la cabeza.

—A ver —dice el maestre, buscando con el bastón, en medio de la expectación general, y señala una cabeza de peluca empolvada—: ¡Usted, Signore Comendatore! Y recuerden que nuestro Sibillone sólo puede contestar una palabra, una sola, y que nuestro académico sapientísimo y eminentísimo, Monseñor Pirelli, debe interpretarla a su modo soberano, sin consultar a nadie, sin interferencia alguna.

Entonces, con solemnidad, con el gesto del director de orquesta segundos antes de dar entrada a la música, en el silencio previo, entre bocas abiertas y ojos excitados, el maestre de ceremonias pide la pregunta. Él, encaramado en su taburete, sufre ligeros temblores, pero consigue reprimir el llanto. Veinticinco o treinta años después,

enterrado hasta los tobillos en el basural, comprende su transitoria importancia, su condición de continuador de la Sibila. Fui la Sibila, dice, el Sibillone, acariciándose la barbilla, mirando las aguas turbias, y ni siquiera sonríe. Brillan unos anteojos gruesos y se escucha una voz de falsete. Una cara larga, de color y consistencia de cera, casi una máscara.

—¿Por qué, Sibillone, contesta, las mujeres tienen más tendencia a llorar que los hombres?

—¡Una sola palabra, Sibillone! —dice, con voz trémula, el maestre de ceremonias, y repite la pregunta.

Él cree recordar, pero no está seguro. Cerró los ojos, cree, y tenía la boca tan seca, que no sabía si sería capaz de pronunciar una palabra. Empuña las manos. Se agarra, después, los huesos de las rodillas. Nota que su padre infla las mejillas, como un sapo, y que su madre, con sus facciones delicadas, con su angustia, va a decir algo en lugar suyo. Abre entonces la boca.

—¡Paja! —chilla.

Así, volviendo al Narrador y a su lectura nocturna, dicen las memorias goldonianas que dijo el Sibillone. Hubo, suponemos, aplausos, murmullos de aprobación, algunas risas sofocadas, y el Sibillone, el pequeño Gioacchino, abrió los ojos y alcanzó a ver, a través de su cortina de lágrimas, que su padre y su madre sonreían, aliviados, y que los tíos y las tías movían la cabeza, dando señales de aprobación, mientras las primas, embobadas, seguían aplaudiendo y miraban de vez en cuando a los novicios. A todo esto, corpulento y sapientísimo, de rizos bien rizados a los lados de la calva, Monseñor Pirelli, el académico, explicaba, con impávida seguridad, sacando una frase de adentro de la otra, como un prestidigitador, que había diferentes clases de plantas, plantas escamosas, espinosas, gruesas, de savia densa y lechosa, y plantas delgadas y secas, de savia mezquina, plantas pesadas y plantas livianas, y que la planta más liviana de todas, como la distinguida audiencia lo sabía muy bien, era, ¡cuál iba a ser!, la paja. Y puesto que los tejidos de la mujer, agregaba Monseñor, son más livianos y frágiles que los del hombre, permiten que las lágrimas, que se acumulan en ambos sexos en el interior de las glándulas lagrimales, escapen de sus depósitos con mucha mayor facilidad y en notable abundancia.

La curiosa relación entre la paja y la fragilidad de los tejidos femeninos, la facilidad de sus lágrimas, se encuentra en Goldoni. Lo

demás son conjeturas, suposiciones, recuerdos inventados. Decenas de años después, Joaquín Toesca y Ricci, el Gioacchino de traje de terciopelo rojo y cuello blanco de encajes, observaría el lugar por donde el río, el Mapocho, en sus crecidas invernales, penetraría por debajo de la tierra. Y se prepararía. La lucha, sabía, era incesante, aquí y en todas partes, y él estaba condenado. Sabía, sabría: recordaría un atardecer polvoriento, un sol rojizo, girando sobre sí mismo entre las cúpulas, los campanarios, los cipreses de Madrid. Habría un conjunto de alaridos bestiales, roncos, que le pondrían la piel de gallina, y una explosión, el estallido repentino y violentísimo de una vidriera, porque el pueblo de Madrid se había revelado y había salido a las calles. Francesco Sabatini, su jefe, su maestro, envejecido, tembloroso, se escondería detrás de una cortina, y él tendría la impresión de que el amigo de sus padres, el Caballero de la Orden de Calatrava, el arquitecto oficial de Su Majestad, iba a convertirse, de repente, en una poza de agua, de sudor, de orines, al pie de unos flecos.

—Es mejor que te vayas —le aconsejaría el personaje corpulento, con su pecho lleno de escarapelas e insignias, acezando, apoyadas las manos en un fusil naranjero—. ¡Lo más lejos que puedas!

Después, en los andurriales santiaguinos, o en una galería de Quillota, junto a pilastras de madera enclavadas en un aro de piedra, o en el sur, a la orilla de un río de aguas tranquilas y profundas, o en la Plaza de San Felipe de los Andes, Toesca se preguntaría si Sabatini, su maestro, que lo había contratado como ayudante suyo y lo había hospedado en su casa de Madrid, que lo había tratado como a un hijo, estaba loco, y si él, al emprender el largo viaje que no tendría, tal como se veían las cosas, regreso, se había equivocado. ¿Y en qué consistía, después de todo, se preguntaría, equivocarse? Todo eran errores y triunfos parciales, alternativas inciertas. En cuanto al destino, a los hados, ¿qué parte habían tenido en toda la historia? Podrían habérselo preguntado al Sibillone, bajo los candelabros de una sala de juegos, y habría contestado con alguna palabra enigmática: paja, piedra, renacuajo. Pero, ¿quién, en estos páramos, habría sabido interpretarla?

Capítulo II

DESPUÉS de las primeras preguntas, el funcionario, aclarándose la garganta, haciendo un movimiento para soltarse el cuello de la camisa, que le apretaba mucho, parecía, y lo hacía transpirar el doble, procedió a notificarle que su marido, el brigadier de ingenieros del Regimiento Real de Tal Cosa y de Tal Otra y Arquitecto (o Architecto, quizás, como solía escribirse) don Fulano de Tal y de Cual, quien prestaba servicios en las obras urbanas de Su Cesárea Majestad en la ciudad de Santiago, y en las eclesiásticas de la Santa Madre Iglesia en la misma dicha ciudad, la había acusado formalmente, y ante quien correspondía, presentando en calidad de prueba un plato de peltre con siete espárragos envenenados, de intento de homicidio por medio de la pócima conocida como solimán, notificación ante la cual ella, la Manuelita, con aire compungido, hizo un movimiento incierto, más bien confuso, de cabeza, movimiento que habría podido indicar resignación, o miedo, e incluso, aunque no parezca verosímil, asombro. Ella había declarado hacía pocos minutos que las cosas ya no dependían de ella, y había insinuado, en cierto modo, que ella era otra, y que la mano que había colocado el unto venenoso no dependía de la voluntad de ella. El funcionario, dando muestras de impaciencia, como si la cercanía de la acusada, que tenía los ojos húmedos, grandes y bañados en lágrimas, como los de una imagen de Santa Águeda que se guardaba en el Sagrario, y que estaba pálida, desmelenada, bellísima, le produjera un efecto inquietante, una insuperable irritación, repitió que su marido la había acusado con todas las formalidades requeridas por la ley, y que el mecanismo de la justicia, como correspondía en estos casos, se había puesto en marcha, pero, agregó, e insistió, *pero*, después de meditar un poco, su marido, en

compañía de don Ignacio Andía y Várela, su concuñado, y de don José Antonio de Rojas, su amigo de confianza, y cuando su ofuscación, su violento estado de conmoción, se le había pasado, había decidido retirar, señora, y él estaba en su pleno derecho, el libelo acusatorio.

—Nosotros, de todos modos —prosiguió el funcionario, mirando el techo con ojos hueros, pasándose los dedos con desesperación por entre la camisa y la piel desaseada, con restos de barba negra mal afeitados—, por tratarse de un delito de acción pública, y que ha causado, además, alarma en el vecindario, estamos obligados a seguir los caminos de la justicia, y tenemos, por consiguiente, tendríamos, el deber de encarcelarla, porque el responsable de la botica, interrogado hace un rato, declaró que usted había ido en persona a comprar el veneno, el día lunes de la semana que corre, y que él le había advertido y le había insistido en que era sumamente peligroso, y se lo había vendido sólo por tratarse de usted, persona que todos conocen y que frecuenta la Catedral y la Iglesia de Santo Domingo, templos donde se la ha visto rezar con evidente fervor, hincadas las rodillas en un cojín bordado, y comulgar con asiduidad, de mantilla oscura en la cabeza, como buena cristiana, y por tratarse, además, de la tranquilidad del señor Toesca, que no podía conciliar el sueño, según usted, porque lo desvelaban las carreras de los ratones por el entretecho de la casa, hasta el punto de que murmuraba, en la duermevela, que alguien derramaba sacos de maíz en los entresijos de la techumbre. Y el boticario comprobó, a más de esto, que el solimán que usted le había comprado era el mismo que mostraban en abundancia los espárragos que usted le había servido a su señor marido, ¡con intención de envenenarlo, qué duda cabe, *delitus horridus*!, pero el señor gobernador, después de escuchar esta misma tarde las súplicas del agraviado, cuyos trabajos son indispensables para la seguridad, la prosperidad, el omato de este Reino, ha pedido a nos, funcionarios de la administración de justicia de Su Majestad, que dejemos la causa en suspenso, en el limbo de los archivos, como quien dice, o en andadura lenta, y ha cruzado la Plaza y se ha puesto de acuerdo con Su Señoría Ilustrísima, el Obispo de nuestra diócesis, de manera que usted, señora doña Manuela, en lugar de ir a la prisión ordinaria, lugar que le correspondería de acuerdo con el derecho común, vaya a una celda solitaria del Convento de las Agustinas, donde tendrá que someterse a una disciplina rigurosa, a fin de que medite acerca de su abyecta acción y de su más que probable y hasta irremisible condena a las penas del Infierno.

—Las monjitas agustinas —musitó ella— son muy simpáticas.

Siempre las visito para encargarles dulce de alcayota, alfajores, suspiritos de merengue con crema de lúcuma.

—Sí —bramó el funcionario, quien, después de escucharla, se había puesto del color rojo oscuro de una berenjena, con una vena gruesa, retorcida, marcada en la sien, palpitante, como si estuviera en un tris de reventar de cólera—, pero esta vez no irá a comprar dulcecitos ni eremitas, señora, sino a rezar, a pedir el perdón de sus pecados, de sus crímenes.

Ella, la Fernández, levantó las dos manos, con un gesto que si hubiera sido visto por otra persona, no por el representante de la Administración de Justicia, habría parecido ingenuo, hasta divertido, y escuchó decir, como si la voz viniera de lejos, que mientras no se hicieran caigo de ella las autoridades religiosas, cosa que presumiblemente ocurriría a partir de las primeras horas de la madrugada, su custodia correría a cargo de él, del funcionario, y él, en uso de sus facultades, había resuelto que la acusada, esto es, usted, Manuela Fernández de Rebolledo, pasara la noche en ese comedor, con la puerta del repostero y la de la salida a la galería custodiadas por cada uno de los alguaciles, quienes no vacilarían en someterla a palos en caso de rebeldía, y si tenía que cumplir con alguna necesidad fisiológica, los alguaciles, los funcionarios del bonete blanco y del garrote en la cintura, la acompañarían hasta las letrinas del fondo del huerto y la vigilarían en todo instante, aunque dándole la espalda en nombre de la decencia, mirando para otro lado.

—¿Entendido?

Ella inclinó la cabeza.

—¿Puedo hablar un rato —pidió— con mi mamita?

—Puede —dijo el funcionario, con cara de intenso disgusto—. Diez minutos.

Misiá Clara, su mamita, cuando entró al comedor, donde el olor del solimán todavía flotaba en la penumbra, pero mezclado con el sudor del funcionario y de los dos alguaciles, y, además de eso, con un olor a papel, a polvo, a cordeles, se veía más chica, más negra, más peluda y huesuda que de costumbre.

—¿Cómo pudiste fazer eso? —le preguntó.

—No sé, mamita linda.

—Pudiste mandarlo p'al otro mundo.

Doña Manuela se pellizcó la falda, ordenándola, alisándola con la palma de la mano, y guardó un silencio largo, más que largo, como si

no supiera, en realidad, dar ninguna respuesta, y como si le hubiera bajado, de repente, un terror de carácter animal, un horror: frente al mundo, frente a ella misma, frente a todo. Habló, enseguida, en un susurro.

—Quería que desapareciera por un tiempo, nomah, mamita.

—Pa' juntarte con el otro.

—Pa' juntarme con mi Negrito —admitió ella, después de un segundo silencio. Y no le importaba que después volviera. ¡Qué golviera, mamita, pero después! Porque con ese unto en los espárragos se iba a enfermar de la guata, por un buen rato, y así dejaría de molestarla, de picanearla, de vigilarla—: de vigilarme todo el día con sus ojos de loco, su cara de hueso con pellejo… ¿Capis, mamacita?

—¡Chiquilla loca! ¡Reloca!

—¿Tú me perdonai, mamita?

—¿Yo?

El alguacil del corredor dio un par de manotazos feroces a la puerta. Llegó a caer un hilo de polvo del techo.

—Se terminaron hace rato los diez minutos —aulló.

—¡Yo te perdono! —dijo misiá Clara, y ella, supone el Narrador, entendió que por intermedio de misiá Clara, su madre, su mamita, hablaba Dios en persona. Los ojos de misiá Clara, intermediarios, mediadores, se habían abierto, pero estaban tapados por nubes más densas que las habituales. Sólo veían sombras. Sólo barruntaban el sitio donde la Manuelita estaba sentada, la mesa de encina sólida con resguardos de fierro, la figura borrosa de uno de los alguaciles.

—¡Cómo no te voy a perdonar —agregó—, Manuelita de mi alma!

El alguacil acababa de abrir la puerta con brusquedad, con gran estrépito de vidrios. En el patio lleno de naranjos y de limoneros, bajo la primera luz del alba, se divisaba, ahora, a dos monjas de hábitos azules, a un cura, y al otro alguacil de bonete blanco, arropado en una manta gris, con pómulos de araucano y cara de sueño profundo.

—Ven con nosotros —ordenó el primero de los alguaciles.

—¡Qué te habís figurao —chilló misiá Clara, quien pareció crecer un par de centímetros y lanzar rayos por aquellos ojos que hasta hacía un segundo habían estado cubiertos de bruma—, cholo'e porquería! A mi hija la tratai de usté, y de señora, o me voy ahora mismito a pedirle al gobernador que te meta a un calabozo a pan y agua. ¿Me oíste, cholo?

—Tranquila, señora —pidió el alguacil, medio corrido.

Las dos monjas y el cura, entonces, saludaron a misiá Clara con una

inclinación de cabeza.

—Ellas me van a dejar visitarte bien seguido —dijo misiá Clara—. No te asustís. Y un tiempo de rezar, y de hacer penitencia, y de servir al Señor, te va a probar muy bien. ¿No es cierto? —agregó, mirando a las monjas y al cura, y ellos asintieron en silencio, con expresiones piadosas, con las manos, maltratadas por los sabañones, hundidas adentro de las mangas.

Hacía un frío de pelarse (supone, por lo menos, el Narrador), y los gallos del fondo del huerto y del vecindario cantaban. El segundo alguacil había llevado una cuerda gruesa para amarrarle a Manuelita los brazos a la espalda, por órdenes, quizás, del funcionario grasiento, pero el sacerdote hizo un gesto negativo, y los guardianes, sometidos a la mirada de fuego y de relámpagos negros de misiá Clara, escondieron la cuerda. La Manuelita, ahora, se había puesto a llorar a mares, y misiá Clara, que nunca la había visto así, ni siquiera de niña chica, sintió que el alma, ¡pobrecita!, se le partía.

Capítulo III

EL MINISTRO en Visita, el arratonado, el que le había tomado una simpatía turbia, casi viscosa, en la primera declaración, y después, a pesar de haberlo dejado en libertad incondicional, lo había encargado reo, ¿por instrucciones superiores, a causa de alguna insidia particular, por mero capricho?, insistió en su segunda idea: la de reventarlo, la de hacerlo papilla, como si la confianza que le había inspirado el joven en el primer interrogatorio hubiera sido un engaño, un golpe bajo que ahora había que devolver multiplicado por cinco. Él, Ignacio chico, se habría podido hundir por el resto de su vida, y sin embargo, gracias a no se sabe qué, a una terquedad de nacimiento, a una fibra que había heredado de alguna parte, de la furia de Cristina, quizás, o del ñeque de don Ignacio, a un gusto por la pelea, no se hundió. Por el contrario, saltó del abismo a la superficie, como los corchos, como los monos porfiados. Cuando la Segunda Sala de la Corte revocó las encargatorias de reos de todo el grupo, sin hacer distinciones de ninguna clase entre activistas políticos, estudiantes, guerrilleros clandestinos, como habría sido el deseo del Poder, los autos volvieron al Ministro en Visita con la instrucción de dejar las órdenes de detención respectivas sin efecto. El oficio en cuestión debía ser comunicado de inmediato a las autoridades de la Penintenciaría, las que debían dejar en libertad en el acto a los jóvenes, los revoltosos absueltos por aquel tribunal de alzada inesperadamente magnánimo.

—Contradicciones del sistema —dijo Cristina, quien por

palabras, por terminachos, no se quedaba atrás nunca—, pero tú, como perdiste el tranco hace rato, ya no crees en las contradicciones.

El Narrador se encogió de hombros. Si las contradicciones juegan a

favor nuestro, pareció decir, bienvenidas sean. Pero sucedió algo imprevisto, aun cuando habría sido perfectamente previsible: el Ministro en Visita, el ceniciento, el ratonil, ex radical de derecha o de extrema derecha, al dictar desde el fondo de su despacho la lista de los jóvenes beneficiados por el dictamen, omitió, ¿por inadvertencia, porque se trataba de una situación especial, por invencible mala leche?, el nombre de Ignacio chico. De manera que los muchachos salieron de los socavones oscuros a la luz de los faroles callejeros, entre gritos de júbilo, emocionados abrazos con los padres, con las hermanas, con algún cura simpatizante, con dirigentes juveniles, e Ignacio chico, Nacho, Nachito para algunos, esperado con angustia creciente por el Narrador, por Cristina, por una amiga reciente de Cristina a quien el Narrador había encontrado una tarde en el departamento del cerro, Clara de nombre y de apellido Weinseck o Weinstem, y por el hijo de Clara, el Nono, que había salido a desfilar con él ese primero de mayo y se había salvado de caer preso gracias a sus buenas piernas y a su buena vista, este Nacho no salió nunca. Hubo que hacer diligencias desesperadas, ubicar en el fondo de su cuchitril a una actuaría anteojuda, de malas pulgas, que todavía husmeaba papeles a las diez de la noche pasadas, conseguir el teléfono del conchas de su madre del ministro (para emplear las expresiones de Cristina, de Clara y del Nono) y llamarlo a su misma casa, amenazar con llegar hasta ahí mismo a tocar el timbre, hasta lograr que una sobrina del ministro y su marido, en una citroneta destartalada, llegaran a medianoche a la Penitenciaría en posesión del indispensable oficio complementario. Se registró la orden en el cuaderno correspondiente, caminó el gendarme hacia el interior agitando sus llaves, y, después de una espera todavía larga, apareció, resfregándose los ojos, cargando una mochila vieja con sus bártulos, el revolucionario en ciernes.

—Estaba roncando a pata suelta —dijo—. ¿No podían esperar hasta mañana?

¡Cuántos desencuentros, cuántas emociones torcidas, mal interpretadas! Cristina, que era persona de cara seca, de ojeras cortadas a cuchillo, de labios firmes, lloró. El Narrador, emocionado, estrechó a su hijo con brusquedad, con la torpeza de toda su vida. El Nono, fiacuchento un poco jibado, de color de pancutra, le daba palmotazos desacompasados en la espalda. Clara W., lagrimeando, pellizcándole las mejillas, le gritaba:

—¡Mocoso de mierda! ¡Desagradecido! No sabís todo lo que tuvimos que hacer para librarte de una noche más en el chucho.

—Yo estaba soñando sueños estupendos —dijo él— Con la salida de los otros, me había conseguido la mejor almohada, las frazadas más nuevas, y los terroristas de la galería del lado, para consolarme, me habían pasado unos palmitos brasileños, unos jamoncitos serranos, un vaso escondido, que había costado una fortuna en coimas, de Don Matías tinto.

No sabemos si el Narrador pensó que todavía no había terminado de conocer a su hijo. O que era, su hijo, al menos para él, un perfecto desconocido. Y si no lo pensó, creemos que habría debido pensarlo. A partir de entonces, los pasos de Ignacio chico, quizás, en el fondo, previsibles, fueron una fuente de continuas sorpresas: para el Narrador, para Cristina, para Clara Weinseck o Weintrak y el Nono, para la hermana del Narrador y su marido, para algunos otros. El menos sorprendido de todos, y esto, bien analizada la situación, los caracteres de cada cual, los proyectos implicados en cada movimiento, no carece de lógica, fue el abuelo de Ignacio chico y padre del Narrador, don Ignacio, el anciano encerrado en su fortaleza, artillado y blindado, y receloso de todo y de casi todos después del asalto de que había sido víctima a altas horas del toque de queda. ¿Para qué servía, entonces, el toque, destinado en su origen a protegerlo a él y a las personas como él: para que los asaltantes anduvieran sueltos? El anciano, convertido en un guerrero viejo y feroz, dispuesto a todo, se hacía preguntas, y callaba, y tenía el curioso palpito de que el joven, el nieto, las adivinaba mejor que los demás. Y en lo que se refiere a la lógica mencionada un poco más arriba, sólo podríamos comprenderla desde una perspectiva mayor, colocados en un punto más avanzado de nuestro relato. Con más tiempo y con más espacio. Con un poco más de aire. Contentémonos, pues, por el momento, con caminar, sin la pretensión de hilar demasiado fino.

Ignacio chico visitó a su abuelo, a quien podríamos identificar también como el Padre, puesto que era el papá del Narrador, ¿Dios Padre?, a la hora de almuerzo del día subsiguiente. Le anunció la visita por teléfono, sin decirle una sola palabra al Narrador o a Cristina, y se cree que le pidió que no estuviera Mariana, la Nina, comensal frecuente de los almuerzos de la casona del Barrio Alto. El Narrador se enteró de este encuentro tarde y con no poca sorpresa. No supo de qué hablaron el nieto y el abuelo desde sus respectivas distancias, desde sus veras y sus burlas. Una frase incidental de la cocinera y un comentario por el teléfono de Nina lo llevaron a colegir que la conversación había sido animada, intensa, sin bache alguno, lo cual, después de todo, no dejaba

de ser extraño. El testimonio de la cocinera permitió saber que a la altura de los postres se escucharon carcajadas, exclamaciones, diálogos que se entrecruzaban y se superponían en tonos agudos. Se supo, también, que don Ignacio, el Padre, pidió hielo y se sirvió, de sobremesa, un whisky One Hundred Pipers, explicando que no había por qué gastar tanta plata en whisky, él, sin ir más lejos, no distinguía bien una marca de otra, y nadie en todo Santiago distinguía, compraban whiskies caros por puro esnobismo, de puro papanatas que eran. Le ofreció uno a su nieto, gesto que no habría tenido antes de aquel primero de mayo grávido de consecuencias, como si la salida de la Penitenciaría hubiera coincidido con el ingreso del Nacho en la edad madura, y él, con delicadeza, porque había comprendido los alcances del gesto, y a la vez con personalidad, con la palma extendida de la mano izquierda, lo rechazó. Se despidieron en la puerta, entre bromas y nuevas exclamaciones, además de besos en las mejillas, pasadas las cuatro de la tarde. En resumen, le dijo su abuelo, como decía don Arturo Alessandri Palma, o Winston Churchill, o ya no recuerdo quién, el que no es comunista a los veinte años no tiene corazón, y el que sigue siendo comunista a los cuarenta no tiene cabeza, frase sabida, más bien ramplona, pero que dentro del contexto no carecía de gracia.

—Yo nunca he sido comunista, la verdad —le respondió su nieto—, y no sé si tengo mucho corazón. En cuanto a la cabeza, supongo que está por verse.

Don Ignacio se rió, y lo acompañó hasta la calle, con el último de sus parches y con un pistolón que le hacía bulto en el bolsillo. Había que andar armado a toda hora, según él, y no confiar en nadie, porque los diablos merodeaban por todas partes. Mariana llegó de visita un poco más tarde, en camino desde el centro, adónde trataba de bajar lo menos posible, a su casa de La Dehesa, y fue así como pudo conocer detalles del encuentro del nieto que acababa de salir de las mazmorras de la dictadura, donde lo habían encerrado, suponía ella, con toda justicia, por atentar contra la seguridad del régimen «que nos protege», decía, «a todos nosotros, y que protege el orden mismo de las familias», y del abuelo conservador y que con la vejez avanzada empezaba a ponerse cada día más estrafalario. Hizo Mariana sus averiguaciones en la cocina y prefirió no hablarle a don Ignacio de Ignacio chico, y menos de Cristina, su madre, a quien detestaba. Le tocó el tema espinudo, en cambio, como le contaría al Narrador al día siguiente, de su consumo absolutamente excesivo, escandaloso, de whisky de Escocia, del barato, y, cada vez que lo invitaban, del caro, brebaje estrictamente prohibido

por su médico de cabecera, tan prohibido como el cigarrillo y los cigarros puros, ¡para no hablar del coñac!

—Coñac —respondió el viejo—, ¿sabes tú, Nina?, no tomo nunca, y de vez en cuando me fumo un buen puro, que no le hace daño a nadie, y el whisky, en cambio, me hace un bien inmenso —y repitió el adjetivo con entonación bien redonda, gozando con el efecto de espanto que producía en su hija: ¡Inmenso! ¡Los médicos no eran más que una tropa de agoreros y de charlatanes!

Ella, que actuaba con una mezcla sabia de dureza y de habilidad táctica, abandonó entonces el tema del alcohol e introdujo el de una de sus queridas, la flaca, la Martelli, mujer tan intrusa, dijo, tan indiscreta, y tan aficionada, agregó, si quieres que te lo diga con franqueza, a la plata, y mencionó, ¡sí, papá!, la conveniencia, ya que estaban hablando dentro de la más absoluta confianza, de que revisara su testamento, hecho en la época ya lejana en que la señora María Rosa, la madre de Mariana y del Narrador, todavía estaba viva.

—No tengo intenciones de morirme todavía —dijo don Ignacio, alargando el labio inferior, moviendo los dedos de la mano derecha, echándose para atrás en su sillón—. Voy a tratar de durar unos dos o tres años más. Pero, claro está, tus amigos de la DINA, o de la CNI, o de lo que sea, pueden pillarme con la guardia baja.

Ella, Mariana, movió la cabeza. Prefirió seguir una táctica de repliegue: retirarse a conversar con la cocinera, su gran aliada de años recientes.

El día siguiente, jueves, Ignacio chico salió a comer con algunos amigos, entre ellos el Nono, al barrio de Bellavista, y el viernes partió en un bus a Valparaíso, ¿a qué?, a explorar, contestó, algunas posibilidades, porque ya estaba decidido a retirarse de la carrera de letras.

—¿No quieres seguir las huellas de tu padre? —le preguntaron.

Respondió que no en forma rotunda. ¡Por ningún motivo! Al Narrador, su padre, le contaron que en Valparaíso se había dedicado a hacer indagaciones serias, completas y detalladas, acerca de los estudios de arquitectura. Le arreglaron una entrevista con un profesor flaco, melenudo, de gruesos anteojos, corbata de mariposa, chaqueta de *tweed* bolsuda, llena de botones redondos de cuero, con los bolsillos repletos de lápices, de papeles, de rotuladores, personaje conocido por los alumnos como el Pájaro de Biombo. Con voz aflautada, con ojos perdidos en las alturas, el extraño pajarraco le pidió que hiciera la

maqueta de un espacio «donde se pueda representar al mismo tiempo la versión dramatizada de un poema de Mallarmé, ¿sabes quién es Mallarmé?, y la de un Diálogo de Platón».

—Sé quién es Mallarmé —declaró él—, y también sé, por lo demás, quién es Platón.

—Entonces —dijo el Pájaro de Biombo—, hazla a tu modo, aunque sea pegada con escupito, y la discutimos en la playa de Ritoque, en el corazón mismo de Amerindia, frente al mar llamado Pacífico. Ahí te diré si vale la pena o no que ingreses a arquitectura.

Ignacio chico caviló acerca del anfiteatro mallarmeano platónico, se imaginó la discusión a la orilla del mar con la avechucha aquella, y resolvió tomar el bus de regreso a Santiago. Había que construir utopías, le habían dicho los arquitectos de Valparaíso, había que mirar más allá, sin olvidar la euritmia de los antiguos, colocando las columnatas de los templos como las notas de una sinfonía cosmogónica, pero no existían, para ellos, las patadas de las pacas, los piojos de las celdas, la gastronomía burlona de los presos de la galería seis, y el resultado de todo, el de un fin de semana intenso, hablado hasta por los codos, fue que no consiguieron convencerlo. Llegó a Santiago y se puso en campaña con un fin mucho más preciso, aun cuando sus prolongaciones, quizás, no eran tan precisas y tan claras. Vendió sus mejores libros, algunos grabados que había adquirido no se sabía cómo, uno de Carlos Faz, otro de Antúnez, otro de un pintor a quien conocían como el Huevo y que se especializaba en dibujar y pintar huevos, un busto de muchacha esculpido en mármol, copia francesa de una escultura del siglo XVIII y que había pertenecido a la familia de misiá María Rosa, su abuela, y se supone que don Ignacio, su abuelo, el Padre, le hizo un regalo en plata efectiva, a pesar de que el Padre, el Taita, accionista más bien fuerte de dos o tres de las empresas más sólidas del país, era hombre de whiskies modestos, como ya hemos tenido ocasión de saberlo, y de cuentas rigurosamente controladas. El joven revoltoso, enseguida, averiguó el teléfono del Cachalote, el amigóte momio de su padre, y lo llamó a la oficina.

—Supongo que ya no estarás —le dijo el Cachalote— para meterte en más huevadas.

—Depende de lo que llames huevadas —le contestó Ignacio, con el mayor desparpajo de este mundo.

—Dime —le pidió entonces el Cachalote—: ¿Qué se te frunce? Porque no me habrás llamado para colocar una orden de compra.

Había decidido, explicó Ignacio chico, salir de viaje lo más pronto y lo más lejos posible, y quería pedirle una recomendación, como persona conectada con los milicos, para algún funcionario del servicio donde se sacaban los pasaportes.

—Y tu padre, ¿qué dice?

—¿Qué quiere que diga? Si no me da la autorización ahora, igual saldré un poco más adelante, cuando tenga la mayoría de edad.

Hubo un breve silencio al otro lado. Se escuchó la voz de una secretaria, el llamado de un teléfono, el ruido de las máquinas que transmitían las cotizaciones de la mañana.

—Apunta un nombre —dijo por fin el Cachalote—. Es un oficial amigo mío. Yo le voy a avisar por teléfono que vas a visitarlo. Y pasa por mi oficina antes de irte. Si venís al final de la mañana, te convido un pisco sauer en la barra del Club. ¡Pa' que no te vayai' de Chile conociendo los puros calabozos!

Capítulo IV

DESPUÉS del encierro de Manuela Fernández de Rebolledo en las Agustinas, la Manuelita, como le decían hasta en el convento, la Fernández, como se nombraba a veces ella misma, había días en que el arquitecto Joaquín Toesca parecía sonámbulo. Eso comentaron en diversos tonos sus jefes de obras, y las empleadas de su casa, desde la Eufemia hasta la cocinera y la enana del fondo de las piezas, y el mu—latón Ambrosio, que ahora no tenía a quién vigilar, pero se había quedado, de todas maneras, en el servicio. También cuchicheaban los alumnos, cuando él no estaba en el taller, y don José Antonio de Rojas trataba de sacarle palabra, de volverlo a formas normales de comunicación, pero no lo conseguía. Alguien dijo que se había puesto más italiano que nunca, que se le había olvidado hablar en cristiano, y otros insinuaron que quizás, de tanta rabia que había pasado, y de tanta amargura, se había vuelto loco.

La Eufemia le colocaba delante un plato de charquicán y le decía:

—Coma, señor. Está sanito.

Pero él sentía la repugnancia de los espárragos untados en una substancia extraña, y le bajaban arcadas.

Empezó a salir de la casa al tercer día, aun cuando no había probado ni la sopa, según la Eufemia, pero después de recibir un recado, creían algunos, del delegado del Santo Oficio, y dedicó largas jomadas, con escasos recreos, a sus clases de matemáticas, de dibujo, de arquitectura clásica, y a vigilar los trabajos de la Catedral, y de los Tajamares, y los cimientos de la Casa de Moneda, que habían empezado a cavarse, por fin, después de largas discusiones y deliberaciones, en un predio que había sido de propiedad de los Teatinos, hacia el sur poniente, cerca de

la parte baja de la Cañada. Tenía la impresión de haberse olvidado de sus edificios predilectos de Roma y de Nápoles, de los jardines, la escala real y la puerta ceremonial en los que había trabajado en Madrid con Sabatini, su maestro, y sentía este olvido como una oscura amenaza, como un proceso de venganza. El Mundo Viejo que se vengaba del Nuevo y resistía. Hacía poco, en su destierro de Chile, porque era un destierro, no tenía más remedio que admitirlo, había sabido que su madre, la señora de facciones finas, de mirada dulce, había muerto. La carta de una de sus hermanas le había llegado de Roma, y con un año casi exacto de retraso. Él siguió los consejos de don José Antonio y le mandó un poder notarial al maestro Sabatini, que continuaba en Madrid, pero que mantenía sus conexiones con Roma, para que cobrara su parte de la herencia. Con eso se proponía devolver el dinero que el propio maestro le había prestado para costear su viaje a estas regiones del planeta. Cuando le pagara, se sentiría libre, por fin. Se podría olvidar de los sotacuras, de los frailones, los *frattone* gordos y sebosos, de las columnas rotas y las estatuas hundidas en la maleza, de los olores callejeros a mierda, *merda*, y a meado de gato. También se olvidaría del gusto de los espárragos grasientos. ¡Sí, Eufemia! ¿Y de la Manuelita, de sus ojos llorosos, su pelo negro enroscado, su piel de leche, o de nieve, que se dividía en el escote, y que ahora estaría sepultada, martirizada?

Según el testimonio que ha encontrado el Narrador entre los papeles que pertenecieron al dueño de casa anterior, al historiador difunto, los vecinos de Santiago lo veían pasar en su carricoche negro, de un caballo, vestido de casaca oscura (como dicen que se vestía su ídolo supremo, el Borromini, el hijo del picador de piedras), con las riendas en la mano, eternamente cabizbajo. El carricoche pasaba por los mismos lugares a las mismas horas, con la más rigurosa puntualidad, detalle que hablaba de una modernidad mayor o de una franca rareza, de un vertiginoso desajuste. ¿No habrá sido, quizás, se decía el Narrador, Ignacio el Segundo, rascándose la coronilla, un precursor de los excéntricos que pululaban por el Santiago de su infancia, don Marcos García de la Parra vestido de Sherlock Holmes, esclavina de *tweed*, sombrero de lana abotonado en la coronilla, pipa curva, polainas, o el Loco Morán, que daba largas zancadas por el medio de la calle, entre los frenazos de los automóviles, con un pesado cargamento de astas de banderas, ya que se encontraba en pleno proceso de organización de un Congreso Mundial de Jefes de Estado, o el Chico Molina, con sus novelas imaginarias, o el Incandescente Bermúdez? ¿Volverían los chiflados de antaño, como vuelve casi todo, o se trataba de una especie

tan extinguida como los plesiosaurios y los dinosaurios? Los vecinos de la ciudad colonial, desde sus ventanas, desde los portales, desde las esquinas salidas en algunos metros y que introducían una perspectiva diferente, inesperada, en el corazón del cuadrilátero renacentista, veían asomar el carricoche con su trote lento y sabían, según el lugar donde estuvieran colocados, que eran las diez y media de la mañana, hora de la merienda, que entonces todavía se llamaba almuerzo, a la manera peninsular, o las cinco en punto de la tarde, hora que ya empezaba a ser nombrada como de onces, sin que nadie supiera por qué motivo. Cuando el carricoche pasaba frente a los muros de las Agustinas, lo cual ocurría dos veces al día en las mañanas y otras dos en las tardes, el pensativo conductor levantaba la vista. A veces había encontrado el portón principal entreabierto y había alcanzado a vislumbrar las flores multicolores, los tupidos arbustos, las enredaderas de buganvillas lilas o rosadas colgando junto a columnas de madera blanca, detrás de una estatua de la Virgen María. Había divisado, quizás, una sombra más bien esquiva, colocada en un segundo nivel de clausura, mientras por el primero pasaban figuras conversando, accionando, señalando algo que no se veía desde la calle, y el corazón le había latido con desenfrenada violencia, con una pasión que no podría confesarle a nadie, que no era ni siquiera capaz de confesarse a sí mismo. El portón era macizo, de coligúe, con incrustaciones ornamentales, y tenía una rendija como de confesionario tallada en una portezuela baja. Por ahí, pensó él, de madrugada, a empujones, a golpes, quizás, agachando el moño, habían hecho entrar a la bella, a la ensimismada, a la incomprensible.

Al cabo de dos o tres meses, quizás más, quizás menos, ya que él, después de la noche del veneno y de la madrugada del encierro, había perdido la noción del tiempo, uno de sus discípulos, José Ignacio de Santa María, el Gordo, que era un dibujante aplicado, aunque más bien mediocre, y un estudiante pasable de matemáticas, le dijo, maestro, que se había encontrado en las tierras de El Monte, hacia Melipilla y la costa, en la casa de campo de los Carrera, en una tarde en que todo estaba trastornado porque el joven José Miguel había perseguido a escopetazos a unos indios ladrones, con Goycoolea, Juan Josef, y que se lo veía muy triste.

—¿Por qué?

—Porque echa mucho de menos las sesiones en su taller, maestro. Me lo confesó de entrada. Si no puede seguir con sus estudios de agrimensor y de arquitecto, va a tener que emplearse en algún campo, y eso, dijo, sería su muerte segura, o su entierro en vida.

—¿Y te dijo algo más? ¿Te contó por qué no se presenta en mi casa?

—No me dijo una sola palabra.

Toesca se quedó callado. Se agarró la barbilla y estuvo mirando las ramas que se cimbraban, los plumeros amarillos de los aromos, con ojos turbios.

—Dile que me venga a ver —murmuró después de un rato. —¿Cuándo?

—Cualquiera de estas tardes.

Juan Josef Goycoolea se presentó en el anochecer del día siguiente. Cuando la Eufemia, la bruja, entró a decírselo, la primera reacción de Toesca fue llamar al mulatón Ambrosio, y estuvo a punto de ordenarle que lo echara a tablazo limpio. El mulatón lo miró, con sus ojos redondos, esperando instrucciones.

—Anda al mercado —le dijo, al fin—, y me compras una sandía bonita.

Se dirigió, entonces, al zaguán, con pasos lentos, saludó a Goycoolea con una inclinación de cabeza y lo miró de arriba abajo. El otro venía de punta en blanco, bastón de caña, sombrero de paño de Barcelona, guantes de cabritilla, corbatón de seda de color crema tostada. Desde que había llegado a la colonia chilena, Toesca nunca se había encontrado con una persona vestida de ese modo. O la gente andaba de poncho y ojotas, o se vestía de manera sobria, con paños grises, por lo general un tanto raídos. El Narrador podría suponer ahora, tomándose algunas libertades, que la extravagancia del gremio de los arquitectos, de los artistas, de los líricos de cualquier especie, ya comenzaba a insinuarse en aquellos tiempos. Pensó, Toesca, entretanto, decirle algo, no sobre su atuendo, sino sobre su torpeza, su lascivia, la puñalada que le había dado por la espalda. Al final no le dijo nada. Quizás por qué. Porque había llegado, quizás, en cuestión de segundos, a la conclusión de que el otro, en el fondo de las cosas, no había sido el causante de nada. Había sido, se dijo, recordando, una de las formas que puede asumir un destino. Apenas. Además, cualquier explicación habría sido una humillación doble. ¡Con ese espantapájaros! Lo curioso, sin embargo, era que tenía más condiciones para el arte que los otros. Mucho más condiciones. Y, sin darse cuenta, terminó hablando con él del juego de las luces y las sombras en una de las fachadas del proyecto de Casa de Moneda, del quiebre de los rayos solares, o lunares, en el escalonado de las comisas.

—Los de aquí, maestro, no se darán ni cuenta.

—¡Y qué importa! Nosotros habremos cumplido, y eso es lo principal. Pero yo tengo confianza en los seres humanos. A pesar de todo.

Nadie supo, ni pudo saber, a qué aludía con ese «a pesar de todo». No lo supo Goycoolea, o no le quedó bien claro, y el Narrador tampoco.

Vemos, pues, que el arquitecto ingeniero y su discípulo, el preferido y detestado, el que había hecho enloquecer a la Manuelita y lo había dejado a él en ridículo frente a toda la Colonia, con singular y tranquila pasión, paseando por el fondo del huerto, entre los limoneros y los naranjos, y echando una mirada ocasional al jardín de al lado, el del Coronel Díaz, hablaban de perspectivas, de proporciones, de un concepto que el arquitecto había bebido en Vitruvio Polión y había observado en las obras del Palladio y del Borromini: la euritmia.

—Se me ha ocurrido —dijo— construir en el patio del fondo una Moneda más chica, que sirva de resguardo, de bóveda para guardar los materiales más valiosos, y que mirada desde la calle, con los portones abiertos, produzca una impresión de infinito, de vértigo, de huida de las líneas hacia el sur, ¡hacia el fin del mundo!, ya que desde la puerta de la segunda Moneda uno podría imaginar una tercera, una cuarta, una quinta. Un juego de espejos, ¿me comprende usted? Y una entrada en el otro lado del espejo.

—Altolaguirre —dijo Goycoolea, estrujando sus guantes de cabritilla, acariciando el ala del sombrero— se va a volver loco.

—¡Loco de remate! —confirmó Toesca, lanzando una sonora carcajada, la carcajada más alegre que se le había escuchado en el último tiempo. Una de las viejas del servicio, no la Eufemia, otra, que pasaba junto a los limoneros del fondo, lo miró con extrañeza, y la sombra de Ambrosio se desplazó cerca de un macizo de zarzamoras.

—Te he dicho que salgas a comprarme una sandía —gritó él. —Sí, patrón. ¡Al tirito!

—Además —prosiguió Toesca, animado—, voy a necesitar huevos auténticos, de gallina, para fabricar la mezcla. Se obtiene una consistencia que es imposible obtener de ningún otro modo. Y como sólo se pone la clara, a fin de aprovechar los efectos aglutinantes de la albúmina, *capisce*?, Altolaguirre podrá aprovechar las yemas para mandar hacer huevos chimbos.

—Podría encargar un huevo chimbo del porte del Cerro San Cristóbal, para los natalicios reales.

—¡Mañífico! —aulló Toesca, aplaudiendo, recuperando el acento

italiano de sus años juveniles.

Goycoolea se despidió después de un rato, y él lo miró alejarse con una mirada extraña, pensando que esa espalda robusta, de piel un tanto oscura, agitanada, era la misma que había vislumbrado, desnuda, en una noche de invierno, a la luz de una palmatoria que vacilaba, mientras todavía caían goterones de lluvia, restos del diluvio grande, anunciador del fin de los días. Cuando ya iba cerca del portón de salida, lo llamó. Había tenido la absurda ocurrencia de hablarle de la Manuelita, de preguntarle noticias de ella, por si las había tenido, puesto que él, por ejemplo, hacía semanas que no sabía una palabra. Sin embargo, una vez que el otro estuvo cerca, y después de mirarlo a los ojos, no le dijo nada. ¡Qué le iba a decir! Se limitó a ponerle una mano en el hombro y a empujarlo con suavidad, para que se fuera de una vez. Enseguida le ordenó a la Eufemia que le sirviera la sandía, la que acababa de encargarle a Ambrosio, y un vaso de agua pura, cristalina. A veces, pensó, quería beber, abriendo los brazos, cantando un aire napolitano a voz en cuello, y otras quería clavarse los aceros negros, filudos, del Borromini, en la boca del estómago. Pero estaba contento, por lo menos ahora, después de haber conversado con Goycoolea, el mejor dotado de todos, a pesar de sus trapos de payaso, y de repente sentía un deseo insensato de ver de nuevo a la Manuelita, de escuchar su risa cantarina y absurda.

Capítulo VI

A ESTAS alturas del relato, don José Antonio de Rojas, con su seriedad un poco ingenua, con su espíritu, pese a todo, ilustrado, con su optimismo a toda prueba, con su afición a los aparatos, las máquinas, las probetas, los libros de teoría política, de ciencias, de estampas variadas, trajes de las regiones de España, mariposas del Brasil, embarcaciones vikingas, nos parece un personaje entre serio y cómico. No es un tonto grave, especie humana que ya se conocía durante los años de la Colonia y que alcanzaría en los tiempos de la República, en su prehistoria y en su protohistoria, una difusión tan notable, pero es un inteligente que lleva el lastre de no pocas ingenuidades y de algunas evidentes tonterías. Son, por otra parte, tonterías, ingenuidades, que podríamos considerar saludables, puesto que le permiten mantenerse optimista, confiado en el futuro, a pesar de las señales contradictorias o directamente negativas que suelen presentarse en el horizonte. Tiene un lado inquieto, hasta aventurero, pero es, en su fondo íntimo, con sus cachetes de niño bien alimentado, persona prudente, conservadora por instinto. Pensamos que ese instinto lo ayudó a guardar distancia frente a las especulaciones de los dos franceses, a no comprometerse más de la cuenta, cosa que en último término lo salvó de la cárcel y de cosas peores. Tuvo que humillarse frente a la autoridad, pero la humillación, en aquellos días, ¿y ahora?, era el pan de todos los días. Todos se humillaban y todos serían, en el reino de este mundo o en el otro, ensalzados.

A los dos años, a los dos años y medio, semanas antes de la catástrofe conocida como avenida grande del río Mapocho, a don José Antonio ya se le había pasado el susto. Se acordó, entonces, en su

recuperada serenidad, en su confianza, de la máquina de producir electricidad que había adquirido en una tienda del centro de Londres, durante su viaje de alrededor de diez años por España y Europa. La máquina todavía estaba embalada en cajas perfectas, de madera bien cepillada y barnizada, y recubiertas por dentro de terciopelo verde claro. Con ayuda de dos sobrinos políticos, hijos de una hermana de la Merceditas, y de un muchachón de campo, uno de manazas huesudas y de andares lentos, con expresión de quedado, aun cuando quedado no era, nacido cerca de Til Til, se dedicó durante semanas a armarla en una de las salas del primer patio de su casa. Lina vez que la hubo armado y probado, ante el asombro de sus dos sobrinos y del muchachón, cuando estuvo seguro de que el complicado ingenio, impulsado con tracción manual por un manubrio conectado a una rueda y a un sistema de poleas, producía un chisporroteo eléctrico seguido de la rápida erección de un par de banderolas, sintió que uno de los grandes momentos de su todavía breve existencia había llegado. Invitaría a los caballeros más importantes de la ciudad, les haría una demostración, les explicaría los usos que podría tener la misteriosa energía producida por el artefacto aquel en la industria, en la agricultura, en el transporte, en la iluminación urbana, les ofrecería, acto seguido, una copa de vino añejo acompañada de dulces de las monjas, de tirillas de charqui, de avellanas, y su posición en la sociedad colonial, su carácter de orientador, de faro del espíritu, de gran sabio de la pequeña tribu, de persona a quien el conocimiento superior dotaba de poderes también superiores, quedarían puestos en evidencia.

—Podremos convertir esta lengüeta de tierra, esta comisa perdida, en un ejemplo para el universo —exclamó, lleno de euforia, pero Manuel, el hermano de la Merceditas, con quien don José Antonio había contraído matrimonio hacía un poco más de dos años, le aconsejó que tuviera cuidado. Mucho cuidado.

—¡Qué cuidado! —exclamó él, y se dijo para su coleto que don Manuel de Salas, su cuñado, pese a todas sus lecturas, a su famosa colección de libros prohibidos, a sus filosofías y sus latines, se había convertido en una auténtica gallina, o un pollo desplumado, con el güergüero salido, y que circulaba por el mundo con cara de alarma—: Van a quedarse con la boca abierta. Van a tener que admitir que uno sabe más que ellos.

Tocó, por desgracia, una tarde de lluvia interminable, en los comienzos de aquel invierno, el de 1783, que sería el más lluvioso del siglo y de muchos siglos. Su amigo, el arquitecto romano, que se había

casado en los últimos días del verano o en los comienzos del otoño, quizás contagiado por su ejemplo, había tenido que viajar poco después a Lima para presentar sus planos de la Casa de Moneda a las autoridades virreinales. No pudo asistir, por lo tanto, a la gran velada, presidida por los émbolos, por las poleas, por las altas articulaciones y por los alambres de cobre reluciente. Asistieron, en cambio, su cuñado, a pesar de las advertencias que le había hecho, y don Bernardo Llanete, comerciante rico, especialista en cueros y en aceites de la Península, e Ignacio Andía y Várela, el escultor, que en aquellos días precisos estaba dedicado a esculpir los angelitos con alas que le había dibujado el arquitecto, y Juan José Goycoolea, conocido por muchos como el Negro Goycoolea, joven alumno de matemáticas y arquitectura, frecuentador, según algunas lenguas de lija, de ramadas y chinganas, y un par de oidores de la Real Audiencia, personas influyentes, empaquetadas, además de un notario, y del diácono de la Catedral, enviado en representación del obispo, y de otras personas, entre las cuales figuraba uno de los escribidores de confianza de don Ambrosio de Benavides, redactor de sus grandes discursos oficiales y especialista en proclamas, en soflamas, en pregones de toda especie.

Aunque no se lo confesó a nadie, a don José Antonio le dolió que no asistieran el gobernador y el obispo en persona, pero se dijo que sus enviados, a quienes había colocado en la primera fila y que miraban la máquina con la boca abierta, les contarían el prodigio. El muchachón de Til Til empuñó el manubrio, con su cara de panfilote, con sus manazas descomunales, y a los pocos instantes se produjo el chisporroteo y el levantamiento, la súbita erección de las dos banderolas. Los aplausos atronaron los fondos de la casa y el barrio. Don José Antonio hizo repetir la prueba tres o cuatro veces. Explicó, enseguida, con extraordinaria fruición, con destellos que le brotaban de los ojos azulinos y que también parecían eléctricos, con perlas de sudor en la frente, el funcionamiento del extraño aparato y las aplicaciones que tendría aquella fuerza oculta de la naturaleza en el mundo del futuro. Habría bombas que levantarían el agua y que permitirían regar terrenos ahora inaccesibles, de manera que Santiago podría estar rodeado de viñedos y de interminables plantaciones de árboles frutales, de esparragueras, de las más variadas hortalizas, en los faldeos de la cordillera. Enormes centrales eléctricas, con un rumor de futuro, permitirían iluminar la ciudad entera, reduciendo los asaltos nocturnos y facilitando el estudio hasta horas prolongadas, de manera que la Capitanía General se convertiría en un reducto nunca visto de filósofos,

de sabios, de hombres de ciencia, de inventores y delineadores de las cosas del próximo siglo.

Las generosas corridas de vino añejo, de mistela, de alfajores, contribuyeron a provocar en los salones y en los entarimados de la familia Rojas una atmósfera de euforia colectiva. Todos brindaban por los años felices que se aproximaban, por los beneficios y las riquezas que iban a derramarse sobre la dichosa Capitanía chilena.

—La oscuridad —decretó don José Antonio, juntando el pulgar y el índice de la mano derecha—, en el más amplio sentido de la palabra, va a ser disipada por el conocimiento, por la razón razonante y clarificadora. ¡Vamos a borrar siglos enteros de una sola plumada!

Después, cuando lo mandaron preso a Valparaíso en una carreta arrastrada por bueyes, encadenado de pies y de manos, tal como habían hecho con los franceses hacía casi tres años, y cuando lo encenaron, al cabo de un viaje por mar que le pareció interminable, en una de las casamatas del Callao, se dijo que aquellas frases finales, aquella declaración de exaltada fe racionalista, lo habían perdido. Alguien, alguno de sus invitados, no sabía cuál, pero sospechaba de dos o de tres, había corrido a las oficinas de la delegación del Santo Oficio y lo había acusado de ateísmo, de brujería, de manejar por medio de poleas, de émbolos, de espirales de cobre, poderes de origen oscuro. Lo que no quisieron hacer a propósito de los franceses, pensó él, para no meterles ideas a los criollos, lo hicieron ahora con el pretexto de la máquina. ¡Por unas cuantas chispas!

Resultó, felizmente, que los inquisidores de Lima tenían conocimientos científicos bastante superiores a los de sus delegados en la ignara, en la remota sección chilena. Fue interrogado en un palacio limeño, bajo artesonados de madera olorosa, entre otros, por un dominicano gordo, de modales afeminados, parlanchín. El dominicano dijo que conocía muy bien aquella famosa «maquinita».

—Es un juguete caro —dijo—, que no sirve para absolutamente nada. Pero un hijo de hacendados ricos, como usted, se puede permitir estos lujos inútiles.

Él se puso rojo de rabia, pero sospechó que a partir de ese instante ya era hombre libre. El dominicano, en efecto, con sus modales rebuscados, sacó de entre los pliegues de la sotana una caja esmaltada y le ofreció una pastilla de menta. Anunció que les iba a escribir a los delegados de la provincia de Chile. ¡Para que no fueran brutos! En cuanto a él, don José Antonio, podía pasar, si quería, una semana en

Lima, en una posada que le iba a recomendar, la cocina limeña era digna de saborearse, y tendría pasajes para regresar a Valparaíso en el mismo barco. ¡Pero en cabinas, ahora, de primera clase, para compensarlo de los disgustos que había sufrido! Eso sí, debía guardar una absoluta reserva. No convenía que esos pobres cuntas de allá cayeran en el descrédito. Ellos cumplían con su deber lo mejor que podían, mientras flotaban en una atmósfera de aburrimiento infinito.

En la tercera tarde de su libertad en Lima, mientras esperaba el barco a Valparaíso, don José Antonio se internó por callejuelas, en las cercanías del río, en el sector de la ciudad que llamaban «debajo del puente», y fue invitado por una india grandota, armada de un cucharón sopero, a entrar a una casa donde servían comidas picantes. Probó unas conchitas adobadas con ajices y con hierbas, y trozos de pescado macerados en limón, acompañados de camote y de corontas de un choclo blancuzco, un menjunje que la india llamaba cebiche. Lo bajó todo con un aguardiente de pólvora, mientras un hombre de rasgos mestizos improvisaba versos de circunstancias antes de cada trago, y entró, después, llevado de la mano por la india, a una habitación en penumbra, donde fue recibido en los brazos robustos, morenos, de piel satinada, de una chola buena, según la expresión de la india, y que acababa de llegar de la ciudad monacal e imperial de Trujillo. Él se hundió en el cuerpo generoso de la chola, que fue como un mullido colchón de plumas tibias que lo abrazaban y le decían cosas delirantes al oído. Después, mientras recuperaba el aliento y encendía un tabaco puro, le contó, creyendo que era lo mismo que contárselo a su propia sombra, lo que le había sucedido con la famosa máquina y con los inquisidores. La chola tomó distancia, apoyó la espalda desnuda contra la pared de tierra, exhibiendo sus pechos grandes, duros, que culminaban en una aureola negra, y lo miró con ojos redondos, llena de pánico.

—No tengas miedo —le dijo don José Antonio—: Todo eso ya pasó.

—Yo no he oído nada, señor —dijo ella, pero continuó arrimada contra la pared, como si estuviera viendo al diablo en persona.

Podríamos suponer que él, José Antonio de Rojas, sólo entonces, al ver la reacción de la chola, al captar la dimensión e incluso la condición animal, incontrolable, de su miedo, entendió. ¿O no entendió nunca? Pensó en buscar a su amigo Toesca, porque había escuchado que estaba de paso en Lima, pero prefirió, en último término, y bajo la vibración de las últimas palabras y de las últimas cosas, visitar retablos barrocos, catacumbas con calaveras colocadas en fila, con olor a tierra dulzona,

hacer ademán de que rezaba y se golpeaba el pecho, y regresar sin demora mayor a los cerros y las quebradas donde se había criado. No sabemos mucho, pero él, con su buena salud, creía que por fin sabía. El fuego de las hogueras, en cualquier caso, le había chamuscado la punta de las narices.

Capítulo VI

MI PAPÁ, dijo Ignacio, el Nachito, mañoseó más de lo previsto, porque se ha puesto más momio, y más asustadizo, creo, de lo que confiesa, y tampoco creo que entienda todavía lo que pasa en Chile, a pesar de haber sido tan bueno para desarrollar teorías en épocas pasadas, y el Viejo, mi Tata, que me había regalado el día antes unos billetones de cien dólares, ordenaditos, nuevecitos, sacó a relucir argumentos divertidos. Mira, le dijo a mi papá: en mi familia, los que han tenido éxito no han sido nunca los ratones de biblioteca, los intelectuales, y menos los intelectuales de izquierda (y no añadió «como tú», pero le faltó poco), sino los hombres de empresa, de trabajo (puesto que hacer teorías, escribir papeles, no es trabajar). Y resulta que el Nachito, aunque se haya pasado una temporada en la Peni, cosa que podría probarle bastante bien (dicho con énfasis, con algo de picardía, con intención política), se parece a mis parientes antiguos, los que subían a las minas en mula a los quince años de edad, con dos sacos de plata a cada lado de la montura, acompañados de un par de arrieros y armados hasta los dientes, para llevarles la paga de la semana a los mineros. ¿Entiendes? Así es que, terminó el Viejo, yo que tú… lo dejaba irse. Hacer su experiencia. Si te opones, se va a dedicar a fregar la pita, a politiquear, ¡a no ser que se dedique a poner bombas, el angelito!, y va a volvemos locos a todos. Aparte (bajando la voz), del enorme peligro que podría correr. Porque el país, como hemos visto (y yo, desde el otro teléfono, escuchaba y me reía solo), se ha llenado de rotos peligrosos, ladrones y asesinos. Ahora, el papá eres tú hijito, no yo. ¡No me endoses a mí el problema!

Eso le dijo el Viejo, mi Tata, a mi papá. Y mi mamá, la Cristina, que

podría haber preferido que yo me quedara en Chile, por sentimentalismo, por miedo, por lo que fuera, salió con todo lo contrario. ¡El chiquillo tiene toda la razón, chilló, en no querer adaptarse a esta mierda! La vieja es chora, y al papá, con todos sus argumentos, no le quedó otra salida que comerse el buey. De manera que al día siguiente, es decir, ayer, a las once en punto de la mañana, estuvo en la notaría, de cuello y corbata, con cara de circunstancias, y después pasamos a buscar al Cachalote a su oficina, a su cueva de Alí Babá. El Cachalote, como había prometido, nos llevó a tomar unos pisco sauers cabezones, bien goteados, en la barra del Club, y después se entusiasmó y nos convidó a comer unas plateadas con porotos en uno de los comedores. Si supieran, dijo, de repente, hablando por encima de su plato, con aire de misterio, con los ojos saltados, que acabas de salir de la Penitenciaría de Santiago, donde te metieron por subversivo, nos echarían del Club a patadas. Y lo decía porque había visto en una mesa cercana a un par de ministros, y porque había milicos de civil y de uniforme en varios lados. Ya lo saben demás, dijo mi padre. En una de las mesas del otro extremo, comiendo cazuela de pava con chuchoca, está uno de los abogados que alegó en la causa. Miramos, y vimos a una momia egipcia con una gran servilleta amarrada al cuello. Mi papá concluyó que era mejor, en realidad, en vista y considerando, que me fuera lo más lejos posible. Así es que me presenté a las tres en punto en la Dirección del Registro Civil, frente a la Cárcel Pública, y pregunté por el milico amigo del Cachalote, a quien el Cachalote ya le había avisado.

¿Usted es el señor, a ver…?, me preguntó un soldado, y tenía mi nombre, con varios errores de ortografía, pero completo, escrito en un papel. ¡La recomendación del Cachalote había surtido efecto! Pase por aquí, me dijo el soldado, y me hizo sentarme en una oficina cuadrada, con el techo muy alto, donde había una tarima, y un armatoste de escritorio, y un oficial de ejército, no supe si el amigo del Cachalote o sólo un subordinado del amigo, que escribía con un lápiz de pasta, con gran aplicación, como si estuviera en el colegio, y que sólo levantó una ceja para indicar que sabía que yo había llegado y a qué iba.

¡A sacar pasaporte, el chucheta!

Habíamos pedido unos chacareros y un jarro de vino blanco frío con duraznos, y a medida que avanzaba la tarde, los ruidos del bar iban en aumento. Mi papá, dije, habría hablado de Kafka, pero yo sólo he leído un cuento muy raro, que me gustó bastante, y ahora voy a leer *La metamorfosis*, y después *El proceso*, y ya verán ustedes, porque supongo que *El proceso* se queda chico. Yo observaba de reojo al oficial, que

escribía y escribía, y de cuando en cuando contestaba el teléfono en voz baja, y miraba el techo, los muebles, un calendario sucio, un retrato del Caballero. Y de repente vi que habían pasado más de cuarenta minutos. El oficial había salido un rato, después de bajar por unas gradas del costado de la tarima con pasitos de marcha, y había vuelto. Le había dado instrucciones a un ordenanza. ¿Qué le habrá dicho?, me acuerdo que pensé, porque estaba empezando a ponerme bastante cachudo. El oficial volvió a hundir la nariz en sus expedientes, más serio que antes. A veces levantaba la cabeza y me miraba desde su altura, sin ninguna expresión, como si no me mirara, como si estuviera buscando alguna idea, y yo fuera trasparente, parte del mobiliario. Entonces me levanté de mi silla. Se demoran mucho, dije. Es que hay que buscar los antecedentes en los archivos, explicó el oficial, casi con amabilidad, y están muy atochados. Me imagino, respondí, pensando que todo el mundo, ahora, se había llenado de antecedentes, y tuve que hacer un esfuerzo para que la voz me saliera natural, sin ningún tono de burla, o de molestia, o de lo que fuera. Todavía pasó media hora, o más, y el ordenanza volvió, esta vez con un tremendo legajo de papeles. Los papeles le desbordaban por los antebrazos y se le caían al suelo.

¡Tus antecedentes!

¡Tus pecados políticos!

El deri, el vino con duraznos, estaba bueno, y la gente entraba de un golpe por la puerta batiente que daba a la calle y pedía cosas, vinos, empanadas fritas, huevos a la ostra, erizos al matico, a grito pela'o. Pues bien, el ordenanza subió a la tarima y dejó caer los papeles encima de la mesa, sin mirarme. El oficial guardó su lápiz de pasta y se puso a leerlos con la mayor atención. ¿Tendrán que ver conmigo?, pensaba yo. La lectura duró siete, ocho, diez minutos, o un poco más. El oficial, entonces, hizo una cosa que me pareció rara. Se paró y se alisó la chaqueta del uniforme. Después le habló al oído al ordenanza. Tuve la impresión, no sé por qué, por las expresiones de los dos, de que le había dicho algo bastante grave. Y así fue. Porque el ordenanza salió de nuevo y regresó al poco rato seguido por tres soldados con cascos y con chalecos antibalas, armados de fusiles ametralladoras.

¿Para tomarte preso a vos?

Sí. Pa' eso. ¿No le habían informado a usté, señor, me preguntó el oficial, y me lo preguntó desde su altura, con la palabra «señor» medio arrastrada, pero en un tono neutro, como si me estuviera preguntando el número de la cuenta corriente bancaria o algo por el estilo, que existe una orden de detención pendiente en contra suya?

¡Chuta!

Eso mismo dije yo: ¡Chuta! Y se confirmó que todos los papeles tenían que ver conmigo, y la espera, y la llegada, al final, de los tres soldados. El primero de mayo, dije, medio tartamudo, me detuvieron por haber salido a la calle con un grupo de estudiantes, y después dictaron una orden de detención en mi contra. ¿Después? ¿Cuando ya estaba detenido?, preguntó el oficial, haciéndose el imbécil, y yo pensé mencionarle en ese momento al Cachalote Alcocer, pero calculé que nombrarlo podía ser peor, ya habíamos pasado a otra etapa. Es que el Ministro en Visita, dije, en el primer interrogatorio, me dejó en libertad… ¿Lo dejó en libertad? Sí, señor. Y después decretó que me detuvieran de nuevo. ¿Y nunca lo detuvieron? Sí, me detuvieron. Es decir, no me detuvieron. Yo mismo me fui a entregar a la justicia en forma voluntario. No le dije, claro, que había actuado así para que no me agarraran los torturadores. Usted mismo se fue a entregar, repitió el otro, desde su nube, Kafka, como diría mi papá, y tuve la impresión de que por dentro, a pesar de su máscara de perfecta indiferencia, de rutina total, se tronchaba de la risa. Yo me levanté, demudado, me acerqué a la tarima, y el oficial les hizo un gesto con las puntas de las cejas a los soldados. En un santiamén, no podís hacer ni amago de resistencia, me colocaron los brazos en la espalda, me esposaron, me clavaron las bocas de los fusiles en las costillas. En cuestión de segundos. Ahora me van a llevar a un patio, pensé, o a un subterráneo, y me van a fusilar con un par de ráfagas de metralla, y me acordé en ese momento, ¿saben ustedes?, de los pisco sauers bien goteados de la barra del Club, y de las caras coloradas de unos vejetes, que se palmoteaban con el Cachalote, y que después reconocían a mi padre y con él no se palmoteaban, sólo le pasaban una mano fría, y más de alguno preguntaba por Ignacio, decían, o don Ignacio, mi abuelo, y sabían que había sido víctima de un asalto en su casa y de noche, ¡qué bestias! Yo, y cada uno contaba lo que les haría: fusilarlos, caparlos a uña.

A todo esto, el oficial, sin alterarse en lo más mínimo, convencido de que toda orden emanada de las autoridades superiores es justa, o está muy cerca de ser justa, murmuró que la orden de detención seguía pendiente, y que la obligación suya era proceder a cumplirla. Pero la corte nos absolvió a todos, sin ningún cargo. Eso, replicó el oficial, no me consta, y me dio a entender que me había permitido dialogar con él en esa forma porque venía recomendado por un amigo, dijo, de mi coronel. Sólo por eso. ¡Oiga!, grité yo:

¡Espérese un poco!, porque los fusiles se me estaban clavando en las

costillas con más fuerza, y los soldados me sacaban de la oficina, y seguro que a la salida, a la vuelta del corredor, o al fondo de una escalera, me disparaban, y el oficial, antes de meter la nariz en sus papeles de nuevo, me alcanzó a decir que hablara con un abogado. ¡Con un abogado! Yo trataba de resistir, y creo que gritaba como un barraco. Un tremendo culatazo me dejó sordo de la oreja derecha, medio mareado, y otro me partió un labio, me sacó sangre, por suerte no me rompió un diente. Para que dejara de hociconear, porque yo gritaba: ¡Salvajes! ¡Asesinos! ¡Maricones! Después, cuando dejé de gritar y de forcejear, me dejaron ir a una sala, vigilado por un soldado, y pedirle a un funcionario que hiciera un llamado por teléfono. Todavía estaba sordo, y el labio de arriba se me había inflado como una pelota. Número, gruñó el funcionario, de pésimas pulgas. Yo le di el número del departamento de Santa Lucía, esperando que mi mamá estuviera, pero no contestó nadie, y el funcionario, por lo demás, no esperó mucho. Es que mi madre trabaja, le dije, y le di el teléfono de mi padre, que tampoco respondió. ¡Ya!, dijo el soldado, y yo pedí que me esperaran un poco, les iba a dar el teléfono de mi abuelo, don Ignacio tal y tal, y el funcionario, a quien habíamos llegado a interrumpir en el momento más caluroso y más pesado de la tarde, ladró, con la boca chueca: ¿Qué te habís figurao? E hizo algo que ahora me parece hasta divertido dentro de su mala leche: agarró el teléfono con las dos manos y lo puso debajo de la mesa, fuera para siempre de mi alcance y del alcance de los delincuentes de mi categoría. Y agregó, por si fuera poco, descompuesto por la rabia: ¡Conchas de tu madre!, mientras el soldado me empujaba fuera de la sala con la punta del fusil. Me hicieron entrar, entonces, a una pieza de unos quince o veinte metros cuadrados, vigilada desde el corredor por los mismos soldados que me habían sacado del despacho del oficial.

¡Los de manos suavecitas!

¡Esos! Había otros detenidos, y algunos estaban sin esposas, pero a mí, como si fuera más peligroso, me mantuvieron con las manos esposadas. Era una pieza sin ningún mueble, de paredes rotas, iluminada por una ampolleta que colgaba del techo. Podía servir de antesala, pensé, de cualquier cosa, y ya estaba medio resignado. Me acordé de que en dos días más había un feriado, y de que la Cristina, mi mamá, había dicho que se iría hoy en la tarde o mañana temprano a Las Cruces, a casa de una amiga. O sea, nadie sabría de mi nueva detención. No tenía para cuándo salir. Mejor que me fusilen de una vez por todas, dije, y el detenido que estaba al lado mío me miró, pero sin extrañarse

mucho, con una curiosidad más bien vaga. Cada uno con su gusto, pareció responder, y uno de los soldados del corredor aulló: ¡Silencio! Me pregunté si el tableteo de las balas se alcanzaría a escuchar en la calle y me dije que tal vez sí. Entraron a la sala dos presos más, con aspecto de criminales peligrosos, esposados, y llegaron otros soldados con fusiles ametralladoras y nos hicieron salir uno por uno a la calle. Los pacos habían suspendido el tránsito y formaban un corredor entre la Dirección de Investigaciones y el portón de la Cárcel Pública, en la vereda del frente.

¡Chuchas!, dijo el Nono, y Carlitas Hidalgo, el abogado providencial, consciente de haberme salvado de una buena, sonreía.

Nosotros, el grupo de delincuentes, quiero decir, desfilamos, observados por unos pocos mirones, frente a los automóviles y a una micro detenidos, y después de cruzar el umbral de la Cárcel nos tuvieron un rato en fila, encañonados. A mí me quitaron las esposas, me sacaron los documentos, la cartera, el cinturón, los cordones de los zapatos, y me hicieron firmar un papel. Era lo mismo que habían hecho unas semanas antes, cuando ingresé a la Penitenciaría, pero esa vez no me pusieron esposas. Nunca pensé que conocería tantas cárceles en tan poco tiempo. Tenía razón el papá, la mano venía pesada, pero no sé si me arrepentí. Comparado con la Peni, el aspecto del recinto donde me habían metido ahora me pareció más sombrío, mucho más peligroso, aun cuando no hubiera ningún cargo en mi contra. No había ninguno en teoría, pero todos éramos culpables en la práctica. Para eso estaban los legajos, los archivos. Pasé la noche entera en un patio grande, debajo de un cielo negro, tendiéndome a ratos en un banco para tratar de dormitar, porque uno de los gendarmes se me había acercado y me había dicho que estaría más seguro en el patio que adentro de las celdas.

Adentro te habrían tirado en menos de lo que canta un gallo.

Seguro, y el mismo gendarme me dijo que al día siguiente, si me mantenían detenido, tenía que buscarme un abogado y pedir que me llevaran al anexo de Capuchinos. Dónde van los futres, dijo. Eso sí, me advirtió, en el anexo hay que pagar. ¿Por qué me van a dejar en la capacha, alegué, cuando la Corte nos dio la razón? ¡Ah!, dijo el gendarme: ¡Eso!

Capítulo VII

ERA EXTRAÑO ver todos los días a Goycoolea en el taller, en los cimientos de la Casa, que ya tomaban forma, los muros de piedra de cantería ya se elevaban del nivel del suelo, o en las obras de los Tajamares, al oriente de las cajitas de agua, por la Quinta de Montalva, o por la de Pérez, ya no me acuerdo bien, o discutiendo problemas de matemáticas, cuestiones de alzamiento de fachadas, y bebiendo, al final de las jomadas, una copa de mistela, un potrillo de chicha de maíz, a veces en compañía del Gordo Santa María, otras veces con don Pedro Silva, con Varela, con el maestro de aguas, y no ver nunca, y ni siquiera mencionar, a doña Manuela. En otras palabras, ver hasta en la sopa al causante del encierro, porque lo era, ¿o no lo era?, y no divisar por ningún lado a la otra, a la encerrada. ¿La habían condenado, entonces, entre él y Goycoolea? ¿O habían aceptado, quizás, sin chistar, la condena dictada por los otros? El Narrador, el hombre de los papeles, cree que Goycoolea, el Negro, aceptaba la situación mucho mejor que Toesca. Con gran desparpajo: dibujando planos en el día, bebiendo chicha en las tardes, visitando casas de remolienda. Los testimonios, sin embargo, no son concluyentes. El Narrador no sabe, encerrado en su repostero, y nosotros tampoco. Podemos suponer que la vieja Eufemia, intrigante, orejera de párrocos, de mayordomos, de porteros, le insinuó a Toesca un día que los conventos de ahora, de los tiempos corrompidos que corrían, no eran iguales que los de antes.

—¿Qué quieres decir con eso?

Quería decir lo que quería decir. Si él deseaba saber más, que preguntara, que averiguara, que abriera los ojos y aguzara los oídos, y ella, la vieja, seguía barriendo, raspando un choapino gastado,

gruñendo, rompiéndose el espinazo.

Recordaría, entonces, Toesca, creemos, algunas miradas, algunas risas, un revoloteo que había pasado cerca de él y que él había descartado. Más que un revoloteo, un susurro, signos. Que había decidido no registrar. Porque la Colonia era así, llena de rumores, de bolas e infundios, de soplos que al final no se entendían. Por su lado, consciente de la ambigüedad de todo el asunto, el Narrador, el Historiador Privado, y nosotros con él, sonreímos. Lo que ocurre es que él, y nosotros, a la distancia de dos siglos, sabemos más sobre el arquitecto que el arquitecto mismo. Como siempre ocurre con los cornudos. La primera fiase que encontró el Narrador entre los papeles de su antecesor, en el desván abandonado de la Plaza de Armas, en los días de su llegada a Chile, ya lo había puesto en la pista. Era aquella que decía que la mujer de Toesca, la Manuelita Fernández de Rebolledo, saltaba como una gata las murallas de las Agustinas para entregarse a sus excesos libidinosos. Lo decía con todas sus letras. De modo que la conducta de la Manuelita, imagen viva del desorden, de la desmesura, del pecado, pequeña Quintrala de los tiempos que se acercaban, era conocida por todo Santiago. Menos por él, que venía de otro mundo, y que había optado, además, por no conocerla así. O por conocerla a su modo, en su secreto, dentro de sus ritos oscuros.

Una noche, pocos días después del breve intercambio con la Eufemia, pasadas las doce, creyó escuchar voces atropelladas, murmullos, un conato de discusión, una puerta, y enseguida, pasos en el jardín, pisadas femeninas, inconfundibles. Bajó de la cama, se puso las zapatillas de dormir y se restregó los ojos. Se puso una manta en los hombros. No estoy soñando, se dijo. Pero era como si estuviera. Ella, la Manuelita, con vestido seglar, desmelenada, en la punta de los pies, con los zapatos embarrados en la mano, caminaba por los confines del huerto, entre los arbustos, bajo los paltos y las higueras, cuyos perfiles negros se dibujaban contra un cielo de pizarra, y trataba de ver si había alguna ventana abierta.

—¡Ah! —exclamó de repente—. ¡Es usted! Vine a buscar algunas cosas que me hacían falta…

—Sin zapatos —fue lo único que él atinó a decir.

Ella se miró los pies, con cara de extrañeza. Se encogió de hombros. Es que, dijo, no quería despertarlo, señor. ¡Señor! En la oscuridad estaba muy pálida, con los ojos brillantes, con los labios pintarrajeados, como si viniera de una fiesta y hubiera bebido. O hubiera consumido alguna droga, alguna hierba rara.

—¿Y el convento? —preguntó él, sintiendo que en las sombras del fondo, junto a las zarzamoras, había movimientos confusos, y hasta risas.

—De ahí vengo —dijo ella—. Señor. Del convento.

Vaciló, echando el cuerpo para adelante, y Toesca tuvo la impresión de que temblaba por dentro, en el límite de algo. Avanzó un paso, conmovido, con los ojos húmedos, ¡Manuelita!, y ella, entonces, emprendió la carrera, en la sombra, saltó por una ventana, con la agilidad gatuna descrita en aquellos papeles, se dijo el Narrador, a una de las habitaciones del fondo, y se encerró con tres vueltas de llave. Él golpeó la puerta, y ella, fierecilla indomada, fiera suelta, felina, gatuna, le ordenó a gritos, alaridos que se escucharon en el costado sur de la Catedral, que debieron de llegar hasta la Plaza, donde había un sereno en pie y un par de aguateros dormidos contra unos sacos, que se fuera. ¡Ándate!, tuteándolo. Ella volvería al convento ahora mismo, sola, ¡sin naide!, pero siempre que él, Toesca, ¿oíste?, desapareciera. Él, con la cabeza baja, llorando, regresó a su dormitorio. Escuchó los pasos que desandaban el camino, ahora calzados. Salió en puntillas a la calle y alcanzó a divisar la sombra que doblaba en la esquina, debajo de los andamios. La bella, inalcanzable sombra (llorando). En las torres de Santo Domingo sonaron las dos campanadas de la madrugada del sábado. Era la semana final de enero, pero corría una brisa bastante fresca. Los puestos de los vendedores de estampitas, de estatuillas, de rosarios y medallas milagrosas, estaban cerrados. Sólo se escuchaba el maullido lento de un gato en los andamios, mezclado con el revoloteo de la brisa en las ramas de los pimientos, de los castaños, de los paltos, de las araucarias.

El martes de la semana siguiente, en el momento en que pasaba por segunda vez en el día frente a los muros de las Agustinas, Joaquín Toesca dejó el carricoche, entró por la portezuela baja, que encontró entreabierta, y preguntó por la retirada seglar Manuela Fernández de Rebolledo. La monja de la portería lo miró con extrañeza.

—Soy su marido. Ella está recogida en ejercicios espirituales.

La monja, agachando el moño, de mala gana, anunció que iba a consultar con la superiora, y lo hizo pasar a una sala donde había una mesa y un par de sillas de palo, un velón de sebo, un crucifijo también de palo. Las paredes, gruesas, altas, imponían respeto, a pesar de los rumores que corrían por la ciudad, las historias de fiestas, de asonadas, de guitarreos. La Manuelita entró al poco rato. Venía con cara de aburrimiento, mal peinada, de mal color, con un traje de mezclilla que

le colgaba del cuerpo, como hábito pobre. Él sintió lástima. Se sintió, en verdad, abrumado por la compasión, y le habló en tono de disculpa. Sólo había venido a saber cómo estaba, cómo la trataban, hijita.

—Estoy bien —dijo ella, distraída, mirando para otra parte, como si quisiera insinuar que en realidad no estaba tan bien, que estaba pésimo, que no podía hablar mucho porque las paredes escuchaban, y de repente se animó, se puso nerviosa, empezó a estrujarse las coyunturas de los dedos. El Narrador, en su lugar cerrado de arriba de los portales, habría podido concluir que Toesca tenía razón: era una enferma del espíritu, un ser inasible, en cierto modo un monstruo, pero un monstruo que a él, a Toesca, lo fascinaba, y que le contagiaba, de paso, su enfermedad, su extravío. ¡Incluso se la contagiaba al Narrador, en su repostero rodeado por el toque de queda, a distancia de dos siglos! Ahora, sentada en la silla de palo, más animada, su cuerpo se moldeaba debajo de la mezclilla, su pecho, sus piernas largas, magníficas. Él, con el corazón pesado, suspiró. Así, a la distancia, creemos. Así lo vemos. Un suspiro salido de muy adentro, de los entresijos.

—¿Le puedo pedir un favor? —preguntó ella.

—¿Un favor?

—Sí —dijo ella. Y habló, entonces, con lentitud, pero con ojos desorbitados, que pasaban por el lado suyo y se clavaban en otra parte. Encendidos por una chispa extraña. Ajenos a este mundo: al que él conocía, al que todavía, a veces, frecuentaba, y donde lo habían formado, ya no sabía si para mal o para bien. Fue como si hablara otra persona, u otra fuerza, otro principio, a través de ella. Porque ella, por fin, sin dejar de retorcerse los dedos, dijo que le quería pedir el favor siguiente. A usté, señor, sí. Quería pedirle que hablara con Juan Joseph Goycoolea, el discípulo suyo, usté sabe, y que lo citara en la casa para el día jueves, pasado mañana, a las ocho de la noche.

Toesca dijo que no entendía, y podemos imaginar con qué voz lo dijo, con qué cara, con labios que quizás temblaban.

—Sí —diría ella, asumiendo, por el contrario, después de entrar en materia, un tono más tranquilo, mucho más seguro—, porque a esa hora, pasado mañana, podré saltar por una parte más baja de la pared, una parte que da a las acequias del poniente…

—¡Saltar!

Sí, saltar. Era la mejor manera. Porque, de lo contrario, él, señor, tendría que pedirle permiso por escrito a la Superiora, explicarle los motivos, fijar la hora del regreso.

—¿Y por qué tienes que salir?

Ella, suponemos, lo miró a los ojos. Toesca tuvo la impresión, y nosotros, con el Narrador en su repostero, también, de que tragaba saliva, pero ese detalle no es seguro. Lo único seguro, lo que nos impresiona y nos desarma, es la serenidad, la firmeza de la mirada de ella. Como si estuviera en su perfecto derecho. Como si su capricho, su deseo, su pasión, fueran su ley.

—Porque necesito verlo —replicaría, al fin, y Toesca la miraría, con la boca seca, y se preguntaría si el Nuevo Mundo, a pesar de sus conventos, de sus rezos, de sus ritos, no tendría otras normas, algo vasto, desproporcionado, que lo seducía y a la vez lo asustaba.

—¡No puedo!

—¡Sí que puede! —exclamaría ella, y le daría la espalda, ¡la espléndida espalda!, y le haría una seña a la monja portera.

—Hasta el jueves a las ocho de la noche —musitaría en el oído de Toesca, y la monja portera, en su rincón, cerca de la puerta, sonreiría con malicia, con un aire retorcido. ¡Como si hubiera estado escuchando!

Pensamos que Toesca regresó a su carricoche a paso lento, mirándose las hebillas de plata gastada, los zapatos cubiertos de polvo. En la tarde, a pesar de que no faltaba nunca a sus visitas de inspección, mandaría decir que estaba enfermo, que no podría llegar a los cimientos de la Moneda, y menos subir a inspeccionar los tajamares. Altolaguirre, el superintendente, interpretaría su ausencia mal, como de costumbre. Hablaría de insidias, de astucias, de argucias de italiano. Él había escuchado cosas parecidas en Madrid, a espaldas del maestro Sabatini, a pesar de que el maestro era poderoso. ¿Y nosotros? Nos hemos pasado la vida escuchándolas: mundo de soplones, de chaqueteros, de inquisidores grandes y chicos, antiguos y modernos.

Desde su dormitorio, donde estaba tendido, medio enfermo, respirando con dificultad, vio aquella tarde pasar a Goycoolea por el jardín y golpeó con los nudillos los vidrios de la ventana. Extrañado, porque conocía bien sus hábitos, Goycoolea se detuvo y acercó su nariz filuda, sus ojos de fantasma, a los vidrios opacos.

—La Manuelita tiene algo que conversar con usted. Me pidió que le diga que esté aquí el jueves a las ocho de la noche.

¿Cómo reaccionaría Goycoolea, Juan Joseph? ¿Bajaría la vista al suelo, confundido? Tenía el cuero duro, el talentoso Goycoolea, aparte del pellejo, como escribiría la Manuelita, pecaminoso. Toesca pensaría, por su lado, confundido, él también, con el corazón palpitante, que el

otro no tenía más remedio que obedecerle. ¿Qué otra cosa podía hacer? Lo otro, lo único, habría sido permitir que la justicia ordinaria procediera y la mandara a la horca. En cuyo caso Juan Joseph, en su calidad de posible cómplice, correría peligro. Pero, ¿cómo? Hasta Ignacio Andía, que interpretaba los signos de los tiempos en el lugar de su primo expulsado, pensaba que procesarla sería una aberración, un acto del Anticristo. Ella sólo había actuado movida por el amor, ciega. Y la Providencia, en el instante decisivo, había intervenido y lo había salvado del veneno. En cuanto al Narrador, en su refugio, en altas horas, se encoge de hombros. ¿Qué podemos hacer nosotros?, se pregunta. ¿Qué somos nosotros?

El jueves, cinco minutos antes de las ocho de la noche, Goycoolea golpeó con discreción en el portón principal. Se había retirado del taller en la tarde a la misma hora de los demás, para no provocar sospechas, y ahora regresaba. Le abrió el propio Toesca, en silencio. Había mandado a las empleadas y al mulatón Ambrosio a rezar novenas. Por la salvación de mi alma, había dicho, con curiosa convicción, y por la del alma de la Manuelita. Y les había pedido que no volvieran hasta bien entrada la noche, petición que la Eufemia había recibido con gruñidos, con aspavientos raros.

Guió a Goycoolea hasta una sala chica, poco amoblada, donde había una pianola cubierta por una funda sucia, y le indicó una silla en un rincón. Él, Toesca, hizo (pensamos) amago de ocupar otra silla, pero al fin se mantuvo de pie, mirando en dirección a la puerta de calle. Había un velón tembleque en un rincón y el resto de la sala estaba en penumbra. Hada un poco de frío, y las calles, como si el otoño se hubiera adelantado, se habían cubierto de neblina. Por suerte, sintió. Como guardaban silencio, se escuchaba el roer de dos o tres ratas. Afuera resonaban pisadas en el barro y una que otra voz dispersa, pero el fresco había hecho que la gente se recogiera más temprano.

La Manuelita apareció como a las ocho y veinte minutos. Llevaba la cabeza tapada con un capuchón. Él le preguntó si había tenido que saltar y ella le dijo que no. Todavía estaba en la portería su amiga, la monja Emelina.

Cuando se sacó el capuchón, Toesca y después Goycoolea vieron que estaba ligeramente maquillada, que se había peinado el pelo corto con esmero, y que había conseguido, quizás cómo, en aquella noche, seguro, en la que había aparecido en la casa con los pies embarrados, una gargantilla de flores de tela rosa entretejida con salpicaduras de brillantes, una falda plisada del mismo color, una blusa de encajes,

botines claros. Toesca quiso preguntar algo, pero no fue capaz. Pensó que alguien podría entrar, de repente, un funcionario de gorguera almidonada y de bonete negro, seguido de alguaciles, y enviarlos a todos, a ella, a Goycoolea, a él, a un calabozo, a una celda subterránea donde el agua del mar les llegaría hasta las rodillas cada vez que subiera la marea, donde no verían la luz del sol nunca. Habría garfios, instrumentos de tortura en los descansos de las escaleras, debajo de arquerías.

—Ven, Juan Joseph —diría la Manuelita, con la mayor tranquilidad, tomándolo de la mano—. Tengo que hablar contigo.

Toesca, con piernas de lana, con articulaciones de marioneta, retrocedió unos pasos. Vio que la Manuelita hacía entrar a Juan Joseph a una de las habitaciones del fondo. Después salía y volvía a entrar con una palmatoria encendida. Al poco rato, a pesar de sus órdenes, regresaba de la iglesia la gente de la servidumbre. La Eufemia, desde el huerto de los limones, le clavaba sus ojos de bruja.

—¡Ándate a dormir! ¡Vieja del demonio!

La Eufemia se alejaba y trataba de trotar, como una perra apaleada. Ambrosio, el mulatón, se perdía en la sombra. Él se dijo que tendría que colgarse de uno de los pimientos más frondosos. Salió, sin embargo, y se acercó en puntillas a la habitación del fondo. Temblaba de frío, y con la mano izquierda adentro del bolsillo se masturbaba. Los postigos disparejos, agrietados, permitían vislumbrar sombras que se movían. Al otro lado había un silencio extraño, y de repente brotaba una respiración, un suspiro, un quejido, voces fragmentarias.

—¿Cómo puedes? —le preguntó él a ella, o al fantasma de ella, a la neblina, puesto que ella estaba al otro lado. Y como no hubo respuesta, y no podía haberla, se retiró a su dormitorio, cabizbajo. Con unas ganas de estar muerto que nunca había sentido. ¿Viajar a Chile, entonces, había sido viajar a la muerte, al fin de la tierra, pero no sólo de la tierra, de la vida? El Narrador, Ignacio Segundo en su breve dinastía, o Ignacio el Inútil, lanza su lápiz de mina encima de los papeles, bosteza, se estira, y decide arrastrarse, como un perro babeante, como un gusano, hasta su cama. Falta poco para que las cañerías de agua, las cocinas, los ascensores, las descargas de los excusados, los ruidos de la calle, se pongan en actividad. De lo sonoro salen números, recita. A todo esto, nosotros nos preguntamos si se habrá repetido la escena, la del encuentro de Manuelita con Goycoolea concertado por el propio Toesca y espiado por entre las rendijas. La visión parcial, ínfima, habrá facilitado el trabajo de la imaginación. El arquitecto empataría sus

noches entre imágenes que lo hacían esclavo, torturas voluptuosas, placeres negros, y después, con el despuntar del alba, ingresaría en el proceso de la construcción, de los ritmos. ¡Oh, matemáticas severas!, como cantaba el poeta, el de las orillas del Río de la Plata. Oscilaría entre una forma de pasión y otra, un tipo de locura y otro tipo. Pero, por extraño que parezca, no cambiaría esa vida, esa vibración, sin duda enfermiza, por nada. Ya habría dejado hace tiempo de soñar con el regreso, con los paisajes de estatuas mutiladas, de pasto crecido entre columnas rotas. Esperaría, en cambio, junto a la ventana de su dormitorio, mordisqueando los barrotes, y vería la sombra que corría de regreso al convento, y la de Goycoolea enfundado en su capa. En el remoto Reino de Chile, su purgatorio, su infierno. Y a veces, algunas veces, su paraíso. Entre zarzamoras y sandías, azahares y basuras.

Capítulo VIII

ESO NO era cosa suya.

No. No era cosa suya. Y hoy, como a la una y media de la tarde, después de comer un plato de lentejas llenas de piedras, un pedazo de pan blancuzco, una manzana agujereada, un tarro con agua de la llave, me colocaron grilletes en los pies y en las manos y los juntaron con una cadena. Es una equivocación, le dije a otro detenido, uno que no llevaba grilletes y que debía de ser, según eso, menos peligroso que yo. ¡Silencio!, volvieron a gritar, y uno de los soldados me encañonó con un gesto asesino. Había que resignarse. Son muchos los inocentes que mueren antes de poder abrir la boca. Miré al otro, pero el otro miraba para otra parte. Si me matan, pensé, no habré sacado nada con que haya sido una equivocación, y sentí una sensación rara, un gusto seco.

¿No te measte en los pantalones?

Me parece que no, pero a lo mejor sí. Para resumir, bajé con mucha dificultad, engrillado como estaba, del furgón de gendarmería, y entré junto a cinco o seis presos más al edificio de los Tribunales. Ahora nos miraba mucha gente, desde la calle y desde el interior del edificio, y creo que más de algún hijo de puta me relacionaba con mi padre y con mi abuelo. ¡Qué vergüenza!, me pareció escuchar, y otras cosas, y yo me sentí, pa' qué les digo, ¡cómo Jesucristo en el Calvario!, y en ese momento apareciste vos, Carlitos, con tu corbata de humita, con tu barbicha, con cara de espanto. Nos habíamos conocido en una fiestoca de la universidad y habíamos conversado sobre los tiempos actuales, pero yo no sabía cómo pensabas tú, y tenía poco que ver con la Escuela de Leyes, con los aspirantes a leguleyos, con todo eso. Fui a pedir pasaporte, alcancé a explicarte, y resulta que todavía volaba una orden

de detención en contra mía por los sucesos del primero de mayo. Un gendarme, entonces, se colocó delante mío, para impedir que nos comunicáramos, y Carlitas, con gran rapidez, dijo que era mi abogado y que tenía pleno derecho a recabar información de su cliente. Ahora calculo que la palabra «recaban» desconcertó al gendarme. Entendí por qué los abogados usan tanto los terminachos que usan. Nos hicieron subir a la planta principal, en medio del ruido de las cadenas contra las gradas, un tremendo escándalo, mientras Carlitas, con su barbicha y su cara de joven jurista, subía a saltos más adelante y me hacía toda clase de gestos con las manos. Tranquilo, susurraba, y yo, el Cristo pobre, le contestaba con signos de la cabeza. Entramos a una sala especial y el Ministro de la Corte, el mismo cabrón que había hecho de Ministro en Visita en el asunto del primero de mayo, con su piel pálida, sus ojitos azulinos, sus maneras lentas, me reconoció al tiro. No sólo eso: supo todo al tiro, comprendió la situación de pe a pa, y decidió joderme todo lo que pudiera. Es decir, supo, recordó hasta los menores detalles, pero no hizo el menor amago de reconocerme ni de recordar nada. Le explicó a Carlitas, sin mirarme, paseando la vista por una serie de legajos, que el expediente por atentados contra el orden público, el de los disturbios del primero de mayo último, se había extraviado, y que él, en esas condiciones, no podía tomar ninguna determinación en ese proceso, ni para ordenar la libertad de un reo, ni para detenerlo…

¡Qué desgracia'o! ¡Qué maricón de mierda!

Miré el jarro de cien al trasluz, los restos de duraznos contra el fondo medio seco, y propuse pedir otro. ¡Para celebrar! Mi papá iba a llegar de un momento a otro y pagaría la cuenta. Carlitas, seguí, aprendiz de abogado y todo, sacó a relucir unas patas extraordinarias. Es de público conocimiento, señor ministro, dijiste, rojo de furia, volviendo a esgrimir toda la jerga del oficio, que en esa causa todas las encargatorias de reo, ¡todas, señor ministro, sin ninguna excepción!, fueron revocadas en segunda instancia. Y usted, que actuaba como Ministro en Visita, lo sabe mucho mejor que yo. De modo que yo, si no deja a mi cliente en libertad sin mayores trámites, presento de inmediato un recurso de queja en contra suya.

El ministro, esa rata de piel exangüe…

¡Exangüe!, dijo el Nono, sobándose las manos: ¡Qué buena palabra!

Más bien gordo, de modales pausados, miró a Carlos con sus ojos soñadores, entre amenazante y ajeno al tema, despistado. Después me miró a mí, con mis cadenas, mis grilletes, mi barba de un día y medio, mi cara de quizás qué. Hizo un gesto entre irritado y condescendiente,

como diciendo, vamos a perdonar por esta vez a este cabro del carajo, gesto que acompañó con una indicación vaga a un actuario sentado en un rincón, debajo de una verdadera muralla de expedientes.

Un personaje en el que no nos habíamos fijado, ni tú ni yo: de bigotito, peinado a la gomina, y que nos miraba con cara de sorpresa y hasta de susto. ¡Nunca había visto a un joven abogado tratar así a su jefe!

El actuario engominado se levantó, haciendo venias, y volvió al poco rato con uno de los gendarmes. El gendarme sacó un llavero no sé de dónde, de entre las verijas, y me liberó de las cadenas y los grilletes. Descubrí que ya estaba medio tullido. ¡La falta de costumbre! Pueden abandonar, dijo el actuario, entonces, con una especie de solemnidad cansada…

¡Exacto!, exclamó Carlitos.

… la oficina del señor ministro. No nos dignamos ni mirar a la rata ministerial. Salimos al corredor, y tú le preguntaste al gendarme si me habían hallado facha de terrorista peligroso. Teníamos órdenes, dijo el gendarme, ¿órdenes de quién? De arriba, dijo, indicando al cielo, de la superioridad. ¡De la superioridad! ¡De Su Majestad el rey!, dijiste. ¡De Dios!, dije yo, riéndome. No te rías tanto, me aconsejaste. Con lo quemado que eres, capaz que te metan al chucho de nuevo.

¡Buen consejo!

El actuario volvió a salir de la oficina y nos entregó un papel timbrado y sellado. Con este papel en la mano, ya no me pueden negar el pasaporte. Me sentí en la autopista, arriba del bus internacional, dando tumbos. Casi me puse a cantar. Desde una esquina, un vejete enclenque, amigo de mi abuelo, me miraba por encima del hombro. Me habría mandado con el mayor de los gustos a una sesión de tortura. Un nieto de Ignacio de tal y de cual, parecía decir, consumido por el odio, y de la señora Meche de tal cosa y tal otra… ¡Adónde íbamos a parar!

En fin, así fue.

No muy agradable, que digamos.

Así son las cosas, dijo el Nono.

Les conté que había vendido algunos objetos de arte, porque soy coleccionista a mis horas, además de buen inversionista, cosas que Abraham, el Nono, ya sabía, pero que Carlos Hidalgo ignoraba por completo, y ahora estaba decidido a vender el resto de mis pilchas y a partir sin rumbo demasiado fijo. Llegar, por ejemplo, hasta Buenos Aires, y seguir viaje de inmediato, sin perder tiempo, al Brasil.

¡Al Brasil!

Bajarme, después de los días de viaje que fueran necesarios, allá por el norte, por Salvador, Bahía, o mucho más al norte, por el nordeste, por Recife, y a lo mejor desviarme y llegar hasta Manaos, o hasta una isla en la selva, y vivir a la orilla de algún gran afluente del Amazonas, sobre palafitos, ¡alimentándome de pirañas!

¡Bravo!, exclamó alguien con voz aguardentosa. Miré, y era Santiago Costamagna, el escritor, amigo de mi padre de viejos tiempos. Estaba con las barbas un poco levantadas, como si estuviera sobre el espolón de un barco, bajo vientos de tormenta, y le brillaban los ojillos de color azul acero, ojos de navegante portugués mezclado con alguna sangre nórdica. El Nono también lo había reconocido y lo miraba fijo, con la boca abierta. Carlitos Hidalgo estaba impresionado, mudo de sorpresa. El narrador de los mares del sur, el Conrad chileno, o el Melville, tenía la piel de la cara tumefacta, lilácea, recargada de protuberancias, adherencias, pólipos, como un Neptuno de bronce, carcomida por largas permanencias en aguas submarinas. Después llegó mi padre, y me abrazó con su torpeza habitual, de alumno de San Ignacio antiguo y que ha recibido muchos palmetazos en las manos, y se confundió enseguida en un abrazo estrecho, sin complejos mayores, con nuestro Neptuno.

Conté mi odisea en Investigaciones, en la cárcel pública, en las galerías de los tribunales, encadenado de pies y manos, sometido a la calculada tramitación de un ministro hijo de puta.

¡Un hijo mío!, suspiró mi viejo, apretando los puños, y dijo que iba a entablar una querella criminal en contra del famoso Ministro en Visita.

No pierda su tiempo, don, le dijo Carlitos. Ni su plata.

El cabro tiene toda la razón, sentenció alguien desde una mesa vecina.

Poseidón, a todo esto, Santiago Poseidón, había pedido otro whisky doble, de etiqueta negra, y lo había bebido casi entero de una sola asentada, con los ojillos de animal anfibio entrecerrados, con toda su piel lustrosa, recorrida por humores amarillentos o blanquecinos, con pequeñas conchas de caracoles incrustadas, con un caballito de mar enredado en las barbas. Se puso, de pie, entonces, con un movimiento rotatorio, me colocó una de sus manos pesadas, broncíneas, en un hombro, en señal de solidaridad, y de pronto, cerrando los puños, vociferó con voz estentórea, que hizo tintinear los vasos de nuestra mesa y de la suya y hasta las botellas del mostrador, detrás de la barra:

¡Muera Pinochet! ¡Muera el asesino!

Noté que el mesonero, que no era menos corpulento que Poseidón, convertido ahora en Júpiter tonante, y que batía su coctelera, se había quedado inmóvil, con la coctelera en una mano y una servilleta en la otra, convertido en estatua. Uno de los parroquianos de la mesa vecina pasó por el lado mío, agachado, como una sombra, y se deslizó hasta la calle. A todo esto, dos agentes de la CNI que bebían su vinito después de una larga jomada, se supone, de extorsiones y de parrillas eléctricas, se pusieron de pie y se acercaron. Yo estaba dispuesto a pegarles un botellazo, en defensa de nuestro Poseidón, pero calculé que estaban bien apertrechados y que no sobreviviría para contar el cuento. Pues bien, Poseidón, o Júpiter, o Santiago Costamagna, como ustedes quieran, tuvo una reacción milagrosa, digna de él y de toda su leyenda.

¡Carabineros!, clamó a voz en cuello: ¡Carabineros!

Y en el momento mismo en que los de la CNI se lo iban a llevar, apareció una pareja de carabineros que patrullaba por la calle, con sus gorras, con sus palos de luma, con todos sus cinturones y arreos. Santiago Costamagna, ¡Señores Carabineros!, exclamó: Ustedes garantizan mi seguridad, y les dio la mano con dignidad, con gestualidad digna de mejor causa. Los de la CNI volvieron a sus vinos con un sentimiento de alivio, como diciendo: ¡hasta cuándo, chucha!, y Santiago partió a la comisaría del barrio, a pasar la noche en la celda de los borrachínes, a recibir, a lo más, una patada en el trasero, a desayunar a la mañana siguiente, antes de ser liberado, con un té aguachento y una marraqueta de pan duro. Partió en compañía de lo que podríamos llamar su guardia pretoriana, o su pareja de tritones verdes.

Esto fue todo. En el interior del bar, transformado en cuestión de minutos y hasta de segundos en cueva submarina, mitológica, hubo una sensación colectiva de alivio y hasta de alegría. La lógica represiva había sido quebrantada por un acto de inspiración. ¡Que vivieran, entonces, la inspiración, el arte, la poesía! Mi padre, animado, con su calva brillando debajo de las luces, con su chaqueta de *tweed* medio bolsuda, manchada con tinta, con humo, llamó al mozo haciendo chasquear los dedos. ¡Porque había que celebrar! El rumbo de la noche, y el del tiempo, de pronto, se habían enderezado. Por la ventana vimos que Poseidón Santiago avanzaba entre sus dos guardianes, dominando todo el ancho de la calle, con las barbas al viento, y alguien dijo que el caballito de mar giraba sobre sí mismo como una veleta. La gente se daba vuelta para mirar el sorprendente espectáculo. Algunos saludaban con cara de risa, otros hasta aplaudían, y yo tuve la impresión de que

los dos agentes, los dos míseros profesionales de los menesteres más sórdidos, en su mesa del fondo, frente a sus vinachos, a sus aceitunas de puro hueso, se habían jibarizado, se habían visto reducidos a la condición de enanitos.

Capítulo IX

EL GOBERNADOR, capitán general, presidente de la Real Audiencia, se saca la peluca empolvada y la deposita con cuidado en el correspondiente reposapelucas, que le llega hasta la altura del ombligo. Su ombligo es el nudo camal, el plexo solar de la Capitanía, así como el ombligo del rey, Su Majestad Cesárea, es el plexo, el nudo de todo el Imperio, regido por la cabeza, pero también por el vientre, por los humores de la línea baja, agrega, riéndose, y se tapa la boca porque le faltan dos dientes, a pesar de que está solo y como Dios lo echó al mundo, con su pelo de color de zanahoria en la cabeza, y un vello espeso y del mismo color sobre la panza poderosa, casi escandalosa, y encima de los colgantes genitales, ¡demasiado colgantes! Ha escuchado rumores a lo largo de los últimos días y está preocupado. Observa que Toesca, el arquitecto, se halla sometido a dos fuegos concurrentes, igualmente peligrosos: el de Altolaguirre, don Bernardino, superintendente de la Real Casa de Moneda, para quien lo de la arquitectura, las fachadas nobles, las esquinas reforzadas, los módulos y proporciones acordados a las reglas del arte, son lindezas, pérdidas de tiempo, puesto que se debe comenzar la acuñación sin más tardanza, y el soterrado, pero todavía más grave, del Santo Oficio, que ha sabido de las salidas clandestinas de la Manuelita y que tiene a la pareja dudosa, altamente sospechosa, en su mira.

Si la Inquisición se decidiera, no sólo le propinaría un golpe mortal a Joaquín Toesca, sino también, a través de él, a todos los otros, al grupo mínimo, pero incisivo, de los informados, los lectores, los resabidos, los impertinentes: al mayorazgo Rojas con sus máquinas cargadas por el diablo, a Manuel de Salas, el hijo de don José Perfecto (quien muy poco

tiene de perfecto), con sus teorías y sus pretensiones, con su capacidad infinita para absorber y producir legajos, e indirectamente a él mismo, O'Higgins, e incluso, y no vayan a creer que exagero, musitó, al obispo, a don Manuel, entusiasta solapado, pero, cuando las circunstancias lo permitían, resuelto, de las ciencias nuevas, de las probetas y las poleas que reemplazaban a las personas, a los esclavos.

El gobernador, don Ambrosio, se rascó la descubierta y pocas veces vista coronilla. Su apasionado deseo era que hubiera cambios rápidos, visibles: que los adobes, el barro y la paja, se transformaran en piedras de cantería y en ladrillos; que las columnas de los órdenes más puros, los balcones, las bóvedas, las cúpulas, los frontones triangulares, se levantaran contra los cielos inéditos de la Cruz del Sur; que los miserables y los mendigos, corrompidos por la limosna, se pusieran a trabajar, aunque sólo fuera a barrer las hojas secas, a limpiar los pozos negros; que los indios díscolos, paganos, bárbaros, entraran a las nuevas ciudades con la cabeza baja, pacificados, civilizados, tocando en sus flautas de bambú, en sus trutrucas, en sus atambores, sones cristianos, y que estudiaran el catecismo y los rudimentos de la lengua de Castilla a la sombra de las parroquias. Para realizar todo aquello, el italiano, arquitecto e ingeniero, mezcla rara de genio y de pasmado, formaba parte de sus planes. Había que impedir que su desaforada mujer lo perturbara. ¡Que estaba espléndida, por lo demás!, exclamó, volviendo a reírse y a taparse la cavidad sin dientes. Pero no para él. No para mí. Porque ya corría de boca en boca, de oreja en oreja, el episodio de mi paso por una casa respetable de Chillan, donde la hija de los señores, doncella de diecisiete años de edad, había quedado misteriosamente embarazada, a pesar de que él (yo) sólo se había detenido a pernoctar una sola noche. Había (yo) cruzado el corredor en puntillas, sin sacarse la peluca de ceremonia, envalentonado por un aguardiente de la Rinconada, y había empujado la puerta del dormitorio de la niña en la oscuridad, con el índice en los labios. Eso no podía negarlo. ¿Y quién, a esa tierna edad, habría podido decirle que no al señor barón de Ballenary, al gobernador del Reino?

—Habrá que meter a doña Manuela, entonces —opinó el obispo, plegando los labios en una forma que no se sabía si ocultaba el anatema, o la risa, o quizás la burla—, a un convento más estricto, donde no haya novicias cantoras, y donde no se cuelen guitarristas.

—¡Seis meses de disciplina severa, por lo menos! —intervino el gobernador, con la voz vehemente, atropellada, que solía caracterizarlo, con la boca llena de saliva, con un parpadeo debajo de las cejas

pobladas, y el obispo, con su nariz ganchuda, con sus labios replegados, clavó en él la expresión socarrona que sería recogida por los cronistas y hasta, agregaría el Narrador, por los retratistas finiseculares, los pintores al óleo, escasos, pero que terminaban por cruzar la pampa y la cordillera o por bajar desde los desiertos del norte.

Usted, don Ambrosio, diría el obispo desde atrás de su máscara, de su soma, no se me venga a botar a santo, y nosotros nos imaginamos que el gobernador y capitán general de los Ejércitos Reales se tocaría los vuelos de encaje de la camisa, y hundiría las manos, después, en los bolsillos bordados con hilo de oro de su chaleco rojo. El conocería a la perfección, en sus alcances más sutiles, los nuevos límites del poder eclesiástico frente a los poderes seculares, pero jugaría el juego de la sumisión a fondo. Por astucia, y hasta por elegancia, por estilo.

A todo esto, Joaquín Toesca y Ricci, el romano extraviado en Santiago de Nueva Extremadura, ¿qué haría, cómo reaccionaría? Don Ambrosio, de visita en las murallas de los tajamares, en el codo que formaba el Mapocho cerca de los terrenos de la Providencia Divina, después de escuchar explicaciones sobre ladrillos reforzados, de tamaño doble, ensamblados con mezcla a la cal de Polpaico y a la clara de huevo, lo tomaría del brazo y lo llevaría a un lado. Le sugeriría, para evitar más cuentos, y por su propia serenidad de espíritu, mi querido maestro, un retiro de su Manuelita, así le diría, en serio, sin conversas, sin saraos en las celdas de las hijas de familia. Y él contestaría que sí. Usted tiene toda la razón, para mi desgracia, Señor Excelentísimo. Y convendrían en que ella saliera de las Agustinas para recogerse en las Claras en un encierro prolongado, riguroso.

—Y yo me voy un par de semanas a Quillota, a tomar clima, porque con estas cosas me siento enfermo, acabado.

—Todo tiene cura, mi querido arquitecto —diría el señor gobernador—. Váyase un par de semanas, tome aire, coma chirimoyas alegres, descanse, y nosotros doblamos la página.

Antes de partir tuvo que convencer a misiá Clara Pando, que' era como un nudo de alcornoque, difícil de convencer; y pedirle a la Pepita y a Ignacio Varela, su marido, que ayudaran, y comprometer a un par de monjas para que la llevaran del brazo y le dijeran cosas al oído durante el trayecto, que no era largo. Cuando el traslado se produjo, a los dos o tres días, la gente se daba vuelta en la calle de Nuestra Señora de la Merced, en los Portales, en las cercanías de los andamios de la catedral nueva, para mirar el extraño cortejo: una mujer desmelenada, pálida, hermosa, con los ojos anegados de llanto, llevada por dos

monjas bigotudas, robustas, que de repente le apretaban los brazos y la levantaban por los aires, y un extranjero delgado, huesudo, vestido para un funeral, ¿el arquitecto romano?, que la seguía a escasa distancia, con la vista en el suelo, mientras una vieja chica, con cara de bruja, le hablaba sin cesar, o hablaba sola, no se notaba bien, y una pareja, detrás, caminaba con aire comedido, seguida por una niña negra, de chapes verdes, cargada con una bolsa de ropa.

Al llegar a la portezuela del convento, tallada en la puerta principal, como la de las Agustinas, pero todavía más baja y más estrecha, la Manuelita tuvo que agacharse, y pareció que unas manos, semejantes a las de las monjas guardianas, la recibían desde adentro y la sujetaban con firmeza. Él quiso decirle que sólo se trataba de un retiro, algo perfectamente normal, y que le traería grandes beneficios de todo orden, a ella, y a mí mesmo, quiso decirle, pero ella, con sus hermosos rasgos llorosos, parecía trastornada, fuera de sus cabales, y la portezuela mísera, gastada por el uso, se cerró de un golpe. Las dos monjas guardianas se persignaron, y fueron imitadas por Ignacio, con su corpulencia de oso, y por la suave Pepita. Misiá Clara rezaba, o mascullaba maldiciones, no se sabía. ¿Adónde la llevarán ahora?, pensó él, ¿qué castigos le harán? No había previsto bien, no se había imaginado el desarrollo de las cosas, y ahora, de repente, sentía que el golpe de la madera pesada, desteñida, era un martillazo en su corazón, en el centro íntimo de su pecho. La deben de estar pelando al rape, se dijo, a la fuerza, con tijerones de cocina, y deben de estar poniéndole un cilicio con tachuelas, con alambrones, con pedazos de lija, en la cintura. Su impulso primero fue correr a la casa del gobernador, don Ambrosio, y pedir que se la devolvieran, decir que se había equivocado, pedir, y si parecía necesario, ponerse de rodillas, juntar las manos, suplicar, aun cuando se convirtiera en el hazmerreír de toda la Capitanía.

Ya se había convertido, por lo demás. Era el cornudo más prominente de toda la provincia de Chile. Lo cual no era poco decir, ni entonces, ni ahora. Pues bien, lo importante, para las autoridades civiles y eclesiásticas, era evitar que se desmoralizara, conseguir que siguiera ocupado, después de un breve descanso, de levantar fortificaciones contra los indios, tajamares contra las avenidas del río, edificios a la mayor gloria de Dios y de Su Cesárea Majestad.

—¿Cómo van las cosas? —preguntaría un día cualquiera, al cabo de algunas semanas, al final de una ceremonia palaciega, don Ambrosio.

—Tengo buenas noticias —contestaría Su Señoría Ilustrísima—. La fierecilla se levanta al alba y canta maitines. Reza casi todo el día. Le da

de comer a las palomas en el jardin de la clausura y juguetea con un perrito. Le he dicho a la superiora que no se lo prohíba. El amor a los animales no es ningún pecado, le he dicho. A veces lee vidas de santos. Come muy poco, me han contado, se ha puesto inapetente, y no habla casi nada, ¡con lo conversadora que era!

—No se nos vaya a convertir en una María Magdalena —exclama el gobernador, y el obispo, don Manuel, hace toda suerte de visajes, según su costumbre, y se ríe de buena gana.

Toesca, entretanto, ha vuelto a recorrer sus obras en su carricoche negro, de un caballo, con aire sombrío. No le toca pasar frente a las Claras, pero se ha desviado en más de alguna oportunidad de su recorrido, y los ociosos cuentan que ha reducido el tranco de su caballejo, tirando con fuerza de las riendas, y que ha mirado con intensidad, con ansiedad desesperada, con cara de pajarraco triste, los muros gruesos, las escasas ventanillas enrejadas, el portón gastado.

—Es extraño —murmura el gobernador—: Necesita tenerla suelta para que se ría de él a gritos. Para que emprenda el vuelo en brazos de sus alumnos. Para que lo someta al escarnio.

Esa mañana se ha desviado un rato, algunos minutos, pero después, agitando las riendas, azuzando a su caballejo, se ha dirigido a la parte sur de la ciudad, al antiguo solar de los Teatinos, donde se llevan a cabo desde hace ya algún tiempo las obras de la Casa de Moneda. Durante las excavaciones aparecieron dos o tres esqueletos humanos, cosa que le sirvió para demostrar que la construcción en aquel sitio, limpiando guaridas de mapuches y de patizambos, y no en el primitivo basural, había sido de beneficio para la seguridad pública. Los cimientos, ahora, estaban terminados hacía tiempo, y los muros de la fachada norte ya se levantaban por encima de los techos vecinos. La tarde anterior había llegado la balconería, la rejería y los herrajes encargados a Vizcaya, un conjunto de 218 cajones con las cerrajas y la clavazón, además de 120 paquetes de balconaduras, todo afectado por algunas averías y uno que otro desmérito, nada excesivo, a juicio de Toesca, quien había corrido en la noche a practicar una primera inspección, lo normal en un viaje por barco desde Cádiz hasta Valparaíso, y después por tierra, en 17 carretas arrastradas por yuntas de bueyes, de Valparaíso a Santiago. El gobernador había anunciado que haría una visita al final de la mañana. Daba gusto ver las rejas completas para ventanas cuando salían de sus paquetones, los estupendos picaportes, las bisagras espléndidas, los clavos de media vara y de un tercio de vara, los balcones con sus adornos y sus dibujos iguales, 48 en total, sin que faltara ni uno, y las

84 bolas de latón amarillo destinadas a servir de adorno.

El arquitecto le explicó al gobernador y capitán general el uso de cada objeto, de cada espiga de balcón, de los clavos cabdales, de los que había 28 quintales, y de los clavos de tillado entero y de medio tillado. Lo ayudó a imaginar las ventanas y los balcones una vez que estuvieran levantados y debidamente guarnecidos. Había que ver también, con los ojos de la imaginación, las cortinas que alhajarían cada ventana, y a lo largo de la fachada, en las distintas horas del día, el juego de las luces y de las sombras, acentuado por las pilastras, las comisas y medias comisas. Le explicó, enseguida, el efecto de fuga que se produciría entre el pórtico principal, el de la calle, Excelencia, y el del primer patio, con sus dos columnas monumentales exentas arregladas al Orden Dórico, efecto que culminaría, que alcanzaría proporciones nunca soñadas en América y rara vez vistas en la misma Europa, si le permitían levantar otro pórtico en un segundo patio.

—Voy a poder irme al Perú tranquilo —musitó el gobernador, quien había recibido hacía poco, por órdenes reales, el encargo del Virreinato y el título de marqués de Osomo—. Habré dejado en estos andurriales el mejor edificio de esta parte de nuestro Imperio. ¡Gracias a usted, querido amigo!

Nos imaginamos que Toesca, el romano, agacharía la *cabeza* hasta las cadenas y los filamentos dorados que cubrían el abdomen, protuberante, de acuerdo con los retratos, del flamante virrey y marqués. Y el Narrador, después de haber leído papeles hasta el primer indicio de la madrugada, sospecha que Toesca aprovechó el momento para anunciar que deseaba pedirle algo.

—¡Sé de qué se trata! —exclamó el marqués, dando un golpecito en el hombro del arquitecto con dos de sus dedos rollizos—. Y ya no necesita pedírmelo. ¡La petición, antes de pronunciarse, acaba de ser acordada!

El arquitecto miró los ojos saltarines del gobernador, pequeños, de un brillo intenso, y no supo si le estaban tomando el pelo.

—¡Váyase tranquilo! —insistió don Ambrosio, y añadió en voz baja —. Y cuídela.

Toesca, de natural tan desconfiado, todavía se preguntó si había entendido bien. Regresó en la tarde a su casa, la de siempre, en el costado norte de la Catedral, y doña Manuela, la Manuelita, estaba en el centro del salón, de pie, como alelada, rodeada de sus bultos, y acompañada de un perrito de orejas largas, de pelos enredados de color

de sal y pimienta, que la miraba y acezaba, con la lengua afuera. Estaba delgada, un poco ojerosa, y le habían salido tres o cuatro canas encima de la frente, pero seguía, pensó el arquitecto, más bella que ninguna. No supo si su expresión, su aire ausente, era signo de que estaba aplacada, de que el largo encierro la había domesticado, había terminado por derrotarla, o de que se había agazapado, más bien, al fondo de su guarida, como la fiera que ha sentido el paso de la jauría. Seguro, pensó, que me carga todo el peso a mí, ¡a pesar de que trató de envenenarme! Se acercó, entonces, le tomó las manos, que estaban más bien frías, y el perrito se puso a ladrar a todo lo que daba. Después le pasó las yemas de los dedos por la cabeza, por la parte donde habían aparecido las canas, como si fueran las más sensibles, con la mayor suavidad. Le besó después la frente, un buen rato, y enseguida le tomó la cabeza y la estrechó contra su pecho, con gran ternura, diciéndose, sin embargo, que su enfermedad, por desgracia, y para su daño irreparable, no tenía remedio. A todo esto, mientras la gente de la casa se había replegado al tercer patio, el perrito del demonio se desgañitaba ladrando, con los ojos colorados, sin moverse de su sitio.

Capítulo X

IGNACIO chico se presentó al día siguiente a primera hora de la mañana en la misma oficina donde había comenzado toda su odisea, frente al mismo oficial, el ayudante del amigo del Cachalote, quien lo miró con estupor mal disimulado, y entregó el documento con sellos y timbres que le habían dado en los tribunales.

—¿Ve usted? —dijo.

—Veo —respondió el oficial, y lo invitó a sentarse en la misma silla, en aquella antesala que su padre habría encontrado digna de Kafka. Al final de la mañana ya tenía su pasaporte en el bolsillo. Llamó por teléfono a Carlitos Hidalgo, su defensor, convertido al ritmo de las libaciones de la noche anterior en amigo inseparable, y le contó que había una misa solemne en la Catedral por los muertos encontrados en una mina abandonada.

—Vamos juntos —le propuso.

—Tu sabís que soy momio.

—Sí. Pero no estarás a favor de los asesinos.

—No. Eso no. Pero…

Ignacio marcó entonces el teléfono del departamento de su padre.

—¿Estabas husmeando en tus papelotes?

—Sí —contestó el Narrador—. Casualmente. Y alimentándome con una zanahoria cruda, como los caballos.

Nacho le habló de la misa. No empleó, para ser preciso, la palabra misa, sino la palabra liturgia.

—Parece que fueras tú, no yo, el educado en el San Ignacio.

—Se me pegó por el nombre —dijo Nacho, y le anunció que iría con

su mamá, con la Cristina. La liturgia era a las seis, y ellos podrían pasar a buscarlo un cuarto de hora antes.

—Tú sabes que no soy de misa —protestó el Narrador.

—Y yo tampoco. Y la Cristina, menos.

Cristina comentó que nunca en su vida había ido tanto a misa. ¡Ya le faltaba muy poco para comenzar a comer hostias!

El Narrador durmió su siesta acostumbrada, con sobresaltos, leyendo cada vez que despertaba las páginas delgadas, amarillentas, de uno de los libros del historiador difunto, y tuvo, fuera del libro, de un modo paralelo y que perturbaba la lectura, imágenes de campesinos del Valle Central de Chile, con sus ojotas, con sus chupallas, con sus manos callosas y oscuras, con sus ojos aguachentos, junto a una boca negra abierta en la tierra. Después fueron imágenes de huesos entre la cal, huesos mezclados con tierra, con botones, con pelos, con restos de zapatos. Más tarde, mientras se colocaba una camisa limpia y se hacía el nudo de una corbata sobria, apta, se decía, para rituales de muertos, se empinó por encima de su balcón, tratando de no mancharse con el polvo, con las cagarrutas, y vio que habían llegado hacía rato fuerzas de carabineros protegidas con cascos, máscaras, cachiporras, fúsiles para lanzar bombas lacrimógenas. Las divisaba debajo de las ramas de los árboles, formadas en triple fila frente a los portones del templo, enmarcadas por pesados camiones lanzaaguas, guanacos de acero que tenían sus pitones listos. Eran las centurias paganas que rodeaban a los cristianos primitivos. En el aire había tensión, chillidos de pájaros, bocinazos: una combinación de ruidos nítidos, agudos, dispersos, y cuya dispersión producía por sí misma un efecto alarmante, y de silencio, de espera. Parecía que no ocurriera nada, que la guardia neroniana estuviera ahí por estar, por rutina, pero algo ocurría, y la gente, discreta, cautelosa, y a la vez decidida, terca, confluía en el portón de la Catedral, en su rectángulo oscuro, bajo la sombra de los pequeños querubines que había esculpido hacía unos doscientos años Ignacio Andía y Varela (el marido, habría podido añadir el Narrador, de la Pepita, el cuñado de la Manuelita, el copista, el picapiedras). Les hizo el comentario a Cristina, al Nacho y a Carlitos Hidalgo, después de abrirles la puerta, y Cristina, que todavía tenía, como ya sabemos, el cuerpo firme, sólido, pero que mostraba en la cara las huellas del cigarrillo, de los años, los alcoholes, los insomnios, aparte de experiencias aún peores y que prefería no andar contando por ahí, no le encontró el menor interés al asunto. No me vengas con antiguallas, pareció decir, aun cuando no lo dijo.

—¡Vamos! —ordenó, en cambio, con voz un poco cascada, de malas pulgas—. Si se va a misa, se llega a la hora, como se debe.

—Entre las curiosidades del antiguo dueño encontré un Misal Cristiano —dijo el Narrador, y frente al rechazo irritado de Cristina y a la mirada irónica de Ignacio chico, agachó la cabeza. En otras palabras, se dijo, él bromeaba, corcoveaba como caballo chúcaro, resistía, y, llegado el momento, bajaba el moño. Salieron al corredor, y su vecino del fondo, el personaje de pelo mal teñido, de mano quebrada, de pañuelos como floripondios, ensayaba sus gorjeos líricos del atardecer. Para él no existían muertos, ni huesos esparcidos entre la cal, ni hostias. Minutos más tarde, después de cruzar la Plaza y de pasar frente a los destacamentos armados hasta los dientes, en la nave de la derecha de la Catedral, bajo rayos de luz oblicua, la gente los reconocía y los saludaba con naturalidad, a pesar de que todos sabían que estaban separados, y lo hacían, pensó él, con alivio, como si verlos juntos, en compañía de Ignacio chico y de un amigo suyo, formara parte del orden natural de las cosas, orden tan atropellado, precisamente, en aquellos tiempos, y también, de un modo paradójico, tan restaurado, hasta el punto de que rescatar papeles viejos, revivir historias pasadas, era un signo de la época, un síntoma, y no se sabía bien de qué enfermedad o de qué disposición, de qué forma sutil de salud.

Los cánticos fueron coreados con fervor, con pasión de cristianos de las catacumbas, por los asistentes, que parecían conocerlos de memoria y cantarlos con frecuencia, en situaciones decisivas, y entre ellos por Ignacio chico, ante la disimulada sorpresa de Ignacio el Segundo, quien no sabía que su hijo estaba tan al tanto de aquellos ritos, y después, al cabo de algunos instantes de recogimiento, hubo rasgueo de guitarras al pie del altar, voces lastimeras, entre populares y cultas, de dolor, de imprecación, de protesta. El Narrador pensaba en su apartamiento, en su ignorancia, en su condición de habitante de la Tierra de Nadie o del Limbo, y miraba con atención a Cristina, a ver si a ella le pasaba lo mismo, pero ella estaba concentrada en lo suyo, conmovida. Ella había amado, se dijo el Narrador, con un punto de amargura, y había sufrido. ¿Y él? ¿Él no era más que un mirón, un intruso, un advenedizo de una especie nueva? Carlitos, el nuevo amigo de su hijo, el medio momio, como le gustaba definirse a sí mismo, observaba todo con expresión seria, de brazos cruzados. Vinieron los sermones, dichos por curas que se habían puesto las casullas y los demás ornamentos, las estolas largas y llenas de cruces, de corderos pascuales, de símbolos tejidos con hilos dorados, encima de chalecos de lana chilota, de pantalones de pana que

parecían acordeones, de bototos que arrastraban el polvo de poblaciones marginales, y hablaron, aquellos sermones, de justicia y de injusticia, de fuerzas descontroladas y arbitrarias, de crímenes horribles, y proclamaron que Cristo, el Cristo de los Evangelios, estaba junto a los pobres, a los torturados, a los desaparecidos. Ignacio Várela, el gigantón, habría sentido lo mismo, y Manuelita seguramente también, aun cuando su sentimiento no habría excluido su afición a los zarcillos de azabache. Cristina, por su lado, muy seria, tenía lágrimas en los ojos, lágrimas que resbalaban por sus mejillas resecas, un tanto estragadas. En cuanto al Nacho, enteramente concentrado, atento a todo, ajeno a lo que pudieran pensar de él, cayó de rodillas sobre las baldosas frías en el momento de la consagración, como si quisiera dejar en evidencia su completa falta de respeto humano, su pasión desmedida, aun cuando no necesariamente religiosa, y además, claro está, su rabia, su odio cultivado con grilletes en los tobillos, con cadenas desde los pies hasta las muñecas. Diciéndose que aquellas reacciones eran previsibles, el Narrador descubrió que también estaba, a pesar de eso, con los ojos húmedos, con ganas de hincarse él mismo, de doblegarse entero, vencido, arrasado por dentro, él que no se hincaba desde sus tiempos de adolescente, de Congregante Mariano, en el colegio de la calle Alonso de Ovalle. ¡Qué tiempos, suspiró, y cuánta historia, cuánta memoria de cosas idas, cuánta agua bajo los puentes! En la nave de la izquierda, la del sur, divisó a una prima segunda o tercera con la que había tenido un amorío en vacaciones remotas, con la que había jugado al doctor y a su paciente en un granero abandonado, bajo las miradas rojas, huidizas, de dos conejos encerrados en una jaula, y que se había transformado con el correr de los años, cosa extraña, en monja laica o algo por el estilo. En la nave central, cerca de una columna, había un grupo numeroso, compacto, de bluyines tirillentos, de cabelleras cortas y miradas severas, que formaba parte, les sopló el Nacho, de las jota jota ce ce, las juventudes comunistas. Más de algún rodriguista, más de algún clandestino armado y dispuesto a todo, debía de andar camuflado entre ellos, mirando los altares con expresión boba, moviendo la cabeza de aspecto inocentón, acordándose de los rezos de sus abuelos. Carlitos Hidalgo miró en dirección al grupo, preocupado, e hizo un movimiento raro con los hombros, pero se mantuvo en su posición. El Narrador vio de repente que también se encontraba ahí, junto a una columna, y que lo miraba por lo bajo, con expresión socarrona, con sus frondosas barbas, de brazos cruzados, de cabeza hundida, Santiago Costamagna. ¡El Júpiter salvado de hacía dos noches! Santiago se acercó, sin

descruzar los brazos, arrastrando un poco los pies, como si los whiskies le pesaran todavía en las extremidades inferiores, con algunas conchitas y algunos caballitos de mar adheridos aún a la cara tumefacta, y le susurró:

—¿Ves? ¡Todavía estoy vivo!

—¡Dios es grande! —exclamó el Narrador, mientras paseaba la mirada por los altares, por los vitrales iluminados por el sol de la tarde, por las grandes vigas del techo.

—Y el Cuerpo de Carabineros de Chile es mucho más seguro que la CNI. ¡Hoy día les pasé a dejar un libro de regalo!

—Pero a la salida de esta famosa liturgia nos van a recibir a lumazo limpio.

—Jarabe de luma —recitó Santiago, con los ojos entornados—, agua con pichí, salsa de gas lacrimógeno. Y aquí adentro está lleno de sapos, ¡de soplones! ¡Hasta de sotana deben de andar vestidos!

Dicho lo cual, Santiago, Júpiter, con el mismo andar con que se había acercado, se alejó y se puso al resguardo de la columna, con cara de recogimiento. Le hizo señas, después, para que se encontraran después de la misa en el bar del otro día. ¡Sí, el mismo! El dueño lo conocía mucho. Y el mesonero grandote, el que batía la coctelera. ¡No iban a permitir que lo hicieran desaparecer por un grito más o menos, por un arrebato cualquiera! Y Santiago se estremeció con algo que parecía una feroz carcajada contenida, un hipo, una convulsión de origen oscuro.

Cuando los creyentes empezaron a acercarse al altar para recibir la comunión, el Narrador vio con el rabillo del ojo que Santiago Costamagna, con discreción, se daba media vuelta y buscaba el camino de la salida. Ansioso, quizás, de comulgar con los whiskies de las grandes navegaciones, de los mares insondables. Cristina, en cambio, anunció que le habría gustado comulgar, ¡ya que estaban en eso!, y Carlitos Hidalgo e Ignacio chico partieron en busca de un cura para confesarse. Regresaron al cuarto de hora, de brazos cruzados, con las cabezas inclinadas, con caras de recogimiento, y se hincaron en la esquina libre de uno de los bancos laterales. El Narrador, por su lado, no entendía estas reacciones tan cambiantes, tan rápidas: su generación, y su gente, habían sido educadas de otra manera, para bien y para mal, sobre todo para mal. Bueno, dijo, y el Nacho, que terminaba de rezar su penitencia, levantó la cabeza y le dirigió una mirada irónica. A la salida de la Catedral, las luces de la Plaza ya estaban encendidas. Los primeros

cristianos, con sus chaquetones viejos, sus chalecos de punto grueso, sus zapatillas de tenis rotosas, se dispersaban frente a los legionarios armados hasta los dientes. Cristina se encontró con un par de compañeros de partido. El Nacho divisó al Nono y a la Clara. Los invitó al departamento de Santa Lucía para despedirse. Le preguntaron qué cuándo se iba.

—Lo antes posible.

—¿Y hasta cuándo te vas? —preguntó Carlitas Hidalgo.

—No sé —dijo—. Creo que pa' siempre.

El Narrador, entretanto, caminaba a la carrera, casi al trote, en dirección a la gruta de Júpiter, o Neptuno, o Santiago el Mayor.

Capítulo XI

LA MANUELITA estuvo sosegada durante meses. Estuvo sosegada, dicen, durante más de medio año. Iba a la misa de Santo Domingo todos los días, pasando a las ocho de la mañana por debajo de los andamios que había hecho levantar su marido, ya que también le habían encargado, entre tantas cosas, terminar con los trabajos de ese templo. Llevaban, los trabajos aquellos, más de medio siglo, y la gente creía que no terminarían nunca, que cuando se acabara la iglesia se acabaría el mundo. Cruzaba desde la luz de la calle a la penumbra del interior, doña Manuela, de velo negro en la cabeza, seguida de la Chepa, la negrita, que le daba mucho gusto, decía, y que le llevaba su cojín de raso morado para las rodillas, y todos los días se confesaba, y rezaba su penitencia con gran recogimiento, con los ojos inundados de lágrimas. Después comulgaba y se quedaba en oración, de rodillas, largo rato. Misiá Clara decía que había vuelto de las Clarisas transformada, hecha una santa, y que se iba a ir derechito al cielo, afirmaciones que la Eufemia, aprovechándose de la mala vista de misiá Clara, recibía con encogimientos de hombros, con toda clase de muecas y gesticulaciones. El hecho, sin embargo, es que las vecinas también estaban sorprendidas, y algunas de las monjas que la habían conocido en los dos conventos y que le habían tomado cariño. A pesar de su intento criminal, de sus amores culpables, del demonio que llevaba en el cuerpo. Era una pecadora, decían, pero arrepentida, y de los arrepentidos es el Reino de los Cielos.

«Yo, al fin, compadecido, y persuadido de que ya estaba enmendada, y viviría en adelante con arreglo, la condoné todos sus excesos, y traiéndola en mi Casa, procuré con trato afable, con liberalidades, y con

quantos medios me sugirió la prudencia, reducirla a una Vida arreglada, justa, y Virtuosa…», escribiría Toesca años después.

La Eufemia murmuró una tarde, en voz alta, en forma de que el maestro la pudiera escuchar: la cabra tira p'al monte. Él volvía de una larga jomada de taller. Estaba cansado, ocupado en chupar un mate con una bombilla de plata, y miró a la vieja con cara de pregunta.

—La que nace chicharra —gruñó la vieja—, muere cantando.

Toesca no entendió. O prefirió, quizás, no entender. Nosotros suponemos que sorbía su mate y que cavilaba, mientras lo hacía, sobre las torres de una iglesia de pueblo, en Guacarhue, a la salida de Peumo, en algún lugar parecido. El Narrador conserva un recuerdo de juventud de la iglesia de Guacarhue: una vereda bajo arquerías de palo, un portón alto entre pilastras, un campanario, un interior con olor a paja, a tierra suelta, a velones derretidos. No podían aspirar, decía Toesca, y nosotros estamos de acuerdo, a ser torres de Roma o de Bizancio, pero podían, en cambio, por qué no, tener un diseño, un golpe de gracia: una pincelada en medio del paisaje grisáceo, de los cerros polvorientos.

«Nunca llegué a imaginar», escribiría, «que me fuere ingrata, y mal correspondida, una Muger, que después de serlo mia, havia Recivido de mi tan singulares favores, y beneficios, y Sobre todo, que era tratada con el mayor amor y estimación…»

Pensaba en iglesias modestas, en el perfil de un campanario, en faldeos de monte alegrados por algún revoloteo de pájaros, por las flores silvestres de la primavera, cuando reparó en que la Manuelita, esa tarde, había desaparecido, y en que Goycoolea, «a quien yo enseñaba principios de Mathematica», no se había presentado.

Caminó entonces hasta el taller, sobresaltado, atravesando con trancos largos el huerto del fondo, que se veía desnudo, pelado, con los árboles y los arbustos sin hojas, porque era pleno invierno, y José Ignacio de Santa María, el Gordo de bigotes rubios, que siempre se quedaba hasta muy tarde, solo, porque no tenía tantas condiciones como Goycoolea, pero, en cambio, era empeñoso, testarudo como una mula, le dijo que Juan Josef había tenido que ir a visitar a su madre, porque estaba muy enferma.

—Está bien —dijo, y se le ocurrió invitarlo a tomar un mate, cosa que aceptó con cara de felicidad. Cuando la Manuelita, doña Manuela, como la llamaban algunas veces, llegó, Toesca, el maestro, levantando la cabeza, separando la bombilla del mate, le preguntó delante del Gordo, con toda calma, que de dónde venía. Ella, muy tranquila,

contestó que de la casa «de mi mamita».

—¿Verdad?

—Sí —dijo—. ¿No sabía, señor, que la Josefa estaba de cumpleaños?

¿Por qué lo trataría de señor? Pero a él se le había olvidado, qué torpe, el cumpleaños de la Pepita, a pesar de que Ignacio, el oso, mientras golpeaba el cincel contra una piedra grande, se lo había dicho y repetido. Ella contó, entonces, mirándolo, y mirando después al Gordo, que estaba sentado en un sofá de tela amarilla, con los pies cruzados, con el mate en las manos rechonchas, y que la contemplaba con una sonrisa de beatitud, de verdadero éxtasis, la baba le asomaba por la comisura de los labios gruesos y se le caía, que Ignacio había recibido una cantidad de papeles que le había mandado su primo, don Manuel, desde su destierro en Italia, y que se había dedicado con locura, pasando las noches en vela, alarmando a la pobre Pepita, a estudiarlos, a descifrar la letra de pata de mosca, a interpretar las enrevesadas citas de la Biblia, las complicadas predicciones, que anunciaban, todas, sucesos pavorosos, inundaciones, cataclismos, salidas de los mares, seguidas de la aparición de una bestia gigantesca, que se alimentaba de sangre humana, que tenía la piel cubierta por pesadas escamas de fierro, como corazas, y que lanzaba llamaradas por la boca.

Tres o cuatro días después, don Bernardo Llanete, comerciante en aceite y en sebos, almacenero en la calle de la Ceniza, metido ahora, según decían algunos, en el estanco de la sal y del tabaco, se hizo anunciar por un niño de los mandados, un indiecito de quiscas paradas en la coronilla. El niño le entregó un papel, escrito con caligrafía borrosa. Preguntaba si no habría inconveniente para que le hiciera una visita a las seis de la tarde. Que venga, le contestó al niño. Don Bernardo, de cara redonda, con rizos encima de las orejas, de cabeza calva, con un gorro de peluche verdoso, se presentó a las seis en punto. Quería, explicó, resoplando, encargarle una casa que fuera igual a la Moneda: en más chico, se entiende. Acababa de comprarse al contado, al contado rabioso, un pesito fuerte encima del otro pesito, así dijo, un cuarto completo de manzana en la calle de las Monjitas esquina de San Antonio, y su ardiente deseo, señor Architecto, era que la casa se viera desde la puerta de la Catedral, a la salida de las misas solemnes, en el momento en que todas las autoridades del Reino, las del cielo y las de la tierra, salían de adentro juntas, con todo su séquito y paramentos.

—Podemos hacer que también se vea desde la Cañada, y desde el Puente, don Bernardo. Todo es cuestión de altura.

Don Bernardo quería que le hiciera un bonito levantado encima del pórtico, aunque tuviera que salirse del modelo, y que ahí le colocara el escudo de armas de la familia. Porque ya tenía el dibujo, mandado desde Valladolid, mi tierra, distinguido signore, y estaba en espera de un título de nobleza que Su Majestad le había prometido, barón de Quillota o de Puchacay, todavía no sabía cuál de los dos.

—Le encargaremos el escudo a Varela, que los esculpe con su propia mano y los coloca él mismo.

Feliz, don Bernardo quiso agregar algo, pero en ese momento sintieron un ruido en la puerta de calle, y movimiento, agitación, pisadas en los corredores.

«… como a las Siete de la Noche, entró Doña Manuela que venía de la Calle muy dispuesta, y compuesta con su ropa, y alajas mejores…»

—Salude a don Bernardo, pues, señora —le pidió, bastante incómodo, porque ella había llegado hasta el centro mismo del salón y parecía que no lo había visto.

Don Bernardo, el comerciante en aceites, el futuro barón de Millaray o de Puchacay, se puso de pie. Lo hizo con dificultad, apoyando las manos en la empuñadura de su bastón, poniéndose rojo, porque era, como ya vimos, obeso, de pierna corta. La Manuelita lo saludó con un monosílabo, pensando en otra cosa, sin darle siquiera la punta de los dedos, y salió a la carrera.

Respirando como un fuelle vencido, don Bernardo se dejó caer de nuevo en su sillón. Nos falta, dijo, conversar sobre el tema del presupuesto, y sobre los honorarios, y él, a pesar de que le costaba concentrarse, le empezó a explicar: primero haría unos bocetos, unos anteproyectos, y después… Y ella, la Manuelita, volvió a entrar, desmelenada esta vez, con los ojos como brasas, sin la chaquetilla, con un corpiño de manga corta y dos de los botones del pecho desabrochados.

—¡Señora! —exclamó Toesca, lívido.

Ella le quiso decir algo, pero al fin, por algún motivo, prefirió quedarse callada.

«… ya desastrada, y en trage de demaciada satisfacción, no correspondiente al Cumplimiento que debia guardar a Don Bernardo…»

Había caído, a todo esto, la noche, y él, yo, Toesca, llamé a la Palmira, la tonta, para que encendiera un par de candelabros.

—No se preocupe, maestro —dijo don Bernardo—. Que ya me retiro.

Pero en lugar de retirarse, volvió a cruzar las manos coloradas,

llenas de juanetes, sobre la empuñadura del bastón, un león de marfil que sonreía con cara de idiota, con la lengua afuera, y pidió detalles con respecto a la duración de la obra, garantías de que él, yo, no me mandaría cambiar a otra parte, precisiones sobre los materiales. Creo que me rasqué la frente, que me pasé un dedo entre el cuello de la camisa y la piel, porque tenía una sensación de ahogo. Sentía que había movimientos en el fondo de la casa, voces sofocadas, aunque a lo mejor eran imaginaciones mías, pero un picaporte, en la penumbra, se cerraba despacio, con un roce suave seguido de un golpe seco.

—¿Qué me decía usted, don Bernardo?

Los ojos de don Bernardo, que había vuelto a pararse, trataban de mantener una expresión neutra, pero estaban como asustados, huidizos. Se va a morir, pensé, antes de que terminemos la casa. El indiecito, el de las quiscas paradas, lo esperaba en la calle con su velón de sebo adentro de un farol de latón. En la acequia del centro, el agua arrastraba miasmas, inmundicias, interiores, me imaginé, de pollos, de conejos, de gallinetas. Había olor a tierra húmeda, a pestilencia diluida en el aire frío.

Volví a entrar y me coloqué el cinturón de cuero con el espadín. Aunque las manos me temblaban. Y el cuerpo entero me daba sacudones, como si me hubieran vuelto las fiebres de los últimos meses. Caminé, así, con escalofríos, por el corredor, seguido desde la sombra por la Eufemia, que se veía tranquila y contenta, encantada, ¡la yegua!, y por la Pal— mira, que abría los ojos como platos. Estaba a punto de golpear la puerta con la empuñadura de bronce del espadín, sin sacarlo de la vaina, cuando se abrió con tremendo estrépito de tablas y de vidrios, y ella, la Manuelita, a medio vestir, con el pelo suelto, con la palmatoria del velador en la mano, salió a la carrera y desapareció en el fondo del huerto, en la oscuridad. Yo sólo divisaba una figura blancuzca, cambiante, que se movía en forma errática cerca de la pared medianera y que de repente se escondía, poniéndose en cuclillas, probablemente, detrás de unos arbustos, clavándose las manos para separar unas ramas y observar lo que estaba ocurriendo en la casa. En el interior del dormitorio, en cambio, en esa penumbra que me tragaba, que parecía el ojo del infierno, sólo había un resplandor rojizo, el que «Ministraba un brazero de candela» con las brasas medio apagadas, y la mancha más clara de las cortinas que tapaban el gran camastro de palo de rosa, y detrás de esa mancha había otra, rojiza, también, como la del brasero, y un bulto que no se podía mantener enteramente inmóvil: el de sus deseos desvirtuados, el de su corazón, mi corazón, cubierto de

una costra, una forma que al parecer, sin ninguna duda, como cualquier insoportable materia viva, respiraba.

—¡Palmira! —gritó, grité, con fuerza animal, con una intensidad que yo mismo no me conocía, y que nadie, en esa casa, o en las construcciones, o en las guaridas de la Administración, me habría conocido—: ¡¡Palmira!!

La Palmira era la más joven de todo el servicio. Además, después de la negrita que llevaba los cojines a la iglesia, era la preferida de la Manuelita, su niña de la mano. Yo miré al huerto, traté de escudriñar en la oscuridad, y creo, creí ver, que la Manuelita le hacía toda clase de gestos para que quitara el brasero de la pieza. Volví, entonces, a gritonearla, y la Palmira se me acercó, temblando, mordiéndose las coyunturas, a punto de desmayarse de puro miedo.

—¡Saca esa cosa roja que hay en la cama!

Le ordené, y la Palmira, obedeciendo, bajando la cabeza, avanzó como una condenada, tocó el bulto rojo con la punta de los dedos, retiró la mano como si hubiera tocado una plancha caliente, y arrancó, frenética, creyendo, seguro, que el asunto le iba a costar la vida: fue a perderse detrás de los arbustos del fondo, junto a su patrona.

—¡Eufemia! —grité, después, y el grito, ahora, me safio resquebrajado, como si la voz se hubiera separado de su sitio. La Eufemia, la vieja, que la Manuelita y la Pepita decían que era bruja, llegó, dispuesta a todo, con las manos sarmentosas hundidas en los bolsillos del delantal, con la boca sin dientes, o con sólo tres o cuatro restos, que despedían entre sus huecos un aliento fétido, y, claro está, obedeció, feliz, triunfante, y llegó y me entregó la capa, que era roja como la sangre y tenía una vuelta blanca, e iba a salir a buscar lumbre, cuando Goycoolea, desnudo, con la vista baja, pálido como un muerto, pero con un cuerpo firme, musculoso, de piel cetrina (detalle confirmado, se dijo el Narrador, por las cartas de la Manuelita conservadas entre los papeles de la Real Audiencia), salió de atrás de las cortinas, fue a buscar, temblando, su ropa, que se había caído detrás del camastro, y dijo:

—¡Maestro! ¡Por favor!

Con cara de miedo, de súplica, de sumisión completa, y yo, con el espadín absurdamente levantado, aunque sin sacarlo todavía de la vaina, con la voz rota, y en presencia de la vieja, cuyos labios chupados se removían y cuyas articulaciones, cuya nariz puntuda, cuya joroba, se reflejaban en la sombra, le ordené que se fuera.

—¡Váyase! —le ordené.

Fue lo único. Y sentí el roce rápido del cuerpo que pasaba al lado mío, a medio vestir, sin mirarme, y salía más que ligero.

Después estuve mucho rato esperando, paseándome por la galería, porque si hubiera ido al huerto a buscarla, ella se habría escapado en la oscuridad, y pensé que ella estaba muy poco abrigada, podía resfriarse, la pobre, porque la noche, de repente, se había puesto helada, y me acordé, aunque aquí nadie lo entendería, del Borromini, de su sombra negra, extravagante, caminando por los vericuetos de Roma. Resolví encerrarme en el comedor y beber un buen potrillo de la chicha que me había mandado un cliente, un vasote de vidrio grueso, tosco, verde oscuro, y emborracharme. Mis mejores clientes sabían que me había aficionado al trago, ¿por qué, por tener tan poca gente con quien conversar, porque la Manuelita no llegaba?, y que en los anocheceres, al final de las agotadoras jomadas, solía empinar el codo, y de vez en cuando me mandaban licores de sus bodegas, aguardientes del sur, vinos generosos del Valle del Maipo, chichas de maíz o de manzana.

—/Hazme la cama en el escritorio! —le ordené a la Eufemia, y la vieja maligna me miró con cara de reproche, con rabia, como diciendo: ¿Piensa contentarse con eso, no piensa castigarla? ¿Así es usted, señor Joaquino, de cobarde, de avechucha?

—Y dile a doña Manuela, de parte mía, que se vaya, mejor, a casa de misiá Clara. Que la acompañe alguna de las niñas.

La maligna salió y regresó al poco rato.

—Ya partió, señor. No esperó a que usté se lo dijera. Partió detrás de su amasio, y con lo puesto.

—Está bien. ¡Déjame dormir, ahora!

La vieja vaciló un instante, con mirada torva, como si no quisiera obedecer, como si tuviera sed, ansias de exterminio, algo que yo había encontrado muchas veces en aquella ciudad chata, donde los pájaros, en algunos amaneceres, cantaban, pero donde las ramas de los árboles, en las noches de ventolera, crujían como lamentos, como almas de condenados, y desapareció, después, encorvada, en las sombras del tercer patio.

Capítulo XII

EL NARRADOR supo que Ignacio, con su pasaporte en el bolsillo, se había ido a despedir de su padre, don Ignacio, y se preguntó de qué habrían hablado, y en qué tono, con qué matices, con qué subentendidos. Calculó que el abuelo, esta vez, en atención a que ya le había hecho antes una donación en efectivo, no le habría dado un centavo, y que Ignacio, por lo demás, con su largueza, con su forma particular de orgullo, no le habría pedido nada. A la luz de este detalle, la gratuidad de la visita al viejo, a quien ya le habían sacado las vendas, pero que conservaba en la cara, alrededor de los ojos, en la parte alta de la frente, huellas, restos violáceos, arrugas que no eran arrugas verdaderas sino cicatrices, le daba un interés mayor, incluso un misterio. El Nacho no fue, en cambio, y su decisión a este respecto no tuvo nada de arbitrario o de accidental, a despedirse de su tía Mariana, la hermana única del Narrador, y de sus primos Varela, los hijos de su hermana. Ella, su marido, Manuel Varela, y hasta sus hijos, habrían respaldado en todo al ministro prevaricador, suponía el Nacho, suposición plenamente compartida por Cristina, cosa que don Ignacio, puesto entre la espada y la pared, vendado, malherido, resentido, en último término no habría hecho. De acuerdo, al menos, con el cálculo del Nacho, cálculo, también, en último término, afectuoso. Ellos, además, es decir, Mariana, Manolo y los subnormales de sus hijos, abundó Ignacio chico, lo habrían hecho con la más impecable de las conciencias religiosas, a la mayor gloria del Altísimo.

En lugar, pues, de visitar a su tía, Ignacio se reunió con Carlitos Hidalgo y con Abraham Paredes Weinsack o Weinsteck, el Nono, el hijo de la Clara, la gorda que tenía una tienda en un sucucho del Portal

Fernández Concha, enemiga furiosa de los milicos, y que había desarrollado en pocas semanas, a partir de los episodios del primero de mayo, una amistad fulminante, apasionada, ¡casi desesperada!, con Cristina. Lo que sucedía era que Abraham, el Nono, después de marchar codo a codo con el Nacho, gritando consignas, de mano empuñada, y de escuchar más tarde, a la entrada de una iglesia, con el fervor que correspondía, una arenga de don Clotario Blest, el apóstol, se había salvado por un pelo, por olfatear unos segundos antes que Nacho el peligro, por correr más rápido, por poseer un sexto sentido ancestral, de caer en las garras de los pacos.

La despedida real de Ignacio chico y Cristina, en un restaurante italiano del centro de la ciudad, con pastas y pisco sauers, con besuqueos y ojos húmedos, con avances por ambos lados en el terreno de las confidencias, tampoco fue conocida por el Narrador, quien participó, en cambio, en un coctelito más formal del día siguiente en el departamento de Santa Lucía, encuentro al que compareció un hermano de Cristina que hablaba muy poco, que se dedicaba a vender autos usados, a contratar seguros, a cosas varias, y que bebía hasta quedar en estado de idiotismo, de nombre Carlos Femando; la infaltable Clara, que suspiraba y lloriqueaba, emocionada, pasando una mano traspirosa por los pelos abundantes de Ignacio; el Nono, y el providencial Carlitos Hidalgo, quien se había hecho tan necesario en aquellas reuniones, medio momio y todo, como la misma Clara, la vendedora de peinetas, despertadores, calcomanías y otros objetos misceláneos. Ignacio chico le pidió al Narrador el número de teléfono y llamó a Santiago Costamagna, el Jack London chileno, el Conrad, el Melville, Júpiter o Neptuno, en otras palabras, para que se incorporara al festejo, pero Santiago Júpiter había salido, o su mujer, precavida, tapando el fono y mirándolo de soslayo, prefirió decir, por prudencia, en resguardo de su integridad mental y física, que no se encontraba en la casa. Mientras el joven hablaba, su padre, el Narrador, aprovechó para asomarse a su dormitorio y tuvo una visión rápida de su equipaje, tirado sobre la cama: tres o cuatro calzoncillos, dos camisetas gastadas, camisas viejas, un par de zapatillas de tenis bastante carreteadas, un chaleco agujereado, una flauta de madera y tres o cuatro partituras musicales, un ejemplar de la *Oda marítima* escrita por Femando Pessoa a través de la persona ficticia de Álvaro de Campos, edición bilingüe, y un fajo de dólares en billetes que se proponía llevar escondido, cómo explicaría más tarde, adentro de las zapatillas. Un nieto de mi padre, susurró, un bisnieto de mi abuelo, y concluyó, después de escucharse, como quien

dice, a sí mismo, que había reaccionado igual que los caballeros del Club de la Unión y del recinto de los tribunales de, pensó, mal llamada justicia.

También se supo que al día siguiente del coctelito de la ,<

calle Santa Lucía, el Nacho le hizo una visita de despedida a su amiga y cuasi polola (en el sentido de pololeo, de pololear, derivado de pololos, bichitos que andan siempre en parejas), Denise Novales, a quien le gustaba llamar Denise Novalis, porque era tan disparatada y tan imprevisible, según él, tan lunática o lunar y, llegado el caso, tan mística, como el poeta romántico alemán, el de los *Himnos alano— che*» y que tenía un perfil de Madona de pintura renacentista y un pecho no demasiado grande, no exagerado, pero de proporciones perfectas. Más tarde se supo que había llevado a la Novalis a una Disco de moda, cansado de estar sentado con ella en el sofá de plástico amarillo de un living más bien estrecho, mientras la mamá dormía o simulaba dormir en la habitación del fondo. Bailaron en un espacio oscuro, no demasiado concurrido, estrechamente entrelazados, mientras Ignacio acariciaba la espalda de su compañera, un tanto huesuda, pero de piel suave, por debajo de un precario chaleco de lana, ¡una pilcha barata!, y le hacía, de vez en cuando, un toque en forma de pinza en la cintura y un poco más abajo, sobre los huesos de las caderas, por adentro de la línea de los calzones. En la casa de Denise, durante la conversa en el sofá plástico, entre amarillo limón y zapallo más oscuro, habían tomado un par de vasos de pisco puro, de 35 grados o de 42 grados, el Narrador no lo supo con absoluta exactitud, y en la Disco ya iban en la segunda corrida de Cubas Libres, ¡mentiritas!, como dicen los cubanos gusanos. De repente, en lo mejor de uno de los bailes apretados, de bocas pegadas, en un momento en que la mano de Ignacio había topado con los vellos de la región pubiana, ella, la Denise, o la Novalis, con su perfil de Boticelli, se largó a llorar a gritos. Se transformó en cuestión de segundos en un surtidor de lágrimas, de mocos, entre hipos y ahogos, y le aparecieron manchas coloradas, malsanas, en la frente, en las mejillas, y hasta en las menudas orejas y el cuello estilizado. Él pagó la cuenta, le envolvió la cintura de avispa con el brazo robusto y la llevó hasta la calle, medio en vilo, sin chistar, como si estuviera acostumbrado a las escenas de esta naturaleza, o como si se hubiera acostumbrado en ese mismo instante y se hubiera imaginado las peligrosas secuelas del asunto, los desvaríos mayores que habrían podido manifestarse.

—Novalicita —le dijo—: ¡Calmesé! —Y le palmoteo con suavidad las

manos menudas, le acarició el pelo angelical, de un rubio blanquecino, con delicadeza suma, y sacó del bolsillo un gran pañuelo arrugado, que había sido blanco en alguna época, para secarle las lágrimas y las secreciones diversas, cosa que hizo con la mayor ternura.

—Tu pañuelo está inmundo —protestó ella, entre pucheros, con miradas oblicuas, con mocos amarillentos y lágrimas saladas, y él tuvo que reconocer que no era un dechado de limpieza.

Diez minutos más tarde se encontraban de regreso en el living de Denise, en el memorable sofá entre zapallo y amarillo limón. La Novalis, incomparable, nocturna, entró al interior oscuro, vagamente sucio y húmedo, en puntillas, Madona en escenario venido a menos, y volvió a salir.

—Mi mamá duerme —anunció.

Apagaron las luces, con excepción de una lamparilla verdosa que colocaron en el suelo, e hicieron el amor encima de una alfombra de gruesa lana chilota y de algunos cojines con olor a tierra. La colocación de los cojines le habría indicado a un buen observador que tenían cierta costumbre, que ya sabían encontrarlos y distribuirlos de la manera más funcional. Denise, al final del acto, cerrando las piernas delgadas, bonitas, y colocando una mejilla contra los cojines, se puso a llorar de nuevo, de un modo más débil, como si sus deseos, su erotismo, su pasión no del todo explícita, tuvieran algún tipo de relación directa, aunque no fácil de entender, con el llanto. Con ese llanto.

—¿Y si ahora que tú te vas —preguntó, con cara inocentona, chupándose un dedo— me quedo esperando guagua?

Él le acarició los muslos delicados, le tocó el sexo con suavidad, y después le paseó una mano cariñosa por el vientre, por la cintura. Le dio un beso en la frente y otro en la nariz y en los labios.

—Te mando a buscar y nos casamos —dijo—. Siempre que estés dispuesta a desaparecer conmigo.

—¡Desgraciado! —vociferó ella, dándole golpes por todas partes con los puños huesudos—. ¡Maricón! ¡Mentiroso ‘e mierda!

—¿Por qué no te vienes conmigo, simplemente —continuó Ignacio —, y después vemos?

—¡Estúpido! —gritó ella, sollozando, y se escuchó en la habitación del fondo el clic de la luz del velador.

—Denisita —llamó su madre.

Él remedó en voz baja el llamado de la señora, el «Denisita», con cara y sobre todo con boca, con expresión de cretino, y Denise le

propinó un puñetazo en el mentón a todo lo que daba. Casi le voló un diente. Se puso enseguida, con la mayor rapidez, los calzones, se arregló la ropa y el pelo, y volvió a caminar hacia el fondo descalza y en puntillas, sumisa, lagrimosa, con la cara descompuesta por manchas violáceas. Al rato salió y le dijo a Ignacio que su mamá, «tan amorosa, la pobre», quería despedirse de él.

Desde su camastro, la mamá de Denise, una mujer enjuta, ojerosa, con un perfil parecido al de su hija, pero endurecido por los años, por las faltas, por todo, por la mezquindad de todo, e inmune, desde luego, a todo tipo de arrebatos, lo abrazó con fuerza.

—¿Qué discutían tanto?

—Yo le proponía a Denise que se venga conmigo, si quiere, siempre que esté dispuesta a desaparecer en un hoyo negro…

—¡En un hoyo negro!

—Sí. Pero ella lo único que sabe es llorar y llorar. Lleva dos horas llorando a moco tendido.

—Si querís que se vaya contigo, huachito —replicó la señora, con un tono repentino de huasa de Perquenco, un tono que no calzaba bien con su apellido yugoeslavo, pero que sí correspondía a las estampas que rodeaban su cama, a las figuritas de porcelana, a los cacharros de cobre, a un cenicero con el escudo de Chilito (como decía ella)—, tenis que casarte. ¡Por las dos leyes! ¡Por el civil y por la iglesia!

—¿Y? ¿Por qué no? Lo único malo es que los hijos podrían salir alcohólicos.

—¡Mocoso de porquería! —protestó la huasa yugoeslava, que estaba perfectamente al tanto, sin duda, de los forcejeos y las efusiones, de la colocación estratégica de los cojines del living.

Denise, desde el umbral del dormitorio, donde parecía restregar el cuerpo todavía no saciado contra la puerta, volvió a soltar el llanto, a raudales, con hipos sofocados, y se metió a la cocina a prepararse una piscóla. Él aprovechó para darle un beso en la frente a la mamá, ¡a la espantosa mamá!, a la huasa venida de Bosnia Herzegovina o de alguna región por el estilo. Después se asomó a la cocina, le dio un par de besos a Denise, a la Novalis, que estaba deshecha, con los pelos pegoteados, con los ojos inyectados en sangre, con la boca entreabierta y babeante, y escapó como alma en pena. Caminó a todo lo que daba, sin mirar para atrás, por veredas solitarias, desniveladas, rotas, con olores mezclados a bencina, a grasa, a flores de azahar. Tuvo la impresión de que su viaje, su huida, sus proyectos más extremos, imposibles y a la vez ineludibles,

habían comenzado en ese instante mismo, al filo de aquellas lágrimas que todavía le manchaban la camisa y el cuello de la chaqueta. Y, también, de que pasaría largo tiempo huyendo: de su mundo, de su pasado, de las calles y las cárceles por donde le había tocado transitar, de los mocos y lágrimas pegoteados en la cara de la Denise Novales, la Novalis inefable, de los brazos sarmentosos de su mamá yugoeslava, de su propia sombra. Huyendo, y quizás, a lo mejor, tomando venganzas varias, desquitándose.

Al día siguiente salió a pescar el bus internacional a primera hora, ligero de equipaje, como ya tuvimos ocasión de ver a través de los ojos del Narrador, y en compañía de Abraham, el Nono, y de Carlitos, que estaban emocionados y le preguntaban si no se arrepentía: total, perder un boleto de bus, ¡qué chuchas importaba!, a lo mejor hasta le devolvían la plata. Cristina se había despedido de él en la cocina, antes de partir a su trabajo, con un abrazo prolongado y dos o tres lagrimones. Le había dicho que llamara sin falta, cada vez que puedas, perrito, y que le dejara un teléfono donde ella lo pudiera llamar de vuelta. Mientras esperaban la partida, Ignacio chico, desde su asiento junto a la ventanilla, les contó a sus dos amigos los detalles de la noche anterior, detalles que ellos le transmitirían después a Cristina. Lo hizo a sabiendas de que cometía una fea indiscreción, pero su pecho, desde que había huido como alma en pena, sin mirar para atrás, estaba pesado, y sentía la imperiosa necesidad de aliviarlo. Recordó el «*I'am sick at heart*!», de Hamlet, y lo intercaló en su historia, sin importarle que sus amigos no entendieran. El detallado relato sólo fue interrumpido, cerca de su final poco glorioso, en un pasaje de alto erotismo, por el movimiento del bus, por los últimos gritos de despedida, por las manos que reemplazaban a las palabras. Mientras el bus luchaba por salir de la ciudad, atrapado en la congestión, en el fragor polvoriento, él se sentía embrutecido, como si los rones y los piscos de la noche le hubieran dado un golpe de maza en el cráneo, pero más tarde, cuando la poderosa máquina volaba rumbo a los Andes, al camino de frontera, sintió que su mente se destapaba, liberada, y pensó, con una sonrisa, que Denise todavía debía de dormir a pata suelta, bonita, pero con el cutis alterado, envuelta en un ligero tufo de piscóla, soñando sueños incoherentes.

—¡Pobrecita! —murmuró, derretido por la emoción, y el pasajero del lado lo miró con extrañeza.

Pensó después que su padre ya estaría en pie, instalado en la gran mesa de encina del comedor, en bata y pantuflas, con los pelos

disparados, bebiendo su segunda taza de café amargo y recorriendo los papeles del día, como le gustaba decir, haciéndole comentarios desde el comedor al repostero, a gritos, a la vieja Filomena, comentarios que la vieja ni siquiera se daría el trabajo de escuchar, y husmeando los documentos y los libracos más diversos.

Una vez que Cristina le contó su versión de la despedida de la Novalis, versión que les había escuchado al Nono y a Carlitos, su padre, el Narrador, recitó en voz alta, por el teléfono, unos versos de Rubén Darío:

> Después, ¡oh flor de Histeria!, llorabas y reías;
> Tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo…

—¿Te gusta? —le preguntó a la Filomena, y la Filomena, que salía del comedor con los restos del desayuno, le dijo que ya estaba «güeno», que hasta cuándo, que se vistiera, que no la siguiera «regolviendo», y que se buscara un trabajo, porque de tanto leer y no dormir se iba a quedar enfermo de la azotea.

—¡Vieja ‘el diablo! —exclamó el Narrador.

—Si me insulta, me voy de esta casa —declaró ella, y cerró la puerta de la cocina de un portazo.

El Nacho llamó a Cristina a los dos o tres días, desde el teléfono público de una ciudad que la empleada tradujo como Puerto Alegre o algo por el estilo. A las cuatro semanas se recibió una lacónica tarjeta postal de Río de Janeiro, una vista en colores chillones del Pan de Azúcar, sin dirección o teléfono donde mandar una respuesta. Después de eso, nadie tuvo noticias del joven tránsfuga ni conoció su paradero durante largos meses. Cristina habló varias veces con la mamá de Denise, pero en la casa de ella, en el departamento de cojines rancios y de material plástico, tampoco se había recibido noticia alguna. Cristina se retorcía las coyunturas de los dedos, hacía crujir los huesos. Bebía pisco sauers y fumaba como una chimenea. Llamaba por teléfono con insistencia al Consulado General de Chile en Río de Janeiro, pero las comunicaciones eran difíciles, y cada vez que alguien atendía, daba la impresión de que la oficina estaba manejada por un grupo de retardados mentales.

—*No news, good news* —decía, con un airecillo idiota, el Narrador, quien, a pesar de sus inclinaciones afrancesadas y de su gusto por las literaturas germánicas, y pese, también, a su lado italianizante, ya que se había dedicado a seguirle la pista a Toesca, el romano, tenía una veta

anglosajona escondida, ¡como buen chileno!, comentaría alguien, y como remoto descendiente de gringos de Inglaterra, y abrigaba, aparte de eso, una confianza ciega en la buena estrella de su hijo, quien era capaz de bajar al infierno encadenado, en grilletes, y de salir de sus cavernas, como ya se había visto, sin haberse chamuscado un solo pelo, una sola hilacha.

Capítulo XIII

ESTO pasó el día viernes en la tarde, veinte de octubre, como a las tres y media. Habíamos puesto unas sillas de paja en el segundo patio, debajo de los tilos, y tomábamos un vaso de agua con azuquítar quemada, mi mami, la Manuelita y yo. Yo jugaba con el perro de la Manuelita, el Goiquito (no podís sacártelo de la cabeza, toquilla, le dije, cuando llamó al perro por el nombre, y ella: no me maltrates, hermanita), que estaba asorochado, con la lengua afuera, los ojos colorados, como brasas ardientes, y las tres, pa' soportar la calor, nos abanicábamos, nos ganábamos a la sombra. La Manuelita, justamente, nos acababa de contar que le había bajado miedo a Toesca. Sí, miedo. Sentía que Toesca se preparaba para hacerle algo muy malo, o que lo preparaban otros, y él había consentido. Se lo había encontrado en la Plaza Mayor, hacía un par de días, entre remolinos de polvo, porque había ventolera, y nubes de polen, de plumillas que bailoteaban, y lo había notado en sus ojos.

—¿Por qué?

—Porque tenía una mirada negra, mamita, y estaba pálido como un muerto, y le costaba respirar, como si el aire cargado y caliente lo ahogara.

Habían contado lo de un duelo por ella en horas de queda, puros inventos, y que la habían visto en una chingana, con la cara tapada por un antifaz, pero con los brazos al aire y un escote que le llegaba hasta cerca del ombligo, ¡mentiras! Pero Toesca se lo tragó todo. Y no lo soportó. Por eso, al verla en la Plaza, le dio un ataque, un ahogo, y no fue capaz de hablarle.

Mi mami hizo uno de esos movimientos que suele hacer con los

dedos chuñuscos, esos pases, pestañeando como loca, para espantar a los espíritus malos, al diablo, y después se persignó y le agarró la nariz al Goiquito y le hizo toda clase de añuñúes, mientras el Goiquito, con sus ojos colorados, gruñía y le mostraba los dientes.

Yo quise decir algo. Quise decir que la Manuelita tenía que cuidarse un poco más, fuera como fuera, porque la gente era tan mal pensada, y en ese mismo minuto golpearon en el portón de la calle. Golpearon y golpearon a toda fuerza, gritando como locos, amenazando con echar el portón abajo.

Abrió una de las chinas, porque nosotras nos quedamos aterrorizadas, la Manuelita y yo sin voz, mi mamita mascullando rezos, persignándose, y entró un señor alto, gordo, patilludo, con un cráneo grande y medio pelado, de aspecto sucio, de zapatos con hebillas gruesas, toscas, que dijo que se llamaba don Miguel de Fierro, con toda calma, pero sin la menor sonrisa, sin una venia, como si nosotras fuéramos tres monigotes. Soy, agregó, después, el ordenanza del excelentísimo señor gobernador, y preguntó, mirándola a ella, porque ya lo sabía, quién de nosotras era Manuela Fernández de Rebolledo y Pando, la esposa legítima del alférez real y arquitecto Joaquín Toesca, y ella contestó:

—Yo soy.

Él, entonces, dijo que el señor gobernador la mandaba llamar, y que para ello «había calesa prebenida».

Ella, pálida como un papel, con los ojos fijos, dio un grito, un verdadero alarido, que estuvo a punto de hacer retroceder un paso al ordenanza, que hizo ladrar al perro, mientras mi mamita gritaba también, aunque con menos fuerza, y hacía toda clase de visajes, tan nerviosa, que temí que se cayera muerta ahí mismo. Vi que el taller de Ignacio estaba con la puerta abierta, pero vacío, porque él había partido a juntarse con Toesca en alguna de sus obras, y ellos, que tenían espías por todas partes, seguro que lo habían calculado.

—Yo la acompaño, mami —le dije—. Quédate tranquila.

Alcancé a ver que se quedaba llorando, temblando, sostenida por la Clementina, la lavandera, y que el perro corría de un lado para otro, dando saltos y ladridos, como si hubiera entendido que se llevaban a su ama para siempre. ¿Para siempre?, me pregunté. Había un soldado de dragones junto a la puerta de calle y una calesa vieja, con un cochero patilludo, de semblante avieso, que nos miró de mala manera mientras subíamos. No habíamos terminado de subir cuando les dio un huascazo

terrible a los dos caballos, un huascazo que nos tiró p'atrás, porque partieron al galope. El ordenanza, don Miguel de Fierro, como dijo que se llamaba, iba adentro, frente a nosotras, y de repente nos miraba con una mirada turbia, mientras que el dragón iba parado detrás, afuera, y nosotras sólo le alcanzábamos a ver las piernas, las botas que le cubrían hasta la rodilla. En lugar de llevamos al palacio del gobernador, partieron a toda carrera al sur, a la Cañada, mientras nosotras le decíamos al ordenanza, a gritos, que por ahí no se iba al palacio, que adónde nos llevaba, que por favor nos respondiera, y él, mudo, con cara de palo, y sordo, y cuando la Manuelita lo agarró de la solapa, le dio con la manota un empujón que la hizo ver estrellas.

Nosotras nos mirábamos, sintiéndonos perdidas («viéndose mis hijas tan atrozmente engañadas, y llenas de pabor, y espanto…»), y de repente, en un pasaje lleno de hoyos que obligaba a los caballos a ir más despacio, la Manuelita abrió la puerta y se tiró a la calle, y yo hice lo mismo, y alcancé a ver que la Manuelita se había herido en la cara y que el vestido se le había manchado con sangre. Cerca de nosotras divisé a un aguatero de ojotas, asustado. Más allá pasaban unos indios que no nos miraban. Y tres señoras de mantilla, que conversaban debajo de un álamo, interrumpieron, en cambio, su conversación y nos clavaron los ojos. ¿Qué es esto?, decían, espantadas: ¿qué ha pasado? Nosotras corrimos en dirección a la Plaza Mayor, dando gritos, recogiéndonos las faldas como podíamos, con el corazón que se nos saltaba. En eso pasamos cerca de los andamios de la Casa de Moneda. Si Ignacio nos hubiera visto, nos habría socorrido, pero no sé si el Toesca, ofendido, con la bilis revuelta, y que debía de haberlo planeado todo. ¿Qué sería del pobre Ignacio, llegué a pensar, si se quedara solo? La Manuelita, a todo esto, había caído mal, se le había torcido un pie, y además estaba herida en la cara y muerta de miedo. Al entrar a la Plaza, el ordenanza Miguel de Fierro, descompuesto, y el dragón, con el fusil atravesado, le cerraron el paso.

—¡Déjenla hablar con el obispo! —les grité, trastornada, dispuesta a dejarme matar—. ¡No sean perros!

El dragón retiró el fusil, desconcertado, y nosotras subimos las escalinatas a la carrera, la Manuelita medio coja. Llegamos con la lengua ajuera, y un diácono que nos conocía mucho nos saludó de lo más amable, medio extrañado. Nosotras sabíamos que Toesca ya había hablado con el obispo nuevo, Sobrino y Minayo de apellidos, que había nacido, contaban, en Valladolid, y que acababa de bajar desde la diócesis de Quito, de las cosas de la Manuelita. El diácono entró y el

obispo nos mandó decir que pasáramos. Era un hombre alto, sonrosado, todavía joven, con ojos que parecían guindas o uvas, con facha de apollerado. No se extrañó de nuestro aspecto, como si hubiera sabido que nos estaban dando tormento, o por lo menos a la Manuelita, que estaba despeinada, ensangrentada, con la ropa rota, y nos dijo que no tenía nada que ver con estos asuntos, añadiendo unas palabras latinas y mirando al diácono, inflando las mejillas con expresión de suficiencia.

—Usted —le dijo a la Manuelita—, siga el destino que se le manda, y usted —me dijo—, vuélvase a su casa, señora, y salude de mi parte a don Ignacio.

Fuimos, entonces, cruzando la Plaza a pie, más recuperadas, vale decir, un poco más dueñas de nosotras mismas, un poco más arregladas, y seguidas por ese tal Miguel de Fierro, que no decía esta boca es mía, y por el dragón, que sudaba como un condenado, a palacio. El presidente y gobernador excelentísimo nos mandó recado de que no podía damos audiencia y de que la señora de Toesca debía cumplir con lo que se le había ordenado. Nos pusimos a llorar a gritos, insistimos en ver al gobernador, pero no hubo caso. De Fierro agarró del brazo a la Manuelita. A mí me tomó con fuerza otro señor grande, que no decía una palabra. Nos hicieron bajar por las escaleras, sin soltamos. A la Manuelita la subieron a la calesa a empujones, sin permitirle que se despidiera de mí. ¡Es mi hermana!, chillaba yo, pero no me hacían ningún caso. Ella me miró desde la ventana, con la cara sucia, llena de lágrimas, pero la manota del Miguel de Fierro se puso delante y cerró la cortina. Después seguí con la vista el armatoste que se alejaba a toda velocidad, rechinando por todos los costados, levantando tierrales. No podía dejar de llorar, observada por la gente que entraba y salía de palacio, y preferí meterme a la iglesia y rezar un rato por ella, por mi pobre hermana, tan chiflada, pero de corazón tan bueno. Yo estaba toda molida, adolorida, y le rezaba a la Virgen de una pintura: una que lloraba mientras colocaban a Jesucristo en su tumba, inconsolable. Cuando me sentí un poco más tranquila, volví a la casa. Alguien me saludó en el camino, pero no supe quién. Apenas le respondí. Debe de haberse ofendido, como se ofenden todos en la Colonia, a cada rato. En la noche le conté en detalle a Ignacio y él se sintió consternado, aplastado por la brutalidad de la gente. Me hizo cariños en la cabeza. ¡Mi pobre Pepita!, dijo, y se compadeció mucho de la Manuelita, Todos sus pecados, dijo, son pecados de amor. Yo me persigné, asustada, y le pedí por él a la Virgen Dolorosa, la del costado del sepulcro. Mi mami se metió en ese momento. Todo lo había organizado Toesca, gritó, para

entregarse a su lujuria sin ningún freno. Me voy a vengar, anunció, con ojos de loca, cerrando los puños, y yo pensé para mis adentros: ¿cómo?, ¡pobre viejuja! Ignacio, entonces, declaró que eran signos de los tiempos, anuncios, y yo sabía muy bien en qué estaba pensando. ¡Signos de los tiempos! Me senté en un piso bajo, de palo sin barnizar, y acaricié al Goiquito, que se había quedado solo y que me hacía fiestas, con pena. Quedamos de preguntar por ella al día siguiente a primera hora, en la oficina del gobernador, a pesar de que alguien, un amanuense de manguitas negras, nos había dicho que se la llevaban lejos, a Peumo, a un Beaterío entre las montañas. Seguro que allá se la llevaban, y que de allá sólo saldría después de muchos años, vieja y sin dientes. Si es que salía viva.

TERCERA PARTE

Te amo y te perdono…

Capítulo I

A ESTAS alturas, podemos concluir que Joaquín Toesca y Ricci, ingeniero militar y arquitecto, alférez de los ejércitos reales, era hombre de orden: al menos en apariencia. O sobre todo en apariencia, puesto que se escapaba del orden por algunos resquicios, por algunas fallas secretas. El hecho central es que conocía por experiencia, por educación, incluso por instinto, la fuerza del orden establecido, y tenía una tendencia a respetarla. O a burlarla, pero con sumo cuidado. Y no actuaba así, desde luego, por convicción intelectual, o por una fe religiosa arraigada, sino porque sabía de memoria, de un modo innato, que no valía la pena darse de cabezazos contra los muros de su tiempo. Muros de ladrillo sólido, de piedra de cantería, de altura y anchura inexpugnables. Argumentaba, peleaba, hacía retroceder los límites, los cercados, hasta la mayor distancia posible, para crear, por lo menos, la sensación del espacio, del aire libre, pero, al llegar a situaciones extremas, al asomarse a los abismos, a las cárceles, a las hogueras, transigía, acataba. Su Señoría Ilustrísima, decía, bajando la cabeza: Señor Excelentísimo. Porque al otro lado, si daba el paso, ¿qué lo esperaba? No tengo pasta de suicida, se decía, o se imaginaba el Narrador, en sus horas nocturnas, frente a los faroles y a las copas de los árboles, que se decía. En sus años de formación, en los alrededores de la Piazza di Spagna, había tenido modelos cercanos, que había estudiado con pasión, que lo habían deslumbrado, que se habían entrometido, suponemos, supone el Narrador desvelado, hasta en sus sueños: el de Borromini, el sombrío, y el de Piranesi, dibujante, grabador, simulador eximio, vendedor de estampas. Amaba al Borromini por encima de todas las cosas, se quedaba con la boca abierta

frente a las líneas ondulantes del edificio de la Propaganda de la Fe, a las variantes introducidas en cada ventana, a la trabazón de los techos mirados desde los cruceros centrales de sus iglesias, trabazón armónica, tejido fuerte y grácil, que fuera de ahí sólo se encontraba en perspectivas pintadas, o en la música de los clavecinistas, pero meditaba sobre su final, sobre la discusión furiosa, sobre el filo de la espada y los intestinos derramados, los dolores bestiales, con un horror que también lo sobrepasaba todo. ¿Era posible morir así, o vivir, más bien, así, para provocar una muerte como ésa?

El Piranesi, en cambio, había sido astuto, había evitado el enfrentamiento, se había evadido en la estética de las ruinas, de los espacios imaginarios, de los caprichos y las construcciones inventadas: plazas que existían, templos, escalinatas catalogadas, fuentes y obeliscos reproducidos con ambigua fidelidad, con un elemento verosímil, a fin de que los propietarios, los letrados, los aspirantes a nobles, picaran el anzuelo y abrieran la cartera, pero con un algo indefinible, un aire que se añadía: telones rasgados, hierbas exuberantes y desparramadas, escombros, pequeñas figuras en la distancia, en las orillas del río, sobre los puentes, con bicornios y capas flotantes, y una sensación general de ventisca, nubarrones de tormenta, una condensación de emociones. O cielos simplemente artificiales, de antigua albañilería, contemplados desde profundidades carcelarias, en la cercanía de inciertas máquinas, de pesados eslabones.

Su vecino de barrio, su casi contemporáneo, se había escapado por caminos mentales, con una máscara prestada, consciente de que no tenía otra salida. Desde su laberinto con cúpulas, con bustos de mármol desnarigados y columnas rotas, semihundidas, entre la pestilencia. ¿Y él, de niño, en los cuartos alquilados por sus padres al conde Branca, con una pierna entrelazada en el balcón, mientras contemplaba el fragor de los grandes armazones conmemorativos, transitorios, con sus telones, sus pebeteros, sus banderas, sus trofeos y sus famas, sus quimeras? También se evadió, como ya sabemos, pero lo hizo, a diferencia del Piranesi, en la geografía, en la última de las provincias de un Imperio agrietado, y también intentó cosas, dentro de un escenario mísero, en medio del adobe, de la paja, de la mierda, y obtuvo, a lo mejor, a pesar de todo, algunas. Se sintió satisfecho cuando los artesanos a sus órdenes, encabezados por el gigantón Ignacio, clavaron el último clavo y estiraron las últimas sedas del túmulo funerario a Carlos III, instalado en el centro de la Catedral que él mismo estaba construyendo, y cuando el comerciante en aceites, don Bernardo

Llanete, invitó a los tijerales de su Moneda chica, que ostentaba un escudo nobiliario de piedra, de ejecución simplona, un castillo mal hecho, una ardilla desproporcionada, encima del portón principal. Pero así eran las cosas en aquella provincia: precarias, amenazadas, toscas. A lo largo de sus lecturas, el Narrador ha llegado a comprobar que Toesca, el sumergido, detestaba el escándalo, y que se había visto rodeado, para su desgracia, por una aureola de escándalo permanente, difusa. Todo lo que tocaba se transformaba, parecía, en escándalo. Concebir un ladrillo más largo y más ancho que los corrientes, una mezcla que utilizaba claras de huevos de gallinas, miles de claras, centenares y centenares de gallinas, o un pórtico de columnas exentas, ajustadas al Orden Dórico, y que daba vista sobre un segundo pórtico y un tercero, de manera que la visión podía prolongarse hasta el final de la tierra, hasta el extremo sur del mundo conocido, hasta ciudades áureas escondidas detrás de selvas impenetrables, o hasta mares donde flotaban catedrales de hielo azulino, concebir todo aquello, en lugar de redimirlo, acentuaba la extrañeza, el aura sospechosa. ¿Por qué tenía que perturbar la paz de la Capitanía General de Chile con tantas novedades? ¿Enfermo de la imaginación, él también, como había definido él mismo a la Manuelita? ¿Cómplices, ambos, en último término, a pesar del solimán en los espárragos, a pesar de todo? De vez en cuando, alguien, en los tablados coloniales, al final de las ceremonias, en los jolgorios, en las procesiones, caricaturas de lo que había presenciado en su infancia desde los balcones del conde Branca, le estiraba una mano, y al poco rato, avisado, la retiraba. Sólo se atrevía el gobernador O'Higgins, Higgins de Ballenary, pero se había ido al Perú. Y don Manuel Alday, el obispo, su otro aliado, había bajado a la tumba. Y había hecho su entrada, en cambio, bajo palio, entre pebeteros de incienso, un hombre alto, sonrosado, más joven, que remataba cada una de sus fiases con un latinajo, que hablaba con ostentación de sus servicios a la Corona y a la Iglesia: en resumen, un petulante, y más en el fondo, un cruel, un frío.

Él se inclinaba en el centro de la habitación en penumbra, donde había un par de velones temblorosos, y donde la luz de la luna se filtraba a través de las rendijas. Bajaba la cabeza, contrito, y se golpeaba el pecho.

—Sí —murmuraba—. Ya que no hay más remedio… —No hay —confirmaba la voz un poco chillona.

Regresaba a su casa en el silencio profundo, sólo perturbado por el bastón del sereno en la piedra de huevillo. Pasaba junto a los puestos de estampas, de rosarios, de medallitas, que a esa hora tenían las tapas

claveteadas. El coronel Díaz Muñoz, desde la puerta de su casa, le dirigía un saludo terco. Había, en dicho saludo, algo de lástima, pero, más que nada, una buena dosis de desprecio, sobre todo ahora que Alday, su protector, había sido sucedido por el otro, el de las mejillas sonrosadas y los ojos azules, el bonito de los latines, Sobrino y Minayo.

—Buenas noches, coronel.

La Manuelita, a todo esto, llevaba cerca de tres semanas en casa de misiá Clara. Después de la escena aquella, la del brasero, la de las cortinas. Y corrían rumores de toda especie. Las lenguas de la Colonia no descansaban. Se disfrazaba, decían, a pesar de la prohibición de Su Ilustrísima, de gitana, o de princesa, o de huasa del sur, y asistía a festejos, y participaba en guitarrees y en bailes palmoteados y zapateados, ¡feliz y contenta!

—Acepto, Su Señoría —murmuraba él con la voz ronca, bajando los ojos, besando el anillo, y deseaba que los muros de la sala episcopal se le cayeran encima y lo aplastaran.

Capítulo II

LA CALESA paró de correr en la Cañada baja, en un lugar donde había una acequia y una plantación de frutillas, y cinco dragones salieron de la sombra de unos pimientos y se acercaron en sus caballos. «¿Qué van a hacer conmigo?» El que parecía el jefe se acercó a la ventanilla y miró para adentro, para asegurarse de que la persona que le habían encargado, la que tenían que trasladar al Beaterío en el más corto plazo, haciendo una jomada nocturna, era la que ahí estaba. Pudo comprobar, a pesar de la poca luz, que la persona en cuestión permanecía callada, pálida como un papel, con el pelo desordenado y la cara sucia, con un rasmillón sanguinolento, con una manga de la blusa medio rota, y que era muy bonita. «Me miró un buen rato: la cara, y después el pecho, los muslos, todo, con el deseo que le brillaba en los ojos, y tuve mucho miedo. Me persigné y me puse a rezar, y quise que llegáramos a mi encierro pronto.» El ordenanza Miguel de Fierro, que había practicado la detención por instrucciones superiores, bajó entonces de la calesa, resoplando, y sacó un pañuelo negro para limpiarse el sudor. Llevó a los dragones a un lado y les habló. Les dijo que tuvieran mucho cuidado con la presa. Si le hacían algo, les dijo, si se atrevían a tocarla, los secarían en el calabozo. ¡Si es que no los afusilaban! Volvió a la ciudad, después, a pie, secándose el sudor cada cierto rato, por el tierral del centro de la Cañada.

—Tranquila, señora —le dijo el jefe de los dragones—, que nada le va a pasar. Mis órdenes son de entregarla sana y salva, enterita, en el Beaterío de Peumo, en manos del vicario don Antonio Zúñiga.

—¿Órdenes de quién? —se atrevió a preguntar ella, y el dragón respondió que del señor obispo, y con la anuencia del señor gobernador

y capitán general.

«Yo, entonces, cansada de llorar, miré para otro lado.» Restalló la huasca en el lomo de los percherones de arrastre y la calesa empezó a dar barquinazos, en una noche que parecía boca de lobo, seguida por el trote de los caballos y por las groserías, los llamados, las carcajadas de los jinetes. Ella, «yo, me mantenía con los ojos abiertos, fijos», y terna la sensación de que se habían propuesto vaciarle el alma, dejársela como un trapo tirado en un rincón. Algunos papeles hablaron de su Purgatorio, y ella misma habló de esa manera en sus cartas, pero si hubiera sido así, el carricoche habría caminado días y semanas, en una crujidera que llegaba a dar miedo, a la antesala del Paraíso, y la verdad era que todo, durante ese viaje de noche, y más tarde, durante el encierro que no terminaba nunca, «me parecía Infierno: montañas negras como el carbón, aullidos de bestias, rebuznos de pesadilla, nubarrones con formas de garras, de monstruos, murciélagos que bajaban de la pestilencia del aire y se quedaban mirándome, con las fauces abiertas».

Después contaría que había engañado a los soldados y que éstos se habían desviado para llevarla a la mañana siguiente, antes de presentarse en el Beaterío, al fundo de Luis, el hermano mayor de Juan Josef. En la carta, porque esto lo escribió en una carta a la Pepita, quiso poner «mi Juan Josef», pero no se atrevió. Aunque ya, en su confusión, no estaba segura. Ni de eso, ni de nada: le habían quitado, junto con las substancias jugosas, esponjosas, del alma, el suelo. ¿El suelo? El piso. Los dragones la dejaron bajarse un rato en las casas de Luis «y así pude conversar con la Xavierita, que estaba muy linda, feliz de verme». ¿Quién sería, se pregunta el Narrador, sentado ahora en la sala de lectura del Archivo Nacional, rodeado de enormes expedientes encuadernados, esta Xavierita, que parece, a juzgar por su nombre y por uno que otro detalle, una joven, quizás una niña, simpática, dulce, y además de todo eso, a pesar de sus escasos años, sabia? ¿Era la hija quinceañera del mentado Luis, o era su flamante esposa? Fuera quien fuera, la Xavierita, con generosidad, invitó a los dragones de la escolta y al cochero a comer una cazuela de pava con chuchoca, con harto cilantro, en un largo mesón colocado en una de las galerías laterales, frente a los barracones de los esclavos. «¡Qué buena idea tuviste, Xavierita!» Los soldados estuvieron más de dos horas engullendo, felices, acompañando la cazuela con harina tostada revuelta en agua y con aguardiente del mejor, chupándose los bigotes. «Si me hubiera querido escapar, habría podido hacerlo mientras ellos se hartaban, pero

¿adónde me podía ir? No hay en todo el Reino escondrijo donde la mirada de Toesca, que goza de la protección superior, no me pueda alcanzar. Mejor me resigno, y le pido a la Virgen del Carmen. Ella siempre me ha escuchado. Nunca me ha fallado.»

Los hombres del regimiento de dragones, echados en el suelo, con las caras tapadas, durmieron un poco, y enseguida, ante el llamado del jovenzuelo que hacía de jefe, se levantaron, se despidieron de la Xavierita y de la cocinera, esperaron que se despidiera la Manuelita, entre besos, encargos, sollozos, y reanudaron el viaje. Llegaron al Beaterío, un edificio alargado y chato, de adobe y tejas, con ventanas angostas y enrejadas, unido a una capilla de palo, de techo alto, puntiagudo, como a las cinco de la tarde. «Aquí me van a enterrar, ¡Dios santo!» Durante todo el trayecto desde Santiago, incluso en lo más profundo de la noche, había hecho calor, pero los árboles del Beaterío estaban agitados por una brisa fresca. La Manuelita fue recibida por dos beatas bigotudas y por don Antonio Zúñiga, el señor cura, a quien las beatas trataban también de señor Vicario, y que era calvo, huesudo, gruesote, y trataba de ser amable, de quitarle el miedo. Los hombres de la escolta partieron de vuelta a toda carrera, después de hacer que don Antonio les firmara un recibo, y ni siquiera se despidieron de ella, como si creyeran que el poco de confianza que habían agarrado durante el trayecto y el desvío a los pagos de Luis, la cazuela de pava con chuchoca, el botellón de aguardiente, podían traerles problemas.

—Entra, niña —le dijo don Antonio—. No tengas susto. Aquí sólo vas a estar en la compañía del Señor, lejos de los hombres y de sus maldades.

«Yo no lloré, a pesar del tremendo nudo que tenía en la garganta. No dije nada, tampoco, porque no podía hablar. Pensé que a lo mejor Juan Josef, mi Negrito, inventaba algo para salvarme, pero no se me ocurría qué podría inventar. Me llevaron a una sala donde había una figura de la Virgen y del Niño encima de una mesa tosca, unos paños arrumbados, unos fierros salidos de las paredes, y me ordenaron que me sentara en una silla. ¿Qué me irían a hacer? Se acercó la más robusta de las beatas, armada de unas tijeras enormes, y me cortó el pelo al ras de la cabeza. Después me restregaron la cara a toda juerza, con una bayeta áspera. ¿Por si conservara algún resto de colorete, algún afeite de la vida de afuera, de las fiestas de allá? ¡Toma!, dijeron. ¡Las brujas!» Alguien contaría mucho más tarde, una persona de la familia de don Antonio, que a pesar de todo, pálida, descompuesta, con sus mechones rapados, seguía tan bonita. La observación sólo podía venir del propio don

Antonio, de sus ojitos que pestañeaban a cada rato, de sus manos rechonchas que transpiraban.

El cura salió entonces de la sala y las beatas le sacaron el vestido a tirones, mirando de reojo, con mala voluntad, los encajes finos, las lentejuelas, el corpiño de seda. Arrojaron todo eso a un rincón sucio, como si nunca más pudiera servirle, y le miraron el cuerpo de reojo, con muchas ganas de golpearla, pero no estaban autorizadas, «y me pasaron por encima de la cabeza un hábito de tela de saco. Para que no se me notaran las formas. Para que sufriera de calor y del roce áspero de la tela en el verano, de frío en el invierno». Contaron que antes de vestirla con el hábito le habían colocado en la cintura, en la piel de color de nieve, un cilicio de cuero erizado de clavos mohosos y de tachuelas, pero ella, al salir del Beaterío al cabo de más de tres años, ni siquiera se acordaba. «¿Es verdad?, me preguntó la Pepita, y yo no sabía. La mayoría de las cosas se me habían borrado de la cabeza.»

Se acordaba, sí, de las beatas hediondas, chuñuscas, que le dijeron cosas feas, a diferencia de las monjitas clarisas y de las agustinas. La llevaron a la capilla de malos modos, a empujones, y de un pellizco que casi le sacó el pellejo la obligaron a hincarse, a humillarse, pero no frente al Señor, frente a ellas. «Yo les quise preguntar algo, por qué, preguntar, y ellas me gruñeron que no levantara la vista.»

—¡Mira al suelo —dijeron—, puta! ¡Al barro de dónde vienes, y al que vas a volver!

Porque el suelo era de simple tierra apisonada, con manchas de humedad, y las tablas de los bancos eran nudosas, con astillas que cortaban como cuchillos. «Yo, no sé por qué, me acordé de la Antoñita, mi negrita vestida de amarillo y de rojo, y del cojín que me acomodaba en el suelo para que pusiera las rodillas, tus lindas rodillas, mamita, y a mí me encantaba la negrita con sus confianzudeces.»

Fueron tres horas de rezar y de temblar, de mascar tierra, bajo la mirada de las beatas, que se turnaban para vigilarla, y cuando se puso de pie notó que se le habían formado llagas. «No sé si voy a poder salir algún día, o si me voy a morir antes.» Le dieron una sopa aguachenta, con hilos, con ramitas, con islotes de grasa, y un pan duro, que al partirse mostraba restos de carboncillo, de estopa, de mugre, y después tuvo que dormir en un camastro, al lado de una beata llena de legañas y cuyos ronquidos, cada cierto rato, eran cortados por estertores, como si estuviera a punto de morir asfixiada. La celda sólo tenía un ventanuco estrecho, alto, con dos barrotes gruesos. «Me asomé, empinándome, y me pareció que las montañas negras se me venían encima, y los

lamentos de los sauces, las pataguas, los eucaliptos que crujían, azotados por el viento. Los chanchos, encerrados en sus chiqueros, maldecían, me pareció, y las ratas corrían por el entretecho y se mandaban señales, se saludaban con un ruido de colmillos, de huesitos.» Un poco más allá, al otro lado del telón de montañas, había lagos de azufre. Porque su castigo, ahora, recién comenzaba.

—Y lo peor —murmuró, al salir al cabo de tres o de cuatro años, y al entrar, poco después, a las oficinas del oidor señor Pérez de Uriondo—, es que no sabía si me quedaría ahí para siempre.

Porque podía ser, en efecto, que hubiera llegado sin darse ni cuenta al verdadero Infierno, conducida por los cocheros que gritaban cosas y que comían cazuela de pava con chuchoca hasta que reventaban. A todo esto, a medida que avanzaban las horas, la beata del camastro del lado roncaba más tranquila, y por la comisura de los labios se le salía un hilo verdoso. Hacia las tres de la madrugada, a una hora en que descansaban hasta los murciélagos, en que el viento había amainado, «me imaginé que la beata tenía patas de cabra y me golpeé el pecho, con miedo. A lo mejor estaba soñando, y la tierra de las paredes se deshacía, y yo no despertaba. A las cinco tocaron las campanas y tuve que ponerme el hábito de tela de saco y volver a la carrera, chocando, medio mareada, con las otras beatas, que me hacían a un lado a empellones, a la capilla. Allí le recé a un Cristo crucificado, lleno de pústulas y de cuajarones de sangre, para que me sacara luego, pero el Cristo ese, con los ojos vaciados y clavados en otra parte, no escuchaba mucho. Le pedí a la mamita, entonces, que me ayudara, y después supe que ella me había escuchado».

A las seis o siete semanas de su llegada, quizás más, o quizás un poco menos, porque había perdido la noción del tiempo, don Antonio, el cura, le pasó una carta de misiá Clara, justamente, una carta que tenía el sobre abierto.

—Léela —le ordenó don Antonio.

«Yo, como me había pasado desde mi llegada y me seguía pasando cada vez más, no pude contestarle. Escuchaba lo que me decían, pero las palabras me llegaban de muy lejos, de atrás de la persona que hablaba, y hasta de atrás de los montes, de los eucaliptos, y la respuesta no me salía. Sostuve el papel doblado en una mano, tratando de preguntar, y ni siquiera fui capaz de desdoblarlo.»

—Yo te la voy a leer —dijo el cura.

Menos mal que la carta de su mamita no hablaba de Juan Joseph,

porque el señor vicario, don Antonio, lo habría sabido, aun cuando ya, por supuesto, lo sabía, y consideraba que todas las penitencias, los cilicios, las horas de rezo en las noches, no eran bastantes. Su mamita le contaba que le había metido pleito a Toesca para poder sacarla de su encierro, porque su castigo era injusto, escribía, y el libertino, el depravado, era él. Eso decía: él, no tú.

—¡Qué saca! —exclamó la Manuelita—. Contra ese hombre no se puede hacer nada.

El cura, con su cabeza calva, con sus ojillos intensos, se golpeó en los muslos.

—Tú estás enferma —le dijo—, y sufres mucho. Y lo mejor para ti, y para todos nosotros, es que el Señor te lleve. Porque donde llegas, con tu cara bonita, con tu cuerposote, traes el desorden.

Dijo esto, poniéndose de pie, y le colocó a la Manuelita una mano pesada, sudorosa, en el hombro. Don Antonio Zúñiga, en ese momento, tenía un olor fuerte, como de traspiración, de ajo, de ropa gruesa, y miraba por la ventana con una expresión extraña.

—Debes rezar —insistió, con la voz enronquecida, sudando—. Pedirle.

—¿Que me muera?

—Sí —dijo—. Para bien tuyo. ¡Y de todos!

«Recé varias horas hincada en la capilla, contenta con el cilicio que me rebanaba la cintura, sintiendo que las rodillas ya no me dolían, que el dolor que subía desde abajo, desde la tierra, ya no era dolor, casi se había transformado en placer, y aunque me habría gustado volver a ver a mi Juan Josef, y no en cualquier parte, sino en la pieza del tercer patio, pasada al perfume de los naranjos, de las frutillas, o en el fundo de Luis, debajo de las ramas del magnolio, también me encantaba la idea de que el Señor me llevara para siempre. A su Reino. Hacia las once de la noche, mientras escuchaba los ensayos del coro dirigido por don Antonio, que era loco por la música, sentí que la felicidad se me salía por el pecho, por la boca, por todos los poros. Terminó el ensayo y las beatitas se fueron a sus celdas a dormir. Yo también partí, observada por don Antonio, que pestañeaba y estrujaba su breviario, y en lugar de la vieja legañosa, que se había muerto hacía pocos días, encontré el camastro del lado ocupado por una beatita joven, delgada, de nariz respingada.

»—¿Y tú? —le pregunté.

»-Me llamo María del Carmen.

»—¿Y por qué estás aquí?

»-Por mala —dijo ella.

»-Igual que yo —le dije, y ella soltó una risita.

»—¿Quieres que duerma contigo? —le pregunté, y ella no dijo nada, pero levantó la ropa de la cama para dejarme un hueco. Cuando estuve adentro, me abrazó y me sopló al oído:

»—¡Que no nos pille naiden!»

Capítulo III

A MEDIADOS del invierno del año siguiente, el aparato negro y grasiento del teléfono, parte del mobiliario del Académico fallecido, sonó temprano, con su estridencia desagradable. El Narrador, que se había despertado y estaba dedicado a mirar el techo, saltó de la cama y corrió, descalzo, pisando tablas glaciales, llenas de agujeros y de clavos salidos. Adivinaba que el llamado tenía relación con Ignacio chico, quien sólo les había mandado un par de postales a sus amigos, el Nono y Carlitos, sin indicar dirección de remitente, como si quisiera controlar en forma exclusiva, unilateral, el movimiento de las comunicaciones, y había ingresado después a una zona densa de silencio. Descolgó, tiritando, pensando en todos los fríos que le había tocado sufrir desde que había llegado a Chile, ¡el horroroso Chile!, como decía un verso de Enrique Lihn, y escuchó una voz de secretaria que preguntaba por él.

—¿Es usted?

—Soy yo.

—El señor Pedro Jorquera quiere hablar con usted.

—¿Quién es el señor Pedro Jorquera?

—Inspector jefe de la sección Santiago Centro de la CNI.

El señor Jorquera le dijo que deseaba visitarlo esa misma mañana.

—¿A mí?

—Sí, señor. A usted.

El señor Jorquera, acompañado de un ayudante, tocó el timbre del departamento de la Plaza de Armas a las doce en punto. Preguntó por él, entró al salón conducido por la Filomena, gran admiradora de las fuerzas del orden, uniformadas o no uniformadas, echó una rápida mirada en redondo, sin demostrar excesiva curiosidad, y saludó al

Narrador, quien acababa de afeitarse y se había colocado para la ocasión una camisa blanca, estrictamente clásica, y un suéter azul marino.

—Espéreme abajo —le dijo el señor Jorquera a su ayudante.

El ayudante, un hombre de mediana edad, de anteojos gruesos, de calvicie incipiente, salió y cerró la puerta. La chaqueta le abultaba, a causa de los rollos de grasa, desde luego, pero a causa, asimismo, calculó el Narrador, de algún arma de fuego. El Narrador se preguntó si el señor Jorquera también llevaría un arma de fuego, pero no pudo llegar a ninguna conclusión con respecto a este punto. Su vestimenta, en cualquier caso, era menos bolsuda, mejor cortada, casi elegante.

—¿Vive hace tiempo aquí?

El tono de la pregunta fue más bien social que policial. Porque el hombre parecía saber, sabía, sin duda, que las personas del estilo del Narrador no tenían costumbre de vivir en departamentos destartalados, en pleno centro de Santiago, en medio del bullicio, de la contaminación, de la caca de las palomas. Estaba consciente, por otro lado, de que el Narrador, en su condición de intelectual y de hombre de tendencias de izquierda (así, por lo menos, con la misma relativa imprecisión, lo habían calificado sus servicios), podía tener modos de vida un tanto estrafalarios. Para decir lo menos, atípicos.

—Desde que volví a Chile —respondió él, puesto que no podía negar que había estado en el exilio y había vuelto—, hace ya algunos años. —Y como el inspector Jorquera continuaba con cara de interrogación, impasible, quizás burlón, pero con la burla muy escondida, añadió—: El vecindario es un poco raro, si usted quiere, pero no molesta, y yo estoy acostumbrado a vivir en el centro de las ciudades. Nací en el centro… —Y tuvo el pálpito de que su explicación era idiota, además de cobarde, y de que más valía cortarla en forma brusca.

—Usted —dijo el inspector Jorquera, dominando la situación con indudable experiencia, con indiscutible maestría— tiene perfecto derecho a vivir donde le dé la real gana, señor… ¡No faltaba más! Su casa es muy espaciosa, ¡y qué linda vista!

—Tome asiento, señor inspector. ¿Puedo ofrecerle algo?

El inspector jefe no tenía la menor intención de quitarle su precioso tiempo. Ni de causarle la más mínima incomodidad. Él estaba dedicado a preparar, seguramente, alguno de sus interesantes trabajos, alguna de sus intervenciones en seminarios y mesas redondas, alguno de sus informes especiales. ¡A veces demasiado especiales!

—¡Tranquilo, mi estimado señor! Le aseguro que soy un fiel lector y seguidor suyo. Debo confesarle, para ser honrado, que no siempre estoy de acuerdo con usted. A veces, a veces…, ¿cómo le diría?… Tengo la impresión de que sus teorías son muy bonitas, pero no aplicables, en las circunstancias en que nos encontramos, a la realidad nacional. ¿Comprende?

—¿No quiere un cafecito —preguntó él, a sabiendas del carácter rastrero de su amabilidad, del tono ridículo, servil, de sus diminutivos—, un poquito de agua mineral?

El inspector, de piernas cruzadas, con la raya de los pantalones planchada en forma perfecta, hizo un gesto de negación.

—En todo caso —prosiguió—, usted es una persona de calidad, un hombre de cultura. Lo pienso yo, y lo piensa gente que está mucho más arriba que yo —y señaló algún lugar en el aire, el asiento de jerarquías inalcanzables, casi infinitas—. Alguien que sabe, además, dejar caer sus ideas con gracia, y con astucia… ¡Sí, señor! Por eso me digo a menudo: ¿Qué hará este buen caballero aquí en Chile? Es una persona que estaría tanto mejor en alguna universidad norteamericana, o en Europa.

—¿Viene a pedirme, señor inspector, que me vaya?

—¡Cómo se le ocurre semejante barbaridad, señor…! Estamos encantados de que usted viva aquí, entre nosotros, como un chileno más. Es una demostración del aire de verdadera tolerancia que se respira en Chile, a pesar de lo que sostienen con tanta majadería ciertos medios internacionales.

Resultaba que el inspector Jorquera no venía, insistió, a robarle su tiempo, cuyo valor conocía en toda su dimensión, ni menos a pedirle que se fuera del país. ¿Por qué le iba a pedir una cosa así? ¡Qué disparate! Su breve visita sólo tenía un carácter exploratorio. El inspector jefe de la Sección Santiago Centro de la CNI era un sujeto alto, de cara ancha y orejas grandes, con algo esquivo, mezcla de repliegue y cazurrería, en la mirada, detalle acentuado por un ojo que se le iba. Pues bien, el funcionario en cuestión, el inspector Jorquera, sabía que el hijo del Narrador, estudiante de filosofía y de bellas letras (¡qué otra cosa habría podido estudiar!), había estado preso, acusado de atentar contra la Ley de Seguridad Interior del Estado, y que después había partido de viaje.

—¿No es así?

—Bueno, sí. Pero la causa fue sobreseída.

—¡Ya lo sabemos! Y sabemos, por otra parte, que estuvo en Porto

Alegre, una ciudad del sur del Brasil, y que después subió hasta Río de Janeiro, y ahora tenemos información de que ha estado en la ciudad de Recife, en el norte, y que ahí ha tomado contacto con gente que podríamos calificar, ¿sabe usted?, como peligrosa…

—¡En Recife! ¡Primera cosa que oigo, señor inspector!

—Después le perdimos la pista, y tememos mucho que haya saltado de ahí a Cuba, o a Alemania del Este, o a Libia, y que haya recibido algún tipo de entrenamiento militar.

—¿Ignacio? ¿No lo confundirán ustedes con otra persona?

El notó, a pesar de lo absurdo de la suposición que le transmitía el inspector Jorquera, que transpiraba frío, que las manos le temblaban, que el corazón se le había puesto a latir a toda fuerza.

—¿Me podría decir, señor, cuáles son las últimas noticias que ha recibido de su hijo?

—La verdad, señor inspector —contestó, tartamudo, y se hundió en su sillón, trató de tranquilizarse, de conseguir que su corazón dejara de latir con tanta violencia, de imprimirle a su voz, a pesar de sus tropiezos, un acento amistoso, casi confidencial, capaz de convencer y de seducir al más duro de los interrogadores—, es que hace muchísimos meses que no tenemos noticias de nuestro hijo, Cristina, mi ex mujer, de quien estoy separado hace ya bastantes años (aclaración que le sonó, dado el contexto, como una mariconada perfecta), y yo. Es un motivo de gran amargura para ella, en primer lugar, pero también para mí, se lo aseguro.

—Lo cual —declaró el señor Pedro Jorquera, el inspector jefe— no excluye en absoluto la hipótesis en la que estamos trabajando. ¡Más bien, en determinadas circunstancias, unida a otros elementos, podría confirmarla!

—Yo le aseguro —farfulló él, más tartamudo que antes, casi descontrolado— que mi hijo Ignacio es la persona más pacífica del universo, un aficionado a la naturaleza, al arte, a la música, pianista de jazz más que regular, lector de poetas ingleses y portugueses, tocador de flauta dulce… ¡Apostaría mi cabeza a que no está metido en nada! La última persona que lo vio, hace cinco o seis meses, lo vio en Río de Janeiro, trabajando en una agencia literaria o algo por el estilo, y a esa persona le dijo que tenía intenciones de instalar un piano bar en alguna ciudad de provincia. Él podía tocar el piano y atender el boliche al mismo tiempo. ¡Imagínese usted! ¡Un pianista de bar dedicado a guerrillero!

—¿Quién fue esa persona? —preguntó el inspector.

—¿Cuál persona?

—La que lo vio en Río de Janeiro.

El Narrador se puso rojo. Sintió que las palomas que revoloteaban por los techos y los balcones cercanos habían agarrado un movimiento de locura, una rotación enfermante. Tuvo esa sensación extraña durante segundos. Después habló.

—Un amigo de mi ex mujer que regresaba de un viaje —dijo, y pronunció con dificultad, como si le hubiera caído un peso de plomo sobre la lengua, el nombre de dicha persona, un nombre maldito, casi una confesión de culpa, puesto que correspondía a un dirigente comunista de toda la vida. ¿Qué diablos haría en el Brasil, pensó ahora, el sujeto aquel? ¿Habría comenzado la transición en ese país extenso y remoto?

El inspector se metió la mano huesuda al bolsillo y sacó una libreta, no, se dijo el Narrador, pálido como un papel, una pistola, apuntó el nombre del dirigente comunista con caligrafía minuciosa, como si no se lo supiera de memoria, como si no conociera de antemano las respuestas de aquello que había preguntado, y dijo, después: me parece, dijo, un nombre conocido. ¡Le parecía! Y se rascó la coronilla, como si estuviera buscando, hurgando sin la menor prisa, con la mayor tranquilidad, en los archivadores de su memoria.

—Ya sé —dijo—. A este hombre lo dejaron retomar hace poco.

—Sí —dijo el Narrador—. ¡Por algo lo dejaron! Y se encontró con mi hijo en Río, por casualidad, los chilenos, como usted sabe, siempre terminan por encontrarse, y le trajo noticias a su madre.

—Por casualidad —repitió el inspector, mirándolo, esbozando una sonrisa que no era fácil de interpretar, moviendo la cabeza, con el ojo bizco enteramente disparado. Se puso de pie y sacó de la libreta una tarjeta de visita que registraba dos teléfonos, un fax y una dirección ubicada en las cercanías del Club Hípico, hacia el sur. El Narrador pensó que el carricoche con la Manuelita y con los dragones de a caballo, la «calesa prebenida* de los papeles del Académico, había pasado muy cerca de ahí, quizás por el mismo lugar donde se habían abierto alrededor de dos siglos después los subterráneos de tortura, los dominios privados del inspector, rumbo a su Beaterío del fin de los tiempos.

—Si necesita algo, señor… —y el inspector pronunció los dos apellidos del Narrador con una especie de insistencia zumbona—, no

dude en llamarme. Acuérdese de que soy un seguidor suyo.

—¿Un seguidor —preguntó esa tarde Cristina—, o un perseguidor? Parece que al desgraciado ese le gustaba tomar el pelo.

—Había leído varias cosas mías —protestó él—. De algo que sirva la manía de garrapatear papeles.

—¡No seas huevón! —lo insultó Cristina, que echaba humo por todos lados, descompuesta de ira—. ¿No ves que lo decía para sonsacarte cosas, para ablandarte, a sabiendas de que los escribidores de la ralea tuya son unos vanidosos de mierda?

Dijo, después, Cristina, que no creía que el Nacho estuviera metido en nada.

—No le hallo dedos para ese piano —dijo.

—¿Y por qué no nos escribe unas líneas? ¿Por qué no nos da su paradero hace tanto tiempo?

—¿Por qué? ¿Sabís por qué? Te voy a explicar mi teoría en dos palabras: ¡para castigamos, para humillamos, para jodemos!

El Narrador abrió los brazos, en un gesto de súplica, como si el mundo, desde aquella mañana, desde la tomadura de pelo de aquella visita, se le hubiera empezado a caer encima sin decir ¡agua va!, con furia y con estrépito. «*Tomorrow*», recitó, «*and tomorrow*!»

—Además —añadió ella, plegando los labios—, si estuviera metido, ¿sabes qué? ¿Sabís? ¡Yo me sentiría orgullosa!

—¡No digas estupideces! —aulló el Narrador.

—¡Lo estaría! —repitió Cristina, con su rabia máxima, con lo mejor de su odio, con chispazos de Gorgona en la mirada.

El Narrador salió del departamento de su ex mujer dando un portazo, igual como había salido, hacía un tiempo, pero por razones diferentes, en cierto modo contrarías, su hijo. No sabía por qué insistía en visitarla. ¡Era, se decía, una resentida del carajo, una dinamitera sin remedio! Se preguntó si no llegaba, él, a la calle Santa Lucía, atraído por un imán masoquista, oscuro, en espera de que ella lo obligara a hincarse junto a una escupidera sucia y le diera correazos en la espalda, ¡porque le gustaban sus pechos cuando teman las puntas endurecidas, sus ojos cuando los animaba el desprecio! ¡Secretos de un matrimonio!, se dijo, y hasta se rió, con una mezcla de ironía y amargura, pensando que la fórmula, como se desprendía de los papeles del desván, era perfectamente aplicable al caso de Joaquín Toesca y de la Manuelita Fernández. En el momento en que salía del ascensor, gesticulando y hablando solo, notó que el hombre de la portería le clavaba la vista con

perplejidad.

—Va a creer que estoy loco —murmuró, molesto, y después, al internarse en la calle ya en tinieblas, y mientras procuraba evitar los hoyos traicioneros del pavimento, exclamó, mirando la mole del edificio —: ¡Y qué cresta me importa el hombre de la portería!

Avanzó, entonces, por el centro contaminado, lleno de papeles y de mugres, de mendigos que hurgaban en los tarros de basura, de micros embadurnadas en aceite negro, y se metió, brotándose las manos, a la fuente de soda Dante.

—¿Qué se había hecho usted, mi caballero? —le preguntó la mesonera de siempre.

—Estuve una temporada en el Infierno —dijo—, *Une saison en Enfer*, y parece que sigo ahí.

—¿Cómo?

—Me gustaría un coñaquito —dijo él, para concretar su idea—. Alguna cosa fuerte.

La joven colocó diversas botellas encima del mostrado Era una mujer tan dulce, tan cariñosa, a pesar de las manchas de su delantal. ¡Era una flor de aquellos pantanos!

—Elija la que le guste —dijo, y lo dijo con una mirada insinuante, como si ella estuviera escondida en alguna de las botellas. ¡A ver si adivinaba en cuál!

Capítulo IV

ALDAY, pues, había muerto, y don Ambrosio ejercía su poder desde lejos, desde el trono virreinal de Lima, de manera que las cosas ya no eran tan seguras. Necesitamos un poco de armonía en estos barriales, había dicho don Ambrosio en alguna oportunidad, pero la gente no se acordaba, y ahí estaban los funcionarios, con sus manguitas negras, los contralores, los inspectores, manejados todos por Altolaguirre, el infaltable. A él, al arquitecto, la soledad de su casa, donde la risa de la Manuelita ya no se oía por ningún lado, se le volvía pesada, y los crujidos de la madera, los golpes de las hojas secas en los vidrios, las carreras de los ratones por el entretecho, se metían hasta en sus sueños. De madrugada, temblando de frío, se vestía y caminaba hasta la obra del sitio de los Teatinos. Junto a los muros, de un grosor nunca visto en la Capitanía, corregía la mezcla de los morteros, porque había que utilizar la mejor arena del lecho del río, arena que restregaba con una mano colocada cerca del oído, y que tenía que rechinar, ya que si no sonaba, quería decir que llevaba demasiada tierra, y la más refinada cal de Polpaico, la que don José Antonio de Rojas, el mayorazgo, le vendía con su garantía, y agua de vertiente, sin materiales de arrastre, y unas cuantas claras de huevo por cada colada, detalle que los funcionarios miraban de reojo, con caras de censura, haciendo gestos a su espalda para indicar que se había vuelto loco de remate. Él, impertérrito, agarraba una paleta y le ordenaba a los aprendices que tomaran la suya y lo miraran con atención, fijándose bien en los detalles. Porque les enseñaba a distribuir la mezcla con finura, sin chapucería, sin que sobrara ni faltara, y a escoger cada piedra, tomando en consideración su corte, que ya se había dado la molestia de vigilar en el sector de los

picapedreros, y además de su corte, su peso, su volumen, su porosidad, sin descuidar, desde luego, el color, el leve toque rosáceo que se encontraba en las canteras vecinas, y en función de todos aquellos factores, colocarla y acondicionarla en espera de la nueva capa de mezcla y de la piedra siguiente.

Tuvo que adaptarse a las circunstancias, gruñó el Narrador, las mezquinas y feroces circunstancias, y una vez que se hubo adaptado, dejó de ser lo que era, el aparecido que era. Pasó a ser una especie de imbunche, un caso enteramente perdido.

Los obreros, incluso los que habían traído de las cárceles, miraban los muros, más altos, más gruesos, más airosos que los de todo el resto de la ciudad, y parecían satisfechos, pero Altolaguirre, el superintendente, se paseaba por entre las máquinas, los homos, las prensas, arrumbados en el segundo patio, entre ladrillos, listones de alerce, cajas repletas de chapas y de clavos, y se mesaba los pelos.

—¡Primero hay que acuñar monedas, carajo, que para eso estamos, y después levantar columnas exentas y otras mariconerías!

Decían que Toesca, el italiano, aparte de tener un tomillo suelto, no sabía nada del país, y después, con los índices levantados, aludían a sus cuernos, por si alguno de los peones, engrillado en las noches en una celda piojenta, no estuviera enterado. Pero, claro está, a la altura de la historia en que ya nos encontramos, todos sabían, y algunos se reían, mostrando las bocas sin dientes, en tanto que otros movían las cabezas, con expresiones de desdén y hasta de lástima. Entretanto, él, con voluntad terca, desplegaba planos, se protegía del sol con las manos para imaginar una perspectiva, discutía con los jefes de obra. Tenía la boca siempre seca, y la sangre se le había puesto lenta.

Una tarde se permitió ir con algunos de los operarios libres, de los pocos que no tenían que regresar encadenados a sus calabozos, a la Chimba, a tomar unos potrillos de chicha, como solía hacerlo en los tiempos de su llegada a la Capitanía General, tiempos que ahora le parecían extrañamente lejanos, como si las experiencias anteriores, las de Roma o Madrid, e incluso la de bajar al puerto de Cádiz, cruzar el Atlántico, llegar desde el Callao a Valparaíso en los primeros días de enero de 1780, después de haber navegado desde el istmo de Panamá, se hubieran convertido en aire, en nada. Les ofrecieron una chicha de maíz, preparada, dijeron, por las indias de Curanilahue, un líquido de color opaco y de sabor algo ácido, con agujas. Macerado, contó alguien, un chistoso, en las encías sin dientes. Él preguntó por las cantoras de Petorca, las que se desgañitaban con el arpa y el guitarrón en aquellos

días irreales, y le contestaron que hacía tiempo que ni se merecían por estos lados.

—¡Qué raro! —exclamó—. Tengo la sensación de que la tierra se ha puesto movediza.

—Es que por aquí debajo pasa el río —dijo Timoteo, uno de los aprendices, hombre curioso, aficionado a las interpretaciones, a las consejas, a los anuncios—, y nosotros no nos damos cuenta.

Habían bebido tres potrillos grandes cada uno, acompañados de un picoteo invitado por Toesca, un causeo de patitas de chancho con cebolla picada y cilantro, y había caído la noche, sin música cercana, con un guitarreo remoto, gritos y lamentos en la oscuridad, ladridos de perros semisalvajes, hociconeos de chanchos, y una brisa molesta, cuando le tocaron el hombro. Era un sujeto vestido a la europea, pero más bien raído, mal agestado, con pelos lacios en la barbilla. Toesca, no sabía por qué, recordó a personas de su infancia, a diáconos y funcionarios subalternos, a mayordomos con las libreas gastadas y que se paseaban por salas sin muebles, con las tablas del piso rotas, con las cortinas comidas por la polilla.

—Venga, *signore* —dijo, y él se puso de pie y lo siguió a un rincón oscuro.

—Por cinco pesos —dijo el de los pelos lacios, con cara de hambre, agitando una hoja de papel en la mano izquierda—, es suya.

Él no protestó. Tampoco hizo preguntas. ¡Qué podía preguntar! Había reconocido la caligrafía en un santiamén, sin vuelta que darle, y había alcanzado, incluso, a leer «Juan Josef», de modo que sacó de un bolsillo interior los pesos fuertes, cinco, los contó, los entregó, y recibió la carta. «Fiada», leyó, acercándose a una vela, «en el amor de mi Madre te escribo ésta…» Y un poco más adelante: «Yo te dijera mucho, pero como no sé si llegará ésta a tus manos, no me atrevo; sólo te encargo que aconsejes a mi Madre que se deje de pleitos con ese loco…». Tiene razón, murmuró él para sí, con la vista velada, ¿y entonces, todo, este viaje, estos muros, el trabajo que no termina nunca?… Los peones lo miraban de reojo, callados, y de repente levantaban sus potrillos de chicha, pero lo hacían, ahora, con parsimonia, con el dedo meñique alzado. «… pues ya ni llorar puedo, de un mal que no me deja hablar, que muchas vezes me estoy confesando, y se me quita el habla, me salgo, porque no puedo proseguir…» Dio vuelta la hoja, convencido de que a él le sucedía exactamente lo mismo, y leyó las líneas finales: «… tal vez se me arrancara el Alma (el Alma, repitió él, con la boca reseca),

y a Dios, Negrito (Negrito, repitió), conviértete, no visites Chuquisas, mucho le pido a la Virgen por ti, que te haga un Santo, pero creo que no será en ese pellejo…».

Regresó al mesón y tuvo la sensación absurda de que los peones habían leído hasta la última línea. Y de que se habían mirado entre sí a propósito de Chuquisas, y de pellejo, y de quizás qué más. Él, en cualquier caso, pagó y se despidió.

—¿No quiere que lo acompañemos, maestro? —preguntó Timoteo, el de los vaticinios, el experto en el vuelo de los chercanes.

Toesca agradeció el ofrecimiento, pero partió solo, ansioso de releer la carta en la primera luz, debajo del primer velón de sebo que encontrara en su camino, a lo mejor a la entrada del puente. Al día siguiente se la pasó a su concuñado, Ignacio Andía y Várela, quien, con su afición a los estudios bíblicos, habría podido decirle algo, no sabía qué, pero Ignacio le puso una de sus manazas de oso en el hombro y no le dijo una palabra. Había leído con atención, arrugando el ceño, y hasta había sonreído para sus adentros con las líneas finales, pero interpretó la carta, sin duda, como un signo más, entre tantos otros, y los sentimientos de Toesca, fueran como fueran, le parecieron una minucia, un suspiro perdido en medio de una avalancha, de un derrumbe. Don José Antonio, en cambio, el mayorazgo, le aconsejó hacerse parte en el proceso que había iniciado misiá Clara Pando, no contra él, como se había creído en un principio, sino contra el obispado, por detención ilegal, y presentar la carta. Bastaría con esa prueba, dijo, para que le concedieran el divorcio perpetuo.

—¿No era eso lo que usted quería?

El respondió en forma vaga, porque la verdad es que no estaba seguro. Ni de eso, ni de nada. Y la carta había acentuado su inseguridad, su confusión, su rechazo repentino, pero, ¿de qué, de la claridad?

—En los tiempos que corren —afirmó don José Antonio, con entonación grave—, hay que actuar con la mayor firmeza. ¿No ha escuchado las noticias?

—¿Qué noticias?

—El año pasado les cortaron la cabeza al rey y a la reina de Francia. Con una máquina que llaman guillotina.

—¡Al rey de Francia!

Daba la impresión de que el mayorazgo Rojas, tan amigo de los filósofos, tan aficionado a los libros prohibidos, tan deslenguado en sus

secreteos y disparatado en sus proyectos, se había vuelto loco de susto. La ola revolucionaria, anunció, va a llegar hasta aquí, tarde o temprano, y ellos, nosotros, vamos a perderlo todo.

—¡Hasta el pescuezo! —añadió, haciendo un signo con la

mano.

En los días que siguieron, Toesca supo que se había empezado a ver al mayorazgo en las misas y que había empezado a frecuentar los saraos del gobernador y de las principales autoridades. Supo, también, que en aquellos mismos saraos se había visto a Juan Josef Goycoolea al lado de una niña de Rancagua adentro, heredera de extensas tierras de migajón puro. Es por eso, se dijo, que el Goycoolea no quiso recibir la carta: la dejó volando por ahí, y él pensó en la Manuelita encerrada en su convento de beatas, llorando todo el día, rezándole a la Virgen. Se sintió conmovido, pero no fue capaz, llegado el momento, de oponerse al escrito que preparó don José Antonio para presentar la carta en el proceso y pedir el divorcio a perpetuidad, *quod Thorum tí cohabitationem*. Entintó la pluma de ganso, contrariado, y firmó. Lo hizo con dolor en el alma, sintiendo que el mundo de ahora, después de tantas novedades, era mucho más sombrío que el de antes: el de los carnavales, los arcos de triunfo efímeros, las hogueras y hasta los cagaderos prohibidos de su infancia. Pegó un alarido, y ladraron algunos perros, y la Eufemia, la bruja, llegó a preguntarle si le pasaba algo.

—¡Nada! —dijo—. ¡No me pasa nada! —y la echó de su dormitorio a empujones, cerrando de un portazo.

Capítulo V

UNA MAÑANA sonó el teléfono y lo atendí en el aparato de la entrada, medio dormido, pensando, quizás por qué, que me iba a encontrar con la voz del historiador difunto, quizás con la de la Historia, ¡aunque un poco apagada! Pues bien, llamabas tú, y me preguntaste si había tenido alguna noticia «del Nachito». Ya llevábamos alrededor de ocho meses sin saber una palabra. Ni siquiera se había dado el trabajo de mandar una nueva tarjeta a sus amigos o a su cuasi polola.

—Ninguna —te dije—. Ni la menor.

Tú hiciste un ruido. Lanzaste algo así como un gruñido, o un suspiro. ¿Qué se habría hecho? ¿No lo habrían agarrado por ahí, en alguna operación entre policías vecinas, concertadas? Yo te dije que el inspector Jorquera, con su ayudante, con sus visitas discretas, con su amenaza nunca formulada, con sus ocasionales llamados, también se había esfumado.

—Todo esto me da muy mala espina —dijiste.

Yo estaba seguro, por mi lado, de que Jorquera, desde su torre de Kafka o de quien fuera, nos vigilaba con la más amorosa dedicación, con las tecnologías más modernas, porque en las dictaduras, lo que funciona mejor de todo es la policía secreta.

—Y esto sucede por igual —agregué, consciente de mi majadería, de que actuaba como el peor de los pisacallos—, en las de extrema izquierda, que a ti te seducen tanto, y en las de ultra derecha.

El comentario, como era previsible, porque nunca fallas, provocó tu irritación, tu protesta sorda, un resoplido de rabia mal sofocada. No quise decir que tenía miedo de que «el nene», afuera, se metiera, en

verdad, como parecía creerlo el inspector, en alguna actividad clandestina, algún grupo extralegal, armado, porque había partido con sangre en el ojo, con una de esas rabias frías, tenaces, que son tan suyas, a diferencia de los estallidos tuyos, que duran tan poco. No lo dije, porque en este punto preciso podíamos chocar, y porque suponía que las grabadoras, con el ojo turnio del inspector Jorquera detrás de ellas, trabajaban a toda máquina. Me preguntaste, entonces, si pensaba participar en la protesta de la noche, e hiciste la pregunta con un ligero acento de duda, lo cual implicaba, ¿no es verdad?, una sospecha, un conato de acusación.

—¡Por supuesto! —respondí, a pesar de que había odiado tu actitud de comisaria, de stalinista fina, o de cederista cubana tejedora de calceta. Claro está, ni tú, ni nadie, podía cambiar. ¡A estas alturas! Eras indestructible, dura como un alcornoque, ¡una pulga de acero!, y a la vez eras tierna, querendona. ¡Turbia y tierna!

—Llega antes de las nueve —pediste, y agregaste, para suavizar las cosas, porque veías mis reacciones debajo del agua—: ¡Al pisco sauer!

La jornada se instalaba en la esquizofrenia a toda orquesta, en la angustiosa división. Almorzaría con Mariana y con su marido, en casa de ellos, en su terreno, probablemente con amigos de ellos, gente que no tenía el menor hábito de hacer concesiones verbales, ni siquiera por cortesía. Seguiría con una visita a mi padre, que no vivía lejos de Mariana, y que todavía conservaba sus aristas, aun cuando melladas por la desmemoria, por el invierno de las arterias y de los reflejos cerebrales, estropeados, para colmo, como ya sabemos, a punta de culatazos asesinos, y terminaría en casa de Cristina, entre sus amigos y sus amigotes, sus barbudos y sus bigotudos, ¡golpeando cacerolas!

Pues bien, a la hora de los aperitivos en casa de Mariana, entre bargueños, fruslerías coloniales, tapicerías dieciochescas de segunda línea, aparte de uno que otro cuadro contemporáneo mal escogido, y bajo la mirada atenta de una pareja invitada, Manolo, mi cuñado, dijo que la protesta de la noche estaba muy bien organizada por los comunistas y sus numerosos aliados, que empezaban a levantar cabeza con más fuerza que lo necesario.

—¿Y no decían que los matamos a todos? —observó el invitado. Era un flacuchento de mal cutis, peinado a la gemina, nervioso, que intercalaba en la conversación los apellidos ilustres de sus antepasados. Su mujer era una rubia fortacha, alemana del sur, de aspecto inocentón, algo vacuno, pero que no habría desentonado en uniforme nazi. Ella asintió con vigor, con cara sería, insinuando sin ambages que la mano

del gobierno militar había sido, ¡qué duda cabía!, demasiado benévola.

Su fábrica, prosiguió Manolo, se había visto inundada en las últimas semanas de carteles, de proclamas, de llamados a la protesta, muchos de ellos redactados, dijo, por curas rojos, y fue ahí donde metí la pata a fondo, porque Mariana, beata y todo, pero, como digna hija de su padre y hermana mía, buena para el frasco, había entrado ya en su segundo pisco sauer, y yo asocié lo de curas rojos con las misas en la Catedral, en la Parroquia Universitaria, en tantas partes, y dije, no sé por qué, quizás por provocación, por desquite, o porque yo, por mi lado, para aliviar la tensión, había entrado no en el segundo de los piscos sino en el tercero, que desde mi llegada a Chile me había pasado en lo que ahora llamaban liturgias: por los asesinados en tal parte o tal otra, por los pobres campesinos masacrados en una mina abandonada.

—¿Pobres campesinos? —preguntó la alemana del sur.

Ya habíamos pasado a la mesa del comedor y habíamos empezado a tragar una crema de tomate servida en recipientes de porcelana fina, sobre manteles de color verde agua, frente a copas de cristal de un verde más pronunciado y que lanzaban destellos de toda clase, destellos de lujo. Mariana, para componer las cosas, le explicaba a sus invitados que yo no había estado en Chile durante los años terribles, que soy un intelectual que vive en la luna, como todos los intelectuales, y que mi ex mujer, que sí que era, ella, una comunista de lo peor, me había arrastrado, seguro, a misas de curas descriteriados, de falsos católicos, de comunachos infiltrados, quienes, después de golpearse el pecho y de cantar canciones religiosas a voz en cuello, salían en la noche a colocar bombas. Porque las famosas víctimas del régimen, al fin y al cabo, y desarrolló esta idea con la mayor dulzura, con la más encantadora de las sonrisas, no son seres normales.

—¡Son bestias! —exclamó la rubia de Puerto Montt, que no estaba para tantas florituras, y mientras lo decía me miraba a los ojos, desafiante. Después agregó que los famosos campesinos, los que yo, tan compasivo, ¡y tan huevón! (con esas palabras), llamaba «pobres campesinos», no eran campesinos ni nada que se pareciera, sino gente de fuera de los campos, terroristas del Brasil, de Bolivia, de Cuba, del MIR chileno, que no sabían distinguir una mata de cebollas de una de porotos verdes.

—Porque yo sí que soy campesina —me dijo—, pa' que va— yai sabiendo, huachito. —Y cuando los falsos campesinos se habían tomado el fundo de su padre, allá por Osomo, se habían, dijo, y puso una cara extraña, de mejillas infladas, para no tener que emplear la palabra

«cagado», porque no estaba bien decirla a la hora de almuerzo, en las alfombras y en los muebles de la familia, y habían matado un toro reproductor, finísimo, y se lo habían comido asado al palo, en el salón de la casa, y mientras comían y bebían, se entretenían en atravesar los retratos de sus antepasados con punzones.

—Lo mismo que hicieron —dije—, con los cuadros de la casa de un gran poeta chileno en los días que siguieron al 11 de septiembre.

La germana criolla y su marido, el de los apellidos antiguos, me miraron con una mezcla de asombro y hostilidad.

—¿Hablas de ese comunista ‘e mierda?

—Sí —dije.

—¡Por favor! —exclamó Mariana, indignada conmigo—. ¿Por qué no cambiamos mejor de tema?

Yo me puse de pie. Me limpié la boca con la servilleta de hilo esmeraldino, con toda calma. Dejé enseguida la servilleta junto al plato.

—Mejor —dije—, para que ustedes puedan conversar de sus temas con tranquilidad, me voy. Tengo un día muy recargado.

Mariana me miró con estupor, y la alemanota del sur, con sus swásticas virtuales en las hombreras, no alcanzó a reaccionar. Cuando abrí la puerta de calle, Manolo, mi cuñado, que había corrido detrás mío, me agarró de un brazo con fuerza.

—¡No puedes hacemos esto! —dijo—. Yo no los quería invitar contigo, pero son gente buena, aunque un poco simple, y ocurrió que están de paso en Santiago, y sólo tenían este almuerzo libre.

Forcejeamos un poco, y yo le conté que tenía hora al médico a las dos y media en punto de la tarde. Fue una mentira piadosa, y tuve la impresión de que Manolo, mi cuñado, decidía adoptarla. Fui de ahí a la casa de mi padre, y mi padre, que se hallaba en la sobremesa de su almuerzo, solo, y con los ojos encendidos por la ingestión de más de la mitad de una botella de *champagne* Valdivieso, me habló de inmediato, sin preámbulos, de su audiencia «con el Caballero», que se había postergado no menos de cinco veces, porque, como había que comprender, el Caballero tenía muchos otros problemas de que ocuparse, «aparte», dijo, «de los míos». Me habló, entonces, de los perros policiales que pensaba adquirir para mejorar la vigilancia de la casa, y de una pistola automática de la que acababa de hacerse propietario. ¡Una maravilla!, y la sacó del bolsillo y la contempló con expresión extasiaría.

—¡Cuidado! —exclamé, protegiéndome con las manos.

Llegué a mi casa como a las siete de la tarde, después del indigesto almuerzo y de la absurda visita, y me tendí en la oscuridad, sin conseguir ni un ápice de calma. Estaba alterado, fuera de mí mismo, y sentía que era víctima de contradicciones insuperables: las de la familia, por un lado, dividida hasta el hueso, y las del pasado y el presente, por el otro, porque el pasado, a veces, me impedía vivir en el presente, y a menudo me encontraba en la situación exactamente inversa. Para continuar en esta situación esquizoide, me saqué la corbata de seda, me puse una camisa de cargador de puerto y una chaqueta raída, y así, vestido de disidente, de intelectual de izquierda o de algo por el estilo, me dirigí despacio, rumiando proyectos no demasiado sensatos, al departamento de la calle Santa Lucía. Había una atmósfera tensa, llena de electricidad, en la calle, aun cuando en apariencia no pasaba nada: policías mujeres controlaban el tráfico en algunas esquinas; micros rechinantes, envueltas en bocanadas de humo sucio, obstruían los cruces, y la gente caminaba a sus casas con cierto afán, con caras tensas, pero con un afán o una tensión que no eran superiores, quizás, a los de una tarde cualquiera. A lo mejor, pensé, todo es un delirio, un invento: el afán, y la protesta en ciernes, y hasta la mente dividida.

Me pareció que había policías de civil cerca de la puerta del edificio de Cristina, hombres más bien jóvenes y que miraban al suelo, o que levantaban la cabeza, de repente, y escudriñaban por encima de los hombros, salvo que fueran ociosos, o que esperaran algo, o que se tratara de putos que se ofrecían a los automovilistas. Saludé al portero y ni siquiera me devolvió el saludo: tenía un pequeño televisor debajo de su mesa y parecía muy interesado en una teleserie. Llegué a sospechar que su mala educación era un castigo, algún reproche. En el departamento había un par de profesores que militaban en el PC. Estaba, además, Clara, la tendera del Portal Fernández Concha, lo cual me hizo recordar, por asociación de ideas, los tenderetes del costado sur de la Catedral en construcción, en los años de Toesca, de la Manuelita, del coronel de la casa de al lado, el de Milicias Disciplinadas del rey. Clara, la infaltable, gorda, efusiva, siempre cerca de las lágrimas, la mujer de pecho más caliente que yo había conocido, hablaba hasta por los codos, en un estado de excitación aguda. Junto a Clara, de pie, estaban el Nono, el Nonito, como le decía ella, y una hija que no le conocía, igual a ella, pero en versión pálida, esmirriada, enfermiza, y que cargaba con una guagua chillona y llena de mocos, con olor a pañales meados y a caca. Preguntaron, como era más que natural, por Ignacio chico, y Abraham, el Nono, observado por Cristina a los ojos,

declaró que el Nacho no era persona de detenerse en sus afanes diarios a fin de escribir una carta o hacer un llamado por teléfono, cosa que haría, sin duda, en caso de que se viera envuelto en «una huevada grave».

—*In articulo mortis* —dije, y Abraham, que había entendido la situación, dijo, por su lado, como antes había dicho yo en un contexto parecido: «*no news, good news*».

—¡Qué estúpido! —comentó Cristina, mientras me servía el segundo o el tercer pisco sauer, el séptimo o el octavo de mi larga jomada, pero ahora había que entonarse, como se debía, para tocar las cacerolas, que nos esperaban alineadas encima de la mesa de la cocina y al lado de sus respectivos cucharones.

—Los instrumentos de combate —dijo uno de los profesores, con el humor del militante viejo, abnegado, cauteloso, siempre dispuesto al sacrificio, y los demás se rieron con una risa que me pareció más bien lúgubre.

—Santiago Costamagna anunció que venía —dijo Cristina—, pero no sabía si antes o después del caceroleo.

Yo no creía que su señora, escamada por sus excesos, siempre en guardia, lo dejara salir, pero minutos antes de las nueve tocaron el timbre. El vozarrón aguardentoso anunció desde más allá de la puerta la aparición del viejo lobo de mar y de los más variados bares de este planeta. Santiago miró las cacerolas alineadas en la cocina, levantó los brazos y dio un estruendoso grito de victoria. En sus ojos había una luz infantil, una dicha envidiable, un algo arrebatado, apasionado.

—¡Va a caer! —vociferó, y los profesores, y Clara y Cristina, y el Nono, y la hija de Clara, aplaudieron, contagiados por su alegría.

El departamento de Cristina, frente al Santa Lucía iluminado, era una fiesta, una euforia, un chisporroteo, sobre todo después de que Cristina, conocedora de los gustos de Santiago, sacó de algún escondite una botella de Johnny Walker etiqueta negra casi llena. ¡En la sociedad comunista del futuro no se trataría, compañeros, de repartir la pobreza! Procedió, acto seguido, porque sólo faltaban segundos para las nueve de la noche, a apagar todas las luces y a abrir las puertas del balcón del frente y las del balconcillo de la cocina, en la parte de atrás, que tenía vista a los techos irregulares, renegridos, a una cruz ladeada y un reloj atrasado de las torres de la Merced, y a los crepúsculos de los cerros de la costa, los crepuscularios de un Santiago de suburbio. Algunas ventanas del otro lado del cerro, y unas cuantas de la parte de atrás, la

de los crepúsculos, permanecieron iluminadas, tercamente, se diría, como signo de adhesión al régimen, pero gran parte del sector quedó sumido en una densa sombra, y de pronto se escuchó un golpeteo múltiple, frágil, difuso, pero que se prolongaba, brotando como por arte de magia de todos los puntos del espacio, y se afirmaba, y hubo gritos lejanos en la oscuridad, y aplausos dispersos, pero firmes. Nosotros, Santiago, Cristina, los dos profesores, Clara y el Nono y su hija, yo, agarramos nuestras cacerolas y nuestros cucharones, que nos esperaban en la cocina en su formación de combate, o nos hicimos de un plato y una cuchara cualquiera, y nos sumamos al concierto nocturno y anónimo, riéndonos a carcajadas. Santiago lo hacía con notable ritmo, con energías juveniles, con gritos sincopados de triunfo. Nosotros, de vez en cuando, tomábamos un sorbo de pisco sauer, o uno del Johnny Walker negro, a manera de refuerzo. Cuando pasamos, después, al balcón del frente, el que daba al cerro, entusiasmados, olvidados, Cristina y yo, de nuestras propias divergencias, las sentimentales y las políticas, y hasta del inquietante silencio de Ignacio, batíamos nuestras cacerolas, nuestros platos, nuestros tiestos, a todo lo que daba la fuerza de nuestros brazos. Yo sentía que la acción, con su ritmo, con su estruendo, ayudaba a superar la contradicción, la división de fondo, la esquizofrenia virtual, eso de haber estado al mediodía donde Mariana y la empresa privada y el nazismo osomino, después con mi padre, con su delirio obcecado, y en la noche donde Cristina, con el Partido, y sus cercanías, y sus maneras. Y en ese momento, como para recordamos el principio esencial de la contradicción, escuchamos gritos de mujeres jóvenes que se desgañitaban en el piso de arriba, justo encima de nuestras cabezas, con vivas sonoros y un tanto chillones al capitán general, el sucesor remoto de don Ambrosio, el protector, a su vez, de Toesca. Ahora bien, aquellos gritos sonaban destemplados, desafinados, porque el vasto espacio aéreo, más allá de las masas arbóreas del cerro, había sido dominado por un caceroleo ubicuo, multiforme, coral, débil y a la vez incisivo, firme dentro de su debilidad, entre humorístico y grave. Por abajo, en las cercanías de la escalinata norte del Santa Lucía, la que culmina en un pórtico de ladrillos coronado por el escudo real confeccionado por Ignacio Várela para la Casa de Moneda, escudo que las primeras autoridades republicanas desplazaron de su sitio de origen, pasaba una cuca de carabineros, pero la calle, la escalinata, el cerro, estaban desiertos, y la cuca, el automóvil pintado de blanco y negro, con su luz roja intermitente, no tenía nada que vigilar, nada que indagar. No podía ponerse a suprimir a tiros las innumerables y

dispersas cacerolas, una por una, de manera que el símbolo de fuerza se transformaba en su contrario, en símbolo de impotencia.

—¡Ganamos! —vociferó Santiago, levantando una mano empuñada y bebiendo un sorbo de whisky puro, con una flexión cómica, con un gesto gozoso, y llegué a pensar que Cristina y sus profesores bajarían a la calle, se juntarían con otros y se tomarían, esgrimiendo cucharones, segadoras, fusiles guevarianos, la Moneda. Quizás sentí, en la confusión del instante, exaltación, euforia, pero a lo mejor tuve también una sensación de miedo: un miedo absurdo, pero instintivo, comparable al de don José Antonio de Rojas al enterarse de la muerte en la guillotina de Luis Capeto y de María Antonieta. Los extremos se parecían, sin la menor duda, y yo me acordaba de un poeta de provincia después del paso de la Revolución a sangre y fuego por una plaza de pueblo, de su íntima tristeza reaccionaria (como decía un verso suyo). Menos mal que el pensamiento no hablaba, y que mi ex mujer no tenía a disposición suya y de sus amigotes, o amiguetes, ¡una de aquellas máquinas que había inventado el doctor Guillotin!

Terminó el concierto de cacerolas, y yo, cargado con el lastre de estas cavilaciones, me despedí: de Cristina, que se había puesto más ojerosa y pálida que de costumbre, con un beso en la mejilla; de su amiga Clara, cuyos ojos resplandecían, ya que se había desquitado a punta de cacerolazos de tantas cosas; de Santiago Costamagna, el Neptuno de nuestras cavernas santiaguinas, quien me miró con ojos de súplica, ojos que decían: ¿por qué me abandonas, hermano, cuando la noche todavía es tan joven?; de los profesores, que me apretaron la mano con fuerza, pero desconfiados, sin la menor duda, recelosos; del Nono, que ya se veía en la ciudad del futuro, en el fin de los tiempos; de la hija de Clara, a quien no se le quitaba del todo su expresión triste, pero que se había animado con el caceroleo; de la guagua, a quien le toqué una mejilla tratando de esquivar los mocos, y hasta de la Petronila, la empleada de Cristina, que no había participado para nada en todo el episodio, como si se tratara de cosas de los demás, de los señores. Con disimulo de huasa de Niblinto, la Petronila era beata a la antigua, ajena a vicarías y a teologías de ahora, y, además de eso, un sí es no es militarista, por culto del orden, por instintiva desconfianza frente a los melenudos, borrachines, aprovecha— dores que le tocaba tan a menudo servir en la mesa de su patrona.

Mientras caminaba minutos más tarde por la calle Merced, rumbo al poniente, en un escenario alterado, pero donde algunas personas ya habían salido de sus madrigueras y habían empezado a circular como en

los días normales, me acordé, a causa de mi manía de hurgar en el pasado, manía que no excluye los episodios de apariencia más lateral o marginal, de la historia de la estampita milagrosa, suceso ocurrido en los últimos años de la Colonia y que acababa de encontrar en alguno de los expedientes de mi propietario anterior. El recuerdo repentino se debió, probablemente, al carácter aéreo, colectivo, frágil, de todo el asunto, y al hecho, quizás, de que la estampita de Nuestra Señora del Carmen de la Cañadilla, como el sonido de las cacerolas contestatarias, recogía en su movimiento, en su oscilación peregrina, y resumía, todo un conjunto de ilusiones, una esperanza, una pasión profunda, aunque quizás imprecisa, un indefinido deseo. ¡Cosas del pasado, pero también del día, de la hora, del presente y hasta del futuro! ¡Paradojas del tiempo!

Capítulo VI

LA CARTA de la Manuelita fue agregada por don José Antonio de Rojas, con todas las formalidades del caso, al proceso por prisión arbitraria que había iniciado misiá Clara Pando Buendía ante la Real Audiencia de Santiago. Pensaba don José Antonio que la misiva aquella, con toda su desvergüenza y todo su disparate, sería un argumento de peso para obtener la nulidad del matrimonio de Toesca. Misiá Clara, por su lado, alegaba que su hija había sido secuestrada en forma violenta, sacada de su casa a empujones, sin darle ni siquiera tiempo para preparar sus efectos personales, y llevada en una calesa a toda velocidad, bajo custodia de cinco dragones, y con grave peligro, por lo tanto, para ella, para su integridad, hasta un lugar siniestro y desolado, un Beaterío situado entre lechos secos de río y montañas desiertas. ¿Con qué derecho? Con ninguno, puesto que el señor obispo no estaba facultado para detener y para aplicar penas corporales por sí y ante sí, por mucho que un marido perverso, ansioso de quedar libre para dedicarse a su vida de libertinaje, se lo pidiera.

Misiá Clara era mujer entendida en tribunales, en expedientes, en actuarios y tinterillos. Le había tocado defender años antes a su marido difunto, don José, y había conseguido por un pelo, con grandes trabajos, salvarlo de la cárcel por deudas. El matrimonio de la Manuelita con el italiano recién llegado no había sido del todo ajeno a esa situación. El italiano recibía toda clase de encargos bien remunerados, de la Iglesia y de las autoridades seglares, de modo que la familia, cobijada bajo ese árbol, había conseguido capear el temporal. Después se había comprobado que Toesca, el italiano, solía encontrarse con don José, su suegro, en las chinganas de La Chimba; que no era

nada de malo, él también, para empinar el codo; que solía perderse en los recovecos del fondo, detrás de murallones de adobe, en compañía de una lavandera gordinflona, de brazos robustos, y que entonces regresaba a casa a muy altas horas, después de haber sido visto en el Puente, o en los alrededores del Basural de Santo Domingo, a la luz de los últimos reverberos, cuando ya empezaban a cantar los gallos.

Misiá Clara, en buenas cuentas, recurrió a tinterillos de los portales, como lo había hecho en los tiempos de don José, porque no podía permitirse el lujo de contratar a grandes doctores, y para financiar los gastos del proceso tuvo que ocupar sus últimos ahorros y vender una cuchillería de plata de Potosí que había pertenecido a su abuela o a su bisabuela. Al mismo tiempo estudió ella misma su caso, a pesar de que leía con dificultad *y veía* bastante poco: se quemó las pestañas, para que no le contaran cuentos, e impuso sus criterios, y cuando los magistrados se colocaron los pesados códigos, las voluminosas partidas, los mamotretos con las Leyes de Indias, encima de las empolvadas pelucas, en señal de sumisión a la autoridad de la Ley y de Dios, y antes de dictar sentencia, ella ya sabía que el obispo Sobrino y Minayo, con sus latinajos y sus pergaminos, con su cara de ternero mamón, había sido derrotado, y que la Manuelita estaría pronto de regreso.

Esto ocurrió alrededor de dos años después de que Toesca, por intermedio de Rojas, y de mala gana, con vacilaciones, agregara la carta adulterina de su mujer al juicio, misiva que había llegado a sus manos, explicó en su escrito al Tribunal, «por caminos irregulares y extraños». ¡Para decir lo menos!, exclamó el Narrador, y la Filomena le echó, de reojo, una mirada sabida, porque nada que viniera de su patrón le extrañaba mucho. En cualquier caso, la irregularidad de aquellos caminos, o la lascivia, la desvergüenza reveladas en aquella carta, tampoco autorizaban a Su Señoría Ilustrísima, por mucho empeño que le pusiera, para encerrar a su autora. Pasaron aquellos dos años, volaron, como quien dice, y don José Antonio de Rojas visitó una tarde a Toesca en su casa del costado norte de la Catedral en construcción, vecina del caserón de teja y adobe donde vivía el coronel Díaz de Salcedo, y le contó, entre otros asuntos de interés, que doña Manuela acababa de salir del Beaterío y estaba, desde ayer, dijo, o desde antes de ayer, en casa de su madre.

—¡Libre de polvo y paja!

Según sus datos, misiá Clara, con sus tinterillos y con su voluntad tenaz, estudiando mamotretos, hurgando en archivos, pateando las tablas de todas las administraciones, le había ganado el juicio a las

autoridades eclesiásticas de aquí a Penco. ¡Peleadora la viejuja! Y había que celebrar, añadió, nos guste o no nos guste en este particular caso, que la Iglesia ya no pueda usurpar las funciones propias del Estado, como sucedía en la Edad Media, aun cuando, la verdad, dijo todo esto con palabras mucho más enredadas, más herméticas, y mientras miraba por encima del hombro para los lados.

—¡La Manuelita! —exclamó Toesca, poco interesado en las especulaciones de su abogado y amigo, y sintió que aquella condición aguda de pérdida del habla que describía la carta, fechada en «Diziembre doze de setecientos noventa y tres» y firmada por «quien te estima, la Fernández», se le había contagiado. Y que los papeles se habían invertido. Porque ella estaba libre de polvo y paja, como había explicado el mayorazgo, y él, en cambio, estaba solo, y encerrado en su calabozo subterráneo, bajo una luz que llegaba desde un costado y no permitía ver el cielo.

Ahora bien, don José Antonio no sólo había escuchado decir y sabía. Se había dado el trabajo de pasar por la casa de la señora Pando y Buendía, que no quedaba lejos de la suya, había sido recibido con buenos modales, con venias de la vieja, con amabilidades de la Pepita, y había comprobado que doña Manuela, en efecto, se hallaba alojada ahí, libre, sana, y todavía bonita, de excelente ánimo, de humor luminoso. Una hora más tarde se encontró en los portales, en la dulcería de las señoras Rengijo, con el oidor Pérez de Uriondo, hombre, dijo, muy mi amigo, de toda mi confianza, y el oidor le contó que el rey en persona, desde su palacio de Aranjuez, le había ordenado que hiciera una gestión oficiosa, pero con la máxima dedicación, a fin de conseguir la reconciliación de la pareja.

—¿De qué pareja? —preguntó el arquitecto, con la boca abierta.

—¿De qué pareja va a ser?

—¿Y por qué? No entiendo.

—Usted, mi querido maestro, nunca entiende. ¡Para facilitar la paz en este reino del culo del mundo! ¿No ve, acaso, que los indios atacan apenas nos descuidamos, y que los holandeses merodean por la costa, y que los ingleses podrían entrar a saco el día menos pensado y tragarse todo? El rey quiere que usted prosiga sus tareas tranquilo, que construya sus monumentos, sus iglesias, sus tajamares y defensas de todo orden, sin que nada lo distraiga. ¡Ni el pelo de una breva!

—¿Y si nosotros, ella, por ejemplo, o yo mismo, no quisiéramos reconciliamos?

—Yo no le aconsejaría por ningún motivo, como abogado y amigo suyo —declaró don José Antonio, mirando las vigas del techo con expresión casi sacerdotal—, que le ponga reparos de ninguna especie a los deseos de Su Majestad. ¿Usted me entiende?

—Sí —dijo él—. Le entiendo.

Pocos días más tarde entró a la antesala que le habían señalado de antemano, en el palacio de piedra de cantería, de artesonado y envigado de alerce, de enrejado y balconaje de la forja de los talleres de Ignacio Andía y Várela, palacio que él mismo había entregado hacía poco, en solemne ceremonia, con bendiciones, proclamas, estandartes, música de trompetas, y escuchó la voz conocida, la de siempre, cantarina, criolla, conmovedora, levemente zetosa y arrastrada, en una sala vecina. No pudo evitar que los ojos se le pusieran húmedos, que su cuerpo se sacudiera, que las piernas nudosas, envueltas en calzas negras, le temblaran.

Cuando lo hicieron entrar, la vio a contraluz, frente a los altos ventanales que él mismo había diseñado, bella como nunca, con los rasgos un poco más acusados. Tres o cuatro canas salpicaban su cabellera oscura, que todavía, a pesar de aquel detalle, se veía sedosa, abundante, espléndida. Miró al oidor Pérez de Uriondo, con quien había coincidido en más de algún sarao o ceremonia y que lo esperaba con gesto adusto, con su venera de plata en el pecho esmirriado, y le hizo una venia. Con palabras escuetas y tranquilas, que no carecían de elegancia, con acento de procedencia virreinal, entre castellano y de por acá, el oidor explicó el motivo de la entrevista. Su Augusta Majestad deseaba que él, Joaquín Toesca y Ricci, y su legítima esposa, Manuela Fernández de Rebolledo y Pando, olvidaran sus pasados agravios, sin detenerse en culpas, en castigos, en recriminaciones, animados por el espíritu superior del perdón, por su incomparable dulzura, y se reconciliaran. Si así lo hacían, Su Majestad, desde su sitial en el centro del Imperio, recibiría la nueva con suma complacencia. Se avecindaban tiempos difíciles, el siglo, cerca ya de su final, navegaba por aguas turbulentas, y no era bueno que la paz de este Reino se viera perturbada por rencillas menores.

El oidor cesó de hablar y miró a Toesca a los ojos. Toesca, a su vez, miró a doña Manuela.

—¿Acepta usted, señora —le preguntó el oidor a doña Manuela, a sabiendas de que el arquitecto e ingeniero ya había aceptado—, por la salvación de su alma, y para contribuir al mejor servicio de las obras de Su Majestad en estas tierras?

Ella, con la cabeza, mirando por un segundo la luz que venía de la calle, hizo un movimiento tímido de aceptación, un gesto inconcluso.

—¡Perfecto! —exclamó el oidor—. Preparamos los papeles, entonces, y usted, maestro, pasa a firmarlos a partir de mañana en la tarde o de pasado mañana. Lo mismo que usted, señora.

Él puso cara de pregunta, aun cuando estaba dispuesto, más que dispuesto, a cumplir con todo lo que le pidieran, y el oidor le explicó que tendría que desistirse por escrito, con todas las formalidades legales y canónicas, de su petición de divorcio perpetuo *quod thorum tí cohabitationem.*

Era evidente, desde luego, para el oidor (y para todos nosotros) que Toesca estaba feliz, en el colmo de la dicha, y que doña Manuela salía de un abismo y había perdido la voluntad de oposición, de lucha, para bien, quizás, de todos. ¡Con tal de que le dure!, se dijo, y le sugirió al marido reconciliado, con una indicación de los ojos, que abrazara a su esposa. Nosotros pensamos, y el Narrador, enfrascado en sus expedientes, en sus cronicones, también lo piensa, que los rumores que corrían sobre el noviazgo de Juan José de Goycoolea con la Inés Echazarreta, la Nata, rica heredera de la localidad de Graneros, tierras de migajón puro, pastizales risueños, patronales largos, ayudaron, sin duda, a consumar esta reconciliación. Daba la impresión de que la Manuelita, golpeada, castigada, había claudicado, había depuesto esa especie de furia que la acompañaba para todos lados, esa furia y esa burla, esa carcajada repentina, y había encontrado en su corazón el arrepentimiento verdadero, como esperaba con optimismo el acucioso don Francisco Pérez. Toesca, en cualquier caso, la abrazó con intensa emoción, y ella hundió la cabeza en su pecho. ¿Le tenía susto, ella? ¿Había en alguna parte de su corazón arrebatado, ardiente, una chispa o más de una chispa de amor por él? Nosotros sospechamos que sí. Manuela Fernández de Rebolledo, la Fernández, era capaz, por sobre todas las cosas, por debajo de su fiereza, de ternura, de generoso amor, de arrebatado perdón. Había terminado, al cabo de pocas semanas, por amar a los perros, a los gatos, a los burros y hasta a los conejos del Beaterío. A la beata llavera y a la beata cocinera. A la beatita del camastro de al lado, con la que dormía muy abrazada, porque así se defendían de la soledad y del frío, que en los inviernos era de pelarse. Amaba, incluso, cuando no estaba demasiado enojón, al señor vicario, don Antonio, quien profería gritos destemplados por los patios y por los claustros, pero sabía sacarle acentos celestiales al coro de las beatas, acentos que acompañaba de mano maestra con los modestos tubos del

órgano de la capilla, fabricado por un indiecito de los alrededores de Pichilemu.

¿Por qué no? Lo más probable era que ella, cuando le había puesto solimán en los espárragos, sólo hubiera querido darle un susto. Y vengarse de su sombra cetrina y ajena, que la seguía por todas partes, o cancelar dicha sombra, pero sin necesidad de que él desapareciera para siempre. Cuando llegó en compañía de Toesca a la casa de siempre, junto a la Catedral, frente a los puestos que no veía desde hacía más de dos años, que habían crecido mucho, y donde se produciría poco después, se dijo el Narrador, el milagro de antigua memoria, misiá Clara, que conocía de antemano el desenlace de la audiencia en el despacho del oidor Pérez de Uriondo, estaba parada en la puerta, enzarzada en una discusión con un vendedor de sandías. Apenas la divisó a la vuelta de los andamios, dejó de discutir, abandonó una sandía recién calada y se acercó tranqueando, dando gritos de contento, a abrazarla. A Toesca, al tieso de Toesca, lo agarró y le dio un par de besos en las mejillas. Cuando cruzaban el portón del jardín, le susurró a la Manuelita al oído:

—Me acaban de contar que Juan Joseph se casa.

—Ya lo sé —respondió ella en voz baja—. Pues, ¡que se case! Y que se vaya dónde le dé la gana. Yo recé mucho por él, pero no quiso escucharme. ¡Ni él, ni naiden!

Capítulo VII

YA HEMOS visto que el Narrador, en la noche de la primera protesta de las cacerolas, mientras caminaba por la calle Merced rumbo a la Plaza de Armas, se acordó de repente, sin saber muy bien por qué, quizás por el carácter casi irreal que había tenido el caceroleo colectivo y nocturno, del suceso de la estampita milagrosa ocurrido en Santiago en la segunda mitad del siglo XVIII, a fines del año 1786, para ser más precisos, y por lo tanto en los primeros tiempos de la historia de Toesca y la Manuelita, tres años y algo más después de su matrimonio, y mucho antes, por consiguiente, de los episodios del Beaterío de Peumo y de la reconciliación de los esposos. El suceso fue recogido por cronistas contemporáneos, ya que conmovió, según parece, a toda la Colonia, y ha sido narrado por historiadores y escribidores tardíos. El dueño difunto del departamento de la Plaza había seleccionado y subrayado los papeles y las páginas relativas a la estampita, lo cual podría revelar que pensaba escribir un texto, quizás un libro entero, pero no estamos en condiciones de saber si puso o no manos a la obra. El Narrador, durante su caminata, mientras alguna gente salía de sus madrigueras, después de la protesta, y se metía en las fuentes de soda, en cafetuchos piojentos, en cines con olor a meado y a substancias más dudosas, ¿a semen, a secreciones sanguinolentas?, se dijo que la empleada de Cristina, la Petronila, cuyo encogimiento de hombros frente al golpeteo de las cacerolas ya hemos captado, habría creído, en cambio, a pie juntillas, con fervorosa convicción, en el carácter sobrenatural de lo que había ocurrido con la estampa de Nuestra Señora del Carmen. Según las crónicas, la estampa fue arrebatada por un golpe de viento de las manos de un mercachifle que la vendía (el primer

narrador del episodio, contemporáneo de los sucesos, emplea precisamente la palabra «mercachifle», término que todavía formaba parte del vocabulario del padre del Narrador, don Ignacio), en uno de los puestos del costado de la Catedral, y se suspendió en el aire a poca altura, sin que nadie, ni el mercachifle, ni los mirones que se juntaron al poco rato en buen número, pudieran echarle mano ni bajarla, a pesar de que se sacaban los ponchos y se los tiraban. La estampita, después de esquivar la embestida de los ponchos, se dirigió lentamente, con un leve revoloteo, al centro de la Plaza, a un lugar donde había una pila de tierra, puesto que la Plaza de aquellos años estaba lejos de tener las estatuillas, los senderos pavimentados, los bancos pintados de verde, los domesticados jardines de ahora. Mucha gente subía por la pila de tierra, con la intención de alcanzarla, pero la estampita se elevaba, cambiaba de sitio, bailoteaba en la altura y bajaba, como si se estuviera burlando de sus perseguidores.

La Plaza de Armas de aquel día de la primavera de 1786 se llenó pronto de curiosos, y algunos señalaban los ventanales del obispado, porque decían que el obispo don Manuel Alday en compañía de algunos de sus acólitos, desde atrás de unos cortinajes, observaba el milagro. Al cabo de un rato, la estampita tomó más altura, como si calculara que el exceso de mirones la ponía en peligro, y la gente empezó a perder la esperanza de alcanzarla. Suponemos que el mercachifle calculaba que se había triplicado, por lo menos, su precio, pero que ya no estaba tan seguro de poder recuperarla. Hubo un momento en que bajó bastante, lo cual fue recibido con exclamaciones, chiflidos, aplausos, pero después volvió a subir en forma vertical, atraída por una fuerza misteriosa, y al fin se quedó suspendida, fija, tan alta, de acuerdo con uno de los testimonios, que «sólo se distinguía como un pajarillo, abiertas las alas». El testigo tenía, no cabe duda, imaginación poética, sentido de la metáfora. Según algunos, permaneció así durante más de un cuarto de hora, según otros, durante horas enteras, y otros afirmaron con movimientos vigorosos de la cabeza que dos o tres días, pero al fin, y en esto coincidieron todos, o casi todos, inclinó su dirección hacia el norte, a bastante altura, perdiéndose por momentos de vista. Cruzó, por fin, el río, que se encontraba en uno de sus puntos más bajos, un hilo de barro, mientras la multitud corría por los alrededores del basural, atravesaba el Puente de Cal y Canto y la señalaba dando gritos. Al cabo de un rato descendió en forma vertical, con regular lentitud, y se posó a unos dos metros de distancia del suelo, sobrevolando cardos y malezas, en un paraje medio abandonado de la Cañadilla de la Chimba.

En su lugar de la Cañadilla, que pronto fue demarcado con una cruz de palo y que distaba cerca de doce cuadras, con el río de por medio, de la Plaza del Rey, la estampa de Nuestra Señora del Carmen, que pasó a llamarse del Carmen de la Cañadilla, permaneció inmóvil, aunque dotada de un ligero temblor, de algo así como un aleteo, e iluminada por un nimbo sobrenatural, que algunos veían con la mayor nitidez y que otros, hombres de poca fe, simplemente no veían, y a las pocas horas de estar ahí, desde su altura inalcanzable, porque algunos, obcecados, habían insistido en tratar de agarrarla, y la estampita se había levantado con un impulso grácil, para volver a descender despacio, con una especie de soberana ironía, con enseñanza implícita, le había devuelto la vista a un ciego, había hecho caminar a un par de cojos, había conseguido que el hijo de una lavandera tuerta, borrachín incorregible, regresara a la casa de su madre y tomara unos tecitos de hierba para limpiarse la sangre.

El Narrador busca entre sus papeles y comprueba que la estampita inició su vuelo en el «afortunado día» 13 de octubre del año 86, detalle que demuestra, de paso, que el 13, en contra de lo que se sostiene por ahí, es número de suerte. Descubre, enseguida, que don Manuel Alday, el entonces obispo, personaje que representa en muchos aspectos lo mejor del pensamiento ilustrado en su versión provinciana, chilena, y que fue, como ya sabemos, quien contrató a Joaquín Toesca para viajar a Chile y ocuparse de los trabajos de la fábrica de la Catedral, el Alday este, don Manuel, que en los retratos tiene una cara filuda y cazurra, concedió cuarenta días de indulgencia a las personas que rezaran el Credo delante de la «venerada imagen». ¿Lo hizo con distancia, con criterio de filósofo cínico, pensando en la conveniencia de alentar las expresiones populares de la fe religiosa? No es improbable que haya consultado el asunto con los delegados del Santo Oficio de Lima y que ellos le hayan dado su visto bueno. El Narrador no tiene informaciones precisas a este respecto, pero encuentra en los papeles recopilados por su antecesor otro detalle interesante. El infatigable obispo, hombre de acción, no de divagación ni de contemplaciones, ordenó construir una enramada alta, que simulaba un pequeño templo, a fin de proteger la imagen de las inclemencias atmosféricas y de dar un poco de comodidad a los fieles.

En buenas cuentas, murmura el Narrador, la Petronila, la empleada de Cristina que se quedó encerrada en su dormitorio y no tocó las cacerolas, ¡ella no estaba para leseras!, habría creído, sin la menor duda, en la estampita milagrosa, y Cristina y sus amigos, desde luego,

no habrían creído ni una sola palabra, a pesar, se dijo el Narrador, de que eran tan proclives a creer en cuentos de hadas de otra especie. Él sospechaba, en cambio, que misiá Clara Pando y sus dos hijas creyeron a pie juntillas, y se imaginó que la Manuelita se hincaba en el jardín de su casa, o en el patio de la primera de sus prisiones conventuales, y le rezaba, transida de fervor, pidiéndole, quizás, que le conservara a su Juan Joseph, a su Negrito, durante largos años. Las demás recogidas también rezarían, de rodillas en tierra, y las monjitas de los conventos que le había tocado o que dentro de poco le tocaría conocer, y los aguateros que vendían su mercancía a la entrada del Puente, los albañiles, las puesteras de mote con huesillos y las cocineras de pequenes y de chicharrones, y las chuquisas, como decía la Manuelita, de las chinganas de la Chimba, y cerca de las chuquisas, pero sin mezclarse con ellas, las señoras de la mejor sociedad, que acudirían seguidas de sus negritas con el cojín de raso, a fin de no tener que colocar las rodillas en la mugre, y más de algún funcionario, sobre todo dentro del estrato inferior de los contratados criollos, casta que tenía una necesidad mayor de creer en milagros, ansiedades mayores. El Narrador, entre la cagarruta de sus balcones, miraba el sitio donde se había posado la estampita en su vuelo inicial, encima de las copas de los pimientos y las pataguas de ahora, o veía hincarse a todos aquellos personajes sobre la maleza de la Cañadilla de la Chimba, o sobre ladrillos que algunos de ellos habían transportado para mortificarse, y los veía rezar durante horas, golpearse el pecho, hacer mandas, con la piel de la cara bañada por un sudor ácido.

El que no creyó, por supuesto, fue don José Antonio, quien estaba lejos todavía de asustarse a causa de las noticias de la revolución en Francia.

—Esta pobre Colonia —vaticinó—, seguirá siendo Colonia toda la vida. Cada vez que los curas tengan un problema, tirarán una estampita al cielo.

—Es que el pueblo —replicó el arquitecto—, necesita milagros. En mi infancia, en las vacaciones que pasábamos en la Toscana, en las tierras de mi madre, escuché cosas parecidas. Y en el campo español, en el trayecto a Sevilla y a Cádiz, también, muchísimas veces.

—Son pueblos bárbaros —decretó don José Antonio—, ignorantes, y mantenidos en la barbarie en forma deliberada. Pero nosotros, aquí en Chile, podríamos libramos de todas esas patrañas.

—¿Usted cree?

—Sí —dijo don José Antonio—. Estoy seguro.

Añadió que a él, al maestro, lo notaba dubitativo, ¡más que dubitativo!, y las dudas no eran del gusto de don José Antonio de Rojas, ni de su cuñado Manuel de Salas, ni del pequeño círculo de los que leían libros prohibidos, encuadernados adentro de tapas de catecismos o de misales. El tiempo de las dudas, y el de las sombras, el de las curvas retorcidas, había quedado atrás, parecía que para siempre. Por eso, se dijo Toesca, se imponen las paredes limpias, las ventanas simétricas. En él persistía, a pesar de todo, un gusto por las comisas escalonadas, un rechazo de lo enteramente uniforme y lo enteramente plano y liso. Es que vengo, pensó, de lo sombrío, de la mezcla de la belleza y de la mierda, mezcla que aquí, en mi destino de ahora, por diferentes caminos, tiende a reproducirse.

Afuera se escuchaban gritos, carreras, llamados, relinchos, y en los árboles del fondo del huerto cantaban los pájaros a coro, los zorzales, los chercanes, los choroyes. Eran ruidos en estado bruto. No eran conciertos de ninguna especie. A don José Antonio, con su manía organizadora, explicativa, le habría encantado que la vida, y sobre todo el futuro, pudieran desarrollarse de acuerdo con una partitura impecable, pero Toesca, a menudo, se sentía extasiado por el rumor informe de las calles, de las plazas, y por la naturaleza, que era una emoción infinita, un sistema de columnas, una correspondencia que no terminaba, y que le parecía, a pesar de sus crueldades inconscientes, de sus ocasionales cataclismos, una emanación del Ser Divino.

—Es por eso que usted lo pasa tan mal —afirmó don José Antonio—. El caos primigenio lo atrae en forma excesiva.

—El caos primigenio es el fuego —respondió Toesca—. ¿No se había dado cuenta?

Don José Antonio lo miró a los ojos. Quizás en qué pensaba. Quizás pensaba en la vida secreta del maestro, en las extrañas historias de la Manuelita, en los rumores contradictorios, difíciles de creer, que corrían por ahí, por los portales y hasta por las sacristías. En aquellos años, en los tiempos de la estampita, antes de que el escándalo arreciara y quedara en evidencia.

Capítulo VIII

EL DESOCUPADO LECTOR ya conoce más de algo, y desde las primeras páginas, a Cristina, la ex esposa del Narrador. Sabe que es una mujer dura, de fondo, para qué lo vamos a negar, resentido; una mujer más bien belicosa, con una pasión política de izquierda o de extrema izquierda que adquirió en años juveniles, en parte por idealismo, por contagio, en parte, del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, el de la avenida Macul, y en parte de su padre y de los amigos de su padre, pasión que nada ni nadie ha conseguido quitarle. Pertenece a una especie humana que todos hemos conocido en Chile, en especial durante las últimas décadas, y que muchos hemos llegado a detestar: la de los dogmáticos, la de los discutidores eternos, la de los revolucionarios autoproclamados. En Cristina, sin embargo, había paliativos. Como en todo el mundo, podríamos añadir. Tenía, de repente, matices, lados con los que no habíamos contado. Era capaz, por ejemplo, como le consta al Narrador, de revelar una veta afectiva, arrebatos de conmovedora generosidad, gestos, incluso, de ternura delicada, y no sólo con la gente de su bando, con las señoras que llegaban desde las poblaciones a cumplir con alguna consigna, a transmitir un recado, a recibir consuelo, y que habían perdido al marido, a un hermano, a un hijo, en los años más terribles, sino también, en determinados casos, y por extraño que esto parezca, con seres que no calzaban del todo dentro de sus esquemas ideológicos: una tía momia, hermana de su padre, o una compañera de curso que tenía un retrato del general, ¡el capitán general!, en el living de su casa, retrato que colocaba contra la pared, por respeto humano, por cortesía, cada vez que Cristina le anunciaba visita. El Narrador, por otro lado,

también sabe, ¡cómo no lo va a saber!, que ella fue alguna vez, en la década gloriosa de los sesenta, una mujer atractiva, llena de vida, de simpatía contagiosa, cuando quería caer simpática, y que ahora, en los comienzos de su cincuentena, en el otoño de su descontento, para no hablar todavía del invierno, conservaba restos deteriorados, pero todavía reconocibles, tangibles, de los encantos de antaño. El Narrador odiaba su obcecación, su cerrazón de mollera, como solía decir, su dificultad para escapar de ciertas ideas adquiridas, que pronto asumían en ella la condición de ideas fijas, pero solía caer, a pesar de eso, bajo la antigua seducción, envuelto en las placenteras redes de otros tiempos. ¡Su sed de afecto, su corazón anhelante y vacío, lo traicionaban! El tema de la ausencia de Ignacio chico, el de la inquietante, sospechosa falta de noticias suyas, relacionado con las indagaciones más bien discretas del inspector Jorquera, había originado toda clase de conflictos entre ellos, puesto que Cristina, dividida entre el miedo maternal y el furor político, tenía frecuentes reacciones que sacaban al Narrador de quicio. Solía, por ejemplo, descontrolarse y dar gritos contra los milicos, gritos escandalosos, casi peligrosos, y él, frente a ese despliegue inútil, se abría de brazos y parecía decir: ¿y si el niño está metido en alguna cosa, en alguna actividad clandestina, hasta la punta de la nariz, y si lo agarran, y si nos agarran a nosotros para llegar hasta él? ¿A quién vamos a convencer de que no sabemos nada, de que no tenemos ni su casilla de correo, de que nunca hemos conseguido comunicamos con él por teléfono, a pesar de todos los intentos? De todos modos, contra todo, Cristina se empeñaba en hacer algo, agarraba de repente el fono y llamaba a la embajada de Chile en Brasilia, ¡para que se rieran en su cara!, o le preguntaba al Narrador si no convendría conversar con el inspector Jorquera, o entrar en contacto con algún dirigente clandestino de la Manuel Rodríguez, extremos absurdos, y él, perplejo, abrumado, insistía en que no había nada que hacer: tener paciencia y esperar, nada más, y confiar en que el joven, más que seguro, conociendo sus habilidades, su astucia, su sentido de la ubicación, estaba mucho mejor que ellos mismos.

Había provocado, pues, la ausencia del hijo común, su enigmático silencio, todos aquellos roces, aparte de una dificultad en el trato del Narrador con su propio padre, ya que mucho temía, en su fuero más íntimo, que las suposiciones del inspector Jorquera no carecieran de fundamento, y si su padre o su hermana llegaban a enterarse, era probable que no movieran un solo dedo para defender al joven o para defenderlos a ellos. Don Ignacio, en su espíritu atrabiliario, con rasgos

repentinos de emotividad, podría, quizás, vacilar, pero ella, Mariana, con la Congregación de la Fe y la Confederación de la Producción y del Comercio a sus espaldas, no vacilaría ni un segundo. ¡Quedarían cortados todos los puentes! ¡La guerra quedaría declarada! También ocurría, eso sí, en determinadas circunstancias, en horas nocturnas, en boliches de Bellavista, con ayuda de pisco sauers cabezones o de botellones de vino tinto, que el asunto sirviera para crear momentos de reconciliación con Cristina, manos que se encontraban debajo de la mesa, miradas ambiguas, confirmaciones del antiguo adagio: donde hubo fuego, brasas inevitablemente quedan, aun cuando cubiertas por la ceniza de los años, por la nieve del tiempo, y el Narrador, conmovido, canturreaba un tango de la vieja guardia, y los vecinos de mesa, que lo habían visto, *a* lo mejor, en alguna fotografía, esbozaban una sonrisa cómplice.

Una mañana de domingo de fines de primavera o de comienzos del verano, a las siete o un poco antes, Cristina lo llamó por teléfono, no en su tono habitual, en un estado de verdadero trastorno, de pánico mal controlado, y le contó que un hombre con fuerte acento brasileño la había llamado pasada la medianoche y le había dicho que traía un recado del Brasil. ¡Del nordeste del Brasil!

—Te llamé al tiro, hecha una loca, pero no contestabas, y después traté de dormir un poco.

—¿Habías tomado mucho trago?

—¡Nada! ¡Pelotudo! ¡Ni una sola gota! Estaba tan sobria como estoy en este minuto. Pero desesperada. ¡Hecha mierda! El tipo, al final, quedó de venir hoy. Le pedí el nombre, un teléfono, pero no me dio nada, y prometió que se presentaría hoy sin falta, entre las siete y las ocho de la noche.

Él no lo dijo, pero calculó que la comunicación había sido interceptada y que la gente de Jorquera, mucho antes de las siete, ya tendría el departamento de Santa Lucía bajo riguroso control. Llegó hasta ahí, de todos modos, antes de la hora, a esperar en compañía de ella, como un condenado más, a pesar de que el estado de ánimo de ella le infundía ganas de escapar, de volver a enfrascarse en sus papeles, de poner un abismo de distancia en el espacio y en el tiempo. A veces pensaba que el pasado era un cajón de sastre o un basurero, y otras veces lo imaginaba como un limbo, y hasta como una droga. A todo esto, ¿dónde estaría el infaltable, el insondable inspector: detrás de alguna ventana del otro lado del cerro, o en los pasillos del edificio, o en su oficina de los altos de alguna pirámide cercana, con las cintas de

las grabadoras girando en el silencio?

—Paranoia pura —comentó el Narrador.

—¿Y qué quieres?

Después de esperar más de una hora, hacia las ocho y media de la noche, el Narrador, con una sonrisa un poco amarilla, dijo que se podrían tomar, después de todo, para aliviar la tensión, un pisquito sauer. Ella, que fumaba un cigarrillo detrás del otro, ojerosa, hundida en un sillón deshilachado, se encogió de hombros. ¡En la casa no había ni pisco! El, entonces, Ignacio el Segundo, conocido en algunos círculos como el papá del Nacho, en otros como el hijo de don Ignacio, con cara de resignación, bajó por el ascensor y trató de escrutar de reojo la expresión del portero del edificio. Después, antes de salir, fingió que se acomodaba la chaqueta, que se subía las mangas de la camisa, y recorrió la calle con la vista, de un extremo a otro, por si detectaba a sujetos en actitud sospechosa. Llegó a la conclusión de que los pocos transeúntes del domingo, en ese cruce de calles polvoriento, sin destino, parecían, por un motivo o por otro, espías, o soplones, o terroristas. ¡Hasta los niños vagos! ¡Hasta las dos o tres ancianas que iban o regresaban de alguna de las misas vespertinas de la parroquia cercana de la Veracruz! Cruzó el nudo de calles con relativa dificultad, a pesar de que la escasez de tráfico facilitaba la tarea, riéndose un poco, porque captaba el lado absurdo de su propio personaje, en medio de la inmundicia en suspensión, de la fealdad sólo combatida y redimida por la vegetación del cerro, y adquirió en el almacén de una de las esquinas, que no cerraba nunca, una botella de pisco Tres Erres, o Control, o Lirquén, o algo por el estilo, y en un puesto callejero, a un vendedor gordo, chico, de boina, que sólo tenía tres dedos gruesos en una mano y dos en la otra, le compró un kilo de limones, porque en el departamento de Cristina, bien provisto de tabaco, y de fiascos de medicina a medio consumir, y de folletos y panfletos políticos, capaz que tampoco hubiera limones. Un viejo pederasta de pelo pintado de amarillo, conocido suyo de épocas universitarias, conversaba en una esquina con un par de muchachos de poblaciones, enfrascado, al parecer, en una negociación complicada. Tres o cuatro personas esperaban micro, con la vista perdida en un fondo de calle desierta, en una torre de iglesia cuarteada.

—¡Este brasileño del carajo nos dejó plantados! —vociferó Cristina al abrirle la puerta.

Él se puso un dedo en la boca para avisar silencio. Entró a la cocina cargado con sus paquetes, con la cabeza baja. En la calle había podido reírse solo durante un par de segundos, pero aquí ya no se reía.

—¿No será una broma pesada? —preguntó.

—¿De quién?

—¡Anda tú a saber! Del propio Ignacio chico. A lo mejor estaba junto a ese teléfono, riéndose de nosotros…

Cristina, con el pucho humeante en los labios, se puso a exprimir limones. Era, por un momento, la encamación de la acidez, como si el jugo de los limones la definiera, y el sabor amargo de la nicotina. Lo miró por encima del hombro, murmurando: ¡Hijito! ¡Perrito! ¡Papito! ¡A qué extremos de cretinismo has llegado!

A las nueve y doce minutos sonó el teléfono. Hirió los tímpanos, e hizo que los corazones cargados, asustados, se pusieran a dar saltos. El brasileño de los llamados anteriores, con acento pastoso, dijo que se había quedado enredado en el barrio alto. No sabía que Santiago era una *cidade* tan extensa, y con tanto tráfico, pero ellos, en cualquier caso, *voces*, podían encontrar a Ignacio en el teléfono de su piano bar de la salida de Recife. Les repitió el número tres o cuatro veces y les aseguró que Ignacio siempre estaba ahí, sobre todo a partir de las doce de la noche. Ellos, explicó, vale decir, *nois*, eran dueños del piano bar *aquele* por mitades.

—¡Un piano bar a la salida de Recife! —exclamó el Narrador. A estas alturas, tenía los pelos de la cabeza disparados, las mejillas tumefactas, los ojos encendidos como luminarias, con ojeras como surcos.

—¿Por qué no? —dijo Cristina—. Sabíamos que Recife era su último paradero. Y si se puede vivir en Santiago de Chile, ¡en este infierno!, rodeados de soplones y de torturadores, por qué no se va a poder vivir en Recife, o en cualquier otro lado. —Y le pasó un vaso lleno hasta los bordes con la espuma del pisco. Se lo pasó con emoción, con la voz enteramente apagada por la ronquera, con algo así como una ternura última.

—Pruébalo… y si tiene demasiado azúcar, me lo dices para arreglarlo.

No tenía demasiado azúcar, y cerca de las diez de la noche, cuando ya se acercaba la hora de hacer el llamado a Recife, porque se les ocurrió, de repente, en su atolondramiento, consultar la diferencia horaria, y descubrieron que allá iban a dar las doce, el Narrador se sintió borracho, con la lengua trabada, con la cabeza insegura, dominado por la imperiosa necesidad de echarse algo, cualquier cosa, al buche. Propuso que bajaran a comer un sándwich en el barrio, como si quisiera, en su fuero interno, posponer la dichosa llamada, y ella: ¡qué

capricho más absurdo! A las diez en punto se encerró en la cocina, y él sintió el eco de los números, que resonaban, apagados, en el aparato del dormitorio. Hubo una conversación, y Cristina, al rato, regresó con cara extraviada.

—Me dijeron que era ahí —explicó en un susurro—, y que en general se lo encontraba en el bar a esa hora, pero que ahora está de viaje en Manaos hasta la mitad de la semana.

—¡En Manaos! Y tú, ¿qué dijiste?

—Que nada. Que llamaría otro día.

—¿Y quién decimos que llamó? —preguntó la voz brasileña.

—Nadie.

—¿Nadie? —¡Nadie!

—Tú, ahora, frente al Nacho —comentó él—, has pasado a llamarte nadie.

—Y me seguiré llamando nadie, si es necesario. ¡Para que no se me esconda!

—¿Qué diablos estará haciendo en Manaos?

—Es lo mismo que le pregunté a la persona del teléfono.

—¿Y qué te contestó?

—Que había ido a ver si se podía comprar la famosa Ópera de la ciudad, construida en la época del caucho. ¡Para instalar una discoteca de lujo!

—Son bromistas en ese piano bar, por lo visto.

—¡Sí que son bromistas! —exclamó Cristina, y tuvo una luz alegre en la cara por primera vez en varios días.

En ese preciso minuto sonó el teléfono de nuevo y ella corrió a la cocina. Regresó como a la media hora, con expresión estragada, sin alegría ninguna.

—¡Prende la tele! —chilló.

La televisión estaba en el dormitorio. Ella se tendió en la cama, agobiada, fumando.

—¿No estará metido en esto?

—¿En qué? —preguntó él, y cuando las imágenes del viejo televisor en blanco y negro se aclararon, vio la carrocería incendiada de un Mercedes Benz, enseguida la de otro, y motocicletas de la policía, ambulancias con sus faros intermitentes y con sus sirenas, y un cadáver tapado con una manta y transportado en una angarilla. Un alto funcionario, después, con cara lisa y pálida, con gesto grave, anunciaba

al país que a raíz del atentado criminal, que revelaba a las claras el poder de organización de los enemigos internos y externos de la patria, se había decretado de inmediato el estado de sitio y se había reimplantado el toque de queda a partir de las doce de la noche.

—¡El viejo se salvó por un pelo! —dijo él.

—¡Será verdad? Me tinca que lo organizaron ellos, para volver a controlarlo todo.

—¿Cómo?

—Sí —dijo, y lanzó el humo al techo con fuerza extraordinaria—. Para volver a torturamos y a desaparecemos.

—¿Y no decías, hace un minuto, que podía estar metido el Nacho?

—¡El Nacho está en Manaos —gritó Cristina—, comprándose una Ópera vieja!

El Narrador, el hijo de don Ignacio y el padre de Ignacio chico, se agarró la cabeza con las dos manos. Ella, en ese minuto, pegó un salto y un grito ahogado. Creyó que había escuchado el ascensor, y pasos, enseguida, frente al departamento.

—Si tocan, significa que vienen a registrar la casa. Y a buscamos.

—¡Cálmate! —pidió él.

—¿Por qué no llamas a ese amigo tuyo de la CNI?

—¿Qué amigo?

—El inspector ese: el que te visita en tu casa.

El Narrador se acercó a la ventana y apoyó la frente en los vidrios. El proyectil, lanzado por una bazuka, explicaba un locutor, dio en el vértice del automóvil de Su Excelencia, encima de los faros del lado derecho, y en lugar de explotar, saltó hacia un lado, porque de lo contrario…

Volvió a sonar el teléfono. Llamaban para contarle a Cristina que un compañero y amigo suyo, militante antiguo, había sido sacado de su casa a punta de pistola, por gente de civil, delante de su mujer y sus hijos, y que seguramente ya lo habían liquidado de un par de tiros.

—¿Y para qué te cuentan eso? —preguntó el Narrador.

—Porque tenemos necesidad de estar informados.

—Yo que tú descolgaba el teléfono. Total, ¿qué sacas?

—Quédate a dormir aquí —dijo ella. No fue una petición normal, y no tenía implicaciones amorosas de ningún tipo. Fue un llamado, una súplica, la confesión de un desamparo completo, de que toda su aparente fuerza se había derretida

—Me quedo —murmuró él—. No te preocupes. —Y se sacó los zapatos con una sacudida de los pies. Fue a la cocina en calcetines y se zampó un par de vasos de pisco puro, de dos golpes. Regresó, y ella se había desplomado en la cama, pálida como una muerta, con un temblor extraño, como si le hubieran bajado tercianas. Él se acercó y ella lo abrazó con brazos como garfios, sin dejarlo respirar.

—Tengo un miedo pánico de que esté metido hasta el cuello —susurró—. ¡Hasta el Iaco!

—No creo —dijo él.

—¡Claro! —gritó Cristina—. ¡Tú! ¡El que nunca cree!

Él se hincó junto a ella y no halló nada mejor que apoyar la cabeza en su vientre, que estaba un poco hinchado y blando.

—Mejor durmamos —murmuró, acariciándole el cuerpo—. ¡Hijita!

Capítulo IX

NO SABEMOS qué pasó en los días que siguieron a la reconciliación ordenada por el rey de España. Suponemos que Toesca continuó con su ritmo intenso de trabajo, con sus conversaciones ocasionales, que siempre dejaban resquicios abiertos, con sus lecturas de los clásicos. Y el genio vivo de la Manuelita, su corazón de alcachofa tibia y tierna, ¿qué rumbos tomaba? Poco tiempo después de firmar los papeles del oidor Pérez de Uriondo, Toesca fue llamado a palacio. El secretario de Encomiendas, por encargo expreso de Su Excelencia el presidente y gobernador, le ordenó que organizara una expedición para encontrar un nuevo paso a Mendoza por la cordillera de los Andes. De ser posible, tendría que salir dentro de los próximos tres o cuatro días.

—¡Tres o cuatro días!

Eso había dicho el gobernador excelentísimo. Ése era su ferviente deseo. Quería que él, Toesca, al mando de un piquete de no más de cinco o seis personas, dos o tres arrieros experimentados, tres o cuatro indios de servicio, buscara el paso más expedito y más cercano a Santiago del Nuevo Extremo, con el fin de unir esta ciudad con las provincias del lado oriental de la cordillera. Había que facilitar, explicó el secretario, el comercio terrestre, y mantener a las provincias del otro lado bajo la dependencia de la nuestra, ya que Buenos Aires, la capital virreinal del Plata, quedaba tan lejos.

Él llegó a su casa, en el atardecer, después de haber tomado las primeras disposiciones, con el ánimo por los suelos, porque le encantaba caminar por valles y por lomajes, cerca de los ríos, pero detestaba los senderos montañosos, y las orillas de las quebradas le producían vértigos terribles. Vigilaba sus obras hasta en los menores

detalles desde abajo, incluso con ayuda de un catalejo, pero si se trepaba a los andamios le venían mareos y vómitos y tenían que bajarlo entre varios. Encontró a su mujer, la Manuelita, sentada en una silla de paja en el fondo del huerto. Tenía el pelo agarrado en un moño y miraba para un lado, con la expresión de extravío que él conocía muy bien y que no presagiaba nada bueno. Pensó contarle lo del encargo del gobernador, pero prefirió dejar la noticia, ¡mala noticia!, para más tarde. Iba a pedirle a la Josefa y a Ignacio que se ocuparan de ella, que la entretuvieran un poco. Y al mulatón Ambrosio, que se había puesto viejo y andaba con la cara chupada, con varios dientes de menos, con una tos que lo sacudía entero y que lo llevaría pronto a la tumba, le rogaría, con la mayor discreción de este mundo, en un susurro, colocándole un peso fuerte entre las manos, que pusiera el ojo, que tomara buena nota de los tenorios, los barbilindos, los espadachines y guitarristas que se pusieran a merodear por las cercanías.

Manuelita, a todo esto, ausente, ida, miraba los gorriones, los picaflores, las loicas de pecho colorado. ¡Pscht!, le hacía él, y ella ni siquiera sonreía. Al otro lado de las estacas de separación, entre las hileras de almácigos, cerca de un espantapájaros vestido de fiesta, uno de los hijos del coronel Díaz, un muchachote que había pegado un estirón y que tenía, advirtió él en ese momento, ojos hermosos, profundos, caminaba por entre los surcos, mordisqueaba alguna brizna de hierba, se agachaba para arrancar alguna frutilla, seguido por un par de perros acalorados. No se vaya a fijar en él, pensó, ahora que el pillo de Goycoolea se encontró con una heredera rica, porque los ojos del joven tenían una belleza extraña, que lo perturbaba. ¿A él antes que a ella?, se preguntó el Narrador. No era, sin embargo, más que un niñato, y ella, después de todo, tenía canas encima de la frente, y los rasgos de la cara, pensativa, hermosa, extrañamente silenciosa, se le habían acentuado.

—Cuídenmela, por favor —les pidió, sin hacer el menor esfuerzo para disimular el tono de súplica, de angustia, a su cuñada, la Pepita, y a Ignacio—: Miren que la noto tan frágil, tan expuesta, después de su encierro.

—Vamos a rezar por ella —prometió Ignacio, a quien se le había puesto cara de iluminado, de místico, y que había empezado a descuidar sus piedras, sus forjas, los grifos y las almenas de sus escudos, notaba Toesca, por estudiar papelotes, profecías, parrafadas de las escrituras.

—Sí —insistió él—, recen, recen todo lo que puedan. Pero, además

de eso, acompáñenla, cuídenla, sáquenla de paseo.

Pero no sabía, en realidad, si quería que la cuidaran o que no la cuidaran; que la dejaran, más bien, provocar la alarma de los delegados de la Inquisición de Lima, y terminar así de humillarlo, de hundirlo. Ya que, entre morir en una quebrada cordillerana o envenenado por ella, apuñalado por ella, ¿qué prefería? En los años remotos de Roma había tenido una madre bondadosa, quejumbrosa, aficionada a rezar por cada uno de los miembros de la familia, y una cocinera de ojos rasgados, medio orientales, de brazos robustos y grandes tetas, que degollaba gallinas con una especie de placer maligno, mientras él, desde el umbral, sin atreverse a cruzarlo, la miraba con la boca abierta, con baba en la comisura de los labios. ¿Había llegado el momento, ahora, de levantar un pie y trasponer el umbral? ¿Esperaba ahora, con el mismo placer, con la misma inquietud confusa, el degüello propio? Al mulatón, en voz muy baja, enrojeciendo, tartamudeando, olvidándose de repente, después de tantos años, de hablar en castellano, le dijo que se fijara en el hijo menor de don Domingo, el coronel. Lo notaba agrandado, haciéndose el arrastrado, y en el fondo del huerto, escondida entre las estacas y la zarzamora, había una portezuela sin llave.

—Le voy a poner un alambrito —dijo el mulatón.

—¡Un alambrito! —replicó Toesca. Estuvo a punto de darle un bofetón en la cara. Todo lo arreglaban en la provincia chilena con un alambrito. Y después, cuando se producía el derrumbe, el desastre, quedaban de lo más sorprendidos.

—Voy a ponerle una cadena, entonces, con un candado.

—¡No sé! —exclamó Toesca—. ¡Déjala abierta, quizás! —y añadió una frase en italiano que Ambrosio, el mulatón, y el Narrador, si es por eso, no alcanzaron a interpretar.

Seis o siete días más tarde, Toesca daba la orden de iniciar la marcha a las cinco de una madrugada del mes de enero, es decir, como se preocuparía de explicar en una carta a su tío el obispo, en pleno verano del hemisferio sur, después de haber pernoctado con los tres arrieros y los dos indios de servicio, Pascual y Camilo, en la cercanía de sus mu— las, con todos sus flamantes pertrechos, en los faldeos de los cerros de La Dehesa, al pie de un riachuelo torrentoso. Se internaron por senderos que parecían aptos para las mulas y que uno de los arrieros decía que conocía, pero que Pascual, el indio mayor, miraba con gestos de molestia, como si se tratara de una pista equivocada. A media mañana habían subido a gran altura, por un desfiladero que se

estrechaba y dejaba pasar con dificultad la luz del sol, y las huellas de los senderos por momentos desaparecían. Sólo quedaban rocas sin la menor vegetación, lustrosas, con superficies planas como pizarras, y el abismo, a la izquierda de la caravana, cada vez más escarpado y más profundo. Él le preguntó a Pascual, el indio, si creía que iban bien, porque él y Camilo, el indio más joven, avanzaban callados, mirando el roque— río con expresiones torvas, mientras los arrieros trepaban por las rocas y azuzaban a las mulas, indiferentes a las piedras y a los cascotes que rodaban al vacío.

—No creo, patroncito —dijo Pascual—. Si seguimos por aquí, nos vamos a caer nosotros, con mulitas y todo.

Uno de los arrieros escuchó y miró para atrás con mal gesto. Explicaría, después, que Toesca, el maestro, en lugar de consultarles a ellos, se entendía con un indio bruto, que

no sabía nada de la cordillera. Abajo, entretanto, al fondo, corría un arroyo angosto, una cuchilla de agua, pero el rumor de la corriente no alcanzaba a llegar hasta ellos. Arriba se levantaban catedrales de piedra, aristas, formaciones que salían como espolones, como arbotantes, o que penetraban en el corazón negro, y se divisaba un poco más allá, a unas tres horas de marcha, porque era un avance lentísimo, en que las mulas afirmaban cada pata temblorosa antes de dar el paso siguiente, las nieves eternas, el cielo azul, cristalino, glacial, donde ya se insinuaba el fulgor dorado del atardecer, y el vuelo majestuoso, pero remoto, visible apenas, de los cóndores. Las patas sacaban chispas azules en las rocas, duras, tiesas, recorridas a la vez por un estremecimiento interno, una sacudida, y uno de los animales, más cargado que los otros, con aparejos más pesados, tembló entero, movió las patas traseras en un saliente de roca resbaladiza, inclinada, sin conseguir apoyo, y las movió enseguida en el aire, con ojos desorbitados, extrañamente congelados. El vio la mula en el instante mismo en que se despeñaba, arrastrada por el peso de su carga, patas para arriba: el golpe, al fondo, fue como la caída de un saco de papas en una bodega lejana, en un agujero.

¡Quién le había mandado salir de su casa, de su refugio! El Narrador supone que se hizo la pregunta muchas veces, y que la Manuelita, en alguna medida, formó parte de la pregunta. Ella representaba el lado placentero, pero no menos engañoso, tramposo. El tan mentado Nuevo Mundo era así, una trampa movediza, de colores varios, y él se había dejado arrastrar. Se sintió agarrotado, con la boca pegoteada, y tuvo la sensación de que su corazón también se paralizaba, de que caía en un abismo doble. El arriero más grueso, más fornido, trató de levantarlo

por los codos. El leyó en sus ojos la codicia, la desesperación, puesto que habían cobrado un adelanto, pero si no pasaban al otro lado, si no volvían con el problema del camino a Mendoza resuelto, perdían el premio gordo, la bolsa llena de pesos fuertes.

—¡Suélteme! —gritaría Toesca, descompuesto, verde, comprendiendo que estaba rodeado de un puñado de locos, de bestias, porque las otras bestias, las mulas, y los dos indios, eran más de confianza, más dulces, y los arrieros, en cambio, descontrolados, podían arriesgar la vida y tirarlo a él al vacío para quedarse con aquellas cargas de plata. Cuando esto ocurría, la noche, con un viento helado, que cortaba la piel como cuchillo, ya estaba encima. Él ordenó que acamparan en un hueco entre las rocas, y a la mañana siguiente dio la voz a gritos, calculando que los arrieros podían asesinarlo y que su única defensa serían los dos indios, Camilo y Pascual, de regresar a Santiago.

Más tarde, ya de vuelta, los arrieros entregaron su versión de las cosas. La de Toesca fue exactamente contraría, e invocó en su apoyo los dichos de los dos indios, testimonio que no servía, por supuesto, de nada. El caso es que entró a su dormitorio con escalofríos intensos, con castañetear de dientes y fiebre alta, alrededor de ocho días después de haber emprendido la marcha, y se sumergió entre las sábanas, después de haber pedido que le colocaran encima de las colchas pesadas mantas de Castilla. Se hundió, temblando, feliz y miserable, convencido de que la muerte, por primera vez, le había susurrado algo al oído, había dejado sentir, en el desfiladero, y ahora en su dormitorio, alrededor de las cortinas, un aleteo.

Le preguntó a la Palmira, la tonta, que había entrado a recoger sus bártulos, sus calzoncillos sucios, sus botas embarradas, por la señora, y ella dijo que no sabía.

—Como usted no avisó que llegaba…

—¿Dónde está?

Ella dijo que suponía que estaba en la casa de misiá Clara.

—¡Anda a buscarla! —rugió él, tosiendo, atravesado por dolores como puñales.

Al poco rato, en lugar de ella, apareció don José Antonio de Rojas. Se asomó al dormitorio con cara de circunstancias, con un chaleco verde con espigas doradas en la panza, detalle que a Toesca, dentro de su estado de melancolía, le pareció divertido, y le advirtió que lo iban a someter a proceso. Los arrieros habían presentado una acusación en

contra suya ante el Tribunal del Consulado. Andaban contando por ahí, en los portales, en los puestos de mote con huesillo de la entrada del Puente, en los tenderetes de cerca del Basural, que él había dado la orden de regresar sin ninguna necesidad, de puro gallina, y ya se murmuraba que el Tribunal iba a condenarlo a devolver la plata, porque la expedición le había costado demasiado al Tesoro. ¡Que no se creyera, el muy ladino, el bachichís, el extranjís, que era cuestión de vivir encerrado, garabateando papeles, dando una orden por aquí, otra por allá, y cobrando!

—Pero usted no se preocupe, maestro —dijo don José Antonio—. Yo lo voy a defender. Voy a explicarle al Tribunal, que está formado por una tropa de ignorantes, por qué todos los artistas tienen la obligación de sufrir de vértigo.

—Lo malo —dijo Toesca—, es que me voy a ir cortado (expresión, suponemos, que había aprendido en la Chimba), por culpa de este maldito vértigo, y los edificios, las iglesias, las torres, se van a quedar a medio levantar.

—Y sus discípulos, ¿para qué están?

¡Los discípulos! ¡No se le había ocurrido! Y lo dijo con el corazón devorado, con los pulmones acezantes. En ese preciso momento divisó a la Manuelita detrás de don José Antonio, tranquila, compuesta, con los ojos profundos, y poco le faltó para sufrir un síncope. Con gesto de bruja, la

vieja Eufemia espiaba desde el fondo del corredor, y ella, la Manuelita, se adelantó, hizo una inclinación de cabeza, y se arrodilló junto a la cama.

—¿Qué le pasó, señor?

—Y tú, Manuelita, ¿dónde te habías metido?

—Ya sabe —dijo el mayorazgo Rojas, despidiéndose desde la puerta —. Cuídese. Y no se preocupe de esos miserables…

—¿De dónde vienes? —insistió él.

—De la casa de mi mamita.

Toesca mandó llamar al mulatón Ambrosio, en la noche, cuando la Manuelita ya se había ido a dormir en la pieza del fondo, y el mulatón, con sus labios chupados, le confirmó que ella, mientras él andaba por la cordillera, había conversado mucho con José Antonio, el hijo del coronel Díaz. ¿Cómo? Pues, por encima de la empalizada, entre los huecos, con la cabeza pegada a la portezuela del fondo.

—Y él, ¿se metió alguna vez a esta casa?

El mulatón bajó la cabeza. Miró el piso de tablas con sus ojos amarillentos.

—¡Contesta!

—Sí —dijo, y al cabo de un rato añadió que las tres últimas noches, como a las doce. Se había encaramado por la portezuela, había saltado por la ventana del dormitorio del fondo…

—¿Y?

Y se había metido, explicó el mulatón, con cara de idiota, en la cama de la señora.

—¿Tú los viste?

—Sí —confirmó él. Se había acercado a la ventana desde el jardín, sin hacer el menor ruido, ¡para vigilarlos mejor!, y los había divisado por entre las rendijas.

—¿Qué estaban haciendo?

El mulatón Ambrosio enarcó las cejas. No era muy bueno para hablar, quiso decir: no era lo que más le gustaba.

—Está bien —murmuró el arquitecto, agotado de cansancio, y le ordenó que se fuera a dormir y que no le dijera una palabra a nadie. ¡Ni a la Eufemia, ni a su propia sombra!

Desapareció el mulatón en la sombra del huerto. No volvimos a tener noticias suyas durante meses. En cuanto a él, apagó el velón de sebo y se quedó hundido entre la ropa de cama, con los ojos abiertos en la oscuridad. Pensó en levantarse, pero estaba seguro de que el hijo del coronel, a diferencia de Goycoolea, no se atrevería a entrar cuando él estaba en la casa. A la mañana siguiente, por la Eufemia, supo que el coronel, hacía un par de noches, había armado una tremenda trifulca en su terraza, a gritos, con el sable desenvainado, bajo la luz de la luna, vociferando insultos contra él, por ateo, y contra su mujer, por puta, que ahora se había puesto a corromper a su hijo, y que iba a pedirle al gobernador, y al obispo, y a Su Majestad el Rey, si era necesario, que los pusieran en la cala de un barco, encadenados como alimañas, y los desterraran para siempre, I O que se los entregaran al Santo Oficio para que los quemara vivos! ¡Porque había que hacer escarmiento! Y había pegado un sablazo en una puerta, y casi la había echado abajo, y después había entrado en su casa, y los perros se habían quedado ladrando en la noche, como desesperados.

Capítulo X

TOESCA posiblemente pensaba que la arquitectura era una defensa contra el tiempo, un dique de contención o algo parecido. Una defensa precaria, en todo caso, y que al final se desmoronaba. Pero de ahí venía su apego a los materiales nobles, a la piedra de cantería, a los ladrillos de gran tamaño, trabados con piedrecillas seleccionadas, aguas de vertiente, cales de Polpaico, de las caleras del mayorazgo Rojas, y claras de huevo. Su concuñado, Ignacio Andía y Varela, trabajaba la piedra y el fierro, materiales también destinados a durar, pero tenía una visión diferente, en cierto modo más ambiciosa. Sabía que la arquitectura y el tiempo no podían estar enfrentados, disociados, por mucho que los arquitectos soñaran, y le gustaba preguntarle a Toesca sobre las viejas catedrales que había visto en Europa, y oírlo hablar de la poesía de las ruinas, de las enredaderas que se abrían paso por encima de techos carcomidos, de las columnas rotas, de los arcos interrumpidos, fantasmas que se destacaban en los horizontes crepusculares, con su belleza inútil. En las ruinas, explicaba Toesca, el artista final y decisivo no ha sido el hombre, ha sido el tiempo, y Várela, sudoroso, con el martillo y el cincel en las manos, se quedaba con la boca abierta. ¡Pobre Toesca!, pensaba: Después de ver tanto, ¿quién le mandaría meterse por estos lados?

Él creía, como don Manuel, su primo jesuita, y a diferencia de Toesca y de sus amigos, a quienes la razón razonante, la obsesión de la época, les cortaba las alas, que en algún momento no demasiado lejano, y quizás al final del siglo, para lo cual ya no faltaba mucho, llegaría el Mesías en toda su gloria, tal como lo anunciaban una cantidad de signos concordantes, que sólo no veían los ciegos, y que el tiempo, entonces, se

terminaría. Y los secuaces de la Bestia, que andaban por todas partes, disfrazados de contadores mayores, de agrimensores, de obispos, de capitanes generales, serían confundidos y probablemente pulverizados por una tempestad de rayos, o devorados por la tierra en algún terremoto. Lo creía, pero no lo decía, ya que don Manuel, su primo, había caído en desgracia y había sido expulsado, como los demás miembros de su orden, y él estaba obligado a defender el pan de su mujer y de sus hijos.

A propósito de Toesca, el Narrador observa que el fin de su vida, por lo menos en el desarrollo de este relato, coincide con la última etapa de la dictadura de los tiempos presentes. La protesta de las cacerolas, en cuyo estallido inicial lo vimos participar desde la cocina de su ex mujer, sólo fue un anuncio, una manifestación curiosamente leve, aunque de una levedad contundente, si se puede hablar así, y que el Narrador, con su memoria fresca de antiguas crónicas, comparó, tuvo el capricho de comparar, con el milagro de la estampita de la Virgen del Carmen, suceso no menos frágil y que también dividió, sin embargo, a los habitantes del Reino de Chile, haciendo sentir a muchos que algo había terminado y que otra era comenzaba. A partir de aquella primera protesta, sencilla, en cierto modo irreal, empezó a producirse un proceso de aceleración, una marcha contradictoria, con avances y retrocesos, atisbos de libertad y reapariciones súbitas de la barbarie, de manera que la gente como Cristina y sus amigos de izquierda o ultraizquierda, e incluso la gente como el Narrador, debido a su pasado comunista, pecado original que nunca se limpiaba, y a su parentela sospechosa, al hijo extrañamente desaparecido, no podía sentirse del todo segura. Era una aceleración comparable a la que se produjo en los últimos años coloniales, a partir de sucesos tan diversos como la conspiración de los Antonios, que parecían dos, en un comienzo, pero que la Historia bautizó más tarde como de los Tres Antonios, con lo cual el mayorazgo, el amigo de Toesca, resultó al final comprometido, y, desde el punto de vista de la Revolución, beneficiado, santificado, o como el caso de la estampita voladora, cuyos efectos en el alma criolla, sin distinción de clases, llegaron a inquietar a la Administración de la época. El Narrador (y nosotros con él, a pocos centímetros de distancia, mirando por encima de su hombro) se rasca la coronilla, mira por la ventana, observa el balcón por donde se asomaba en los últimos años de su vida don Arturo Alessandri Palma, con su nariz de cachiporra, sus grandes orejas, su bastón a la espalda, y deja el juicio en suspenso. Así, pues, entre calmas engañosas y recaídas de la violencia, degüellos

atroces y repentinas balaceras, pasa el tiempo, y nos encontramos de pronto en vísperas del plebiscito del año 88, de agosto de 1988, para ser precisos. El plebiscito, que decidirá si el dictador se queda en su asiento de la Moneda o se va con toda clase de resguardos, con sus espaldas bien protegidas, pero dejando paso a un presidente elegido, es el principal tema de conversación, desde hace algún tiempo, en todos los sectores del país, los de un bando y los del otro. Es, además, como podrá imaginar el lector más o menos avispado, motivo de apasionadas discusiones entre Cristina y el Narrador, puesto que ella todavía no abandona, y la verdad es que no abandonará nunca, aunque se desplomen todos los Muros habidos y por haber, su estilo comunista, su manera ideologizada, apasionada, intransigente, de interpretar todas las cosas, y considera, por lo tanto, como consideraba su partido en todo el comienzo de la campaña, que participar en el plebiscito significa entrar en el juego de la dictadura, en buena medida, legitimarla. Cristina, en el fondo, cavila el Narrador, es persona confiable, buena mujer, lo cual resultará ampliamente comprobado en las horas que se aproximan, pero al mismo tiempo, piensa, es una jodida, una furiosa, una Pasionaria de estos lados, y el Narrador sabe que la familia suya, desde luego, con Mariana a la cabeza, Mariana y su boina, y sus misales, y sus acciones de la Bolsa de Comercio, no la tragará nunca.

Ha pensado en la familia porque acaba de encontrar en el cuaderno del teléfono, en la caligrafía torpe de la Filomena, el nombre de Mariana, y se ha dicho de inmediato, con una emoción extraña, con la sensación siempre inédita de los desenlaces definitivos, que deben de ser malas noticias de su padre. Ha calculado bien: Mariana le quería decir que su padre había perdido la conciencia la noche anterior, y que el médico de la familia, un optimista por naturaleza, como a él le constaba, y que tenía una confianza casi sobrenatural en las energías congénitas de don Ignacio, el papá, como decía Mariana, esta vez, después de un prolongado examen, había concluido que la situación era de una gravedad terminal. A don Ignacio, había dicho, sólo le faltan horas para entrar en un estado de precoma, si es que ya no ha entrado. Ella se tomó, entonces, la libertad de llamar a un sacerdote de su confianza (no necesitó decirle que don Ignacio, poco aficionado a misas y liturgias, y desconfiado, además, en años recientes, de los curas rojos, siempre se había proclamado católico y apostólico), y hacía pocos minutos le había puesto los santos óleos, vale decir, le había administrado el sacramento de la extremaunción.

—Voy corriendo —musitó el Narrador, y se cambió de traje y se

puso corbata en cuestión de segundos, dejando sus papeles tirados.

Mariana lo recibió en la salita contigua al dormitorio principal, donde había fotografías de ellos en su infancia, de hombros pegados, de expresiones entre burlonas y reconcentradas, en un patio del fondo de la misma casa, o junto a un estero, debajo de un sauce; de doña María Luisa, su madre, que había muerto de una fulminante leucemia hacía veinte años (¡veinte años!, exclamaba él: ¡qué horror!); de sus abuelos matemos y paternos, iluminados y a la vez desteñidos, y hasta un gran retrato al óleo del bisabuelo, recién llegado al país, el fundador de la rama paterna de la familia, enmarcado en cortinajes rojos plegados y con un puerto chileno de mediados del siglo XIX, veleros y rompientes, una costa montañosa, ¿Coquimbo, Valparaíso?, como escenario de fondo. ¿De manera que la vida de su familia era una representación teatral, con un acto por cada generación, y necesitaba del correspondiente decorado, lo cual permitiría concluir que Ignacio chico, el Hijo, el Nieto, el Bisnieto, se había cansado de actuar y se había fugado, o se había propuesto colocar una bomba en la escena decisiva, un *Deus ex machina*, pero al revés de los cristianos?

Exit don Ignacio, el Hijo y el Padre, el Abuelo, se dijo ahora, al entrar, después de diversos preámbulos, a la habitación, y al divisarlo de perfil, hundido en la cama, con la boca semiabierta, con la nariz fuerte y los demás rasgos acentuados por la enfermedad, erosionados, y al escuchar el ligero estertor, al observar las manos gruesas, huesudas, probablemente parecidas, se dijo, a las de Ignacio Andía, el oso, el picapiedras, aun cuando nadie menos aficionado que don Ignacio a los estudios herméticos, a los vaticinios apocalípticos: manos que sin duda habían sido fuertes, voluntariosas, pero que ahora, cruzadas encima del pecho, unidas sin saberlo a un crucifijo, mostraban las coyunturas y los huesos salientes, la piel hundida, manchada, y de repente se movían, se agitaban, como impelidas por una ligera descarga, última señal de la vida que se extinguía.

Pensó en Cristina, la intrusa, la llegada de otro planeta (según decía su madre ya en aquellos años, y según decía todavía Mariana), y en la desaparición inquietante de Ignacio chico. Se deslizó entonces, en puntillas, sin decir una palabra, hasta el teléfono de la salita contigua, junto a la fotografía de hombros pegados y ojos turbios, y marcó el número del departamento de Santa Lucía. Después de dar la noticia, añadió, con entonación más bien torpe:

—Era bueno, me pareció, que tú lo sepas. Por muy separados que estemos…

—¡Por supuesto! —respondió ella, y él comprendió que había incurrido en un error de cálculo, en una vacilación infundada, puesto que ella, en contraste con él, se puso las pilas de inmediato, como habrían dicho Ignacio chico y sus amigos, como también solía decir el Cachalote Alcocer: de inmediato y sin necesidad de las justificaciones suyas. En otras palabras, ella, Cristina, frente al desenlace inminente, reaccionó como miembro de la familia, legítima esposa suya y madre de Ignacio el Menor. Reaccionó de ese modo sin necesidad de que él le pidiera nada, en virtud de uno de los misterios, una de las verdades no dichas de la sociedad chilena, que en los momentos de verdadera crisis, cuando la cosa va en serio, siempre se vuelve conservadora: a pesar del dirigente comunista griego, con su cara cortada a cuchillo, con el tabaco negro, pestilente, de sus *Gauloises*, que había causado los primeros conflictos serios en el matrimonio, en París, en años ya distantes, y a pesar de los amantes ocasionales, de los colegas de trabajo, de los compañeros de partido, que el Narrador intuía que habían pasado, en ausencia suya, por la cama de tamaño matrimonial del departamento de la calle Santa Lucía, y a pesar, además, de las diferencias doctrinarias, que no eran doctrinarias, sugería él, sino temperamentales y hasta hormonales, tesis que a ella la sacaba de quicio, que le parecía manifestación de un machismo asqueroso. Y a pesar de los domicilios separados, relativamente cercanos, a distancia de caminata, pero separados.

—¡Puchas! —exclamó Ignacio chico esa noche, desde el segundo o el tercero de sus piano bares, porque ahí lo encontraron ellos, por fin, después de llamarlo desde el teléfono de Cristina, de modo que los famosos piano bares no eran una pura coartada o un invento piadoso: el joven rebelde, el presunto guerrillero, se hallaba en vías de convertirse en el rey de la noche de Recife y de sus alrededores, y al paso que llevaba, de todo el nordeste del Brasil. ¿Actividades de fachada, o la fachada era lo otro, la supuesta clandestinidad, la Revolución bienamada?

—¿Qué dices ahora, Cristina? ¿Nuestro hijo es un yupi, o un terrorista, o ambas cosas?

Cristina, desarmada, abría las manos. Por el teléfono, que recogía los acordes ahogados de uno de los pianos, entre carcajadas y ruido de copas, Nacho había dicho que le gustaría mucho ver al viejo, a su abuelo, ¡a don Nacho!, antes de que las emprendiera. Porque tenían grandes diferencias sobre casi todo, pero cuando se ponían a conversar largo, encontraban puntos curiosos de acuerdo. En materias, por

ejemplo, de cantantes de ópera, o de gastronomía, o de poesía francesa, porque hasta de poesía francesa sabía el viejo, o de gusto por los chambergos italianos y las bufandas escocesas. Él lo había llamado por teléfono varias veces, en la época en que todavía conservaba un resto de cabeza, detalle que Cristina y el Narrador ignoraban, y que contrastaba con la falta de llamados a ellos. ¿Y por qué don Ignacio no se los había comentado? ¿Por petición suya? El viejo, comentó Ignacio chico, estaba medio perplejo, pero orgulloso, en el fondo, de sus progresos en los negocios, fueran los que fueran, con el orgullo de un *capo di mafia* retirado y que seguía con chochera, con la baba colgando, las proezas del nieto. Mucho le gustaría, pues, verlo, antes de que estirara la pata, y aunque no podía tomar un avión en ese mismo minuto, trataría de hacer alguna combinación en Sao Paulo. A ver si llegaba.

—¡Ojalá! —repitió, antes de colgar, y se notó a la distancia, por encima de los acordes del piano y de los ruidos confusos, la emoción, el nudo en la garganta.

—¡Es un hijo normal! —concluyó el Narrador, ufano, en un tono parecido al que habría utilizado en sus buenos tiempos don Ignacio.

—¡Por descontado! —dijo Cristina—. El único, aquí, que no es un hijo normal, ni un marido normal, si es por eso, eres tú.

—¿Por qué? —preguntó él, con una expresión que la perplejidad había redondeado y en cierto modo depurado, y pensó en completar la pregunta, pero al fin la dejó en el aire. Se quedó con la boca abierta, con los ojos redondos fijos en el techo, que en ese departamento de la década del treinta tenía alrededor de cinco metros de altura, además de ángulos interesantes, poderosos, limpios.

—¡Por lo que sea! Porque eres un ensimismado, un ausente, una especie de autista, ¡yo qué sé! ¡Yo me limito a constatar el hecho!

—¿Una especie de artista?

—¡Autista! —corrigió ella, a gritos.

Esa noche no durmieron juntos, ¿por rabia, por respeto al cadáver de don Ignacio, quien había fallecido hacía poco rato y era velado en la iglesia de El Golf, por simple cansancio? En la misa de difuntos, celebrada en aquella misma iglesia a las cuatro de la tarde del día siguiente, y cuyo anuncio, a pesar de lo tardío de la hora del fallecimiento, alcanzó a ser insertado en la edición matutina de los diarios, hicieron acto de presencia viejos miembros de la familia, parientes cercanos y remotos, en muchos casos estrafalarios, salidos de no se sabía dónde, acompañados de hijos y de nietos que el Narrador no

había visto ni en pintura, cuya existencia misma, en la mayoría de los casos, ignoraba, pero a quienes su hermana, por el contrario, les conocía el nombre y la filiación, el parentesco exacto, sin el menor tropiezo, aparte de una asombrosa cantidad de datos de sus respectivas biografías. También llegaron antiguos amigos del difunto, gente que parecía salir de sus tumbas, que hacía pensar en una resurrección de la carne y hasta de los trajes, además de personas no muy fáciles de ubicar, de posición incierta, y el Narrador distinguió de repente, entre la masa compacta de la asistencia, la cara filuda, neutra en apariencia, que lo observaba todo de reojo, que hacía volar la vista de ave de presa por encima de las cabezas, por entre los intersticios que dejaban hombros y brazos, con perfecto disimulo, con aplomo de hombre más mundano de lo que había creído en un principio, del inspector Jorquera. Su primera reacción fue, con el corazón en la boca, darle un codazo a Cristina, sentada al lado suyo y de traje de sastre gris oscuro, impecablemente vestida, maquillada y peinada, cosa poco frecuente en ella, pero se abstuvo, ya que al inspector no se le habría escapado el gesto, y ella, dentro del rol que había adoptado hacía pocas horas, habría podido ponerse nerviosa. Tragó saliva, pues, y trató de poner una expresión igualmente neutra, distante, mundana, mientras cruzaba los dedos para que la combinación por Sao Paulo que iba a tratar de alcanzar su hijo no resultara.

—No es tan tonto —murmuró para sí—. No van a agarrarlo así nomás.

—¿Qué dices? —preguntó Cristina.

—¡Nada! —exclamó, y se dijo que si agarraban a Ignacio chico, también podían tomarla a ella de nuevo, ya que estaba fichada, e interrogarlo a él mismo, colocarlo en la parrilla eléctrica y hacerle una pasada ligera. ¡Mierda!, murmuró entre dientes, y una señora de la fila de adelante lo miró de soslayo, con expresión molesta, porque las campanillas de la Consagración habían empezado a sonar. Poco después de las campanillas, Mariana y Manolo, su marido, el perfecto empresario católico, acompañados de todos sus hijos, se levantaron al unísono y se acercaron a recibir la comunión, mientras él y Cristina se quedaban en sus asientos, impávidos, con miradas perdidas en los cielos de estuco. Llegó el momento solemne, por fin, después de los responsos, en que los empleados de las pompas fúnebres retiran las coronas de flores y los miembros masculinos de la familia se disponen a cargar con el ataúd de lujo, recién rociado por algunas gotas de agua bendita. El Narrador, entonces, que había pasado a ser el primero de los Ignacios

vivos de la familia, y que todavía no estaba seguro de que el otro, el chico, no llegara y fuera detenido en la entrada por los esbirros del inspector, a quienes ya había empezado a detectar en diferentes puntos estratégicos, y Manolo, el marido de Mariana, en compañía de Manuelito, su hijo mayor, y don Luis Arturo Rojas, un hombre anciano, siempre vestido de franela gris y corbata de humita, enteramente británico de aspecto, amigo de confianza de don Ignacio y de la familia de su viuda, y descendiente directo, por lo demás, de don José Antonio, el presunto conspirador de hacía dos siglos, el dueño de Polpaico, el defensor y albacea de Toesca, además de otro caballero, un cirujano jubilado, bombero y hombre de club, quien también había sido íntimo de don Ignacio, avanzaron hasta el catafalco, que ya había sido despojado de sus numerosas coronas florales y de sus cirios eléctricos, y tomaron las manillas de bronce. El Narrador miraba para los lados de reojo, como si quisiera enterarse de la gente que había concurrido a los funerales de su padre, cuya solemnidad, cuya asistencia, lo dejaban, en cualquier caso, pensativo, pero lo hacía, más que nada, con la esperanza de no ver aparecer a su hijo, ya que el inspector Jorquera, como parecía evidente, no había venido solo, ni con el exclusivo afán de cumplir con obligaciones sociales.

Se abrieron las puertas de la iglesia del Golf sobre un día de sol del barrio alto de Santiago, con el perfume y el zumbido de los jardines de las cercanías, y la nutrida concurrencia, entre la cual se destacaban algunas caras conocidas del régimen, entre ellas un par de generales y dos o tres marinos de alta graduación, les dejó el camino del centro con actitud respetuosa. El Narrador se imaginaba lo que sucedía adentro de aquellas cabezas, detrás de aquellos rostros un poco pálidos, o congestionados, con los ojos salidos de las órbitas e inyectados en sangre, cuando pensaban en don Ignacio, encerrado en el cajón que se balanceaba rumbo a la salida, y lo veían en la compañía suya, un desclasado, un traidor, un habitante de catacumbas desaseadas, y de Cristina, que ahora se había presentado muy modosa y compuesta, pero que habría sido capaz, en circunstancias diferentes, de colocarles una carga de dinamita, mientras comentaban, quizás, la ausencia del hijo, que había pasado por la cárcel pública en calidad de delincuente subversivo, ¡un nieto del difunto!, y había optado, seguramente con buenas razones, por autoexiliarse. Se lo imaginaba, porque algo, sin duda, pasaba por aquellas cabezas, y a la vez le costaba imaginárselo. Prefería poner las cosas entre paréntesis, dejar el juicio en suspenso: mientras el roce del cajón contra el piso del vehículo gris del Hogar de

Cristo producía un chirrido metálico, y mientras alguna gente, con expresiones fruncidas, se acercaba y lo saludaba, ¡a pesar de todo!, y mientras Cristina se encontraba con amigas de otro tiempo y entablaba conversación con ellas, de lo más tranquila, sorprendentemente mundana.

El viejo cirujano, de patillas blancas enroscadas, cuello duro, cara de payaso, se acercó al Narrador, Ignacio Segundo, quien ocupaba ahora el lugar del primero, y lo palmoteo en la espalda.

—¿Así que tú eres —dijo, en tono de pregunta—, el hijo de Ignacio: el que parecía tan inteligente en el colegio y que después, de repente, se puso tonto?

—Sí —respondió él, pensando que no podía, al lado del cadáver de su padre, darle un escupo o una palmada en la cara—. Exactamente. ¿Y usted, quién es?

—Yo he sido un gran amigo de tu padre, y hasta de tu abuelo, y de tu abuela. De toda tu familia. ¡De la gente bien de tu familia!

Agregó un nombre y un apellido de orígenes escoceses, nombre y apellido que el Narrador conocía de memoria, pero ahora, para molestar al payaso jubilado, el Narrador se encogió de hombros en forma ostentosa, como si aquellas señas no le dijeran absolutamente nada, y miró el cielo azul con algunas nubes. Murmuraba para sí que don Ignacio, instalado ya en su furgón final, de marca Mercedes Benz, y rodeado de coronas de lujo, nunca más contemplaría las nubes, ni aquellas ni las que vendrían más tarde, cosa obvia, pero que a él, en ese instante, le parecía extraña, inexplicable. Así como le parecía extraño que hubiera tantas cosas que don Ignacio ya nunca sabría. Y que él, quizás, tampoco sospecharía. Y que Ignacio chico, el gran ausente, estaba destinado, a lo mejor, con el paso del tiempo, a conocer un poco. Salvo que se destruyera a sí mismo o que los demás terminaran de reventarlo. Porque los hombres de la CNI, de trajes grises bajo los rayos del sol, de pelo corto, no descansaban, en tanto que el inspector Jorquera, de manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y pulgares salidos, pestañeando bajo la luz, se había puesto a conversar con una de las cabezas del régimen. El Narrador se imaginó una oficina, una taza de café, unos archivadores de metal, un dictado, mientras se escuchaban gritos al final de una galería. Evocó, enseguida, una estampa del Piranesi, un recinto más bien oscuro y húmedo. El chófer del furgón del Hogar de Cristo ya había puesto el motor en marcha y él tenía que dirigirse al automóvil que había alquilado para ir al cementerio con Cristina. Ve usted, quiso decirle al inspector: mi hijo

Ignacio no pudo hacer, por fin, la combinación con el avión de Sao Paulo. Nosotros tenemos mucha paciencia, le contestaría el inspector. Y él pensó, enseguida, que el Piranesi vendía sus estampas, sus cárceles, sus ruinas, a pocos metros de la casa de la familia Toesca, junto a una esquina que servía en las noches de cagadero público, en un sucucho de mala muerte. En aquel lugar hacía incisiones en una plancha de metal, ajeno al resto del mundo, y nadie llegaba a molestarlo.

Capítulo XI

ESCUCHABA desde su cama el tamboreo de fondo, ahogado por el bullicio de la gente, por los gritos y las carreras, los ladridos de los quiltros, por los cantos destemplados de las cantoras y los cantores, el sonido de las arpas y el rasgueo de las guitarras, que lo habían hecho acordarse, no sabía por qué, por el contraste y la distancia, pero también por el curioso parecido, como si todas las manifestaciones humanas se tocaran en algún punto, y como si su vida, mi vida, al acercarse a su desenlace, hiciera un resumen, una especie de selección de la memoria, de los cantos de los últimos castrados, coros que lo habían sorprendido una mañana, en una salida de la casa, en los sótanos de San Pedro. Estaba parado frente a una de las criptas, pensativo, y aquellas voces, tan diferentes de las cantoras del norte, con sus arpas y sus vihuelas, pero, a la vez, tan parecidas, habían avanzado desde el fondo, con una cruz dorada, con cirios, con vestiduras albas. Ahora, en cambio, después de un recorrido tan largo, escucho a las cantoras, muy lejos, pero me siento rodeado por un chivateo bárbaro, por carcajadas de borrachos, por ladridos y rebuznos, por los silbidos de un viento áspero arriba del techo, y lo peor, pensó, pensé, era que me había acostumbrado. Pero no sabía, en realidad, por efecto de la fiebre, qué era lo peor, o lo mejor, y cavilaba sobre el contraste entre el ruido de la fiesta y el silencio del fondo de la casa, de donde la Manuelita había salido sin decirle nada, sin pasar a despedirse, lo cual me hacía sospechar que ya no volvería nunca, sí, en tanto que la Palmira, la tonta, y la Eufemia, la malvada, habían ido a misa, y la negrita de los cojines de terciopelo miraba desde los portales del sur los toros toreados con lanzas por indios a caballo. Él había visto en los días de su llegada a

un indio agónico, bajo la sombra de unos andamios, con la mitad sanguinolenta del intestino afuera, y me acuerdo hasta hoy de los ojos vidriosos, y de la gente que pasaba, miraba, y después seguía su camino.

Allá también nos matábamos, y algunos estaban obligados a dejarse matar, y no supo si esto ocurría de otra manera o, a pesar de todo, de la misma. En cualquier caso, cuando las cometas desafinadas indicaron que habían retirado de la Plaza al último toro muerto, y cuando noté un rápido aumento de la bullanga, de los tamboreos y las hui— fas, como si el carnaval se acercara a su culminación, al punto en que la caída de la oscuridad empezaba a cambiar el cariz de las cosas, decidí levantarme, a pesar de que sentía mareos y de que la fiebre me volaba la cara.

Se levantó, en efecto, con las piernas enclenques, y al comprobar que era capaz de mantenerse en pie, se puso la casaca negra con estrías de hilo de terciopelo y con botones plateados, que sólo se ponía para las ocasiones importantes, se colocó al cinto el espadín de brigadier mayor de Ingenieros Militares, parecido al que había sostenido durante las ceremonias de su adolescencia, en la Escuela de Brigadieres del Milanesado, allá, y se cubrió, al fin, con el bicornio de terciopelo más oscuro, a sabiendas de que entrar a la Plaza, cuando el vino y la chicha habían corrido durante tantas horas, no carecía de riesgos, y sobre todo en esta facha, con estos arreos. Pero, ¿qué alternativa le quedaba? Si seguía en la cama, solo, esperando morirse, escuchando los ruidos de las junturas que crujían, del ventarrón, de los animales asustados, se desesperaba. Al salir conseguía un poco de respiro, una postergación, aunque sólo fuera ilusoria. Porque ya estaba condenado. Sólo le quedaba un poco de tiempo para despedirse.

Entró, pues, al centro de la fiesta, en el tierral, y nadie se fijaba en su aspecto medio fúnebre, con la mano izquierda sobre el espadín, la derecha sujetando el bicornio, dientes apretados, ojos atentos, al aguaite, aunque velados por la fiebre alta. Le ofrecieron un potrillo de chicha, mi caballero, o de pipeño blanco, del sur, ¡de Chillan pa[1] la costa, mi alma! Yo me zampé todo el pipeño, sin parar, con los ojos cerrados, abandonando el espadín, temblando, sintiendo que la brisa, que era traicionera, podía llevarme.

—¡Así me gusta! —dijo la vendedora, más que contenta, y unos campesinos que estaban al lado de ella, de ponchos a rayas de todos colores y chupallones altos, que se tambaleaban, no muy seguros en sus ojotas, se rieron todavía más, con las bocas desdentadas, y aplaudieron.

—¡Otro! —pidió él, pedí, sintiendo que las manos pálidas, febriles, que habían temblado sobre la empuñadura del espadín, ya no le temblaban.

—¿Del mismo, mi caballero?

—¡Del mismo!

Los campesinos volvieron a reírse, con los agujeros negros de sus bocas, y volvieron a aplaudir, tambaleándose, ajustando mal los aplausos. Yo no sabía, de repente no creía en lo que me pasaba. Me vino una feroz náusea, y una sacudida por dentro, que pareció que acababa conmigo, y le pasé el potrillo al huaso que estaba más cerca.

—Para usted, *signore* —le dije, porque hasta el castellano se me había olvidado.

—Gracias, *señare* —contestó el huaso, y se llevó un dedo mocho a la frente.

Me despedí de los campesinos y de la dueña de la ramada, que revolvía, rebosante de satisfacción, con una cuchara de palo, una jarra guatona de chicha de maíz, y escuché un rato a las arpistas y vihuelistas, a las cantoras y a los tamboreros, que entonaban cantos a lo humano y a lo divino. En ese momento, en una esquina, fuera de la fiesta, hacia el nororiente, me pareció divisar a don José Antonio y a don Manuel de Salas, su cuñado, en compañía de cuatro o cinco personas más, gente conspicua, a juzgar por las capas, por las hebillas, por los sombreros, que se había acercado a mirar los festejos populares. Conseguí esconderme entre la muchedumbre que se desplazaba, que cantaba y batía palmas, que se metía por todos lados. Tuve que esquivar a un par de huasos a caballo, con grandes estribos como cajas de madera, y me apoyé en una carreta tumbada donde vendían sandías. Creí ver que don Bernardo Llanete y su esposa, matrona de pechos gigantescos, vacunos, de papada triple, contemplaban el espectáculo desde un balcón, detrás de maceteros y banderolas, pero mi vista no me permitía estar seguro. Había gran número de enmascarados y enmascaradas confundidos con los campesinos, y uno que otro indio, algún cacique de Talagante o de Melipilla, de Vitacura, de tolderías cercanas, con todos sus adornos, y se divisaban dominós de buena seda, como en los remolinos que se formaban en la Piazza di Spagna, aun cuando la música era tan diferente, y un bufón gordo, pero ya no sé si acá o allá, o si la fiebre, el cansancio, con cascabeles en las dos puntas de un bonete rojo, de nariz y largos bigotes postizos, daba gritos sin sentido, aullidos de pajarraco, parecidos a los aullidos de pesadilla que

lanzaban, contaron, las gallinas, los gallos, los gansos que bajaban por el río en los días de la avenida grande, en los años de su llegada.

Pensó en tantas cosas, imaginó el laberinto de las celdas y sus misterios, sus tormentos y hasta sus placeres, y pidió, para calmarse, otro poco de chicha. Los presos, pelados al rape, lívidos, con las caras tiznadas, se apiñaban contra los barrotes de uno de los boquetes de la cárcel, en los subterráneos de la Audiencia, y estiraban las manos. A veces les caía un mendrugo de pan, algunas cáscaras, una coronta de choclo a medio morder, y otras veces los verduleros, los carreteleros, los ociosos que pasaban por la vereda, trataban de alcanzarlos con un garrotazo, pero ellos sabían esconder las manos a tiempo. La torre central de la Real Audiencia se perfilaba contra el atardecer, iluminada por el último resplandor rojizo, y él, observado con curiosidad por el anciano que le había vendido la chicha, se dijo que no estaba mal, pese a todo, aquella estructura, aquella masa sólida, aquella torre alzada, fuerte y a la vez liviana, y se preguntó si la Manuelita, con su desvarío, había comprendido algo.

Quizás, se dijo, sobándose la barbilla, y en ese preciso momento, ella, con una falda llena de fruncidos, blusa de encaje blanco, el chalequillo verde que le trajo de Lima, pelo recogido en cuatro trenzas rematadas en cintas rojas, con una baratija brillante en cada una, azul, colorada, verde, lila, cintas y baratijas que se bamboleaban al aire, pasó a la carrera, muerta de risa, cubierta apenas por un antifaz, con la frente y las mejillas embadurnadas de polvos de arroz, con los labios pintarrajeados, y detrás de ella, pescoteándole la cintura sin el menor disimulo, corría el alférez imberbe, el hijo de su vecino el coronel, con un sombrero negro, aludo, lleno de vuelos, escarapelas, borlas, y una larga nariz postiza, de matices rojizos, burlesca. Él, ante la expresión alarmada del anciano, que trató de esconderse detrás de unos toneles, tiró su vaso de chicha al suelo y desenvainó la hoja filuda del espadín, que brilló en la penumbra. Hubo chillidos de mujeres, insultos, empujones y carreras, y la gente le abrió camino, asustada. Alcanzó a golpear al hijo de su vecino en la espalda y a sujetarlo de la capa, pero sólo cayó el sombrero aludo, con hebilla dorada sobre escarapela negra, mientras ellos, hasta ese instante risueños, le lanzaban por encima del hombro una mirada extraña y arrancaban a perderse.

Nos encontramos ahora, cuando la oscuridad ha caído sobre la Plaza del Rey, al cabo de tres días de jolgorio, en los momentos en que la fiesta empieza a disolverse, con Joaquín Toesca en los huesos, febril, profundamente alterado, en el centro de un círculo que calla, en

contraste con los ruidos que todavía perduran en otros sectores, y que lo mira con fijeza. Da la impresión de que él, que se ha quedado con el sombrero de alas anchas y frondosas escarapelas, de espadachín de un siglo anterior, en la mano, está ¿era de este mundo. Tiene la boca de labios finos abierta, los ojos encendidos, una mano agarrotada en las alas y los eres* pones, otra en la empuñadura. El gesto que sigue es el de envainar el espadín, con casi excesivo cuidado, con disimulado temblor, y el de caminar con pasos a la vez largos y lentos hacia la esquina norponiente, donde la silueta de los andamios de la Catedral se ha confundido con la noche. Lo siguen algunos murmullos y algunas risas más bien nerviosas, algunos niños. La negrita de los cojines se acerca, con los ojos redondos, y le pregunta si se le ofrece algo. Él no le contesta. Observa la fachada de la catedral, sin soltar el sombrero lleno de crespones, y se dice que ya no, que no tendrá tiempo.

—¿Y ese sombrero? —pregunta la Eufemia.

—¿Este sombrero?

Lo levanta y lo mira, como si lo mirara por primera vez. Con cierta extrañeza. Porque se le había olvidado. Lo deja caer en el suelo de tablas de su dormitorio, a los pies de su camastro. La Eufemia se acerca a recogerlo. El, yo, de un solo grito, le ordeno que no lo mueva de ahí. Hasta que yo no se lo diga.

—¿Oíste? —y no agregué la palabra «bruja», pero ganas no me faltaron.

La Eufemia contestó que sí con un gesto, tragando saliva. Tiesa como una estaca, como si se hubiera tragado el palo de escoba. La Palmira y la negrita, desde la puerta, con cara de susto, tampoco se movían.

—No es más que un sombrero —dije, como si hablara con el aire—, y ahora, me voy a meter a la cama, y quiero que me traigas un plato de espárragos con un buen vaso de vino.

—¿Cómo? —rezonga ella, la bruja—. ¡No es tiempo de espárragos!

Aunque no fuera tiempo de espárragos, se hundió, Toesca, en las sábanas, y lanzó un quejido desde el fondo de su ser, como si le dolieran todos los huesos, las articulaciones, y todo lo que estaba detrás de los huesos, más al fondo. Habría sido mejor, quizás, despeñarse en la cordillera, ya que así no lo habrían acusado y no se habrían ensañado contra él, se habrían quedado tranquilos, pero la vida, por sorprendente que eso hiera y pareciera, todavía le gustaba. Por ejemplo, el aire fresco de la noche, el olor a azahares, y los restos de música de la Plaza, que aún no se habían extinguido. Le habría encantado contemplar la torre

suya, iluminada por la luna creciente, pero lo haría después, cuando el carnaval se hubiera apagado del todo, en la Plaza silenciosa, alterada por el movimiento confuso de los presos en las mazmorras, por la sombra de algún aguatero tardío. Se refocilaría, entonces, escondido entre los portales, con la contemplación de la curva graciosa, la línea vertical, el juego macizo y sencillo de los ángulos, de las luces y las sombras, y se despediría, respirando mejor.

La Eufemia golpeó a la puerta con suavidad, con nudillos frágiles. Traía un plato de papas con acelgas y un copón de estaño lleno de vino tinto hasta los bordes. Él se comió las papas, se repitió dos veces el copón de vino, hablando solo, mirando de reojo el sombrero aludo, y durmió, sobresaltado, lleno de sueños que tendían a transformarse en pesadillas, hasta las doce del día. Después del episodio de la Plaza del Rey, Manuelita se había ido y no había vuelto. ¡Cuántas veces se había ido! El problema, ahora, era que el tiempo había empezado a terminarse. Él tosía, con desgarros, con dolores, en un estado semiinconsciente, y el fuelle de sus pulmones se acortaba.

En el anochecer, al final de una siesta prolongada que lo había dejado un poco mejor, recibió la visita de don José Antonio. Venía excitado, medio descompuesto, y le contó que se había pasado toda la mañana haciendo su defensa ante el Tribunal, donde pedían que restituyera el dinero que había gastado, malgastado, de acuerdo con el testimonio de los arrieros, y que creía que los había convencido.

—Muy bien —dijo Toesca, con las manos aferradas a las sábanas y con los ojos fijos en el suelo, en las hebillas de plata de los zapatos del mayorazgo, en el sombrero de alerones y escarapelas negras—. Entonces, le voy a pedir un señalado favor. Quiero que vaya a casa de misiá Clara Pando, aunque ahora sea de noche, y que le diga a la Manuelita que venga sin falta mañana al mediodía, y que no tenga ningún miedo, sólo es para despedirme, y que no traiga a misiá Clara por motivo alguno (tendrá usted que decírselo con la mayor delicadeza), y quiero que mañana a primera hora le diga a mi jefe de obras en la Moneda, el señor Olea, don Pedro, que venga también, y al maestro Pineda, el albañil principal, y a la señora Portales, ¿me oye?, la señora de la casa de la esquina poniente, que me manda fuentes tapadas con una servilleta cada vez que tiene locros falsos, porotos granados, moldes de higo con manjar blanco, que me van a hacer mucha falta en el otro lado, aunque usted se ría, y al jefe de la fábrica de ladrillos, el señor Fadrique, gran ejecutante de mis invenciones y persona exquisita, divertida, ¡ah!, y no se olvide, por favor, va a tener que traquetear toda

la mañana, pero es lo último que le pido, de avisarle a mi cuñada, la Pepita, y a su marido, Ignacio, que es la mejor persona de todo este Reino. Y que no lo sepa por ningún motivo el coronel Díaz, mi vecino del costado oriente, usted me entiende, no quiero nada que me recuerdo ahora, en este extremo, las locuras de la Manuelita, porque no son más que locuras, enfermedades, y ella, si usted le quita su locura, es una niña encantadora, ¡una santa!, ¿sabía usted? Si yo no la quisiera con todos sus defectos, con la enfermedad de la mente, que cada cierto tiempo la ataca y la convierte en otra, diferente de la Manuelita dulce, delicada, que yo conozco, ¿qué gracia tendría? ¿Capisce?

—Capisco —dijo don José Antonio, moviendo la cabeza, impresionado, y ¿qué saco, pensó, con pedirle que se calme, que descanse? Ahorrar fuerzas, a estas alturas, o en estos abismos, mejor dicho, ¿qué sentido tenía? Y el maestro, que había estado enfermo, siempre, él mucho más que Manuelita, sacaba de repente energías de no se sabía dónde, y se incorporaba en su cama, como si estuviera viendo las torres de la ciudad del futuro que no había alcanzado a levantar, y de sus ojos brotaban luces, ascuas.

—Dígale también —agregó, y se dejó caer en el lecho revuelto—, a la señora del puesto de frutas de la esquina encontrada de la Plaza, que me conseguía chirimoyas muy buenas, y espárragos, ricos espárragos. —Y guardó silencio un rato, pensativo, porque Manuelita, después de todo, no había sido más que la mano del destino, cosa que ella nunca había entendido—. Y a la María Jesusa, ¿la conoce?, la viuda de Alcántara, y a don Francisco Pérez de Uriondo, que nos reunió y nos puso bien por encargo de Su Majestad, para que las obras de la Capitanía General no se vieran perturbadas, nunca se lo cuento a nadie, pero ahora, ¡qué más da! ¡Ah!, y no se olvide de don Bernardo Llanete (que conoció mi escarnio, mi humillación máxima), y de su esposa, que me quería mucho, que me mandaba alfajores y suspiros de monjas con una de sus negritas…

—¿No se murió su esposa?

—No lo sé. Averigüe con cuidado.

—¿Y a don Manuel de Salas? —preguntó don José Antonio.

—¿A don Manuel de Salas, el Ilustrado? —replicó él, con una mueca, con un resto de humor—: ¿Usted cree, mi querido Rojas, que estoy organizando una sesión de la Academia?

El mayorazgo se rió, diciéndose que don Manuel, en efecto, había salido a su madre, la pesada de su suegra, y Toesca, hundido debajo de

la ropa de cama, sacó una mano de muerto y le hizo señas para que se fuera, para que corriera a cumplir con el pedido. Salió don José Antonio y entró la Eufemia, que debía de estar escuchando desde la sombra.

—Apágame el velón —ordenó él—, ¡y ándate!

Ella se encogió de hombros y dio un grito como de frío. Él, en la penumbra, en un poco de luna que se colaba por la ventana, se levantó, con el pecho desganado por la tos, y recogió el sombrero. Se volvió a hundir en la cama y lo miró encima de su pecho, enorme, como un fantasma encrespado. Enseguida lo escondió debajo de las sábanas. Sintió una extraña excitación, el comienzo, incluso, de una erección, el último soplo de energía. Pero la energía, la vida, el deseo, lo abandonaban por todos sus poros. Tomó el sombrero, entonces, y lo arrojó lo más lejos que pudo. La luna parpadeaba, y a él le hacían falta, para mitigar ese momento, las cantoras petorquinas.

Capítulo XII

EN LOS días que siguieron a la muerte de don Ignacio, el Narrador vio a mucha gente del estilo del viejo cirujano de apellido escocés, gente que le tiraba las orejas y a la vez, con un encogimiento de hombros, con una sonrisa burlona, daba la impresión de perdonarlo, o de don Luis Arturo Rojas, el amigo de sus abuelos y de sus padres, el descendiente en línea directa de don José Antonio. «*Vóas d'ont la bouche est faite d l'image de celle de Dieu*», recitaba, exaltado: «*Bouche qui est l'ordre méme*», y sentía que sus neuronas habían entrado en caída libre. Recibió visitas de pésame en compañía de su hermana, en una especie de fraternidad recuperada, ¿falsa fraternidad?, en la casa familiar ahora vacía, cuyos muebles y objetos, figurillas y fotografías, iban a repartirse entre los dos dentro de muy poco, e incluso llegaron personas a su departamento de la Plaza de Armas, aun cuando el sitio, en la opinión expresada con insistencia por el Cachalote y seguramente callada por muchos otros, no fuera digno del primogénito del poderoso y rumboso desaparecido. Pero se veían tantas cosas, en los tiempos que corrían, ¡y eran tantas las que estaban por verse! Muchas de las visitas se anunciaron con la debida anticipación. Otras fueron previsibles, pero tampoco faltaron las imprevistas, inesperadas: gente que salió de ultratumba, de los patios del antiguo colegio de la calle Alonso de Ovalle, o de los márgenes, de los resumideros, o que se desplazó desde los centros neurálgicos, el Club de Golf o la Bolsa de Comercio, personas que el Narrador había olvidado, a pesar de lo centrales, de lo obvias que eran, y quizás por eso.

¡Como si aquí no hubiera pasado nada! Un caballero de historia larga, de presumible fortuna, se moría, y la gente le hacía visitas de

pésame al hijo, ¡nada más natural! ¿Que el hijo vivía en un piso destartalado de la Plaza de Armas, después de largas décadas de ausencia? ¡Allá él! ¿Y que corrían rumores extraños acerca del nieto? ¿Ah, sí? ¡Pues ya nos haremos cargo del nieto! ¡Nadie, por el momento, ha pretendido visitar al cabrito del carajo, que Dios confunda, y que no tiene, por lo demás, paradero conocido!

No faltó, desde luego, la amiga de Cristina, Clara, la de la venta de baratijas, acompañada de su hijo Abraham, quien se puso para la ocasión una camisa convencional, blanca, y una visible y en cierto modo miserable corbata. Tampoco podía faltar «el abogado indispensable», Carlitos Hidalgo, que había salvado al Nacho, a Ignacio chico, de molestias y hasta de peligros graves, y a quien el Nacho, extraviado en su nube del nordeste brasileño, en su complejo creciente de piano bares, había olvidado (igual que a todos nosotros, sin que tú seas la excepción, Cristina). Y llamó, un buen día, la inefable Denise Novales, la Novalis del Nacho, y se presentó de visita en el departamento de la calle Santa Lucía, después de asegurarse de que sus presuntos suegros estarían ahí, prueba, se dijo el Narrador, del fuerte arraigo que alcanzan en la vida nuestra los rituales fúnebres. Fiel a sus costumbres, la Novalis bebió seis o siete pisco sauers cargados: las mejillas se le pusieron rojas, ardientes, y los ojos se le encendieron como lamparones. Al Narrador se le pasó por la cabeza la idea loca de salir de la casa al mismo tiempo que ella, con el pretexto, quizás, de acompañarla hasta un taxi, y de llevarla, en cambio, a un bar de los alrededores, a tomar otras copas. ¡Como en una novela japonesa! Pero el pecaminoso, disparatado proyecto, no prosperó. La Novalis había tenido la ocurrencia insensata (se dijo el Narrador), de enamorarse del Nacho, Ignacio chico, sin imaginarse en qué vericuetos, en qué selvas, en qué batallas oscuras, o en qué operaciones comerciales no menos oscuras, andaba el joven en los días que corrían.

Una tarde llegó de visita su anciana tía Carmela, la hermana mayor de su padre, a quien no veía desde años prehistóricos y que se desplazaba por los espacios de Santiago, supo, en micro, con energías singulares y con una notable capacidad de protesta, de hacer valer sus derechos de ciudadana de a pie, de usuaria de los servicios públicos. Le traía de regalo, la tía Carmela, un pesado libraco, de valor bibliográfico, se preocupó de aclarar, una Imitación de Cristo en edición española de los primeros años del siglo XIX, muy bien empastada, en negro con filetes dorados, y que había sido un regalo, dijo, del arzobispo tal y tal, un nombre de sonoridades vascas y conservadoras, «a mi bisabuela, es

decir, a tu tatarabuela, que era sobrina suya». Ella, su tía, que ya había pasado de los noventa, sabía perfectamente que el Narrador se había alejado de la Iglesia Católica y Apostólica, a causa, pensaba, pensaría, quizás, de un exceso de celo de sus educadores, exceso que ahora no se conocía ni de vista, ¡el exceso era el contrario!, pero ella, en cualquier caso, sabía que el regalo, equivalente, a estas alturas de su edad, a un legado, quedaba en buenas manos. Por Cristina ni siquiera preguntó. ¡Ésa no tenía arreglo! Y tampoco preguntó por Ignacio chico, el joven díscolo, o no alcanzó a preguntar, porque en ese instante sonó el timbre. La Filomena, con las pantorrillas forradas en papel de diario, quejándose de dolor en las articulaciones, y con cáscaras de papas pegadas a las sienes, ¡p'al dolor de cabeza!, salió a abrir, y era, al Narrador le costó creerlo, de punta en blanco, el inspector Jorquera de la sección de Santiago Centro de la CNI, la institución sucesora de la DINA de los tiempos terribles.

—Yo ya me voy, hijito —dijo la tía Carmela—. Sólo venía a saludarte, y a entregarte este libro. Porque me acuerdo mucho de ti, a pesar de todo…

El Narrador y el inspector Jorquera cambiaron una mirada, un gesto de entendimiento frente a ese «a pesar de todo» tan lleno de significados y de virtuales consecuencias.

—Y además, como ya te conté —añadió la tía, bajando la voz y poniéndose a distancia prudente de la nueva visita, el caballero alto, flaco, de cara un poco extraña, un tanto cadavérica, y vestido en forma tan esmerada, de pañuelo de tonos granates en el bolsillo superior y de perla en la corbata—, rezo todos los días por ti, en la Santa Misa, I para que te conviertas! (como la Manuelita por su Juan Josef, pensó él), y estoy segura de que el Señor me va a escuchar, y de que tú —y le dio un pellizco en una mejilla—, te vas a asustar a medida de que pasen los años, de que te acerques a la tumba, ¡y vas a terminar golpeándote el pecho! ¡Porque siempre fuiste un buen niño!

Con una cara súbita de buen niño, casi con aureola de santidad, el Narrador dejó a su nonagenaria tía en el ascensor, una caja casi tan decrépita como ella, difícil de abrir y de cerrar, temblorosa, trepidante, y pensó que era una suerte que el tenor del vecindario estuviera en silencio. Salvo que fuera, en realidad, una mala suerte, ya que sus arpegios y sus gorjeos habrían servido para ablandar o para distraer a Jorquera.

—Disculpe —dijo, y el inspector le dio a entender que no tenía nada de qué disculparse. Al fin y al cabo, él estaba en su casa, atendiendo a

sus visitas.

—He escuchado hablar muy bien de don Ignacio, a quien no tuve el gusto de conocer —dijo el inspector—. Así es que siento mucho… —y cerró la fiase de una manera un poco vaga.

Ocurría, eso sí, y no se podía afirmar que por desgracia, pero sí, digamos, para complicar las cosas, que el nieto era harina de otro costal.

—¿Usted pensaba que llegaría a los funerales?

—No era imposible —murmuró el inspector—. Tenía tan buenas relaciones con el abuelo.

—Y usted, supongo, quería aprovechar la circunstancia para detenerlo.

El inspector se acomodó en su asiento con toda calma. Le preguntó al Narrador si le molestaba el cigarrillo, sacando su pitillera de plata, y le ofreció uno. Él declaró que no fumaba y le ofreció, de vuelta, «un whisquicito», consciente de la abyección implícita en la oferta y en el uso del diminutivo. El inspector dijo que no. Más tarde, quizás. Antes, dio a entender, había que conversar con la cabeza clara. El motivo de su visita, primero que nada, era transmitirle sus condolencias y las de toda su institución, que estaba ahí para protegerlo, no para lo contrario, como pensaban cerebros desconformados, ¡sí, señor!, pero él suponía, claro está, y no tenía razones para no confiarle esta suposición, que no sería para él, por lo demás, ningún misterio, que su hijo podía estar metido hasta el cogote en actividades clandestinas. Había algunos indicios, y datos contradictorios, porque sus servicios también habían comprobado que la historia de los piano bares no era enteramente ficticia.

—El chico salió bueno para los negocios —aseveró el inspector, abriendo los brazos y clavando los ojos en el techo, como si no tuviera más remedio que admitirlo—, y sabemos a ciencia cierta que ya tiene tres o cuatro piano bares en la región del nordeste del Brasil, y que ha presentado un proyecto para arrendar por treinta y tres años la Ópera de Manaos, ¡qué le va pareciendo!, y que en los días que corren proyecta extender sus actividades hacia el centro de ese país, hacia las ciudades de Río de Janeiro y Sao Paulo.

—¡Menos mal!

—Sí —dijo el inspector, y subrayó su afirmación con un gesto de la cabeza—. Pero tenemos la sospecha de que también actúa en la clandestinidad armada, y con no menos audacia. ¿Me entiende?

—Me cuesta entenderle. Y la verdad, mi estimado inspector, es que no le creo.

—Los padres —dijo el inspector Jorquera, poniendo los ojos en blanco— nunca conocen bien a sus hijos. Sobre todo en estos tiempos.

El Narrador levantó las manos al cielo. No quería que la aureola se le destiñera. Llenó dos vasos de whisky y le pasó uno al inspector, a pesar de sus gestos de rechazo.

—Bueno —dijo el funcionario de la CNI, resignado, y sorbió un poco. Había que tener en cuenta la situación del momento. El momento histórico, quería decir, ni más ni menos. La época de la guerrilla, de las actividades clandestinas apoyadas por Cuba, de los contrabandos de armamento, empezaba a quedar atrás, por lo menos en esta parte del mundo. Había grupos aislados que sobrevivían, desde luego, y ellos («nosotros», dijo), tenían que tomar en cuenta la cercanía geográfica de Sendero Luminoso, un movimiento de «profesorsuchos de provincia transformados en criminales terroristas», pero el régimen había entrado en un proceso diferente, con el fracaso del atentado «contra el Caballero», e hizo un gesto de cansancio, de resignación, y los preparativos del plebiscito, y ellos, por otro lado («nosotros»), estaban convencidos de que el bloque comunista se encontraba en franco retroceso.

—Le advierto —dijo— que si su hijo llega a Chile, no estaríamos en condiciones legales de hacer nada contra él. O nos veríamos abocados a un proceso difícil. Salvo que se acrimine por ahí…

—No creo que sea tan tonto —dijo el Narrador.

—Nosotros tampoco lo creemos. Sin embargo, todavía, de repente, pueden ocurrir cosas feas. Alguien se puede propasar, y después vienen los activistas de aquí y de todos lados y nos echan la culpa a nosotros.

—Llego a la conclusión, entonces —dijo el Narrador, revolviendo el hielo y tragando con cierta dificultad—, de que usted, inspector, tiene instrucciones de venir a amenazarme. Para que entre yo y su mamacita convenzamos al niño de que se quede lejos.

—¡Todo lo contrario! —exclamó el inspector—. Tengo instrucciones de protegerlo. Si toma contacto con su hijo, dígale que se cuide, que no se meta en cosas raras. Y que venga a poner sus piano bares en Santiago, donde la vida nocturna es tan aburrida…

—Entiendo —dijo el Narrador, y se puso de pie. Miró el atardecer sobre la Plaza, que nunca dejaba de gustarle. Regresó del balcón y comprobó que el inspector Jorquera no tenía intenciones de irse

todavía. Había bebido más de la mitad de su whisky y parecía achispado, casi alegre. ¿No estaremos, se dijo el Narrador, en una sesión muy particular de tortura? Tortura con whisky, diría Cristina, con toda clase de cumplidos, y le tiraría el vaso por la cabeza. El inspector y el Narrador, entonces, hablaron del plebiscito, para el que ya sólo faltaban meses.

—Mis jefes —dijo el inspector Jorquera, y no señaló hada la Moneda, ni hacia los cuarteles o las oficinas de los alrededores, sino hada las nubes, hacia el cielo— están seguros de que ganaremos. Pero yo tengo serias dudas.

—¿Por qué?

—Porque conozco este país.

—¿Cuál es su conclusión, entonces?

El Narrador miraba ahora a Jorquera casi con afecto, con ojos húmedos, pensando en el whisky de Escoda y en las atmósferas, en los enganches afectivos extraños, que suelen producirse en el interior recóndito de las dictaduras.

—Que el «no» puede ganar perfectamente —dijo el inspector, mirando un punto lejano—, y que no pasará nada. Volverán los señores políticos, como le gusta decir al Caballero, con sus discursos y sus majamamas, y los grandes, los peces gordos, se irán a sus casas con los bigotes bien arreglados. En cuanto a nosotros, a los mandos medios, nos reciclarán por ahí, o nos dejarán como bolas huachas, vaya uno a saber… A mí no me importa mucho —prosiguió, con una expresión que más bien revelaba lo contrario—. Tengo una parcelita por ahí en Colina. Me retiraré a sembrar papas, y a tomar mis vi— nitos, y a ver la tele, y a escuchar de vez en cuando música de cámara.

—¡Música de cámara!

—Me gusta la música de cámara, y prefiero, si me lo permite, Colina a la Plaza de Armas.

—El aire es más puro —asintió el Narrador.

—Y en vez de los automóviles y las micros, se escucha el canto de los pajaritos.

—Yo, la verdad, aunque no me agrada confesarlo —susurró el Narrador, sobándose la barbilla—, prefería la Plaza con toque de queda.

—¡Que no lo escuche su señora esposa!

El Narrador se rió de buena gana. Miró por las ventanas la sombra suave, amarillo rojiza, sedante, del atardecer. Canturreó versos antiguos, citados en forma incorrecta. Españoles, esta vez. Gongorinos.

—¡Salud! —exclamó, alzando su vaso y bebiendo el resto de su segundo whisky.

El inspector anunció que se retiraba. A pesar del giro imprevisto que había tomado la conversación, sabía ser discreto.

—¿Y no será —le dijo un poco más tarde el Narrador a su ex mujer—, que vino a pedirme ayuda?

—¡No seas bendito! —respondió ella—. Tu tía Carmela te dejó espirituado. El inspector llegó a tirarte la lengua, a sonsacarte cosas. ¡Quién se cree el cuento del plebiscito! Ellos lo tienen todo arreglado.

—Yo creo que no han arreglado nada, y que los grandes, como dijo Jorquera, van a pactar y se van a arreglar los bigotes, mientras los chicos, los pobres diablos, cagan pila. Lo curioso es que el personaje, con sus corbatones, no me cae tan mal.

—¡Es un conchas de su madre! —vociferó ella—. Mientras tú te extasiabas con el silencio del toque de queda, él se dedicaba a ponerle electricidad en los cocos a todo bicho que se movía.

—Mejor me despido —dijo él.

—¡Sí! —gritó Cristina—. Hoy en la mañana me fui a inscribir en los registros electorales. Para votar en tu famoso plebiscito. Pero ahora prefiero que desaparezcas. ¡Anda a tomarte otro whisky con tus amigos de las discotecas de la DINA!

Él se rascó la cabeza, irritado, fuera de su centro. En una de las esquinas de la Plaza de Armas, ¿de la Plaza del Rey?; una puta pechugona, sin dientes, de trasero grande y piernas flacas, lo invitó con gestos procaces, y él, desde lejos, con exquisita amabilidad, le respondió que no, que muchas gracias. Abrió la puerta de un bar cercano y divisó en la barra, en animada charla, a Santiago Costamagna, Neptuno, en compañía de dos amigos. Prefirió abstenerse. Se alejó y bebió una gran cerveza de presión en un expendio cualquiera. Ese día no estaba para historias. La visita de pésame de Jorquera y la conversación con su ex mujer lo habían dejado extenuado. Caminó hasta la parte poniente de la Alameda, la Cañada baja, para desintoxicarse, recitando versos. Pensó en la Denise Novales, la bella borrachina, y le dio risa. Y en Neptuno, con sus caballitos de mar enroscados en los pelos de la barba, con sus tridentes, con su tufo a whiskies cabezones.

Capítulo XIII

un hombro donde solloza la muerte…
Federico García Lorca

AHÍ ESTABA él, pues, apoyado en cojines, hundido, en un rincón, debajo de un grabado donde se vislumbraba un par de gruesas argollas adosadas a un muro, argollas que habían servido, o que servirían, para encadenar a prisioneros vestidos con pantalones anchos y ajustados en los tobillos, de paño grueso, y camisones sueltos y en tirillas, del mismo paño, y que tendrían caras de asesinos contumaces, o de herejes, o de perturbados mentales, y también estaba, con el sombrero en las manos callosas y expresión compungida, contrita, don Pedro Olea, jefe de obras, hombre de voluntad de oro, pero escéptico: nunca había creído que los planos de la Casa de Moneda pudieran levantarse del suelo en la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, frente a perspectivas de adobe y de teja modesta, de barro trajinado por ojotas o pies descalzos de indios, de patizambos, entre criollos quejumbrosos, pedigüeños. Acababa de contemplar, sin embargo, antes de acudir a la cita, con asombro y con orgullo, la línea de la fachada, con su prolongación adusta, su altura insólita, su profundidad, las gradaciones de luces y de sombras en los balcones, en las aristas y las comisas, bajo los trofeos y las famas de mano de Varela y que ya empezaban a coronar cada pilastra. Y al lado de don Pedro, pero más adentro, más cerca de la cama, a un metro del sombrero encrespado y arremolinado, repolludo, se hallaba el maestro Pineda, con su cara ancha, inexpresiva en toda circunstancia, y por consiguiente en ésta, y su ayudante, el Juanillo, que olía mal, pero que había insistido en acompañarlo, en despedirse del maestro excelente, y cerca de Pineda, gordinflón, sudoroso, con

expresión grave, se había instalado Santa María.

—¡Hola, Santa María! —murmuró Toesca, contento de verlo, el peor, el más torpe, y el mejor, y Santa María, conmovido, mudo, se acercó y le besó una mano.

La señora Portales, doña Eduvigis, la de los locros falsos y las porotadas con harto choclo, con zapallos tiernos, con hierbas bien perfumadas, estaba a los pies de la cama, llorosa, retorciendo la falda negra con los dedos gruesos, cobrizos, como si tuviera la necesidad de pellizcar algo, y él veía que pisoteaba con sus zapatones reventados los alerones del sombrero, las escarapelas burlonas, pero no atinaba a decirle nada, y junto a ella estaba Ignacio Andía y Várela, el gigantón, a quien habían llamado mientras trabajaba en el gran escudo de fierro con la corona y los distintivos reales. Detrás de él, la Pepita lloriqueaba y se sonaba, tan parecida a la Manuelita, su hermana mayor, pero sin la misma gracia, quién se le podía comparar, sin el fuego de los ojos, y la plenitud de las formas, y el pelo desbordante, esponjado, negro azabache, con reflejos, más bien, el de la Pepita, que tiraban a castaño. Más al fondo, en el umbral, medio escondidas, se habían ubicado la señora del puesto de frutas de la esquina, la que le conseguía las chirimoyas más jugosas y maduras, las más perfumadas, recién llegadas de Limache o de más arriba, y doña María Jesusa, que no lloriqueaba, pero rezaba, moviendo apenas los labios de pergamino reseco, y que para la ocasión había sacado de sus cajones un enorme rosario de cuentas negras. Don Bernardo Llanete, el de los cueros, el de los aceites de Andalucía, llegó un poco más tarde. Le hizo un saludo desde lejos al maestro moribundo y se quedó parado en el centro del dormitorio, absurdo, bovino, con la cabeza inclinada. Era rechoncho, de piernas cortas, de ojos saltados, y respiraba con dificultad. Su mujer, con sus grandes tetas y sus mostachos, todavía no se había muerto, pero no pudo ir, sin duda, porque se encontraba en las últimas. En cuanto a don Francisco Pérez de Uriondo, el intermediario, el componedor por encargo de Su Majestad, estaba en reunión de consejo, detrás de pesados portones reforzados con aldabas y listones de fierro: don José Antonio de Rojas, durante sus correrías de la mañana, no se había atrevido a interrumpirlo. Misiá Clara Pando, por su parte, había entendido de inmediato, sin necesidad de mayores explicaciones, que no estaba invitada, y don José Antonio adivinó en su cara que la desaparición del italiano, para ella, sería un alivio, un regalo del cielo: la Manuelita todavía estaba joven, fresca como un repollo, a pesar de sus tres o cuatro canas, fáciles de disimular con un poco de tintura, y a

los caballeros del Reino, viejos y jóvenes, pobres y ricos, españoles y criollos, les trastornaba la cabeza.

Toesca le había pedido al cura Zamudio, el de la Merced, que se había presentado a primera hora de la madrugada y se lo había pasado rezando y comiendo galletas, queso de Chanco, piñones del sur, tiras de charqui, que se fuera, que por favor lo dejara solo («después vuelve en la tarde, si quiere, y me da la Extremaunción»), petición que le había costado un esfuerzo abrumador, temblores, tercianas, un estado de asfixia casi definitiva, y se había quedado, después, vacío de todo, como si el esfuerzo le hubiera desocupado la mente, con la vista fija en las alas ondulantes del sombrero del hijo del coronel, en el ribete de raso negro, en las escarapelas enroscadas, que parecían flotar por encima del rumor de su pieza, como un mar de oleaje tornasolado. Hubo, entonces, un revuelo, un murmullo general, y la Manuelita, conducida del brazo por don José Antonio, el mayorazgo, alto, acicalado, serio, hizo su entrada, provocando un ligero retroceso del resto de la asistencia. No se sabía si habían visto al Diablo en persona o a la Virgen amarrada en un trapito. Venía con una falda plisada azul oscura, blusa de encajes, zarcillos de azabache largos, medallón de plata con chispas de brillantes, peinado de rizos ver— tácales y parte de la cabellera derramada hasta la cintura, y estaba pálida, con los ojos profundos, sombreados, con una hermosura que no era de aquí, de esta provincia, y que subvertía, se dijo él, daba la impresión, todo. Su respiración, que ya se producía con mucha debilidad, se adelgazó más todavía, y el corazón le dolió, como si sus pistones, sus poleas, sus canaletas, se estuvieran rompiendo. Se hundieron sus latidos en un pozo de agua sucia y residuos: una materia que los devoraba y los apagaba.

—Siéntate, Manuelita —murmuró, señalando la cama, en un susurro que sólo ella pudo entender, y después hizo un esfuerzo tremendo para incorporarse y colocó la mano derecha, que temblaba, pero que conservaba un resto de firmeza, en el hombro derecho de ella. Miró enseguida a toda la concurrencia, para lo cual tuvo que alzar la cabeza unos pocos centímetros (habían entrado unos niños del vecindario, y él hizo un gesto para que no los echaran, para que los dejaran escuchar: una niñita con cara de distraída, dos mocosos entierrados, sorprendidos), y con las manos increíblemente flacas, manchadas, disminuidas, les pidió a todos, incluyendo en forma especial a los tres niños, a los jefes de obras, al Juanillo, a la señora del puesto de frutas y a doña María Jesusa, a don Bernardo y don José Antonio, a Ignacio, el gigantón, y a la Pepita, y al mulatón Ambrosio, que había desaparecido

hacía semanas, pero que acababa de reaparecer junto al marco de la puerta, convertido en un ancianito, con la cara chupada, a todos y a cada uno, que se acercaran. Quería que fueran testigos, todos, ¡hasta los niños!, para que dieran testimonio dentro de muchos años, bien entrado el siglo siguiente, si es que el mundo no se acababa, y la mano izquierda, después de llamarlos, se posó en los encajes del puño de la Manuelita y desde ahí se arrastró, reptó, hasta tocar la piel suave, balsámica, acolchada y tersa, del dorso de su mano derecha, mano que se dio vuelta y envolvió la suya en un calor benéfico, que lo consolaba y lo reconfortaba, que le transmitió, nos imaginamos, se imaginó el Narrador, un último resto de vida, un último recuerdo, más bien, de lo que había sido la vida, la verdadera vida.

—Manuelita —dijo él, en ese instante, con una voz que todos pudieron escuchar, una voz cuya energía, definitiva, salida de profundidades que no conocía ni él mismo, los asombró y los asustó a todos, como si ya no fuera él sino otro, un ser de ultratumba, un aparecido, el que hablaba—. Manuelita —repitió—: ¡Te amo y te perdono!

La humedad que se había acumulado en los ojos oscuros de la Manuelita se convirtió en gruesas, ardientes lágrimas. Así dicen las crónicas, por lo menos. Dicen que hundió la cabeza, con sus rizos exuberantes de color de azabache, en el pecho de Toesca, quien, después del esfuerzo, se había quedado con la boca semiabierta y exhalaba un ronquido leve, apenas audible, un vago estertor. También había acudido y asomaba desde el fondo su cara puntiaguda, cegatona, de pájaro bromista, pero en el fondo emotivo, sentimental, voluntarioso, el señor Fadrique, el de los ladrillos largos, capaces de contener las aguas torrentosas. Doña Josefa Fernández, la Pepita, lloraba a moco tendido y se sonaba a trompetazos, mientras doña María Jesusa se mantenía firme, sin llorar, pero rezando en voz más alta, y don Pedro Olea, de pronto, porque sabía de esas cosas, y porque había notado, detrás del cuerpo de la Manuelita, entre la piel blanca de su cara y sus frondosos rizos negros, algo que era, sin duda, el estertor final del maestro, el último suspiro, se hincó en el suelo de tablas y se persignó, y todos los demás, Santa María, el Gordo, e Ignacio Andía, y las mujeres, y hasta los niños, todos, hicieron lo mismo. El cura Zamudio, a quien Toesca le había pedido que se fuera, no quería morir acompañado por el ruido de su masticación de galletas y de piñones del sur, pero que había estado, por lo visto, al aguaite, se abrió paso, entonces, con mirada y movimientos solemnes, con una estola blanca y una cruz de

madera de encina y clavado en la cruz un Cristo de marfil. La Manuelita, en un primer reflejo, se apartó, horrorizada, de la cabeza de Toesca, que ahora yacía sobre los almohadones, inerte, con los ojos y la boca abierta, y enseguida le besó la frente, le cerró los ojos, sollozando, y trató, sin resultado, de cerrarle la boca. La Pepita, su hermana, se acercó desde atrás, la abrazó y la empujó con suavidad para que se hincara.

—Voy a mandar llamar a mi mamita —le dijo al oído, y la Manuelita hizo un gesto de afirmación, como si tuviera necesidad de que misiá Clara, ahora que el señor Toesca no lo impedía, llegara pronto. Ignacio, entretanto, con sus mana— zas de picador de piedras, había cerrado con suavidad la boca del maestro, mirándolo con expresión de ternura. El señor Fadrique había conseguido hincarse en el centro de la habitación y miraba con curiosidad un dibujo, pegado encima de la cama, que representaba un entramado de poderosos ladrillos en un sector de los tajamares, bajo el perfil trazado a tinta china de un conjunto de nubes arremolinadas, unas curvas, pensó, pensaría el señor Fadrique, de las cuales el maestro, consecuente con sus teorías, con su lectura del Vitruvio ese, desconfiaba, pero que en realidad, sospechaba él, teorías aparte, le gustaban, le habían gustado, mejor dicho, durante su vida no muy larga y atormentada en exceso, mucho. Ignacio había retrocedido unos pasos, había cruzado las manos y parecía pasmado, anonadado. Recordaba palabras, expresiones, invenciones, soluciones que se le ocurrían al maestro, de repente, y que a él lo dejaban sorprendido. Pensaba en los acólitos del Anticristo, que pululaban por todas partes, hasta debajo de las mesas y detrás de las cortinas, y en los inocentes, los puros de corazón, las almas sencillas. El maestro había sido un inocente, sin duda, y la Manuelita, a su modo, también lo era: un fuego, un instinto, un amor constante. Por eso amaba tanto los pájaros, los perros, hasta las lagartijas, y por eso se le acercaban los niños, las ayudantas, las dulceras. Juanillo, el aprendiz, se golpeaba el pecho, y la señora del puesto de fruta se había retirado con discreción para ir a cuidar su negocio, pero iba con expresión seria, con un nudo apretado en la garganta, con la impresión de haber presenciado cosas que salían de lo común y corriente. A todo esto, Santa María, el Gordo, quien después de rezar un rato se había puesto de pie, miraba a la viuda con emoción intensa. El Gordo se decía, casi avergonzado de sí mismo, pero obstinado, resuelto, que esperaría un tiempo prudente y después, pasara lo que pasara, le propondría matrimonio. La protegería con todo su corazón y con todas sus fuerzas, se decía, y cuidaría de la misma

manera, con igual pasión, del legado del maestro.

Las noticias, entretanto, que incluían siempre la frase final, el «te amo y te perdono», habían llegado a la casa del lado, la del coronel Díaz Muñoz, quien se había limitado a enroscarse los grandes bigotes, y la de su hijo, Juan Francisco Díaz y Salcedo, que se tiraba los pelos, caminando por su pieza a grandes zancadas, lejos de su padre, y hablaba solo como un orate. Un amanuense, a todo esto, entró a la sala de la Real Audiencia donde sesionaba el oidor y fiscal, don Francisco Pérez de Uriondo, y le susurró al oído la historia de la despedida y del perdón. El oidor tomó nota y siguió ocupado de un problema de canales de regadío. ¡La Colonia era tan árida como la cabeza de sus habitantes! Poco más tarde salió del palacio y atravesó la Plaza del Rey con paso firme, golpeándose los nudillos, espantando las palomas y los gorriones. Había ordenado que informaran de inmediato al excelentísimo señor gobernador y al ilustrísimo señor obispo, y había pedido que les comentaran, de paso, el episodio del amor y del perdón, algo nunca escuchado en estos parajes. Después contaron que el gobernador sacó su cajita de rapé de uno de los bolsillos del chaleco; que el obispo se persignó y se encogió de hombros, carraspeando, murmurando que sí, que estaba muy bien, pero con expresión rencorosa, con cara de mal agüero.

Por su lado, misiá Clara Pando corrió a ocuparse de los asuntos de su hijita, la Manuelita Fernández de Rebolledo, que era tan pánfila. Si no se ocupaba ella, quién se iba a ocupar. Se supo, entretanto, que Juan Joseph Goycoolea recibió las noticias tres o cuatro días después, en las ricas tierras de su suegro, que ahora se habían extendido a costa de algunos centenares de hectáreas que habían pertenecido a los jesuitas. ¡Qué bien expulsados están!, solía exclamar su suegro, sobre todo cuando galopaba en su alazán y miraba los potreros verdes, extendidos hasta los pies de la cordillera, y donde se escuchaban, en las madrugadas de invierno, rugidos lejanos de pumas. Juan Joseph, en sus arreos nuevos de huaso, con sus espuelas sonoras y su manta de colores, asentía.

—Yo voy a heredar sus trabajos pendientes —explicaba—, su lugar en la Capitanía. Me corresponde por derecho propio.

—¡Claro que sí! —respondía su suegro, entusiasmado—. ¡Por supuesto! ¡A quién otro le puede corresponder!

A Joaquín Toesca le hicieron una misa solemne en la Catedral, seguida de honras militares, y fue enterrado fuera de los muros del templo, en la parte del poniente. Ignacio Andía y Várela, su colaborador

y concuñado, fue el encargado de esculpirle una lápida en piedra. Algunos días antes de morir, Toesca le había pedido que fuera sencilla y que sólo indicara la fecha de su muerte. Él no estaba muy seguro de la de su nacimiento.

—No estaba seguro de casi nada —dijo después Ignacio Várela—: ¡El pobre!

De todos modos, a pesar de estas instrucciones, le hizo en las dos esquinas de arriba, con mucho esmero, con un trabajo fino de su cincel, sendos querubines con alitas, como los de la fachada de la Catedral, aquellos que pertenecían, según el maestro, al taller de un italiano anterior a él, Borromini o algo parecido.

—Para memoria —dijo—. ¡Porque los traía desde allá, en su retina!

Y miró la cordillera, ensimismado, porque estaba cargada de presagios. Al menos para él. De signos, de sombras y luces que le hablaban.

Años después, durante las guerras de la Independencia, la lápida con el nombre del arquitecto, con la fecha de muerte y con los dos querubines en las esquinas de arriba desapareció. Se la robarían, supuso el Narrador. O se partiría en pedazos. Y los huesos, como los de tanta y tanta gente, se dispersarían, volarían con los remolinos de polvo que se formaban en la Plaza del Rey en aquellos años, antes de que se transformara en Plaza de Armas y de que la cubrieran con baldosas y con adoquines.

EPÍLOGO

La isla de las ratas

Capítulo I

LOS PAPELES del Narrador, los que estaban dispersos encima de su cama y desparramados por el suelo, cuando se durmió después del largo día anterior, el de la perturbadora conversación en el Club, el de la expulsión de la casa de Cristina y el bullicioso encuentro en un bar con Santiago Neptuno, estaban repartidos en la noche siguiente, una vez más, encima de la mesa del repostero. El toque de queda había desaparecido hacía tiempo, con su silencio y sus ocasionales disparos en la distancia, y ahora llegaban hasta las ventanas del quinto piso ecos difusos, ruidos de automóviles, risas que estallaban y se apagaban en una esquina o en las escaleras de un local nocturno. Aquellos papeles, documentos judiciales copiados con caligrafía minuciosa, patas de mosca curiosamente parecidas a las de Ignacio Varela, indicaban que el joven Juan Antonio Díaz Muñoz estuvo durante largo tiempo trastornado, enloquecido, enfermo de amor por la Manuelita Fernández. El episodio del sombrero en la Plaza, que el Narrador, cerca de doscientos años más tarde, imagina con la frente pegada a los vidrios fríos, con la vista fija en el mismo lugar, ahora bien pavimentado, iluminado por faroles eléctricos, cubierto por árboles de variada procedencia y por amenos arbustos, provisto de una glorieta para bandas municipales y de una fuente central con figuras alegóricas de bronce, Dianas y Minervas importadas de Francia hacia finales del siglo XIX, demuestra, desde luego, que Toesca no ignoró ni podía ignorar dichos amoríos, que a veces parecían adquirir la categoría de amores apasionados, anunciadores de lo que sería el siglo del romanticismo, el de las numerosas y reincidentes madamas Bovary, el de Aída, el de la Tosca, el de Margarita Gautier. Como Juan Antonio era menor de edad,

puesto que sólo tenía diecinueve o veinte años y la mayoría legal en aquella época era de veinticinco, y como su padre, el coronel, en una reacción más que previsible, no le dio las dispensas necesarias para que contrajera matrimonio con la viuda, quien, por lo demás, ya había pasado hacía un rato de los treinta, lo cual, en aquellos años, significaba acercarse a territorios bastante difíciles, el joven tuvo la audacia insensata, ¿acicateado por la Manuelita misma, por misiá Clara, por el ejemplo de otros jóvenes que ya daban muestras de sufrir el mal del siglo, por la lectura de novelas libertinas o de infundios de pensadores ateos?, de entenderse con abogaduchos, con tinterillos desdentados, con procuradores saltarines, especie humana que todavía no deja de circular por los espacios que ahora contemplaba el Narrador, y recurrió a los tribunales de justicia, así, a cara descubierta, para dejar sin efecto el disenso del coronel Díaz y Salcedo. El coronel, hombre de malas pulgas, atrabiliario, autoritario hasta la médula de los huesos, español de puro bestia, como diría un verso peruano escrito cerca de un siglo y medio más tarde, a diferencia, justamente, de su hijo, quien había nacido en Santiago y de madre criolla, y de la misma Manuelita, podría parecerse a un militar de zarzuela madrileña. No le faltaría un aire de familia con el coronel Tejero, el del intento de golpe de Estado contra la nueva democracia de su país, una forma de gobierno que el coronel Díaz y Salcedo también habría odiado con toda el alma y hasta con las tripas: en la voz violenta, en los inmensos bigotes, en la truculencia de los ademanes. Pues bien, interpelado, notificado por la justicia de la demanda de su hijo, el coronel, como es de suponer, montó en sagrada cólera y entró en una campaña judicial febril. No le faltaban argumentos, o por lo menos apariencias, indicios graves, para demostrar que el matrimonio de su hijo con la Manuelita, alrededor de quince años mayor, y aparte de eso, adúltera reconocida, envenenadora de su marido, desvergonzada, arrastrada, ¡puta, Su Señoría, con perdón de la expresión!, sería una desgracia atroz para el joven y para toda su familia. No sólo había que impedir la boda. La paz colonial, el imperio de las buenas costumbres, exigían medidas mucho más drásticas: había que encarcelar al joven rebelde en su regimiento, en celda de castigo, a pan y agua, y mantener a la pecadora encerrada en la casa de su madre y con centinela de vista. El coronel no sólo sacó a luz, con lujo de detalles y con alta concurrencia de testigos, los escándalos y los crímenes pasados de la Manuelita. También argumentó que su hijo, inmaduro, ingenuo, inocentón, había sido víctima de sus malas artes. Insinuó manejos obscenos de parte de ella, y además de obscenos,

oscuros, ya que no excluían, con ayuda de la madre, esa india sospechosa de paganismo, el recurso a la brujería, a la magia negra, a los poderes luciferinos. Con ayuda de un abogado de la curia, el coronel fue excesivo en sus alegaciones, tenebroso, barroco, añadiría el Narrador, y consiguió en definitiva lo que buscaba, aun cuando provocó, a la vez, más de alguna sonrisa burlona, de intención, de estilo, de tono quizás iluministas o racionalistas. Porque el coronel y sus iguales ya no las tenían todas consigo, aun cuando la Corona, en esa vuelta del siglo, percibiera turbulencias en la atmósfera y tratara de replegarse a contrafuertes estrictamente conservadores. Trataba, en realidad, pero de hecho no lo conseguía. El gusano había penetrado en la piel sólida de la manzana. Un doctor sesudo, con su bonete de fieltro y sus gafas corridas hasta la punta de la narizota, afirmaba en voz baja, mirando con precauciones hacia las puertas de los costados, que la reina y la duquesa de Alba estaban carcomidas. ¡Hasta el tuétano! ¿Acaso no se habían caído al suelo, como muñecas ancianas, pintarrajeadas y despaturradas, una, primero, y más tarde la otra, en uno de los saraos de la corte?

—Saquen ustedes sus conclusiones —había dicho el sesudo, el de las gafas y el bonete, el del lunar con pelos.

Alguien, en la casa del gobernador y presidente, dijo que el caso, sin duda sabroso, habría podido convertirse en una piedra de toque, en una *cause célebre*, pero no estábamos en Madrid, no estábamos ni siquiera en el Virreinato de Lima. Estábamos en la desamparada provincia chilena, y esas cosas (en Chilito), se resolvían en la mediocridad, en el gris sostenido, afirmación que al Narrador, y también a nosotros, nos pareció curiosamente moderna. ¡Hasta postmoderna!

—Somos el país del no drama, del conflicto no formulado, del cadáver escondido en el fondo del armario —dijo ese alguien, y el Narrador no pudo saber si los vecinos de mesa habían estado de acuerdo, pero supuso que más de uno sí lo había estado.

El joven Juan Antonio Díaz, quien, entre gritoneos que iban, y amagos de bofetadas y de sablazos, y escritos en papel sellado que venían, había partido a vivir en casa de misiá Clara Pando con doña Manuelita, sin esperar los resultados de su acción judicial, perdió el juicio de disenso en primera instancia, como era fácil de suponer. Los tiempos cambiaban, pero el cambio se detenía en numerosos umbrales, en las puertas de casi todas las administraciones. Al día siguiente presentó apelación contra este fallo. Muchos, en los mentideros de la Colonia, bajo los portales del costado sur, en un almacén de

ultramarinos donde vendían tazones de chocolate humeante acompañados de churros recién hechos, supusieron que la Fernández (como a menudo la mencionaban), le había exigido al joven que lo hiciera. ¡Se lo había exigido antes de volver a aceptarlo en su cama! Porque el coronel había alegado que ella no era digna de unirse con un hijo de su sangre, y eso constituía un agravio para la Manuelita y para toda su familia. ¡Ella, que descendía de cunas ilustres, de condes y marqueses! Existía el peligro, entretanto, de que los esbirros de los tribunales llegaran a detener a Juan Antonio a casa de misiá Clara, y de que dejaran a doña Manuela bajo arresto domiciliario. ¿Quién podía doblarle la mano a todo un coronel de Milicias Disciplinadas? Había llegado el fogoso coronel al extremo de pedir por escrito que se obligara «a la dicha Manuela Fernández» a devolver la ropa del uso de su hijo que guardaba en casa «sin la menor excusa, ni pretexto».

La perdición de los novios se vio precipitada en aquellos días por un episodio burlesco, tragicómico, mal calculado por parte de ellos, producto de la pasión irreflexiva, ¡oh, Manuelita!, y que se conoció en toda la ciudad, desde los palacios hasta los tenderetes del Portal y las chinganas de la Chimba, a medida que transcurrían las horas del día siguiente. En efecto, el Narrador se encontró entre los papeles dispersos en el repostero, junto a una zanahoria cruda, con la curiosa declaración del doctor don Francisco Boza, cura párroco de la iglesia de Nuestra Señora de Santa Ana, testimonio que demuestra el ingenuo formalismo de las prácticas religiosas en aquel final de siglo, amén del respeto que tenían nuestros personajes por aquellas exterioridades. Es probable que Joaquín Toesca no las hubiera respetado tanto, o que lo hubiera hecho con menos ingenuidad, con alguna dosis muy romana y muy vaticana de hipocresía. El día 19 de abril del año de gracia de 1800, el cura párroco Boza declaraba que la noche anterior, a eso de las diez y tres cuartos, se encontraba en casa de su amigo y vecino don Miguel del Fierro, ¿el hombre de la «calesa prebenida», el recadero con que se había iniciado la reclusión arbitraria en Peumo? Sería, para decir lo menos, una coincidencia interesante. Pues bien, un criado llegó a decirle que algunas personas se habían presentado en su domicilio y deseaban hablar con él. «Temeroso», declaró el cura, de que «quisiesen algunos de ellos contraher clandestinamente Matrimonio, caminé con lentitud, y con el mismo reselo, para mi casa». Antes de llegar supo que en la puerta lo aguardaban «Doña Manuela Rebolledo y otros disfrasados…» ¿Disfrazados, enmascarados, provistos de sombreros y espadines de las Milicias, en este caso indisciplinadas? El cura,

arremangándose la sotana, se devolvió a la carrera a la casa del dicho don Miguel del Fierro, no dando lugar a que ellos lo alcanzaran, y lograran que él los conociese, y entendiese expresa y claramente las palabras por ellos pronunciadas y que habrían constituido, por ser la manifestación de la voluntad de ambos, «el Verdadero Matrimonio», para lo cual se tuvo que tapar «los oydos al mismo tiempo que iba corriendo; de modo que sólo percibí gritos sin saber quién los daba». Nosotros, claro está, sabemos perfectamente quién los daba, y en qué alocada carrera, y con qué disparatadas intenciones. Nos imaginamos a la pobre Manuelita corriendo sobre adoquines disparejos, doblándose los hermosos tobillos, y gritando, suplicando, diciendo que sí, que por favor, y el joven, ¡señor cura!, y ella, ¡no sea malo, señor cura, ayúdenos!

Porque no deseaban otra cosa que vivir en paz, y dentro de la comunión de los fieles. Pero el desenlace del episodio, con el representante de la iglesia escondido en el fondo de la casa de don Miguel del Fierro, sordo como una tapia, fue trágico para la Manuelita, aún más triste y más trágico de lo que ella misma y nosotros habríamos podido imaginarnos. Todavía le faltaba, y nos faltaba, comprender en forma completa su fragilidad, su desventaja. Porque los hechos se sucedieron a ritmo de golpes rápidos, demoledores. El intento de matrimonio clandestino había tenido lugar, como ya supimos, en la noche del 18 de abril. El 26 de mayo se decretó el arresto de ambos pretendientes. Doña Manuela fue recluida una vez más en el convento de las Claras, aquel de disciplina estricta al que la habían pasado hacía años, después de una temporada más bien placentera en las Agustinas. Al joven lo mandaron a un calabozo del cuartel de Milicias, pero a los pocos días, con el pretexto de una enfermedad perniciosa, lo trasladaron en secreto, en horas de la noche, a la casa de su padre. A partir de ese momento, el coronel Díaz, el de los grandes bigotes y los sables desenvainados, empezó a recuperar el control de su hijo. Y puso todo su empeño en separarlo de la Manuelita Fernández de Rebolledo para siempre. Desde el minuto mismo en que el joven Juan Antonio Díaz, aquejado de una enfermedad verdadera o simulada, transpuso de noche, llevado por el coronel y por un ordenanza, el umbral de la mansión paterna, la condena de Manuelita estaba oleada y sacramentada. La Real Audiencia tomó nota el día 10 de enero de 1801 de que el intento de matrimonio de la pareja, de acuerdo con la decisión de la curia eclesiástica, a pesar de los gritos, las carreras, las súplicas, no había tenido efecto alguno. Desde su encierro, a la desesperada, Manuelita

presentó un último recurso de apelación, haciendo notar en el mismo escrito que los gastos de todo este juicio la habían dejado en la más extrema miseria. Aun cuando la documentación es confusa en este punto preciso, parecería que Juan Antonio, de alguna manera, desde la casa de su padre, todavía se las arregló para adherir al recurso presentado por doña Manuela. En cualquier caso, a fines de marzo de 1801 se desistió formalmente de dicho recurso y afirmó en la última línea de su escrito «que ya no tenemos como costear el desembolso de costas indispensable». Los papeles demuestran que la Manuelita, en esta etapa, se sintió cruelmente traicionada por Juan Antonio y abandonada por todos, salvo por su madre, aun cuando algunos indicios nos llevan a suponer que su madre, misiá Clara Pando Buendía, para colmo de males, dejó de existir en los primeros días de aquel otoño de 1801. El Narrador se imagina que doña Manuela fue notificada por la vía judicial del desistimiento del muchacho y que lloró a gritos, que se golpeó la cabeza contra las murallas de su celda, que le bajaron horribles tercianas. Juan Antonio fue enviado a petición del coronel a un regimiento del sur, a regiones de frontera de indios, para que sentara cabeza, para que se hiciera hombre, para que sintiera el olor de la pólvora en alguna escaramuza con araucanos, y ella, después de algunos meses de encierro, debilitada, con más canas que antes y con las primeras arrugas, cruzó una vez más la portezuela de las Claras, esto es, la puerta chica que se abría a un costado del portón principal, y regresó a la casa de Toesca, el último de los bienes que le quedaban, y que se encontraba, después de dos años de abandono, en ruinoso estado. No sabemos si la acompañaba su mamá, su «mamita de mi vida», como solía decirle, o si estaba muerta, y tampoco nos consta que su hermana e Ignacio Várela hayan estado presentes. Es probable, en cambio, que la haya ido a dejar hasta la puerta de su casa, que no estaba lejos del convento, alguna monja caritativa, acompañada de alguna novicia, y de la Palmira, la tonta, que le habría preparado una sopa y habría tratado de consolarla.

Dos o tres semanas más tarde supo que Juan Joseph Goycoolea se había casado, con toda la pompa, el boato, la circunstancia de este mundo, con la niña ricachona que pretendía desde hacía un tiempo. Le explicaron que era una Echazarreta de las Heras, Antonia de nombre, y que tenía la nariz excesivamente chica, y la frente manchada de pecas, pero que compensaba estos detalles, sin duda menores, con su juventud, con su buena salud, y con una de las haciendas más fértiles de la provincia de Colchagua, centenares y hasta miles de hectáreas de

migajón puro. La Manuelita no dijo nada, como si esas cosas ya no le interesaran, pero pasó días enteros sentada a la sombra de un pimiento, jugando con el perrito que tenía desde los tiempos de su salida de Peumo y sorbiendo un poco de mate. El perrito estaba viejo, con la cara triste, y le había salido un tumor en el vientre que le hacía muy difícil evacuar sus orines y sus excrementos, sus «caquitas», como decía ella. Ella, por su lado, estaba pálida, el labio inferior se le caía un poco, y los que llegaban a verla, que no eran muchos, tenían la sensación de que había perdido la locuacidad, la gracia, la chispa de sus épocas mejores.

Un día le contaron que el Negro Goycoolea recorría muy contento las tierras de la Ñata Echazarreta, con su bonete, su poncho, sus espuelas de huaso rico, y ella se levantó y fue hasta el fondo del jardín de su casa, hasta el lugar donde estaba el taller de Toesca. Lo hizo con los ojos húmedos, porque lloraba mucho, casi tanto como en los años del Beaterío. Golpeó y enseguida entró al taller, donde siempre había gente que trabajaba. No le importaba que la vieran con los ojos hinchados. Ya no tenía nada que disimular ante nadie. Santa María, el Gordo, que estaba dedicado a dibujar unos planos, se puso de pie y la saludó con una reverencia.

—No quería interrumpirlo —dijo ella—. Siga, no más.

Él contestó que estaba encantado, que no era ninguna interrupción. ¿En qué podía servir a doña Manuelita? En nada. Ella sólo deseaba acordarse del taller, donde no había vuelto a entrar después de la muerte de su marido, y quería ver si podía recuperar unos dibujitos, un par de perritos que daban la impresión de que movían la cola, acezando (porque me gustan mucho los perros, ¿sabe?), y una torre puntiaguda que se perfilaba contra un cielo ocre, y que él, Joaquín (a quien ella, en vida, siempre había llamado Toesca en lugar de Joaquín), decía que era una fantasía de otro italiano anterior a él, una especie de capricho, algo así como un sueño.

El dibujo de la torre puntiaguda, parecida a una espiral que diera vueltas sobre sí misma, estaba en la pared, en el sitio de siempre, y también el de los dos perritos, que por poco movían la cola y ladraban, y que tenían la punta de la nariz mojada, y Santa María, que había engordado todavía más y que sudaba (¡el pobre!, se dijo ella), más nervioso y más atolondrado que nunca, con su melena colorína que ahora le llegaba hasta los hombros, le envolvió los dos dibujos en un pedazo de tela, los amarró con un cordel, y le dijo, cuando ella hizo ademán de tomarlos:

—¡Cómo se le ocurre, doña Manuelita! Yo se los llevo hasta la casa.

Él sabe, pensó ella, que estuve encerrada en varios conventos, y que acabo de salir de las Claras, se supone que por mala, por depravada, pero no le importa que lo vean conmigo, porque lo ven desde los patios vecinos y desde la calle, los mirones se asoman por todos lados, por entre las rejas y hasta por encima de las zarzamoras del fondo, y él hasta parece feliz, tiene la cara gordota, coloradota, iluminada como un farol.

—¿Necesita algo más, mi doña Manuelita? —preguntó, inclinándose hasta el suelo, y le dijo que nada, pero que estaba muy agradecida, que pasara del taller a la casa cuando no tuviera nada mejor que hacer. Nunca faltaría un matecito bien cebado para ofrecerle, y unos alfajores, unos suspiritos de monja, y mientras durara el tiempo de las chirimoyasˆ unas chirimoyas alegres.

—¡Bien alegres! —y soltó la risa, como si nunca le hubiera pasado nada, como si los cilicios con clavos amohosados y con papeles de lija, los barrotes de las celdas, el agua congelada, los rezos y los cantos en las madrugadas de hielo, no hubieran existido. Porque así era ella: la gozadora, la sentimental. A pesar de lo chuñusca que estaba. Porque él, el Gordo, tan bonachón, la veía con los mismos ojos de antes. Sin notar el cambio. Sin querer notarlo.

Capítulo II

CRUZÓ por la vereda del frente, la de José Miguel de la Barra. Esperó la luz verde en la esquina de José Miguel de la Barra con Merced y atravesó en dirección al sur, hasta internarse por el lado oriental de Victoria Subercaseaux. Tuvo un breve pensamiento para don Benjamín y doña Victoria, apenas un destello, un bigote, unos encajes que revoloteaban por encima de un pecho abombado. Don Benjamín Vicuña Mackenna, marido de doña Victoria, en su época de alcalde de la ciudad, hizo la transformación del antiguo peñasco, que los indios mapuches conocían como Huelen, Dolor, en el paseo *kitsch*, con piletas andaluzas y campanarios góticos, que conocemos ahora. Hasta aquí las digresiones del Narrador, y las nuestras. Él, desde la calle Victoria Subercaseaux, vio que las luces del departamento de Cristina estaban encendidas. A través de las persianas bajas, no del todo cerradas, se alcanzaba a divisar un movimiento de sombras. Cristina, la militante, se dijo, acompañada de conmilitones varios. Ahora que el comunismo hada agua por todos lados, las sombras se dedicaban al alcohol, al tango argentino, a la nostalgia o a los celos, aparte de lecturas tardías de Jorge Luis Borges, porque lo habían perdonado, o de Vicente Huidobro, perdonable por excelencia, o de Femando Pessoa, a quien no habían alcanzado a condenar porque no lo conocían en el tiempo de las condenas. Algunos, profesores, psiquiatras, sociólogos, llegaban un poco más lejos: se codeaban con la transvanguardia, con Lacan, con la desconstrucción. Y de vez en cuando, pensó, cuando podían, hacían el amor, pero él no tenía derecho a sentir rabia. El Narrador era ubicuo, indiferente, o se dejaba dominar por una pasión que sólo podía ser formal, narrativa, de los ojos mentales, del oído interior, de la memoria

no exclusivamente propia. Se acordó entonces de una fotografía de don Benjamín, en compañía de un grupo de revolucionarios cubanos, en una de las almenas de la cumbre del cerro, hacia 1898. Debajo de los tribunos del pueblo con sus sombreros de tarro y sus corbatas de plastrón se desplegaban las banderas de Cuba y de Chile.

El Narrador se alejó. La Revolución sacrosanta tenía ya una historia más que larga, y él podía olvidarse de ella por un rato. Bebió un vaso de vodka con hielo en la barra del Biógrafo, el bar que se había instalado frente a la casa de Raskolnikov y al que había entrado no sabía por qué. Lo hizo en amena conversación con su vecino de casi siempre, un barbudo cincuentón, amable, disponible, y le dijeron que a partir de las doce entraban en aplicación las normas de la jomada electoral.

—Pídete otro vodka —le aconsejó su vecino—, rápido, antes de que entremos a régimen de ley seca.

Alcanzó a beber menos de la mitad del otro y supo que la ley seca ya se hallaba en vigencia. Un camión blindado, lento, acababa de detenerse en la penumbra dudosa de Las— tarria. Bajaron la plancha de protección de la parte trasera y empezaron a saltar a la calle soldados con cascos y metralletas.

—Hubo muchos rumores de golpe de Estado en la tarde —dijo el amable barbudo—. Estos soldaditos a lo mejor nos rodean, nos colocan en fila y nos fusilan uno por uno.

—Como en los buenos tiempos —dijo otro, con expresión ácida.

—Los gringos ya no están para estas huevadas —replicó el barbudo.

—Estuvieron, pero parece que ahora no están —murmuró una voz tercera, la de un hombre flaco, algo deforme, a quien se le enredaban las palabras entre los dientes mal cuidados y la lengua. Lo habían deformado, contaban, en la tortura y le habían hecho varios simulacros de fusilamiento, pero otros alegaban que todo aquello sólo formaba parte de la mitología del Biógrafo.

—Permiso —dijo el Narrador, y agarró el teléfono de la pared.

Le dijo a Cristina que la reunión en su casa parecía muy animada, y evitó en forma cuidadosa, al decirlo, que el tono de su voz revelara soma, ironía, molestia.

—Cuatro gatos que ya se fueron —respondió Cristina—, listos para participar en el simulacro de mañana.

—¡Cuídate! —le dijo el Narrador—. Aquí estamos rodeados de milicos armados hasta los dientes. No asomes ni la nariz a la calle.

Quedaron de ir a votar al día siguiente y de juntarse después en

Santa Lucía, y Cristina dijo que si ganaban, le encantaría contárselo por teléfono a Ignacio chico y tratar de convencerlo de que se viniera, detalle que le reveló al Narrador que Cristina, aunque no le gustara admitirlo, había entrado en el juego: Cristina, y también, por lo tanto, sus amigos, sus compañeros y compañeretes, sus compinches.

Al día siguiente, al llegar a pie, con tranco enérgico, desde la Plaza de Armas hasta las mesas de hombres de Providencia, el Narrador notó un silencio extraño. Era parecido al que había notado al regresar de Europa después de largos años de ausencia, a fines de la década de los setenta. Habían transcurrido alrededor de diez años, y aquellos silencios, el que lo había sorprendido al entrar por primera vez al metro de Santiago, en los días de su llegada, y el de ahora, el del principio y el del final, se encontraban y se contraponían. El del principio, en las estaciones y los carros del metro, en los paraderos de micros, en las galerías comerciales, en los vestíbulos de los edificios públicos, era un mundo de pisadas presurosas y de miradas fijas, preocupadas, ausentes de todo lo que no fuera su preocupación misma, poblado por seres pareados a muñecos, a autómatas, como si al doctor Spalanzani, el fabricante de Copelia, le hubieran prestado una oficina y un laboratorio en pleno centro de Santiago, en Moneda, por ejemplo, cerca de Morandé o de Bandera, en el sector de los bancos, de la Bolsa de Comercio, de las casas de cambio: a Spalanzani, o al señor Apolinario Canales, o a quien fuera. Y el silencio del final, el de ahora, parecido al del comienzo en el carácter fantasmal de las pisadas, que se repetían a lo largo de la avenida Italia y después en los patios del Liceo Vicente Pérez Rosales, espacios vigilados por parejas de soldados que actuaban con discreción suma, manos enguantadas y voces en sordina, casi oblicuas, era, sin embargo, una atmósfera por la que transitaban personas vivas, seres elásticos, de musculatura flexible, que superaban los obstáculos, las fracturas de las calles, los pastelones levantados por las raíces de los árboles, con naturalidad, con el obvio propósito de no romperse un tobillo, y que se saludaban, de vez en cuando, en voz baja, con la reserva de antes, pero con el añadido, ahora, de una sonrisa abierta, y que podía querer decir: puesto que llegamos hasta aquí, hasta esta etapa del escabroso proceso, y si estamos en esto, y si no pasa, cómo ve usted, como tú ves, nada, significa simplemente que ganamos, que entramos a otro período, y hasta la amabilidad de los soldados, su actitud comedida, qué les indica a ustedes, qué te hace pensar, ¿podís decirme?

Al llegar a este punto, el Narrador se pregunta si no habrá un exceso

de optimismo de parte suya. Porque no podían faltar, desde luego, entre los muñecos vivos que se desplazaban por las cercanías de las mesas de votación y que hasta sonreían, saludaban, formaban filas de la manera más correcta, los que votarían por el Número Uno, y aquellos que además de votar por el Número Uno, en su fuero interno, iracundos, deseaban que los tanques volvieran a salir a las calles, como se había escuchado a menudo, en circunstancias y en lugares diversos, en las últimas semanas. Y se plantea, entonces, el Narrador, una pregunta un poco más compleja: ¿no será que la voz narrativa, para existir, para salir de la nada, necesita de cierta dosis de optimismo, de algún principio de esperanza? Empezaríamos a comprender, en esta forma, al acercamos a los acordes finales, su función en la historia, o si ustedes prefieren, si así les acomoda, en el texto. Él, desde su mesa del repostero, desde su puesto de observación frente a la Plaza sumida en la oscuridad, sería la condición de la Historia. Sin él, sin su voz, todo regresaría a la incoherencia, al caos primigenio. A la ceniza. Pero dejemos de lado estas lucubraciones. Olvidemos la ansiedad, la estéril manía interpretativa. Las filas de electores, bajo el sol débil del patio de la escuela, se veían tranquilas, y los conocidos, los que habían coincidido en este momento más avanzado, ya ni siquiera se saludaban, como lo habrían hecho en la calle, sino que se reconocían, nos reconocemos, pensó el Narrador, con apenas un guiño, un gesto, un alzamiento de cejas. Si se presentaba una persona despistada, un joven que nunca había votado antes, un anciano cegatón en busca de su mesa, o en silla de ruedas, lo ayudaban, lo ayudaba hasta el Narrador, que no era nada de ayudador en lugares o en circunstancias públicas, y que no debería ayudar, se supone, a sus personajes, por muy secundarios que sean, y alguien, una de esas caras conocidas de toda la vida y que han estado metidas en política desde que alcanzaron el uso de la razón, cara trabajada, de surcos hundidos, para ser más preciso, el Camión Arríaza, Manolo Arriaza, que venía, recuerda el Narrador, de los Padres Franceses, le susurró al oído que en las mesas de mujeres reinaba la misma calma, el mismo espíritu de solidaridad, de ayuda a la votante despistada, a la inexperta, a la vieja que se había olvidado hasta de cómo se llamaba y a la joven que no había tenido ocasión de votar en su puta o en su casta vida.

—Quiere decir que ganamos —comentó el Narrador, y Arriaza, el Camión, Manolo, con sus manazas peludas, hombrunas, de militante curtido en todas estas lides, amigote de Cristina, y golpeado, le había contado ella, humillado hasta la saciedad, en los primeros tiempos, a

pesar de lo cual se había negado a refugiarse en una embajada extranjera, este país es mío, y aquí me quedo, por la misma mierda, etcétera, había apretado el antebrazo del Narrador con fuerza y había corroborado con su voz baja, aguardentosa:

—¡Ganamos, compañero!

En otras circunstancias le habría molestado lo de compañero, ya que había dejado atrás, junto con tantas otras cosas, esos tratos, esos estilos, pero en ese momento, en la magia de aquel instante, no le importó un pepino, y hasta sospecha que lo conmovió, que lo transportó al pasado. Otra persona, ya no recuerda quién, en su camino de regreso, en la puerta del supermercado donde había entrado a comprar algunas provisiones y donde no le habían permitido adquirir una miserable botella de pisco, le contó que había visto esa mañana a Santiago Costamagna, hirsuto, inconmovible, callado, todavía sólido, a pesar de que ya rasguñaba o ya había pasado el cabo de los noventa, llevado del brazo por su vieja, sufrida, testaruda compañera, dirigiéndose a votar en las mesas de varones de la Plaza de Armas (cerca del sitio preciso donde el sombrero lleno de escarapelas había volado por los aires).

—Al comienzo no quería inscribirse, no le entraba en la cabeza, pero quién, después de todo lo que le pasó, de la desaparición de su hijo y de su nuera, podía privarlo del gusto de poner un No enorme.

—¡Quién!

Le contó lo de Santiago y su mujer a Cristina, para que viera que ellos, militantes más antiguos, más curtidos, con un hijo y una nuera en la lista de los detenidos desaparecidos y con el nieto huérfano a su cargo, habían acatado y habían partido arrastrando las patas a colocar su No del porte de un buque en la urna, pero ella, que parecía dar su brazo a torcer muchas veces y que al final, en el momento decisivo, no lo daba, o hacía como que no lo daba, entre cigarrillo y cigarrillo, más bruja que nunca, bebiendo sorbos de vino ordinario en un vaso inadecuado, excesivamente chico, grueso, tosco, afirmó que todavía no creía, y estaba segura de que el viejo Costamagna tampoco, que un dictador así, con esos antecedentes, un tirano sanguinario, fuera a permitir, primero (con el índice de la mano izquierda levantado y el de la derecha tocándolo, sacando la cuenta), una elección limpia, que acatara, segundo, un resultado desfavorable, y que fuera capaz, tercero, de abandonar el trono, el sillón de O’Higgins, al que le había tomado tantísima afición…

—Como todos.

—¡Más que todos! —gruñó ella, y no lo insultó en voz alta, pero sus labios modularon algo que se parecía mucho a un insulto.

… y entregárselo con una venia, con una sonrisa, al triunfador de las elecciones próximas, vale decir, a un miembro destacado de la oposición a su régimen, y a quien él habría mantenido bien cercado, bien vigilado, con alguna temporada, quizás, en la cárcel, o en el exilio… ¡Cuándo! ¡Cuándo se había visto! ¡Y dónde!

Ella, en todo caso, había cumplido. Se había inscrito en los registros electorales, en los últimos días hábiles, y esa mañana, disciplinada, con el pelo sin secar del todo y recogido en un moño, con cara de niña de las monjas catecas o de las Brigadas Ramona Parra, niña de cutis un poco arrugado, de voz excesivamente ronca, había buscado su mesa, había formado cola, con la mayor serenidad aparente, mirando las cabezas y calculando por los peinados, por el cuidado de las manos, por las actitudes, quiénes votarían que sí, quiénes que no, y después, con un gesto rotundo, había depositado su voto, para que no dijeran, para que no pensaran que había desaprovechado, por obcecación, por insuperable dogmatismo, esa posibilidad, ¡esa tan remota posibilidad!

—¡Nada de remota!

Cristina se encogió de hombros. ¡Qué iba a hacer! Le ofreció un trago de vino y sacó del mueble del comedor una copa verdosa de cristal cortado: una que había pertenecido a su padre, el amigo del Chicho, el compañero suyo en lides políticas y en logias masónicas. ¡El Narrador era tan melindroso, tan fijado en los detalles!

—Sí sé —dijo—: Fui un huevón, un vacilante, un hombre de poca fe, hasta que me salí del partido, me saqué la máscara, y me convertí en lo que siempre, en el fondo de los fondos, había sido o habría debido ser: un momio, un anticomunista del carajo.

—Eres tú el que lo dice.

—¡Yo!

—¡Salud! —exclamó ella, y levantó su vaso chato. El Narrador levantó la copa llena de resplandores verdes. Merecería, quiso decir, un vino de calidad mejor. Después del almuerzo durmió una larga siesta en el dormitorio que había sido del Nacho, el ausente, el enigmático, y más tarde, hacia el anochecer, llamó por teléfono al Cachalote Alcocer. Quería saber qué opinaba un verdadero momio, le dijo, aun cuando él también hubiera llegado a serlo, y de los peores, como le decía Cristina, ¡de los que engañaban!

—Creo —añadió—, por mi parte, que ha ganado el No de aquí a

Penco.

—¿Crees? —replicó el Cachalote—. Pues bien, quizás, por desgracia, no te equivocas, y ya tendrás ocasión de arrepentirte. Las acciones que acabas de heredar de tu padre se van a ir a la cresta. ¡Hasta la Cristina y tu hijo, el sumergido, el clandestino, te lo van a echar en cara!

—¡Eso sí que está bueno! —exclamó el Narrador.

Pero el Cachalote, a esa hora del día del plebiscito, y después de más de algún whisky cargado, no estaba para bromas. No le faltarían ganas, se imaginó él, de bajar a la calle a matar comunistas. ¡De nuevo! De volver a ver tanques y camiones blindados en las cercanías de la Moneda.

—Te llamaré más tarde —le dijo el Narrador—. Cuando las cosas estén más claras.

—O más oscuras —gruñó el Cachalote, y colgó el fono de un golpazo.

El secretario del Interior, un aplicado funcionario de apellido Villanueva o algo por el estilo, se encargó de oscurecerlas más todavía, ya que anunció resultados siempre favorables al gobierno, aun cuando corrían rumores de que el No había ganado con holgura, y de que el Caballero estaba encerrado en los cuartos interiores de la Moneda, presa de un peligroso ataque de nervios, atiborrado de píldoras antidepresivas y atendido por dos o tres de sus psiquiatras de cámara.

—¿Ves? —murmuró Cristina, monosílabo que suponía una confirmación, una comprobación de lo que había sostenido siempre, y él, a pesar de que ya no quedaba una gota de alcohol en la casa, se puso a recitar a voz en cuello, en el italiano original, los primeros tercetos del *Infierno* del Dante. Después de atender llamados por teléfono durante largo rato, Cristina anunció que los partidarios del No saldrían a la calle a celebrar su triunfo, a pesar de que los partidos, incluyendo el comunista, habían ordenado que no lo hicieran, y que los del Sí, alentados por los comunicados del señor Villanueva, o Villamediana, o Villatoro, harían lo mismo. El Caballero, entonces, desde el fondo de la habitación palaciega donde se comía las uñas (y cuyos gruesos muros, cuyos altos ventanales, correspondían al sector diseñado y levantado por Toesca con la ayuda de don Pedro Olea, del maestro Pineda, del Juanillo, de todos ellos), daría instrucciones para que los blindados salieran a la calle y restablecieran el orden, y eso, como se dice vulgarmente, sería todo.

—¡Las leseras que uno tiene que oír! —aulló el Narrador, tapándose

los oídos.

Pero la situación confirmaba, más bien, las aprensiones de Cristina. El peligro se respiraba en el aire de la noche, en el silencio de los árboles del cerro, en la oscilación de los faroles, un peligro sólo parecido al de los días que siguieron a la elección de Salvador Allende, dieciocho años antes. Por las veredas no pasaba un alma, y los programas de televisión habían entrado a un punto de rutina, de espera. Llegó un momento, sin embargo, en que los comunicados del señor Villaespesa cambiaron de tono, cosa que sucedió después de que un general importante, al llegar a medianoche a la Moneda, debajo del pórtico de la parte norte, el que había recibido la máxima carga del bombardeo de la mañana del 11 de septiembre de 1973, declaró, frente al asedio de los periodistas nacionales e internacionales, de las cámaras y las grabadoras de todo el mundo, que para él las cosas estaban claras: el No había ganado.

—¿Oíste? —vociferó el Narrador, eufórico, batiendo palmas, y ella juntó las manos, abrió la boca, puso ojos redondos, pero recuperó de inmediato su posición, su rechazo obstinado. Acompañó al Narrador, de todos modos, por simple curiosidad, dijo, a una Secretaría del No que se había instalado para los efectos del plebiscito en un hotel del centro, y se abrazaron con diversas caras conocidas, celebrando, felicitándose, dándose besos. A pesar de que había, pensó el Narrador, en último término, un elemento de ambigüedad, puesto que Cristina, en su condición de comunista obcecada, por mucho que hubiera abandonado en tiempos recientes la militancia activa, no había hecho más que colocar palitos en las ruedas de la bicicleta, y él, el Narrador, ¿quién era, qué derecho tenía a celebrar nada, qué pito tocaba?

De regreso en el departamento, mientras contemplaba la escalinata de ladrillos gastados del cerro de don Benjamín, coronada por el escudo monárquico, el Narrador dijo que llamaran a Ignacio chico a Recife, ¡aunque estuviera durmiendo!, y puso de inmediato manos a la obra.

—Estaba «acordado» —respondió el Nacho—, y escuché los resultados en «a Rede Globo».

Comprendieron que el castellano se le había empezado a confundir con el portugués, a olvidar, y otras cosas también, porque les dijo que estaba muy contento, contentísimo, aun cuando esperaba que las nuevas autoridades no cambiaran el modelo económico.

—Ojalá —agregó—, que también se aplicara aquí en el Brasil, y con la misma decisión que en Chile.

Cristina colgó y se dejó caer en un sillón espacioso y descuajeringado. Las manos marcadas por la edad, menos frescas que los brazos, los hombros, las pantorrillas, le colgaron a los costados de los brazos del sillón, que estaban francamente raídos, carcomidos por el uso.

—¡El modelo económico! —chilló, entre furiosa y abrumada, como si el mundo se hubiera confabulado en su contra.

—Sí —confirmó el Narrador—: El modelo económico. ¡Los porfiados hechos!

—Se ha convertido en un momio espantoso —suspiró ella. Y como él se reía por lo bajo, agregó—: ¡Igual que tú! ¡Peor que tú!

—Yo no soy momio ni soy revolucionario —respondió él— Yo soy el Narrador. Me corresponde estar en todas partes, en un lado y en el otro, y en ninguno.

—¡Quién te lo va a creer! Volviste a tu redil, y arrastraste a tu hijo, y tu padre, si estuviera vivo, mandaría matar varios corderos y abriría las mejores botellas de su bodega. Porque la vuelta del hijo pródigo, que parecía que se había postergado, al fin se produjo, ¡y con dos generaciones juntas!

Él se puso de pie con cierta solemnidad, con seriedad levemente burlona.

—Me voy —anunció.

—Nadie había pedido que te quedaras.

—Ni me quedaría. Aunque me lo pidieras.

Ella, entonces, con cara de furia, con ojos llameantes, con manos abiertas, lo empujó sin contemplaciones y cerró la puerta sin hacer ruido, pero con mano férrea, con serpientes enroscadas en el pelo, ¡en sus narices!

style="MARGIN: 10pt 0cm 0pt">III

Ignacio Santa María, el Gordo, y la Manuelita, la viuda, Manuela Fernández de Rebolledo y Pando, se casaron alrededor de un año después de aquel encuentro fortuito en el taller de arquitectura, un sábado de septiembre al mediodía, en la iglesia vieja de la parroquia de Santa Ana. Los casó don Francisco Boza, el mismo cura párroco a quien vimos tapándose los oídos y huyendo a todo lo que le daban las piernas, con las sotanas arremangadas, para no escuchar los gritos de la Manuelita y del joven Juan Francisco Díaz, quienes habían tratado en vano de contraer matrimonio clandestino. En aquel cambio de siglo, la costumbre de estos matrimonios se había propagado como una verdadera epidemia. Así opinaban, según ha podido comprobar el Narrador, las autoridades eclesiásticas más conservadoras, además de los padres de familia cuya resistencia había sido burlada.

Con Ignacio, el Gordo, soltero, huérfano de padre y mayor de edad, aunque siete u ocho años menor que Manuelita por lo muy menos, el problema de la autorización ni siquiera se había planteado. Se dijo que su hermano mayor, de nombre José Luis, se había resistido con rabia, con golpetazos en la mesa, con gritos, pronosticando que a su hermano chico le pondrían un gorro del tamaño del cerro San Cristóbal, unos cuernos del porte del Aconcagua, a actuar como padrino suyo, pero resulta que este José Luis, querendón, buena gente, estaba muy lejos de tener la fuerza de carácter del coronel Díaz, el vecino, quien se había opuesto a la boda de su hijo y había prevalecido. José Luis incluso permitió que un niño suyo de siete años de edad, todo de blanco vestido, de calzas de satén y medias de seda blancas, un angelito rubio y de ojos azules, como Dios mandaba, llevara la cola del traje de la novia, con ayuda de la Pepita chica, hija de Ignacio Andía y Varela y de doña Josefa Fernández. Ha visto el Narrador, por otra parte, salvo que se haya confundido, cosa nada de improbable, que este niño, el paje masculino del casorio del Gordo Santa María con la Manuelita, sería en

años futuros el papá del presidente Domingo Santa María, el del período liberal y las leyes laicas, el de las batallas campales con la Iglesia y con el bando católico, con un Chile pechoño que el Narrador había alcanzado a conocer en su infancia, sobre todo en el caserón de la calle Catedral abajo de sus abuelos matemos, mansión de un piso con capilla y hasta con huesos de muerto debajo del altar, con cura sentado a la derecha de la dueña de casa en los almuerzos de familia. Pasado que ahora, en el incierto presente, parecía que hubiera resucitado. Pero el Narrador, deseoso de no incurrir en el pecado del anacronismo, omite estos asuntos sin comentarios mayores.

—Veamos si los cuernos lo dejan salir por la puerta de la iglesia —dijo un chusco, botado a gracioso, que se había quedado junto a la pilastra de madera de la entrada, mientras levantaba la vista hacia el umbral, que en aquellos años todavía era bajo, de proporciones mezquinas, y como en ese momento hada su aparición, muy compuesto, de corbata de plastrón azul marino y de sombrero de copa, Juan Josef Goycoolea, quien llevaba del brazo a su flamante mujer, la Ñata Echazarreta, se puso, el chusco aquel, a propinar codazos a sus vecinos y a poner caras raras, como si estuviera a punto de reventar de asombro y de risa.

—Les aseguro —murmuró una voz femenina— que será una esposa modelo, y una católica ferviente. Miren cómo junta las manos, cómo mira al Santísimo, con los ojos transidos de fervor, y cómo baja la vista, ahora, y reza, emocionada, arrepentida…

—¡De los arrepentidos es el Reino de los Cielos! —clamó el chusco, el bufón del lado de las pilastras, que estaban muy lejos de ser todavía los contrafuertes de un barroco tardío, de una solidez más bien germánica, que se levantarían en el mismo sitio años más tarde.

Se supo, a todo esto, porque alguien echó a correr la voz desde los bancos de adelante, que Goycoolea y la Nata habían mandado de regalo una espléndida colección de mates de plata peruana, colocados sobre una fuente de plata maciza, peruana o boliviana, detalle que alguno consideró alusivo a misiá Clara Pando, cuyos antepasados tenían ramificaciones en el Altiplano, en las tierras misteriosas del Tiahuantinsuyo, y que había sido la alcahueta de los antiguos amores de la Manuelita con el propio Goycoolea.

—¿Se acuerdan de la cara de india que se le había puesto en sus últimos años? —murmuró otro—. Era una machi vestida con encajes, con manitos de arcilla rojiza, manitos que habían bajado de Potosí por caminos de llamas. ¿No se habían fija’o?

Se habían fijado, sí, perfectamente, y la Manuelita, con sus pómulos fuertes, su tez mate, su pelo negro como el azabache, era, también, y no se les había ocurrido antes, pero ahora, con la edad, se le empezaba a notar, medio india, pero india mezclada con andaluza robusta, fogosa, de cuerpo soberbio, cuerpo de diosa del sur, de ríos exóticos, de mitologías desconocidas.

—Y a lo mejor, por eso —descubrieron— había salido tan zafada, tan ajena a las normas.

—¡Tan recontra caliente! —incidió el chusco, el que hablaba desde atrás de una pilastra agujereada, tapándose la boca. Hubo risas, pero fueron interrumpidas por las campanillas de la consagración, por el rumor de la gente que se hincaba y bajaba la cabeza. Comulgaron todos, desde la Manuelita y el Gordo, la Pepita e Ignacio con sus hijos, y don José Antonio de Rojas con la Merceditas, su mujer, a pesar de que más de alguno murmuraba que el mayorazgo era masón y ateo, pero con los años y los sustos, decían otros, había cambiado, y el Colorado Infante, Goycoolea y la Ñata, todos. Salieron después a un jardín lateral, que ya tenía, en esos inicios de primavera, un olor pronunciado a azahares, a menta, a hierbabuena, a celebrar la boda, suceso que todos veían, a pesar de las bromas, como un final feliz: a beber ponches a la romana y mistelas, a engullir jamones serranos traídos de la Península, chorizos, unos pavos rellenos con ciruelas, con nueces, con tocino, que estaban de chuparse los dedos, y vinos de la Ermita, dulzones, y alojas, y limonadas, y huevos chimbos, jaleas, ponderaciones, dulces de San Estanislao, tortas de mil hojas. Y de repente, desde un costado, cuando el sol ya se acercaba a las montañas de la costa y revoloteaba por entre los arbustos una brisa fresca, avanzaron haciendo reverencias dos indios violinistas, con una manta de todos colores doblada sobre el hombro izquierdo, y una arpista cobriza, de trenza larga, picada de viruela, que tenía un ojo blanco, ciego, pero que se las ingeniaba con el ojo bueno y con dedos ágiles para arrancar sonidos que no parecían de este mundo.

—Bailamos hasta que las velas no ardieron —comentaron diversas voces al día siguiente, en lo mejor de un chocolate que ofreció doña Luisa Esterripa, la señora del nuevo gobernador y presidente de la Real Audiencia—, y comimos hasta que nos dio puntada, y nos tomamos hasta el agua de los floreros, y Santa María, el pobre gordinflón, de repente, se llevó a la Manuelita. Se la llevó a la rastra, porque todos teníamos la impresión de que ella se moría de ganas de seguir bailando, y cantando, y riéndose a gritos, y de que estaba medio trastornada, de que había terminado por quedar, después de tanta historia, de tanto dar

bote de convento en convento, medio mala de la chaveta, y el gordinflón, loco de amor, no se daba ni cuenta, porque no quería, ¡y para qué necesitaba!

Santa María, en cualquier caso, ascendió rápido en su carrera de ingeniero militar, gracias a las matemáticas, no se cansaba de explicar, que le había enseñado Joaquín Toesca, su maestro, y consiguió que le dieran algunos trabajitos de arquitectura, pero no gran cosa. Porque parecía que todos los encargos importantes los acaparaba Goycoolea, Juan Joseph, quien había heredado, como él mismo lo había anunciado, el lugar de Toesca, pero con más honores todavía, sin sus debilidades, sus tormentos, y con una posición social, gracias a las tierras, a los dineros, a las frecuentes invitaciones que hacía la Ñata, muchísimo más encumbrada. A los pocos años de entrar en el siglo XIX, por ejemplo, le pidieron que hiciera los planos del templo nuevo para la parroquia de Santa Ana, la misma que acabamos de ver en el matrimonio de la Manuelita con el Gordo, celebrado todavía en la iglesia vieja, y Goycoolea dibujó una fachada con tres columnas exentas a cada lado del pórtico, ajustadas cada una al orden dórico y rematadas en un juego de comisas parecido al de la Casa de Moneda, pero no alcanzó la plata y tuvo que adosar las columnas y convertirlas en pilastras, aunque no, claro está, de palo, como las dos míseras de la capilla antigua, perforadas por los bichos. Y la plata no alcanzó porque cuando terminó de dibujar los planos, de acuerdo con su idea original, que era, en definitiva, un homenaje a su maestro, el mismo a quien había hecho sufrir tanto con sus amoríos, ¿o no lo había hecho sufrir, como se creía, sino, a su manera, en su forma secreta y delirante, gozar?, y cuando entregó ya los dibujos, vinieron tiempos de crisis, de malas cosechas, de poco trabajo para los arquitectos y los ingenieros, de obras públicas abandonadas, y de agitación, de rumores alarmantes, de voces que anunciaban que los franceses, los seguidores de Napoleón Bonaparte, el nuevo Anticristo, habían invadido a España, y que a todos los aristócratas, por más que sus títulos sólo fueran coloniales, comprados a una Corona en minas, les iban a rebanar el pescuezo, igual como habían hecho los jacobinos en Francia.

Empezaron a decir, por otro lado, al año o al año y medio, que el matrimonio de Santa María, el Gordo, y de la Manuelita, que no había tenido hijos, no andaba muy bien. Algunos observaban que ella se había puesto vieja, pero otros contestaban que el Gordo estaba ciego, trastornado por su pasión, y que la veía igual que en sus años juveniles, ¡en la flor de su belleza! Alguien la divisó hincada junto al altar de San

Antonio de Padua, en la iglesia de San Francisco, y contó que estaba en los huesos, ojerosa. Cuando cesó de rezar y se puso de pie, ese alguien creyó notar que ya le faltaban dientes en la boca, y que llevaba el vestido, bastante sucio y a mal traer, amarrado con el cordón de San Francisco, signo de que había hecho alguna manda, de que estaba pidiendo algo, algún favor del santo, frente al altar construido, justamente, por uno de los discípulos más aventajados de su primer marido, un compañero de trabajo de su cuñado Ignacio Varela, el maestro Ambrosio de Santelices. También contaron que se había encontrado en la calle con Juan Joseph de Goycoolea, un día en que éste vigilaba trabajos que le había encomendado don Bernardo Llanete, terminaciones de una casa de gran lujo, un palacio de la Moneda en chico, mansión cuyos planos originales eran debidos a Toesca (nadie podría olvidarse, pensó el Narrador, de la tarde aciaga en que don Bernardo, de visita en la casa del maestro, se los había pedido), y que se había acercado y lo había insultado a grito limpio, a pesar de lo comedida que había estado con él en los días de su matrimonio con Santa María (pero al ver salir a la calle a don Bernardo, bastantes años más viejo, pero igualito, redondito, pelado, godo hasta la pared del frente, a ella se le despertaron memorias que no fue capaz de controlar). Los gritos destemplados se escucharon en toda la cuadra y hasta en los portales de la Plaza, ¡maricón!, ¡sinvergüenza!, ¡cabrón!, y después agarró unos cascotes de barro que tenían bosta fresca de caballo y se los tiró por la cabeza con una fuerza increíble, echando espumarajos por la boca, aunque con mala puntería.

Parece que también fue vista, y las gentes de las manzanas del centro, en un comienzo, se resistían a creerlo, pero fueron muchas las versiones que coincidieron, en los portales, entre los perros sueltos, los mendigos, los aguateros, las tortilleras, los puestos de vendedores de ojotas, con la cara medio tapada, pasándoles el sombrero negro, aludo, que algunos recordaban a los pies de la cama de Toesca agonizante, y que otros sabían que había pertenecido al hijo del coronel Díaz y Salcedo, a los transeúntes, a los caballeros y a las señoras que bajaban de la Audiencia o salían de entre los andamios de la Catedral, y moviéndolo, pidiendo, exigiendo casi, que pusieran ahí unos reales, cualquier cosa, un pedazo de pan, una fruta. Un miembro de la familia Santa María corrió a contarle al pobre Gordo, y él, al poco rato, llegó a buscada, furioso, confundido, lacre de vergüenza, porque estaba mal de dineros, es cierto, escaso de trabajo, pero no tenía ninguna necesidad de que su mujer anduviera pidiendo limosna por los portales, él, ¡un Santa

María!, I un Grajales!, ¡un Fuente Cuberta!, y la gente se preguntaba si la loca, la chiflada de su mujer, lo hacía por rabia, por despecho, para vengarse de Goycoolea, ahora que Goycoolea, el Negrito de sus cartas de antaño, de sus pasados amores, estaba rico, importante, o para castigarse a sí misma.

Parece que Santa María, el Gordo, apenas llegaron a la casa, la agarró a bofetadas y a patadas, fuera de sí, enfermo de humillación, olvidado de su obsequiosidad, de su dulzura habituales, porque ella lo había herido en la zona más profunda de su orgullo, a lo mejor adrede, y contaron que la loca de la Manuela, después de la paliza, desapareció durante cinco o seis días. Desesperado, enamorado de su Manuelita, a pesar de todo y por encima de todo, el Gordo no pudo dar con ella en ninguna parte, ni en la casa de Ignacio Varela y la Pepita, ni en el convento de las Claras, donde la monja superiora la conocía perfectamente, la recordaba incluso desde su primer encierro ahí, en sus años juveniles, y sentía debilidad por ella, un cariño que no disimulaba, ni en el de las Agustinas, ni en las chinganas de la Chimba, y es curioso que después de tocar la puerta de Ignacio y de la Josefa, la Pepita, y de interrogar a una viejuca, un garbanzo que se había envuelto entre chalinas gastadas y que movía sin descanso la boca sin dientes, haya acudido, Santa María, a conventos y a chinganas, dos extremos, pero así parece que fue, así contaron, y algunos, los chuscos de los portales y del paseo de la Cañada, los bocones, los hocicones, se rieron e hicieron toda suerte de insinuaciones, de chistes de doble sentido. Otras personas comentaron que la Fernández era una mezcla extraordinaria de mística y de arrastrada, de santa y de puta, de putarraca, y un conocido de don José Antonio de Rojas, una persona que no faltaba nunca en la tertulia del gobernador y de su esposa, doña Luisa, un hombre gordo, de cara empolvada, afeminado, que solía cantar aires italianos con acompañamiento de pianola, y que componía petipiezas de temas mitológicos para que doña Luisa y sus amigos las representaran, dijo que a lo mejor, quién sabe, la Fernández, doña Manuela, era una precursora de los tiempos nuevos, de las sociedades libres, sinceras, que florecerían en diversas partes del mundo a medida que avanzara el siglo XIX.

El Narrador supone que doña Luisa, en un gesto muy suyo, sacudió las volandas de encaje que le sobresalían de los puños, se tocó el pecho con las manos pálidas, abrió mucho los ojos azulinos, y sus acompañantes tuvieron la impresión de que las emociones la embargaban, de que estaba sacudida por dentro por una vibración, por

un éxtasis, incapaz de expresar con palabras lo que le sucedía. Una precursora, en resumidas cuentas, la Manuelita, y ella, doña Luisa, desde otro sector de la ciudad, detrás de sus cortinajes de damasco, frente a la Plaza del Rey, otra. Los acordes de la pianola habían cesado, los cortinajes del fondo habían quedado envueltos por la penumbra, pero los candelabros de plata maciza, en la mesa del centro, chisporroteaban, mientras Su Excelencia, encorvado, adelantando el índice tembloroso, contaba un chiste medio verde, medio judío, a un círculo divertido y atento.

La Manuelita apareció una tarde, muy demacrada, más flaca que nunca, temblorosa de fiebre, sucia, despeinada, con el vestido roto. Entre la Palmira, la tonta, y una de las negritas de la mano, la metieron a la cama y le dieron caldos de substancia caliente, pero ella no cesaba de temblar. Decía que Toesca estaba en la pieza, vestido de negro, y que traía un atado de cadenas con que la iba a encadenar a unas argollas, en un recinto húmedo. Preguntó por el perrito, el Goiquito, y cuando le contaron que se había muerto y que estaba enterrado en el fondo del jardín, junto a las tapias, lanzó gritos desconsolados y se tiró de los pelos, con cara de demente.

Después de dos días de fiebre y delirio, aquejada, según los médicos, de un enfriamiento y una melancolía incurables, murió en los brazos de Santa María, el Gordo, que estaba desconsolado y que lloraba a mares, sin poder perdonarse por haber perdido el control cuando supo que andaba en los portales pidiendo limosna. Antes de morir, en un momento de lucidez amarga, con los pulmones atravesados por puñales de salmuera, sanguinolentos, deshechos, pidió, por favorcito, por grandes que hubieran sido sus pecados, que la enterraran en San Francisco vestida con el hábito franciscano, y los miembros de la orden, que sabían que se había arrepentido y que la veían rezar durante horas, con los ojos anegados en llanto, en las cercanías del altar de San Antonio de Padua, le asignaron uno de los mejores lugares de la iglesia, en el costado oriente de dicho altar. Al entierro no fue demasiada gente, pero no faltó don José Antonio de Rojas con doña Merceditas Salas, su mujer, y el hermano mayor del Gordo Santa María, el que en un comienzo se había opuesto tanto al matrimonio, con toda su familia, y se asomó a la salida de la misa de difuntos, por un lado, con la cabeza inclinada, cojeando, estropeado, con una pata en la tumba, el mulatón Ambrosio, el que había tenido que vigilarla, el que había visto más cosas que nadie, y más tarde se presentó en el último patio de la casa y le dieron sopa, y él rogó que le regalaran unos zapatos viejos de doña

Manuelita, o un pañuelo, una cintita, cualquier cosa, para recordarla.

Ahí, pues, junto al altar de San Antonio, reposarán todavía los huesos de doña Manuela Fernández de Rebolledo y Pando, viuda, primero, de Joaquín Toesca, y de Ignacio Santa María, su discípulo, más tarde, se dice el Narrador, convertidos ahora en polvillo irreconocible, envueltos en los restos de la tela parda y tosca del hábito y en las hilachas, si es que alguna, microscópica, se conservaba, del cordón franciscano con que los vecinos de Santiago de Nueva Extremadura la habían visto pasear por las calles en las últimas semanas de su vida. A todo esto, en el día de los funerales, Goycoolea andaba en el sur, ocupado de un asunto de ingeniería de caminos, pero su mujer, la Nata Echazarreta, sorda a las habladurías, mandó una enorme corona de flores envuelta en lazos de terciopelo negro y con el nombre suyo y de su marido escritos en una cartulina gruesa, con caracteres donde la tinta había chorreado, y con el consabido: «Muy sentido pózame». Ya sabemos que los restos de Joaquín Toesca y Ricci, el maestro, el romano, reposaban en el otro extremo de la ciudad, a dos metros del puesto desde donde había emprendido el vuelo la estampita milagrosa de la Virgen del Carmen, que todavía flotaba, decían, a pesar de todo lo que había ocurrido, por encima de los barriales pecaminosos de la Chimba. Después de tantos conflictos y de tantos dolores, Toesca había deseado que por lo menos la muerte lo uniera con la Manuelita, a quien en verdad había amado y había perdonado, pero una vez más, y ahora para siempre, por los siglos de los siglos, había fracasado en su deseo.

Capítulo IV

IGNACIO chico se decidió al fin a venir de visita, pero sólo de visita, advirtió, que conste, tres o cuatro años más tarde, a comienzos de los noventa, cuando calculó, suponemos, que nadie podía volver a encadenarlo por las muñecas y por los tobillos, como a los forzados de las antiguas historias, y cuando le aseguraron, quizás, puesto que ya había manifestado una sorprendente inquietud a este respecto, por fax, o en conversaciones trasnochadas de larga distancia con Carlitos Hidalgo, o con el Nono, o con la sublime y bella Novalis, la apasionada, la conmovedora, la borracha, que el tan mentado modelo económico, el de la libertad de mercado y la apertura al universo de las finanzas internacionales, no sería modificado.

—¿Por qué? —le preguntó el Nono, estupefacto.

—Porque me quedé enfermo —contestó Ignacio chico.

—¿De qué?

—No sé de qué. ¡Averígualo tú!

—No entiendo para nada a este cabro —dijo Cristina, cuya voz se había puesto más ronca todavía, un poco cavernosa, de ultratumba—. No me calza. En lugar de preocuparse de los crímenes de la dictadura, del Informe Rettig, como perseguido que fue, me sale con el mercado, con las tasas de interés, con otras payasadas. ¡Es un enigma completo!

—Un enigma político —replicó el Narrador, y lo dijo riéndose, porque el humor, la pluma de la broma, para citar a uno de sus autores favoritos, nunca le fallaba—, y un enigma económico.

Y yo, se murmuraba a sí mismo, se soplaba al oído, si este gesto fuera posible, también lo soy: un enigma social, una interrupción, una trizadura. Y se encogía de hombros, porque sabía que aquella pluma de

la broma escribía con mala tinta, con tinta de mala sangre. Después de heredar a don Ignacio, habría podido trasladarse con toda tranquilidad al Barrio Alto, como le correspondía, según insistía Nina, Mariana, con una mezcla de amor fraternal, retrospectivo, y de pesadez indudable, pero él se aferraba como una lapa, en forma incomprensible para los demás, a su destartalado quinto piso de la Plaza de Armas, entre estanterías combadas por el peso de los mamotretos, por el polvo, por las polillas, y piezas de guardar atiborradas de papeles, y rodeado de vecinos más que dudosos: no sólo el cantante lírico de contoneos afeminados, de pelo pintado de color de choclo, de amistades heterogéneas, sino también, desde hacía pocas semanas, unas niñas de faldas cortas, de miradas turbias, instaladas a dos puertas de distancia y que ejercían, por lo visto, el más antiguo de los oficios. Al frente, las copas de los árboles parecían agobiadas por la mugre, y los profetas del techo de la Catedral, con sus libracos de piedra, no profetizaban nada, aun cuando Ignacio Andía, al esculpirlos, habría pensado, seguro, en profecías complicadas y que ponían los pelos de punta. Si se asomaba al balcón, alcanzaba a divisar la torre colonial, pero ya cercana a los primeros años de la República, del edificio del consulado, destinado ahora a cumplir funciones de Museo Histórico, y obra, detalle que no terminaba de provocarle una sonrisa, de Juan Joseph Goycoolea, el discípulo adulterino, el de pellejo pecaminoso. Abajo continuaba el hormigueo de los peatones, de los niños vagos, de los cuidadores y colocado— res de automóviles, especie humana movediza, más bien parlanchina, a menudo deforme, patizamba, curcuncha, ¡y santiaguina, pensó, *par excellence*!

Pero los papeles, los legajos amarillentos, la mina escondida o la torre al revés, el Cubo del Historiador, conectados con el pasado y sus misterios, con la memoria ajena enterrada, no cesaban nunca de gustarle y de hablarle, de modo que él, aun cuando no tendría tiempo para leerlo todo, nunca, recorría sin descanso los callejones y los sucuchos más inverosímiles en busca de nuevos papeles y nuevos libracos, y se pasaba las noches, en aquella ciudad tan machacada y que había escogido, por reacción defensiva, la indiferencia, en aquel país amnésico, en compañía de ellos, recorriendo las páginas impresas, o escritas a mano, o las delgadas copias de máquina de escribir en caracteres azulinos, y tenía miedo, a veces, de haberse deslizado sin querer para el otro lado, de que el seso se le hubiera empezado a derretir, ¡a él también!

Solía dormir desde las ocho o nueve de la mañana, incluso desde las

once o las doce, hasta bien pasadas las cuatro de la tarde, y bajaba a almorzar a horas absurdas en los comedores o los abrevaderos de los alrededores, a escasa distancia de la pileta de agua y del patíbulo que habían desaparecido de la Plaza, pero que él se imaginaba contra un fondo de tierra y de lejanos andamios, con un par de peones de ojotas, una verdulera gorda, un huaso de a caballo, con bonete maulino y estribos de madera, escapados de alguna estampa de mediados del siglo anterior. A veces encontraba a algún amigo de otros tiempos, un aparecido, ya que no los tenía de los tiempos actuales, y sostenía una conversación minuciosa e inútil, haciéndole el quite a los asuntos escabrosos, conflictivos, como se decía ahora, que nunca faltaban. Rudecindo Tal, abogado de alemanes del sur, o Bienvenido Cabrera, ex bombero. Después regresaba a sus antesalas, que la Filomena había trapeado y despejado, bebía un vaso adicional de vino tinto, echaba una siesta en el gran salón con olor a rata y a caramelo rancio, y al despertar se ponía a leer hasta que caía la oscuridad. Escuchaba, mientras leía, una radio vieja, alta, de techo curvo, que le habría servido a su antecesor para conocer las noticias de la ocupación nazi de Polonia, o de los bombardeos de Londres, o de las elecciones presidenciales entre Gustavo Ross Santa María, el Pela'o (¿otro pariente del Gordo?), y Pedro Aguirre Cerda, don Tinto: sólo un rumor de fondo, un piano chopiniano, unas cuerdas brahmsianas, una flauta de Juan Sebastián Bach, la voz de un locutor afectado. Se asomaba después al balcón de las cagarrutas y aprovechaba los últimos resplandores del crepúsculo, acercando el libro a los ojos, para terminar un capítulo, porque encender las luces implicaba aceptar el paso del día a la noche, y eso le daba una pereza extraña. Había gente que lo miraba desde los balcones del lado del oriente, a la distancia, y él experimentaba una sensación de marginalidad, un placer un tanto perverso. Se lo había comentado una vez al Cachalote Alcocer, y el Cachalote, con su aspereza habitual, le había dicho que era un pajero.

—¿Un qué?

—Un pajero, un onanista de porquería.

—«Cosas hay que sabe Onán» —recitó él—, «y que las ignora don Juan.»

Citaba de memoria al heterónimo de un poeta a quien habían acusado aquí, en América, de polvoriento, de polvoroso. Lo citaba, y se reía a carcajadas.

Cuando ya estaba oscuro, tenía la costumbre de refrescarse, de cambiarse de camisa, de ponerse una corbata buena, porque era, a pesar

de sus desviaciones, un corbatista convencido, y salía a dar una vuelta. A veces conseguía regresar con alguna visita nocturna, no necesariamente erótica, algún alma extraviada en los mesones de Lastarria o de la Alameda, desesperada, o por lo menos desconcertada, como la suya: un par de periodistas con mucha sed y poco trabajo, actores de teatro sin trabajo alguno, locuaces, bulliciosos, y con las lenguas paradójicamente trabadas, alguna aspirante a actriz o a modelo, de omóplatos salientes, piel lechosa, ojos inquietos e inciertos, y que sólo sabía fijar su atención por espacio de segundos breves, fugaces, cuando se trataba de liar un pucho de marihuana. En otras ocasiones marcaba el número de teléfono de Costamagna, Santiago, Poseidón, porque el hombre, a pesar de la edad avanzada, o precisamente a causa de ella, recordaba con más vivacidad que nunca sus historias de los mares del sur, sus correrías juveniles por la Patagonia chilena y argentina, sus cacerías de lobos marinos, alguna gresca descomunal en un prostíbulo de Valparaíso, pocos años antes de la segunda guerra, gresca en la que le habían volado un diente que todavía le faltaba, y parecía que aquellos relatos transfiguraban el paisaje de muros sucios, de adoquines rotos. El hueco del diente era una prueba del pasado, así como una flor es prueba del viaje al futuro en *La máquina del tiempo*, la novela de H.G. Welles que le gustaba tanto a Borges y que al Narrador no le disgustaba. Otras veces, en cambio, se armaba de valor, le hacía un gesto al portero de noche y subía a visitar a Cristina.

—Te he dicho que avises antes de pasar —protestaba ella en el momento de abrir la puerta.

—¿Por qué? ¿Corro el riesgo de encontrarme con alguno de tus amantes?

—¿Y por qué no?

—¡Cabrona! —exclamaba él, devorado, la verdad, por los celos, y pensaba en las rarezas de los viejos matrimonios, en los secretos de la naturaleza humana, a pesar de que ella se veía un poco ajada, algo pasada para esos trotes. En alguna oportunidad se había cruzado, de hecho, con un profesor de filosofía descamisado, melenudo, de extravagante gorra de fieltro blancuzco, un Lenin de provincia, uno que nunca había dejado en su fuero más íntimo de admirar a Stalin, dijeran lo que dijeran, y que todavía, por supuesto, por nostalgia, por obstinación intelectual, por el motivo que fuera, militaba en el Partido.

Ella, en cualquier caso, parecía menos extremista que antes, más olvidada de sus obsesiones, de sus crispaciones, por efecto de la edad, del cansancio, y también, a lo mejor, de la caída del Muro de Berlín y

del bloque soviético en su conjunto, con todo lo que aquello había significado, aun cuando había llegado al capricho, y a la arrogancia, de sostener que la caída del Muro podía tener todas las consecuencias que uno quisiera en la realidad, en el socialismo real, digamos, pero que en la teoría no tenía ninguna.

—¿Ninguna?

—¡Ninguna!

—¿Así que tu famosa teoría no tiene la menor necesidad de someterse a la prueba de los hechos?

—¡Mira, huevón! —replicaba Cristina, y la rabia le hinchaba las arterias del cuello y le ponía la cara más vieja, aun cuando los muslos gordotes, bien formados, en las medias negras caladas y de dibujos romboidales, se mantenían más o menos intactos—: ¡No tengo paciencia para discutir con reaccionarios de tu laya!

—Como argumentación —replicaba él, mirándole las piernas con el mayor descaro—, no puede ser más convincente.

Eran, sin embargo, los estertores, o más bien las mejorías finales, de su militancia antigua, de gritos roncos, de carreras para escapar de los carros lanzaaguas, de puños cerrados. Había momentos, cuando caía la tarde lentamente y amainaba el calor sofocante, agravado durante el día por las extensiones del asfalto, del cemento, de los metales maltratados, y cuando bebía el primer pisco sauer, o entraba ya en la curva del segundo, en que se ponía divertida, simpática, ocurrente, con una chispa en los ojos y una expresión en la boca que a él le traían recuerdos juveniles, recuerdos que en el fondo, para qué lo iba a negar, lo emocionaban, le provocaban oleadas de nostalgia. Estoy mejor con ella, al fin y al cabo, se decía a sí mismo, y sus labios alcanzaban a formar las palabras, que con los curagüillas de los mesones y los fumaderos de Lastarria, de Rosal, de Villavicencio, los Puccini Puccini de antaño, o con las putingas descaderadas, las de omóplatos pálidos y pestañas artificiales, que no cobran directamente, pero que al final piden el doble, ¡prestado, claro está!, para pagar una cuenta del teléfono o del dentista, o se dejan caer con el aval de un crédito que después desconocen desde el primero de sus vencimientos.

Conseguía, entonces, aprovechando la buena onda, insistiendo, cargoseando un poco, viajando al repostero para llevarle un poco más de tinto, convencer a Cristina de que le permitiera dormir en su cama. ¡Con los vinos, el departamento de la Plaza de Armas se veía tan lejos! Eso sí, dormir, a consecuencia de la fatiga, de la fiebre, del sedimento

de los años, no siempre significaba hacer el amor. Solía ocurrir que ella saliera del baño, perfumada, con su camisón de noche vaporoso, con sus hombros, sus pechos, sus muslos todavía firmes, y que el Narrador, con la boca abierta, de espaldas en la cama, sin zapatos, pero vestido, con la corbata apenas desanudada, con un hilo de baba en la comisura de los labios, roncara.

—¡Qué boludo! —solía exclamar ella.

Ignacio, a todo esto, después de comunicar su propósito de «pegarse una asomada a Chile* (así dijo, ¡el perlas!), anunció su llegada por medio de llamados contradictorios: la voz de una secretaria, un mensaje impreciso dejado en el contestador de Carlitos Hidalgo, un fax ilegible, ¿parte, todo, de una humorada, de «un deseo nunca satisfecho de joder» (opinión del Narrador), o de un sistema de precauciones desfasado, innecesario, ahora que el inspector Jorquera gozaba del retiro de una chacra de árboles brutales en los alrededores de Colina? ¡Métodos cubanos, guerrilleros, propios de grandes especialistas, y que en el Chile de la postdictadura y de la postmodemidad estaban fuera de tiesto/

El caso es que Ignacio chico, el Tercero, el Pródigo Segundo, bajó del avión sin haber dado los datos de su vuelo a nadie, se instaló en la suite presidencial o imperial del Hotel de las Altas Cumbres o de las Nubes Flotantes, algo así: un amplio espacio sumergido en una luz subacuática, provisto de cómodas con incrustaciones, estatuillas de bronce, espejos de marcos dorados. Alquiló al llegar, o había alquilado desde allá, un automóvil negro, coludo, con chófer de traje oscuro y de gorra niquelada, para todo el tiempo de su estada. Llamó, en la tarde, después de haber descansado y de haber dado una vuelta a pie por el barrio, un primer reconocimiento del terreno, y se presentó a la media hora, sin dar tiempo para nada (¡el monstruo!, como chilló Nina, su tía por el lado paterno, al saberlo), en el departamento de su madre. Lo hizo vestido de gabardina verde botella, camisa de seda de un marrón verdoso difícil de definir, con iniciales cosidas en hilo de una seda un poco más acentuada, corbata de colorinches, sombrero de alas anchas, flexible, de color lúcuma, que le daba un aire de vaquero retro (como se empezaba a decir), y mocasines de cuero marrón encarrujado. El Narrador, a quien Cristina llamó de urgencia, vuelta loca, vio el sombrero en la silla de la entrada del departamento de Santa Lucía y pensó que era un equivalente moderno del sombrero de Juan Antonio Díaz, el de los alerones y escarapelas, el de la batalla a golpes de espadín y el de la agonía al pie de la cama. A pesar de la aparente improvisación de su llegada, Ignacio chico traía un bonito collar

antiguo, de doble vuelta de azabache, con algunos brillantes y esmeraldas, de los tiempos, dijo, del Imperio de allá, el de uno de los Pedros de la Casa de Braganza, de regalo para Cristina. Al Narrador le obsequió una espléndida bufanda de cachemira roja, *Made in England*, y una corbata todavía más roja, de seda italiana, de un tono que el Narrador nunca se había atrevido a llevar hasta entonces. En una bolsa de Duty Free, para el consumo inmediato, venía una impresionante botella de *champagne*, una Dom Perignon Magnum, y una no menos imponente lata de *foiegras* con trufas. También le había traído un engañito, contó, a la vieja Filomena, la empleada del Narrador, y otro a la Petronila, la de Cristina, aparte de buenos regalos a Carlitas y al Nono. En cuanto a la Novalis, la insensata y dulce, le había comprado un par de foulards de gran marca, pero había decidido advertirle que no se hiciera la menor de las ilusiones matrimoniales. ¡Por si las moscas!

—Eres el más perfecto de los nuevos ricos —dijo el Narrador—, cosa que va muy bien con tus ideas acerca del mercado, con los tiempos que corren aquí en Chilito.

La verdad, hay que admitirlo, es que lo dijo con simpatía, con un brillo de chochera en la mirada, y el Nacho, con una especie de cansancio prematuro que había adquirido en su exilio, en su aventura ignorada y al parecer solitaria, se limitó a encogerse de hombros, como mascullando: Sí lo soy, y qué…

Cristina, a todo esto, estaba nerviosa, fuera de control, con la complicada batería de sus defensas habituales hecha pebre. Se le cayó con escandaloso estruendo un jarro de pisco sauer en las baldosas de la cocina, un desastre, una mezcolanza de vidrios rotos y de espuma azucarada, y después, tocando los colorinches de la corbata de su hijo, un poco temblorosa y tartamuda, le contó que en Chile corría el rumor de que él se había metido en alguna guerrilla, en alguna aventura política peligrosa, o en alguna combinación de guerrilla y narcotráfico. Todos creían que aquello de los piano bares y de las altas finanzas era puro cuento, fachada pura.

—Una cosa —insinuó el Nacho— no tendría por qué excluir la otra.

El revolucionario, en realidad, tenía poco aspecto de revolucionario, aunque así eran, a lo mejor, los revolucionarios de verdad, los que de veras cambiaban el mundo. Parado entre Cristina y el Narrador, vestido, como hemos visto, en forma impecable, algo exagerada y chillona para los hábitos chilenos, de espléndida facha, ya mostraba entradas en las sienes, comienzos de calvicie que le daban un curioso parecido con el padre de Cristina y abuelo suyo, el doctor Elorza, el amigo de Aguirre

Cerda, de González Videla, de Salvador Allende, y ya se le había formado, por añadidura, una ligera panza o curva de la bienaventuranza. El Narrador dijo que si se descuidaba, iba a terminar convertido en el Cachetón del Puro, un emblema del capitalismo de los años de su infancia. La observación suscitó risas, protestas, bromas, e Ignacio chico, después de hacerle una entrega más o menos solemne de la bufanda de cachemira roja y de la corbata granate, de resplandeciente seda, I a ver si se atrevía a usarla!, entró a la cocina y regresó con el botellón Magnum. El sonido de explosión y el derrame de espuma fueron excepcionales, orgiásticos, y Cristina, a la media hora, tenía los ojos llorosos, pero no se sabía bien si de alegría, de euforia, de borrachera, de tristeza.

—¡De todo junto! —exclamó Ignacio chico, quien la abrazó y la besó repetidas veces.

—Me gustaría mucho que converses con mi amigo de infancia, el Cachalote —dijo el Narrador.

¿Para qué? Para que le diera orientaciones. Para que lo ayudara a tomar el pulso de los negocios. ¡Ya que le había bajado por eso! Cristina levantaba la copa de *champagne*, salpicándolo todo, y protestaba. El famoso Cachalote, alegaba a voz en cuello, era un pelotudo, un fascista de porquería. Ignacio chico se reía a carcajadas. Sonó el timbre, él corrió a abrir la puerta, porque estaba en el secreto, y aparecieron todos: la Novalis inefable, con sus brazos de serpiente, sus ojos capotudos, sus piernas delicadas, y Carlitos Hidalgo, el abogado precoz, con su barbilla de joven Mefistofeles, y el Nono, con su corazón en el lado izquierdo. Ignacio chico reveló que había escondido otro botellón Magnum en el fondo del refrigerador. También había traído un galón de Etiqueta Negra, para Santiago, el Dios del tridente. Santiago Costamagna tocó el timbre a las doce de la noche y se abrazó con todo el mundo, de mejillas húmedas, violáceas, apretadas.

—La próxima vez —anunció el Nacho, desde arriba de una silla—, voy a invitarlos a todos al Brasil, para que hagamos una fiesta de las buenas.

—¿Y yo? —preguntó la Novalis, haciendo un puchero.

Ella también, desde luego, pero lo que ella quería decir era otra cosa. Ella quería que Ignacio chico se la llevara ahora. No sabía si tendría paciencia para esperar hasta la fiesta siguiente. Ignacio puso cara de pregunta, y los demás hicieron bromas y se rieron con poco disimulo. El único que no entendió nada fue Santiago, quien anunció

que no bebía *champagne* y saludó con alegría, en cambio, con aplausos de niño, el Etiqueta Negra. En medio del jolgorio, la Novalis se había quedado extrañamente sola en el centro de la sala, de brazos cruzados, con un resplandor tierno y absurdo en los ojos, delgada y bonita, pese a todo, bajo las luces indirectas.

Capítulo V

Año de ratas, año impuro…
Pablo Neruda

Nos encontramos con don José Antonio de Rojas, el mayorazgo, el criollo perfecto, el resentido superior, en los primeros capítulos, y ahora parece que vamos a terminar con él. O cerca de él. Lo conocimos cuando golpeaba puertas en la polvorienta corte de Madrid, cuando hacía interminables antesalas, cuando ofrecía sus servicios en América, ¿qué servicios, en que Capitanías perdidas? A estas alturas, don José Antonio se nos presenta como una mezcla curiosa, en cierto modo divertida, pero también patética, reflejo, por un lado, de su tiempo, y, a la vez, caricatura, deformación: aceptación entusiasmada de su época, de la fiebre de su época, de sus sueños, y después, en un segundo momento, involución, rechazo temeroso. ¿Conciencia excesiva, hamletiana, con su cobardía consiguiente? En un principio, el mayorazgo de cutis sonrosado, de cara mofletuda, de ojos azulinos, se cree capaz de manejar las fuerzas de la naturaleza. En beneficio de la Utopía, del Progreso, del Futuro. En contra del presente miserable. Es hombre de las Luces, pero lo es en versión provinciana, ¡polpaiquina! A poco andar, sin embargo, o a medio andar, los movimientos de la historia, que a menudo parecen obra del puro azar, se ponen a jugar con él. Lo convierten pronto en monigote. Es una marioneta que se asoma a un escenario pobretón, con aires de suficiencia, con una ingenuidad de la que no es consciente. Porque los que mueven los hilos, aquellos que dictan sus gestos ampulosos, de una hinchazón cómica, son otros. Pues bien, el mayorazgo, que ya había gastado mucho dinero en sus años de peticionario en Madrid, se empobreció aún más después de

su regreso a Chile. Quemó enormes energías en pleitos sucesivos y variados. Litigó más que nada contra su suegra, doña Mercedes Carvajal de Salas, por cuestiones de herencias, de precedencias, de dominios, asuntos en los que salió más o menos trasquilado. No sabemos qué era: una falla de su cabeza, una manía enfermiza, una necesidad de evasión. Porque sólo podía vivir, parecía, en calidad de eterno demandante, de pedigüeño siempre contrariado. Cuando se produjo el cabildo abierto del 18 de septiembre de 1810, el primer conato de independencia de la Colonia, manifestación, como todos saben, mitigada, de esencia monarquista, conservadora, participó en los sucesos con apasionado entusiasmo, con ilusiones sin duda excesivas. Le gustaba que el cabildo proclamara la fidelidad de los súbditos de Chile a Femando VII, el rey depuesto por los usurpadores franceses. Así se abría la posibilidad de instalar un gobierno criollo autónomo, en el cual los méritos de personas como él y como sus amigos serían reconocidos, en lugar de escarnecidos y burlados.

Don José Antonio inflaba el pecho frente a sus almácigos, a sus parrones, al olor a bosta y al mosquerío de sus establos. Ya se veía ennoblecido, marqués o conde, vizconde de Polpaico o de las Lomas de Huechuraba, por lo muy menos, y calculaba, de paso, que la libertad de comercio con Inglaterra y con las ex colonias de América del Norte le dejaría pingües beneficios. La cal de sus caleras no sólo entraría en la argamasa de los muros que se levantaban en Santiago y a veces en Mendoza y en Lima. Los barcos del siglo nuevo, movidos por máquinas portentosas, la transportarían hasta las torres inglesas, hasta las plazas fuertes holandesas, quizás todavía más lejos.

Poco después, cuando hizo su aparición en el pequeño tablado santiaguino José Miguel Carrera, el brigadier, el autodesignado Húsar de la Muerte, en compañía de sus hermanos, de sus numerosos allegados y amigos, don José Antonio sintió que las cosas emprendían un rumbo peligroso. Había conocido a los Carrera hacía tiempo y los había visitado alguna vez en sus casas de El Monte, pero se había quedado con una impresión de gente pendenciera, revoltosa, que se creía con derechos superiores a los del resto de los mortales. El espíritu revolucionario que les había bajado de repente era una curiosa novedad, puesto que pertenecían a una de las familias más acaudaladas y más pechoñas del Reino. Él recordaba al joven José Miguel, antes de que viajara a España a continuar sus estudios, persiguiendo indios mapuches a perdigonazo limpio. Y ahora, ¿de dónde salían estos arrestos, estas proclamas incendiarias, esta jerigonza?

El Narrador, por su lado, se pregunta si la Revolución y la jerga, la jerigonza, tienen que andar siempre de la mano. ¿Qué dices tú, Cristina?, pregunta, y se imagina una respuesta rabiosa. Agarra una cabeza de ajo y la olisquea. De cuando en cuando, en la profundidad de la noche, pasa un automóvil por el pavimento mojado. Él siente nostalgia, como le ha sucedido más de alguna vez, del silencio, de las calles dormidas de los años negros. Reconoce que es una nostalgia perversa, inconfesable. Se imagina, enseguida, los recados del ínclito don José Antonio a la gente que consideraba seria dentro de la Capitanía General: al marqués de Larraín, a Talavera, a los Irarrázaval y los Correa de Saa, a don Bernardo Llanete, quien ya salía poco de la Moneda chica que le había construido Toesca, a Manuel de Salas, su cuñado, que estaba indeciso, ¡como siempre!, con sus dolores a los riñones y a los juanetes, con su atiento putrefacto, pero que no cesaba de protestar porque los Carrera, con José Miguel a la cabeza y con el marimacho huesudo y bigotudo de doña Javiera, eran unos imberbes, unos señoritingos que jugaban a la Revolución, a la guerra a muerte. Se supo, en vísperas del primer aniversario del cabildo abierto, a comienzos de septiembre de 1811, que don José Miguel había invitado a una fiesta de conmemoración en el edificio del consulado, con cartones de invitación impresos para cada familia, y arriba del cartón, con buena caligrafía, se sugería que las señoras principales, sus mercedes, fueran vestidas a la usanza araucana.

Don José Antonio recibió el cartón que le correspondía y estalló en santa cólera. Fue a comentar la novedad a la casa de Salas y después a la de Infante. ¡Así que íbamos a dejar de ser españoles no para convertirnos en chilenos, en Señores de Chile, sino en indios salvajes! ¡íbamos a cambiar la pianola de doña Laura Esterripa, que había sonado en tiempos de vísperas con sonidos tan bonitos, casi celestiales, por la trutruca, por las trompas de Michimalonco! Y los Carrera, hace muy poco, ¿no se acriminaban con los pobres mapuches que se atrevían a asomarse a sus dominios de El Monte?

Durante la fiesta, en efecto, a la que más de alguna señora de linaje, por caerle en gracia al nuevo director supremo, asistió vestida de araucana, con trarilongos de plata maciza en la frente, detalle que acrecentó la indignación de muchos de los señorones, se escuchó sonido de trutrucas en los patios que daban a la Plaza del Rey, bautizada ya como Plaza de Armas, puesto que una de las fiebres que había dominado el mundo, en todas las latitudes, en aquel comienzo incierto del siglo nuevo, era la fiebre bautizadora.

—¿Qué habría dicho el arquitecto Toesca, que en paz descanse? —se le ocurrió preguntar a una persona, un coronel, o un protonotario, y él, don José Antonio, experto en la materia, confidente del romano, defensor suyo ante el Tribunal de Cuentas, albacea en su testamento, respondió:

—Nada. Absolutamente nada. Él sólo pensaba en sus edificios, en sus monumentos permanentes o efímeros, en sus planos, en sus ladrillos de tamaño excepcional y en la mezcla con que había que ensamblarlos —y añadió, bajando la voz—, y en el coño de la Manuelita, ¡que descanse en la paz de Nuestro Señor!

Algunos de los contertulios, incluso los de caras más severas, los más irritados con el tam tam de los atambores, con los alaridos lastimeros de las machis, con la presencia en el patio de honor de tres embajadores araucanos, sonrieron, pero todos se santiguaron, y hubo, de pronto, una pausa prolongada, como si el rito hubiera entrado en una etapa de silencio: sólo se escuchó el viento en las ramas de los árboles del costado norponiente de la Catedral, los del parque del coronel Díaz, quien había huido rumbo al sur, y los del antiguo huerto y taller del maestro Toesca, además del cacareo de las gallinas, que se acercaban, picoteando el suelo, a la pileta de piedra y a la tarima de madera, de la que habían retirado el patíbulo, símbolo del pasado negro, y el rebuzno ocasional, espasmódico, de algún burro.

Después del desastre de la plaza de Rancagua, defendida por don Bernardo, el hijo huacho de don Ambrosio O'Higgins, nuestro conocido (se dijo el Narrador, acariciándose la barbilla), y de la precipitada huida del bando insurgente por los pasos cordilleranos, él, don José Antonio, y la gente de su compañía, de su frecuentación, incluyendo a don Manuel de Salas, su cuñado, y a su nuevo amigo Juan Egaña, hombre de muchas letras, y a Ignacio Andía y Várela, quien había participado en todos aquellos años en la continuación de los trabajos de la Casa de Moneda, pensaron que por fin volvería a imponerse la cordura, que la gente como el Gordo Santa María, el viudo, que había corrido a ponerse a las órdenes del joven O'Higgins, recapacitaría, sentaría cabeza, y que volverían a predominar las ideas del cabildo Abierto de 1810, tan cercano y tan lejano, ideas que eran, después de todo, perfectamente razonables, compatibles, como quien dice. A Ignacio, el hombrote, las nuevas autoridades lo confirmaron, de hecho, gracias, quizás, a sus conexiones con el obispo, en su cargo de administrador de las rentas del tabaco de San Felipe, ciudad donde se dedicó, además, a dibujar el paisaje circundante y a terminar su trabajo de copista de los escritos de

su primo jesuita, don Manuel de Lacunza, quien, según se había sabido, había fallecido hacía años en un pueblo de Italia, por distracción, por no fijarse dónde pisaba y caerse a una laguna, y sólo había dejado aquellos papeles enrevesados, que llegaban hasta la Colonia por caminos misteriosos.

Con su optimismo de toda la vida, el mayorazgo sonrosado pensaba que todo, en última instancia, dijeran lo que dijeran, había sido para mejor. Pero una de aquellas mañanas, cuando se hallaba sentado en una de las galerías del primer patio de su casa de Santiago, mirando un libro de trajes de las regiones de España, bebiendo un poco de aloja, recordando murmuraciones de la tarde anterior, porque don Casimiro Marcó del Poní, el nuevo gobernador y capitán general, había traído otra pianola de palo de rosa, que se sumaba a la que había dejado la Estenipa, y un coche de gran lujo, y, detalle insólito, cinco bacinicas de porcelana floreada, detalle revelador de que no podía ser otra cosa que un afeminado, un maricantunga, golpearon a su puerta con fuerza pavorosa, como si los que golpeaban estuvieran resueltos a derribarla a lanzazos. Abrió él mismo, alarmado, y se encontró con cinco o seis soldados de uniformes blancos, con bayonetas caladas en las puntas de los fusiles, con expresiones tercas, al mando de un oficial godo, espeso, patilludo, pasado a ajo, quien desplegó un bando escrito y que llevaba la firma de don Casimiro, el adamado.

En resumen, don José Antonio, don Manuel de Salas, don Mariano y don Juan Egaña, junto con uno de los Ovalle y con don José Santiago Portales, que había tenido el pésimo criterio de unirse en el último momento a la facción de los Carrera, además de algunos otros, incluyendo un par de curas de regular fama, fueron encerrados en el patio de un cuartel, a empellones y culatazos, como los detenidos de los años setenta, se dijo el Narrador. A la madrugada siguiente fueron enviados, no en camiones blindados, sino en carretas arrastradas por bueyes, a Valparaíso, bajo custodia militar y en las condiciones más míseras: con un atado de ropa cada uno, y sin derecho a llevar libros civiles, sólo misales y devocionarios, textos que el oficialote pasado a ajo examinaba hundiendo la nariz entre las páginas amarillentas, como si quisiera detectar el olor a sacristía y porque tenía, probablemente, dificultades para leer de corrido. De Valparaíso fueron transportados en una embarcación desvencijada, cuyos maderos crujían sobre la mar gruesa como si fueran a reventar, a la isla de Juan Fernández, la de Alejandro Selkirk y Robinson Crusoe, transformada para estos efectos, en un rapto de imaginación precursora, en improvisado presidio. Ahí

vivieron en cabañas miserables, asediados por invasiones de ratas, sometidos a ventoleras que les volaban los techos y les arrancaban las ventanas de cuajo, comiendo porotos apestados y lentejas enanas mezcladas con piedras, bebiendo un agua verdosa que les provocaba diarreas homicidas, y esperando desde la mañana a la noche, oteando el horizonte, haciéndole señas frenéticas a algún barco de bandera inglesa que de repente, cada treinta o cuarenta días, aparecía en alta mar, y que al cabo de tres o cuatro horas desaparecía. Las autoridades españolas de la isla, comprobaron, eran obtusas como mulas, cerradas como candados, de cabezas tercas. Algunos de los desterrados hablaban de la misericordia divina, otros lloriqueaban, y otros, reunidos debajo de unas piedras monumentales que habían bautizado como el Pórtico, escuchaban relatos antiguos y *fabulosos*, como la historia de un Talopín de Siam que estaba dotado de poderes mágicos y que había convertido a una campesina rústica en reina de una provincia. La reina campesina no se acostumbraba y le pedía al Talopín que la devolviera a su condición anterior, en su cabaña, con su marido, sus hijos, su chiquero con un par de cerdos y su gallinero con seis o siete gallinas ponedoras. Los desterrados celebraban la historia, sacaban sus conclusiones, discutían hasta que caía la oscuridad, comían una sopa magra y después se dispersaban rumbo a sus casuchas míseras. Si no llovía, si no soplaba la ventolera, podían obtener, con suerte, algunas horas de sueño.

Él, don José Antonio, a pesar de las distracciones que algunos trataban de inventar para engañar a la desgracia, no se resignaba. ¡Tiempos negros, clamaba, tiempos traidores! Un caballero precavido, un tal Jorquera, había traído a una negrita para la mano, bonitita, con la que vivía en su cabaña y retozaba, le contaron, todo el día, con cara de sátiro reblandecido. Baboso, pero contento. ¡Él, en cambio, tan solemne, tan lleno de sueños, de máquinas, de perspectivas que se habían hecho humo!

—Le permitieron viajar con la negrita —comentó alguien—, porque es un infiltrado.

—¿Un qué?

—Un agente doble: un inspector encargado de vigilamos todo el día, de contar todo lo que decimos y hacemos.

—¿Jorquera? Nunca lo había escuchado nombrar.

—Seguro que es un nombre inventado.

—¿Y usted sabe, cuñado —le preguntó Salas al día siguiente—, qué pasó con su amigo el francés, el profesor, el que nos proponía instaurar

una república igualitaria?

—Supongo —dijo don José Antonio—, que habrá conseguido volver a su tierra.

—¿Volver a su tierra? ¡Las ocurrencias suyas! Se pudrió en un calabozo labrado en una roca, en Cádiz, y lo tiraron al mar metido en una caja de palo llena de piedras.

—Después de todo —murmuró don José Antonio—, el Anden Regime también se las trae.

—¡Sí que se las trae! —exclamó Salas, y empuñó sus manos menudas, paliduchas. Con la caída de la oscuridad, las montañas altas, en forma de tirabuzones, parecían callejones del infierno. Las ratas se comunicaban entre ellas con pequeños chillidos, y en la mar, que se había puesto de un color plomizo, no se perfilaba un solo barco.

Capítulo VI

QUEDARON, en efecto, de ir a visitar al Cachalote, por hacerle una que otra consulta, por pedirle datos de negocios, por lo que fuera, e Ignacio chico apareció en el departamento de la Plaza de Armas a primera hora de la tarde siguiente. A pesar de la euforia de la reunión nocturna, el joven Ignacio, ajeno a las mitologías alcohólicas de la generación de sus padres, consciente y hasta orgulloso de serlo, había bebido muy poco. El Narrador, en cambio, acribillado por acideces, desvelos, retazos de pesadillas, había dormido la mona hasta la una de la tarde. Después, ante los gruñidos de la Filomena, con un dolor insidioso en la nuca, con gusto a medalla en la boca, había tomado un café con leche acompañado de huevos revueltos, un par de tostadas, un poco de jamón, y había sacado del fondo del refrigerador una cerveza sureña. Un pelo de la cola del caballo que te mordió, había dicho, o algo parecido.

—¡No tienes remedio! —exclamó el Nacho, cuando vio la bandeja vacía del desayuno, y el Narrador aceptó esta conclusión de su hijo con un sentimiento de resignación. No tenía remedio, y ya no era tiempo de tener remedio.

Nacho había llegado ahora en una vestimenta digna de un nieto de don Ignacio el Primero: traje azul oscuro, corbata de rayas clásica, zapatos con hebilla y con agujeros calados que parecían de procedencia inglesa. Los jóvenes de esta generación pueden ser revolucionarios o reaccionarios, se dijo el Narrador, siguiendo a su hijo con la mirada, con una vaga ternura, pero hay algo que a nosotros nos agobió y que ellos no conocen ni de vista, y que es la mala conciencia.

Ignacio chico, a todo esto, le contó que lo había llamado al hotel un

tal Jorquera, y que había llegado a visitarlo hacía poco rato.

—¡Jorquera!

—Sí —dijo el Nacho, con toda calma—. Se presentó como inspector jefe de no sé qué y cómo amigo tuyo. A mí me dio la impresión de que era un policía medio retirado, de capa caída, debido a las circunstancias, supongo, pero todavía al aguaite, listo para saltamos al cuello de nuevo.

—Y no te equivocaste.

—También capté que la suite presidencial o imperial, tan siuticaza, le hacía mella, ¡ahora que el homo ya no está para bollos! Porque lo hice pasar, le ofrecí café en una tacita de porcelana de lo más monona, o un agua mineral, o un whisky de doce años de antigüedad, lo que quisiera, y le dije, enseguida, arreglándome los puños de la camisa, las colleras de oro macizo, que sólo disponía de diez minutos para atenderlo.

—¡Muy bien! —exclamó el Narrador, pensando que él no habría sabido comportarse de esa manera, y que la herencia del abuelo, transmitida por generación saltada, no era, después de todo, tan desdeñable.

Al llegar a la oficina del Cachalote, en las cercanías de la Bolsa y del Club de la Unión, un Wall Street en mucho más pequeño, más pobre, más sucio, con bares donde vendían pequenes y donde se hacían apuestas mutuas, o con tiendas de relojes o de bisutería barata, los hicieron pasar por un túnel estrecho, alto, donde los archivadores llegaban hasta el cielo raso, y subir, enseguida, al fondo del túnel, por una escalera de caracol. Ignacio chico, de manos en los bolsillos, mirándolo todo, hizo una broma acerca del carácter laberíntico de la madriguera del Cachalote. ¡Él venía de los sertones legendarios, de las grandes ensenadas, de líneas de rascacielos a la orilla de playas de arena blanca! Se encontraron, al fin, en un altillo más bien espacioso, con alfombras de buena procedencia, paneles de madera de calidad, grabados de mansiones inglesas y de caballos de fina sangre, sillones Victorianos, de caoba y cuero repujado, y un gran escritorio dotado de un formidable tintero de cristal de roca y de una estatuilla de bronce emblemática: un jinete con su gorra y con su fusta levantada. Aquí, después de todo, parecía decirles el jinete, agitando la fusta, la ocupación central es el juego, el productivo y el reproductivo, con sus inherentes riesgos y con sus minutos de gloria. Detrás del tintero y del jinete, a sus anchas, fumando un puro, rojo como un tomate, los

observó entrar, burlón, Alberto Alcocer, conocido desde tiempos remotos como el Cachalote, personaje que había sido famoso en los patios del San Ignacio, se dijo el Narrador, riéndose, porque se defendía, cada vez que lo atacaban, cosa que sucedía con relativa frecuencia, con despiadados alfilerazos y con certeras y feroces patadas en las canillas, todo acompañado de chivateos araucanos o de verdaderos rebuznos, de sacadas de lengua y visajes furiosos. Ahora se le presentaba reencarnado como todo un personaje de la gran empresa, de las finanzas, de la rabiosa actualidad, mientras él se dedicaba a los papeles, pero no a los de la Bolsa: a los de la nada. Ignacio chico, entretanto, paseaba la vista por los materiales nobles, las estanterías bien trabajadas, llenas de anuarios inútiles, pero encuadernados en pastas, en cueros auténticos, en polvillos de oro puro.

—¡No está mal! —exclamó, y empleó el tono de la persona que llegaba de otra parte, de cifras y dimensiones diferentes, y descubría, no sin sorpresa, que los ricos chilenos, escondidos en sus cuevas, en sus burbujas, no estaban, sin embargo, tan atrasados de noticias.

El Narrador ratificó la misma idea, y el Cachalote, entonces, después de escupir una brizna de tabaco, lleno de saliva en los labios, le preguntó al Nacho, en un tono confianzudo, que recordaba el de las agresiones pasadas, si también había salido comunista, y agregó:

—¡Como el huevón de tu padre!

No has cambiado nada, Cachalote bendito, pensó el Narrador, ni una coma. Así se lo dijo, y el otro, después de aspirar una bocanada profunda, azulina, lanzó una carcajada alegre, que terminó, sin embargo, por estremecerlo, por volverlo todavía más rojo y provocarle un acceso de tos, casi un atoro, acompañado de nuevos escupos en una escupidera oculta, de una expresión de locura parecida a la de los patios colegiales.

—No —contestó con toda calma Ignacio chico, observando en detalle el cuero del sillón en el que había tomado asiento, sacando con la punta de los dedos una pelusa—. A pesar de lo cual, si quieres saberlo (tuteándolo sin la menor autorización, con escaso respeto), la dictadura de los milicos, que a ti te entusiasma tanto, me tuvo preso durante más de quince días, y después, cuando fui a pedir un pasaporte para salir a respirar un poco, me metieron al chucho de nuevo, asegurado con grilletes en los pies y en las manos, como lo hacen con los criminales peligrosos.

—Alguna yaya tendrías —dijo el Cachalote.

—Si vas a seguir fumando ese «charuto» inmundo —replicó el Nacho —, podrías, por lo menos, abrir la ventana.

El Narrador, acalorado, se pasó el dedo por adentro del cuello de la camisa. Conocía a su hijo, a pesar de los desencuentros, y tuvo miedo de que la conversación terminara antes de haber comenzado.

—No te traje al Nacho, Cachalote, para que le hagai' un examen. Como te dije por el teléfono, el cabro salió bueno para los negocios, y yo pensé que podrías orientarlo un poco. Pero si me equivoqué, nos vamos, y aquí no ha pasado nada.

—Tranquilo, viejito —replicó el Cachalote.

Se dio vuelta en su sillón, con el puro maloliente pegado a los labios, y abrió la parte alta de una ventana cortada por el piso y que daba, a través de rejas labradas, sobre callejuelas grises, medio húmedas, donde las pisadas y las voces parecían estirarse, esponjarse, y sumergirse, al fin, en una especie de vacío viscoso.

—¿A qué te has dedicado? —preguntó enseguida, en un tono menos agresivo, dispuesto a escuchar con interés, incluso con buena voluntad.

—Vendí todo lo que tenía en Santiago, cuatro pilchas, más un auto de tercera o cuarta mano, me fui a Brasil en un bus, con mi plata escondida en las zapatillas de tenis, y me dediqué a trabajar mi capitalito en la Bolsa de Sao Paulo.

—¡En la Bolsa de Sao Paulo!

—Sí —dijo—. Un corredor de allá me agarró confianza y me dio crédito. ¡Por pura tincada! Algo que tú no harías en tu puta vida…

El Cachalote, víctima de un alfilerazo que no había previsto, hizo un gesto raro, como si el humo de su puro, de su «charuto», se hubiera convertido de repente en una amenaza.

—Después, cuando ya había multiplicado el capital inicial unas cuantas veces…

—¡Unas cuantas veces! ¿No nos estará tomando el pelo, este mocoso de porquería?

—Me salí de la Bolsa y me instalé en Recife, en el nordeste, con una red de piano bares que ha ido creciendo y con algunos otros negocios.

—¡Piano bares! —exclamó el Cachalote, mirando en forma teatral para todos lados, como si hubiera una audiencia invisible detrás de paredes acolchadas, y el Narrador tuvo la sensación de que había vuelto a escuchar uno de sus rebuznos pretéritos, un alarido en pleno corazón de la selva financiera—. ¿Y no tenis, también, casas de putas?

—No me he dedicado a ese rubro —contestó el Nacho—. ¿Por qué?

¿A ti te interesa?

El Cachalote Alcocer aplastó el puro, que en realidad apestaba, en un cenicero no menos formidable que el tintero. Tenía dedos gordos, manchados de nicotina, peludos, pero con las uñas barnizadas.

—Vende esas huevadas que tenis en Brasil —dijo—, si es que valen algo, y vente a trabajar a Chile.

Ignacio chico se sobó la cara, como si se hubiera hundido en sus cavilaciones. Quizás, dijo, invertiría un poco en Chile. Era, al fin y al cabo, un mercado «ordenadito», y el diminutivo provocó un intercambio de miradas, en parte perplejas, en parte irritadas, en parte divertidas, entre el Narrador y el Cachalote. Alcocer, al fin, levantó las manos, como si dijera: ¡Me doy por vencido! ¡Renuncio a lidiar con este cabro del carajo! ¿Qué pretende? ¿Para qué me lo trajiste?

—Para nada —le contestó el Narrador, por el teléfono, dos o tres horas más tarde.

—¿Sabís? —le dijo el Cachalote.

—¿Qué?

—El cabro, en el fondo, me gustó. Es un farsante, además de insolente, pero no me cayó mal. Además, ¿sabís?, lo encontré igualito a don Ignacio. Mucho más parecido que tú.

—Eso no te lo discuto.

—Y si él es comunista, yo soy chino.

—¡No tienes remedio, Cachalote!

—¡Ni tú tampoco, Pelaíto!

Ninguno de nosotros, se dijo el Narrador, tiene remedio. ¡No tenemos remedio! Por su lado, Ignacio chico, en las horas y los días que siguieron a este encuentro, no hizo el menor comentario. Había envuelto al Cachalote Alcocer, Alberto Alcocer, con su burbuja de buenas maderas, con el humo maloliente de sus charutos, con sus grabados de caballos de fina sangre y su jinete de bronce policromado, con todo lo que aquello representaba, en un vasto encogimiento de hombros, y lo había suprimido, o lo había puesto entre paréntesis, en condición de anécdota secundaria.

—Tiene un mérito —admitió.

—¿Cuál?

—Está en escala. Con su sucucho de lujo, y sus puros apestosos.

—Se lo voy a decir —prometió el Narrador—. ¡Para que se vaya ubicando!

Entre aquella tarde y el día siguiente, Ignacio chico tuvo tiempo de

encontrarse con la Denise Novales, la Novalis inefable, incorregible, autora de Himnos a la Noche y otras cuantas cosas, quien tomó media docena de pisco sauers catedralicios, al estilo peruano, y terminó desencajada, lio* rosa, convertida en una flor de histeria, para citar otra vez a Rubén Darío. En la noche, Mariana, su tía, lo llamó por teléfono. Había sabido que le estaba yendo muy bien, «recontra bien», dijo, porque el lenguaje acriollado, para ella, cumplía la misma función que los porotos granados y los choros zapatos para el Cachalote, y lo invitaba a almorzar a su casa, con su marido y con todos sus hijos, ese viernes o ese sábado, a elección suya. Él contestó que le habría encantado, pero que sus compromisos lo obligaban a regresar. ¡Cómo!, exclamó Nina, desolada, como si aquel rechazo no fuera posible, pero el joven Ignacio colgó sin mayores contemplaciones.

Partió de regreso en la madrugada subsiguiente, y fue despedido en el aeropuerto por Cristina, quien se comportó con algo muy parecido al estoicismo, con firmeza, con un repliegue húmedo en los ojos, por el Narrador, que también, en el fondo, casi a pesar de sí mismo, estaba impresionado, a milímetros del llanto, y por sus dos amigos, el Nono y Carlitos. La Novalis, que a las cuatro de aquella madrugada se encontraba borracha, de rodillas, desnuda, vomitando en las baldosas de un baño de lujo, no pudo acompañado. Poco antes de pasar por el control de la policía, Carlitos le dijo:

—Oye, Nacho: después de tu desaparición de Chile, y con todo lo que te había pasado, muchos creían que habías entrado en algún grupo armado clandestino, que lo de Recife y los piano bares era una pura chiva. Algunos hasta creyeron —añadió, en voz baja— que estabas metido en el atentado contra el Viejo.

Ignacio chico se encogió de hombros, en un gesto que no excluía, pensaron todos, nada, y el Narrador tuvo la sensación de que el inspector Jorquera se encontraba junto a la caseta de la policía, detrás de un tabique, comprobando su salida del país y tomando nota de todos los detalles. Al fin y al cabo, lo de su retiro a una parcela de Colina o de Pocochay, lo de su dedicación a ver a don Francisco o a escuchar música de flauta de la familia Bach, podía no ser más que un cuento. ¡Otra chiva! Para un policía secreto, un juego de niños. Fuera como fuera, el Narrador se despidió de su hijo con un abrazo torpe, acompañado de un par de absurdos golpes de puño en la panza, y le dijo que volviera, no seas leso, Chile se va p'arriba, y Brasil es otro mundo, un monstruo demasiado complicado para gente como nosotros.

—Anda tú para allá —replicó el joven—. Eres mi invitado. ¡Cabro'e

mierda!, habría resoplado el Cachalote.

—Yo creo —declaró Cristina, a la salida del aeropuerto— que tu idea de llevarlo a conversar con ese huevón fue fatal. ¡Qué desatino más grande!

El Narrador movió la cabeza. Miró al Nono y a Carlitos Hidalgo, como para comentarles alguna cosa, y al final no les comentó nada. Se despidió de Cristina con un beso fruncido, con el propósito de no volver a verla durante largo tiempo. Quizás para siempre, porque las cosas, pensaba, ¡habían entrado en la etapa de los para siempre! Algunos días después, sin embargo, en una de aquellas tardes primaverales que habían empezado a ponerse demasiado cálidas, con pieles sudorosas, con zumbidos de abejorros que chocaban contra los vidrios y no atinaban a encontrar el rumbo de las ventanas abiertas, marcó su número de teléfono, que se sabía de memoria, archi de memoria, y le anunció visita.

Entró dos horas más tarde al departamento de la calle Santa Lucía, se sacó la chaqueta, se subió las mangas de la camisa, y dijo, sin mayores preámbulos, sin saber demasiado bien por qué lo decía, con la vista clavada en parejas de adolescentes de poblaciones, calzados con chancletas, que subían al cerro tomadas de la mano:

—Quiero hacer una declaración seria. Muy seria. Antes de que comencemos a emborrachamos.

—A ver —dijo Cristina.

—Quiero declarar que me rindo. Que depongo las herramientas. Que tiro la esponja, o que boto el arpa. ¡Lo que más te guste!

—¿Y esto?

—Esto significa —afirmó el Narrador con solemnidad, mirándola a los ojos, saliendo de su papel de Narrador y entrando, en ese minuto decisivo, en la categoría de Personaje— que te pido que me permitas regresar a tu casa, a tu techo, a tus ollas. Que te lo pido humildemente.

La expresión de Cristina fue, creemos, reflejo de sentimientos encontrados. No demasiada sorpresa, desde luego. Enseguida, un relativo escepticismo, una sonrisa ligeramente burlona. Por último, algo de ternura, pero una ternura conocida, ¡más que conocida!, repetida, y que no determinaba, por lo tanto, una reacción, un movimiento cualquiera, un cambio digno de mencionarse.

El, entonces, el Narrador, el Personaje, se hincó en la alfombra, frente a ella, como en las ilustraciones de antaño, y juntó las manos:

—Prometo —declaró—, a partir de hoy, ser un marido discreto,

atento, cariñoso. Y, sobre todo, *last but not least*, responsable.

Con los ojos redondos, las cejas enarcadas, la boca plegada, sin reírse, pero sin dar señales de estar convencida, con un rictus que no era habitual, Cristina no dijo una palabra.

—¿Aceptas?

—Voy a pensarlo.

—Piensa todo lo que quieras, pero contesta que sí.

—Tengo mis dudas —insistió ella—: mis dudas más o menos fundadas.

Después bebieron, como siempre, o como casi siempre, y conversaron de asuntos diversos. Conversaron, sobre todo, de ellos mismos, de la vida que les había tocado vivir, de los largos años, a veces divertidos y a veces endiablados, sórdidos, con sus temores, sus dolores, sus desencuentros, sus alegrías, sus frecuentes malos entendidos y disparates. Porque no habían tenido, quizás, líneas de acción suficientemente claras.

—Yo sí —protestó ella—. La tuve, siempre, y sólo ahora se me ha empezado a borronear, ¡y no me gusta nada!

Se dejó besar por él, después de oponer alguna resistencia, y le propuso, como para cambiar de asunto, para entrar en cuestiones menos alambicadas, que comieran una crema de espinacas. También había un resto de queso mantecoso.

—Pero tú, a pesar de todo —dijo él—, me quieres. ¿Por qué no lo reconoces?

Habría podido agregar: «Me amas y me perdonas». Pero ella, que escuchaba las historias del pasado con atención más bien escasa, no habría entendido. Además, no se sabía si era ella, Cristina, la que habría podido pronunciar aquellas palabras, o él. O ninguno de los dos. El presente, se dijo el Personaje, siempre es más confuso, más incierto, menos ficticio. Siempre cuesta más introducirle un poco de coherencia.

—Comamos tu espinaca —musitó, para darse una tregua, y ella, robusta, con las mejillas coloradas, pechugona, alisándose la falda, se puso de pie con energía.

Como si hubiera adivinado algo, Ignacio chico llamó desde Recife pasada la medianoche. Sonó el teléfono en un momento en que el Narrador, o el Personaje, si ustedes quieren, y Cristina, después de haber probado la crema de espinacas y de haberse dado nuevos besos en la boca y por todos lados, se habían metido a la cama de matrimonio, en definitiva contentos, emocionados, desarmados. El

Nacho, desde tan lejos, les dijo que Chile, a pesar de las cicatrices pasadas, era un país *muito* simpático, pero, agregó, *muito estreito*, angosto en demasiado. Si él se instalara a vivir «en un paisito así» (y el diminutivo sonaba otra vez como una revancha), tendría la sensación de que iba a caerse al mar en cualquier instante. De que se iba a producir un terremoto seguido de un maremoto y no iba a quedar nada. ¡Ni el boleto!

Vamos a quedar nosotros, pensé, pensó el Narrador y Personaje, y le dijo que se viniera, que no fuera testarudo como su madre. Aquí le conseguirían una novia bonita, bien educada, y que no fuera una lunática, una magnético epiléptica, como decía un amigo suyo de los años cincuenta.

Lo dijo, y adivinó al otro lado de la línea, en el otro extremo del continente, la semisonrisa, la soma, el movimiento de cabeza, en medio de voces y de humo, de abundantes cubos de hielo, en una penumbra bien refrigerada, puesto que el piano bar, o la cadena de piano bares, en algún lugar del planeta, en la noche enorme, existían, o parecía que existían.

—Yo no creo —murmuró Cristina, con la voz ahogada por las sábanas—. Yo creo que son puros inventos.

—Pero crees, en cambio, en el Viejito Pascuero —replicó él, y le acarició la cabeza con una suavidad que era, pese a todo, compasiva. Enseguida, a propósito del Nacho, y del Brasil, y de la lengua portuguesa, recitó con gran énfasis, levantando los brazos descamados, mirando las sombras de los pimientos del cerro a través de las junturas de las persianas:

—*O mito é o nada que é tudo*!

Trató de acordarse de los versos que seguían. El poema hablaba del cuerpo de Dios. Con rima consonante. ¿De qué más hablaba? Cristina no tenía la menor idea. Era capaz de saborear las palabras de un poema leído por él, incluso en un idioma que no conocía, pero no siempre, y menos en las cercanías de las tres de la madrugada. Ahora, más bien, le daba la espalda, que se había puesto corpulenta, y que había sufrido, como sabemos, golpes y humillaciones, además de los efectos del alcohol, del tabaco, de los años. Pero que aún conservaba restos de hermosura, ondulaciones, montes y valles. Para él, por lo menos. ¡Tenía que reconocerlo’ Le daba la espalda, y en lugar de escuchar sus disquisiciones' de captar su emoción, roncaba profundamente, ¡cercana y lejana!

Capítulo VII

VEGETARON en aquella isla maldita, la isla de las ratas, hasta que llegó al atracadero, casi tres años después, cuando el mayorazgo Rojas, envejecido, con el pelo y la barba enteramente blancos, con grandes dolores al caminar, hernias que lo dejaban seco, lloriqueaba todo el día, ¡de aquí nunca saldremos vivos!, una corbeta tripulada por diez o doce españoles, que poco sabían de navegación y que traían un papel mojado con el indulto del Rey, y por tres o cuatro pescadores de la desembocadura del río Aconcagua, de la región que los mapuches conocían como Con Con, que sí sabían navegar, al menos a su manera, chupándose un dedo y colocándolo en el aire para saber por dónde soplaba el viento, y los llevaron de vuelta al continente. El caballero de la negrita para la mano, Jorquera de apellido, había muerto de agotamiento, con ojos encendidos por la demencia, y otro del grupo había sido fulminado por la diarrea de melenas coloradas. Los demás desterrados, restablecidos en sus hogares, pero debilitados, desajustados, tuvieron tiempo de celebrar las noticias de la batalla en la que el general argentino José de San Martín, con la ayuda del chileno Bernardo O'Higgins (el hijo de don Ambrosio), al mando del ejército que habían formado al otro lado de los Andes, en Mendoza, derrotaron en Chacabuco, justo a la bajada de la cordillera, a las tropas realistas, porque ahora el enemigo no era Napoleón, ni el Anticristo: era el Rey de España, ningún otro. Los años del vasallaje, dijo alguien, habían terminado. Para ellos, por lo menos, las ventoleras y los ratones de Juan Fernández habían puesto las cosas en su sitio. Pero no habían cesado de celebrar cuando se enteraron, con terror, de la sorpresa y derrota de Cancha Rayada, y empezaron a liar sus bártulos a toda prisa,

convencidos de que ahora sí que habría que huir para siempre. Llegaron hasta el puente de Cal y Canto y Manuel Rodríguez, el guerrillero, trataba de convencer a la gente, a gritos, a empujones, para que se devolviera y agarrara sus fusiles, pero no siempre conseguía convencerla.

El que no podía ni soñar con escapar era don José Antonio. Había caído a la cama a su regreso de la isla de pesadilla, aquejado de congestión cerebral, con calambres y escalofríos que lo atravesaban igual que los chisporroteos de su máquina de fabricar electricidad. Desde su lecho de enfermo supo que Ignacio Andía, ya viudo, e indiferente a la guerra y a sus afanes, ni tan español, ni tan patriota, porque Dios, decía, andaba por otra parte, se había metido al fin de cura, a pesar de las reticencias de algunos sectores de la Iglesia, y que oficiaba la misa en su capilla en miniatura de Conchalí, entre dos columnas dóricas, su homenaje callado al maestro. Con los años se había achicado, le contaron, y se había puesto más morenito, y nunca dejaba de escudriñar las cumbres, porque algo, algún fenómeno, anunciaba, tendría que producirse.

También supo don José Antonio, y el detalle le dio un poco de risa y a la vez le reconfortó el corazón, que el joven Díaz Muñoz, José Francisco, Juan Antonio, ya no se acordaba del nombre de pila, el hijo del coronel, el último amor de la Manuelita antes de su matrimonio con el Gordo Santa María, había subido desde las guarniciones del sur y se había alistado, ni corto ni perezoso, lanzando insultos cada vez que pasaba delante de la casa de su padre, que estaba cerrada a machote, con el portón principal cruzado por listones de madera, en el bando revolucionario. Alguien contó que el coronel había conocido la noticia después de ser derrotado en Yerbas Buenas, donde había combatido contra su hijo sin darse cuenta, en medio de la neblina, de la confusión, del olor a pólvora, y que se cayó de su caballo, fulminado por la rabia. Pero eran tiempos de rumores, de invenciones, de anuncios que a cada rato se contradecían.

Pocos meses más tarde, a la vuelta del año, algunos de los compañeros de destierro de don José Antomo, personajes mayores, gente del siglo anterior, anacrónica en su manera de hablar y de vestirse, en sus levitas y sus corbatas de plastrón, en su andar fachoso y sus venias exageradas, se encontraban en la casa solariega de uno de ellos, un caballero de apellido Rosales o Rosaleda, no nos acordamos muy bien, terrateniente rico, dueño de comercios variados, en el momento en que un enjambre de mozos vestidos de etiqueta y que

sudaban la gota gorda, llevaba a la mesa los mejores manjares; en que la vajilla de los días de fiesta brillaba ante un sol de comienzos de otoño, y en que toda la concurrencia esperaba la llegada del argentino San Martín y la de O'Higgins, el huacho, aclaró uno de ellos, tapándose la boca, quien había sufrido una herida en un brazo en Cancha Rayada y vendría con sus vendajes, para celebrar la derrota decisiva que habían propinado a las tropas españolas en los llanos y lomajes de Maipú, al pie de los cerros de Chena.

Uno de los que esperaba, y que acababa de contar que también asistirían dos oficiales franceses que habían combatido en los ejércitos de Bonaparte, preguntó si don José Antonio de Rojas vendría, y le contestaron, ¿usted no sabía?, que el mayorazgo había muerto hacía pocos meses, en medio de la confusión sembrada por las noticias de Cancha Rayada, y que había sido enterrado en la parte nueva del Cementerio Católico, hacia el norte, entre gallos y medianoche.

—Nosotros —dijo un tercero, y no se supo si era uno de los Ovalle, o un Infante, o un español republicano que siempre andaba por ahí, uno que inventaba Constituciones—, los que iniciamos toda esta historia, vamos bajando, acercándonos al final, y los que suben ahora son otros, ¡gente nueva!

Hubo murmullos, sonrisas, movimientos afirmativos. Si el Narrador se hubiera encontrado ahí, habría observado que Juan Josef Goycoolea, quien hizo su aparición en el salón principal dos minutos antes que los generales, con la cabeza cubierta por un vistoso gorro tricolor, como muchos de los asistentes, y con su Ñata Echazarreta del brazo, a quien habían peinado las trenzas pelirrojas hacia arriba, en estilo del Primer Imperio, ya que las señoras casadas tenían derecho a levantar moño, era uno de los que sin duda subían, mientras que el porvenir de José Ignacio de Santa María, el Gordo, el viudo desconsolado, que se pegaba un plantón junto a la entrada, ansioso por ser de los primeros en saludar a O'Higgins, no se veía tan claro. Después de la muerte de la Manuelita, hacía ya alrededor de diez años, sus pellejerías habían continuado, ¡quién iba a pensar en construirse casas o en proyectar edificios en los tiempos que corrían!, y se había tenido que refugiar en el fundo de uno de sus hermanos, al sur de San Vicente de Tagua Tagua, no muy lejos, justamente, de los naranjales y los limonares de Peumo, de los paramales del Beaterío donde la Manuelita había suspirado, y orado, y escrito cartas con lágrimas, y con sangre, y hasta con pelos.

Un niño, sobrino del dueño de casa, desde una altura no muy superior a la de las copas de pies esbeltos, a la de las jaleas rojizas o

amarillentas, en forma de torres babilónicas, a la de los pavos con cabezas teñidas de polvos dorados y con banderas de la Patria Nueva en los picos, a la de los huevos chimbos erizados de dientes de almendra y las cuñas de queso de Chanco, dirigiría sobre todo aquello, sobre aquel campo de otras batallas, una mirada entre apasionada y distante, ajena y a la vez metida, comprometida, dotada de la frescura, del sentimiento de sorpresa, del candor propios de su edad, y lo relataría en sus memorias muchísimos años más tarde, hacia el final del siglo que entonces, en el día de la celebración de los hechos de armas de Maipú, sólo había cumplido dieciocho años. El relato del anciano personaje de fines del XIX, antiguo periodista, contrabandista de ganado, buscador de oro, convertido en aquellas postrimerías en honorable senador de la República, hablaría del jolgorio, de los abrazos bien palmoteados y comentados, de los discursos y los brindis, en los cuales muchas de las copas de cristal fueron sacrificadas, del ruido de los corchos de los vinos espumosos, de los chacolíes, de los asoleados, de los gritos de alegría que provocaba la espuma derramada, y del minuto culminante en el que don José de San Martín, el general en jefe, con ojos enrojecidos, achispados, después de pedir permiso al dueño y a la dueña de casa, avanzó unos pasos, con taconeo marcial, golpeó las manos con fuerza para pedir atención, y cantó con voz bien timbrada, aunque un tanto engolada, no la canción nacional argentina, como lo había hecho después de Chacabuco, en un festejo que había demostrado ser todavía prematuro, sino un aria en italiano aprendida en el Viejo Mundo y alusiva a pasiones y a destinos heroicos.

La asistencia quedó desconcertada, atónita, porque los republicanos de Chile ya comenzaban a sufrir de vergüenza por todo, a diferencia, quizás, de los de Buenos Aires, y después aplaudió a rabiar, lanzando vivas de toda clase y estrellando más copas contra el suelo. Fue un momento de culminación, pero alguien, en voz muy baja, con aire grave, comentó el fusilamiento de Manuel Rodríguez, el guerrillero, el que le había jugado toda clase de malas pasadas a Casimiro Marcó del Pont, el afeminado, el de las bacinicas, y el que había levantado la moral de la gente después de Cancha Rayada. La ejecución acababa de tener lugar, dijeron, en el pueblucho de Til Til, hacia las lomas de la costa, y de un tiro, murmuraban, disparado por la espalda. ¿Por qué? Porque, susurraron, era demasiado popular, además de díscolo, revoltoso, y el huacho O'Higgins, a pesar de toda la pechuga que había sacado, le tenía miedo, y quizás, debido a su éxito entre la gente simple, entre los niños y las vendedoras de pescado seco, un poco de envidia. El

hecho se había conocido en Santiago hacía pocas horas, y el que hablaba, un hombre flaco y chico, de corbatón gris y escarapela en el ojal, pero sin gorro tricolor, sostenía con todas sus letras que se trataba de un asesinato vulgar, un acto de consumada barbarie, un crimen que no presagiaba nada bueno para el futuro. Al lado suyo, otra persona, con la cara iluminada por las libaciones, extasiada, un siútico de los primeros tiempos (podríamos colegir), dijo que era extraño, además de conmovedor, asistir al nacimiento de una nueva República, en un siglo en el que las Repúblicas, felizmente, florecerían, igual, con parecida intensidad y profusión, a como florecerían los faroles eléctricos y las máquinas más portentosas, máquinas que caminarían solas y hasta hablarían, en las ciudades del porvenir.

Las memorias del anciano senador, viejo libro que el Narrador había encontrado en una de sus correrías por la calle San Diego, describían un ambiente de furioso optimismo, de fervor patriótico imposible de superar, digno de óperas y de poemas dramáticos que todavía no se habían escrito, en el que unos hablaban de la Canción Nacional que había que componer, y otros del diseño del nuevo escudo y de la nueva bandera, y algunos, los sesudos, los que hoy día llamaríamos, se dijo el Narrador, posiblemente, intelectuales, discutían sobre la Constitución que habría que darse, y si convenía más la forma de gobierno federativa o la unitaria, y si había que establecer un voto censitario o permitir que votaran todos, hasta los indios salvajes, alternativa que provocaba murmullos reticentes, movimientos mal disimulados de rechazo.

A todo esto, de Joaquín Toesca y Ricci, el arquitecto, fallecido en las últimas semanas del siglo anterior, ya no se acordaba nadie, o casi nadie. Y menos de sus amores y de sus dolores, del polvillo de huesos en el que se había convertido la Manuelita, inolvidable y olvidada, salvo por Santa María, el Gordo, quien terminaría sus días llorando por ella, medio demente, con las grasas de la cara y del cuerpo caídas, pobre de solemnidad, y sin que nadie se atreviera a salir a los portales a pasar el sombrero por él. ¡Quién se iba a acordar! Y no hablemos de Ignacio Varela, extraviado en su parroquia y entre los papeles místicos de su primo, o del maestro Santelices y de la señora de la esquina de Toesca, la de las chirimoyas. La casa de don Bernardo Llanete, su Moneda en chico, la que le había encargado al maestro en una ocasión tan poco oportuna, sería destruida muy pronto por la picota de las demoliciones. ¡La inagotable, la terrible picota chilena! Y la fachada de la Catedral, adornada con guirnaldas neoclásicas y angelitos del Borromini, sería afrentada, infamada por toda clase de torreones y pegotes híbridos. En

cambio, las grandes trabazones de ladrillos de los viejos tajamares resistirían durante años y décadas los embates del Mapocho en sus crecidas invernales, que todos olvidaban y que nunca dejaban de reproducirse cada cierto número de años, pero nadie se cuidaría de llevar a término el proyecto de un paseo con estatuas, con monolitos, con miradores, en la ribera sur y rumbo a los Andes. En cuanto a la idea de levantar otra Moneda más chica en el segundo patio, a fin de prolongar la primera en un juego de espejos, proponiendo así a los santiaguinos la noción de un espacio abierto hacia el sur del mundo, en cierto modo infinito, o capaz de transmitir, al menos, una vaga noción de lo infinito, sería desechada de una plumada, por absurda, por inútil, puesto que los administradores de la República no serían menos mezquinos y obtusos que sus antecesores coloniales, y en las primeras décadas del siglo Veinte se añadiría un cuerpo de edificio que no tendría nada que ver con las líneas, con el estilo, con el equilibrio del original. Desde luego, nadie se percataría de la diferencia, de la aberración estética, o sólo personas escasas y poco escuchadas. Seres con fama de excéntricos o de algo todavía peor: desconformados cerebrales, para emplear la expresión de un publicista muy leído en la primera mitad del siglo. Aquella fachada original, por otra parte, sería bombardeada desde el aire, con precisión electrónica, y por el lado, precisamente, que había levantado el maestro. Los cohetes, en imágenes que recorrerían las pantallas del mundo (mundo transformado en una multiplicación de pantallas, fenómeno que ni siquiera don José Antonio de Rojas habría podido vislumbrar), entrarían por las ventanas que el maestro había dibujado con tanto cuidado y cuya construcción había seguido después en forma tan atenta, y retorcerían los hierros, los barandales, los marcos y espoletas que él mismo había encargado a la Península con indicaciones tan precisas, y que habían llegado de Cádiz embalados en cajas de confección y madera tan estupendas. Algunos años después sería restaurada, pero nunca, desde luego, volvería a ser la misma: aquella casa donde tanto se sufría, como le gustaba decir a uno de sus ocupantes, donde la gente atravesaba por los patios con toda tranquilidad para pasar del sur de la Alameda al centro, y de donde los presidentes, después de almorzar sus choclos cocidos y sus cazuelas de ave, solían salir a pie, acompañados de algún amigo y seguidos a distancia prudente por un par de guardianes discretos, confundidos con el paisaje urbano, con los letreros mal pintados, con los quiltros, con los suplementeros y las puesteras, con los racimos de gente que colgaban de micros destartalados.

El Narrador, si todavía estuviera entre nosotros, si no hubiera resuelto, en una de las páginas finales, ingresar al orden, podría mordisquear un pedazo de pan duro y mirar por su ventana. ¡Cuántas historias!, exclamaría en voz baja, y nosotros con él. Pensaría en los muertos y en los vivos, en las memorias recuperadas y en las perdidas para siempre. En las cosas que habían pasado. ¡En el dolor de las cosas, que ya no tendría vuelta! ¡En su falta de redención!

Santiago, Zapallar, Calafell, octubre de 1999